

BLAKE PIERCE

A hand is shown from the right side, reaching out and touching a chain-link fence. The hand is positioned as if it is about to break through or is trapped by the fence. The background is dark and moody, with the fence's diamond pattern being the primary visual element.

UNA
VEZ
ATRAÍDO

UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 4

UNA VEZ ATRAÍDO

(UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 4)

BLAKE PIERCE

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio de RILEY PAIGE, que incluye los thriller de suspenso y misterio UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), UNA VEZ TOMADO (Libro #2), UNA VEZ ANHELADO (Libro #3) y UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE y de AVERY BLACK.

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), que cuenta con más de 100 opiniones de cinco estrellas, ¡está disponible como una [descarga gratuita en Google Play!](#)

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

Derechos de autor © 2016 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto según lo permitido bajo la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida, transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico está disponible solo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o dado a otras personas. Si te gustaría compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo compraste, o no fue comprado solo para tu uso, por favor regresa y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo arduo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es totalmente coincidente. Derechos de autor de la imagen de la cubierta son de GongTo, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

UNA RAZÓN PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

CONTENIDO

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

PRÓLOGO

El hombre que estaba sentado en su carro se sentía preocupado. Sabía que tenía que apurarse. Era importante mantener todo en el buen camino esta noche. Pero ¿la mujer vendría por esta carretera a su hora habitual?

Eran las 11:00 de la noche, y sabía que la hora podría ser un problema.

Recordó la voz que había estado resonando en su mente antes de haber venido aquí. La voz del abuelo.

“Más te vale que tengas razón respecto a su horario, Diablito”.

Diablito. No le gustaba ese nombre. No era su verdadero nombre. Para el abuelo, él era una “mala hierba”.

El abuelo lo había llamado así desde épocas que no recordaba. Aunque todo el mundo lo llamaba por su verdadero nombre, Diablito se había metido en su mente. Odiaba a su abuelo. Pero no podía sacarlo de su cabeza.

Diablito golpeó su propia cabeza varias veces, tratando de sacar la voz de su mente.

Le dolió, y por un momento tuvo una sensación de calma.

Pero luego vino la risa sosa del abuelo, haciendo eco en su mente. Al menos se había vuelto un poco más suave.

Miró su reloj ansiosamente. Las once con diez minutos. ¿Llegaría tarde esta noche? ¿Iría a algún otro lugar? No, no era su estilo. Había observado sus movimientos durante días. Siempre era puntual, siempre se apegaba a la misma rutina.

Si tan solo entendiera cuánto estaba en juego. El abuelo lo castigaría si arruinaba esto. Pero era más que eso. Se le estaba acabando el tiempo al mundo en sí. Tenía una enorme responsabilidad, y eso lo agobiaba.

Aparecieron unos faros en la carretera, y suspiró de alivio. Esa tenía que ser ella.

Esta carretera rural solo llevaba a unas pocas casas. Generalmente estaba desierta a esa hora, excepto por la mujer que siempre conducía de su trabajo a la casa donde alquilaba una habitación.

Diablito había girado su auto para estar en frente del de ella y lo detuvo justo en el centro de ese camino de grava. Él estaba parado con manos temblorosas, utilizando una linterna para mirar bajo su capó, con la esperanza de que funcionara.

Su corazón latió con fuerza a lo que el otro vehículo pasó el suyo.

“Detente”, rogó silenciosamente. *“Detente, por favor”.*

El vehículo se detuvo a una corta distancia poco después.

Diablito sonrió, se volvió y miró hacia las luces.

Sí, era su carro feo, justo como él había esperado.

Ahora solo tenía que atraerla a él.

Ella bajó su ventanilla y él la miró y le sonrió de la forma más agradable posible.

“Supongo que estoy varado”, le dijo.

Colocó la linterna justo en el rostro de la conductora. Sí, definitivamente era ella.

Diablito notó que tenía un rostro encantador. Más importante aún, ella era muy delgada y eso se adecuaba a sus propósitos.

Era una lástima lo que tendría que hacerle. Pero era como decía el abuelo: *“Es para el bien de todos”*.

Era cierto, y Diablito lo sabía. Si tan solo la mujer pudiera entenderlo, tal vez incluso estaría dispuesta a sacrificarse. Después de todo, el sacrificio era una de las mejores características de la naturaleza humana. Para ella debería ser un placer prestar ese servicio.

Pero sabía que no debería esperar demasiado de ella. Las cosas se volverían violentas y sucias, como siempre.

“¿Cuál es el problema?”, preguntó la mujer.

Él notó algo atractivo en su forma de hablar. No sabía lo que era aún.

“No lo sé”, respondió. “Simplemente se apagó y no quiere arrancar”.

La mujer sacó la cabeza por la ventanilla. Él la miró fijamente. Su rostro pecoso enmarcado por pelo rizado rojo brillante estaba sonriente. No parecía estar ni un poco consternada por las molestias que le había causado.

Pero ¿confiaría lo suficiente como para bajarse del carro? Probablemente, así había sucedido con las otras mujeres.

El abuelo siempre estaba diciéndole lo horriblemente feo que era, y no podía evitar considerarse justamente eso. Pero sabía que otras personas, especialmente las mujeres, lo encontraban agradable de mirar.

Hizo un gesto hacia su capó abierto. “No sé nada de carros”, le gritó.

“Yo tampoco”, dijo la mujer.

“Bueno, tal vez ambos podemos descubrir lo que pasa”, dijo. “¿Te molestaría intentarlo?”.

“Para nada. Solo no esperes que sea de mucha ayuda”.

Ella abrió su puerta, se bajó del carro y caminó hacia él. Sí, todo iba perfectamente. Había logrado convencerla de que se bajara del carro. Pero el tiempo seguía siendo oro.

“Vamos a echarle un vistazo”, dijo, mirando el motor.

Ahora entendió lo que le gustaba de su voz.

“Tienes un acento interesante”, dijo. “¿Eres escocesa?”.

“Irlandesa”, dijo agradablemente. “Llevo aquí solo dos meses, obtuve un permiso de residencia para poder trabajar con una familia en este país”.

Él sonrió. “Bienvenida a Estados Unidos”, dijo.

“Gracias. Me encanta”.

Él señaló hacia el motor.

“Espera”, dijo. “¿Qué crees que sea eso?”.

La mujer se inclinó para observar más de cerca. Diablito aprovechó el momento y movió la palanca para hacer caer el capó sobre su cabeza.

Luego abrió el capó con la esperanza de no tener que golpearla de nuevo. Por suerte, estaba inconsciente, su rostro y torso estirados sobre el motor.

Miró sus alrededores. No había nadie a la vista. Nadie había visto lo que había sucedido.

Tembló de deleite.

La colocó en sus brazos, notando que su rostro y la parte delantera de su vestido ahora estaban llenos de grasa. Era ligera como una pluma. La llevó a su lado del carro y la extendió en el asiento trasero.

Se sentía seguro que sería perfecta para lo que necesitaba hacer.

*

Justo cuando Meara comenzó a recobrar el conocimiento, fue sacudida por ruido ensordecedor. Parecía una mezcla de todos los ruidos que se podía imaginar. Había gongs, campanas, campanadas, sonidos de pájaros y diversas melodías que parecían provenir de una docena de cajas de música. Todos parecían ser deliberadamente hostiles.

Ella abrió los ojos, pero no vio nada. Su cabeza le dolía demasiado.

“¿*Dónde estoy?*”, se preguntó.

¿Estaba en alguna parte de Dublín? No, fue capaz de armar la cronología. Había llegado aquí hace dos meses y había comenzado a trabajar de inmediato. Definitivamente estaba en Delaware. Con esfuerzo recordó haberse detenido para ayudar a un hombre con su carro. Luego había sucedido algo. Algo malo.

Pero ¿qué era este lugar, con todo su ruido horrible?

Se dio cuenta que estaba siendo cargada como una niña. Oyó la voz del hombre que la estaba cargando sobre todo el ruido.

“No te preocupes, llegamos a tiempo”.

Sus ojos comenzaron a enfocarse. Vio un número asombroso de relojes de cada tamaño, forma y estilo concebible. Vio enormes relojes de pie flanqueados por relojes más pequeños, algunos de ellos relojes cucú, otros con pequeñas personas mecánicas. Había relojes aún más pequeños en los estantes.

“Todos están sonando la hora”, pensó.

Pero no pudo distinguir el número de campanadas entre todo el ruido.

Volvió la cabeza para ver quién la llevaba. Él estaba mirándola. Sí, era él, el hombre que le había pedido ayuda. Había sido un tonta en detenerse por él. Había caído en su trampa. ¿Y qué haría con ella ahora?

Sus ojos se desenfocaron de nuevo cuando los relojes dejaron de sonar. No podía mantenerlos abiertos. Sentía que estaba perdiendo el conocimiento de nuevo.

“Tengo que quedarme despierta”, pensó.

Oyó un golpeteo metálico, luego sintió cuando el hombre la colocó suavemente en una superficie fría y dura. Hubo otro traqueteo, seguido de pasos y finalmente el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose. Los relojes seguían sonando.

Entonces oyó un par de voces femeninas.

“Está viva”.

“Pobre de ella”.

Las voces eran silenciosos y roncadas. Meara logró abrir los ojos de nuevo. Vio que el piso era de hormigón gris. Se volvió dolorosamente y vio tres formas humanas sentadas en el suelo cerca de ella. O al menos pensaba que eran humanas. Parecían ser niñas o adolescentes, pero eran cadavéricas, poco más que esqueletos, podía ver sus huesos claramente bajo su piel. Una parecía estar apenas consciente, su cabeza colgando hacia adelante y sus ojos mirando el piso gris. Le recordaban de las fotos que había visto de los presos de los campos de concentración.

¿Todavía estaban vivas? Sí, tenían que estar vivas. Las había oído hablar.

“¿Dónde estamos?”, preguntó Meara.

Apenas oyó la respuesta.

“Bienvenida al infierno”, dijo una de ellas.

CAPÍTULO UNO

Riley Paige no vio el primer puñetazo. Aún así, sus reflejos respondieron bien. Sintió que el tiempo se detuvo cuando el primer golpe se acercó a su abdomen. Ella lo evadió perfectamente. Un gancho de la izquierda se acercó a su cabeza. Ella saltó a un lado y lo esquivó. Cuando él cerró con un golpe final a su cara, subió la guardia y tomó el golpe con sus guantes.

Luego el tiempo reanudó su ritmo normal. Ella sabía que la combinación de golpes había llegado en menos de dos segundos.

“Excelente”, dijo Rudy.

Riley sonrió. Rudy estaba esquivándola ahora, más que preparado para sus golpes. Riley hizo lo mismo, moviéndose de arriba abajo, tratando de mantenerlo en constante adivinación.

“No tienes que apresurarte”, dijo Rudy. “Piénsalo bien. Considéralo un juego de ajedrez”.

Sintió una punzada de molestia mientras seguía moviéndose. Se la estaba poniendo fácil. ¿Por qué tenía que ponérsela fácil?

Pero ella sabía que esto era así. Esta era su primera vez en el ring de combate con un oponente real. Hasta ahora había estado probando sus combinaciones en un saco. Tenía que recordar que apenas era una principiante en esta modalidad de combate. Realmente era mejor no apresurarse.

Había sido idea de Mike Nevins intentar el sparring. El psiquiatra forense que ayudaba al FBI también era buen amigo de Riley. La había ayudado a superar muchas de sus crisis personales.

Recientemente se había quejado con Mike, contándole que tenía problemas para controlar sus impulsos agresivos. Perdía los estribos frecuentemente. Se sentía tensa.

“*Prueba el sparring*”, le había dicho Mike. “*Es una buena forma de desahogarse*”.

Ahora mismo se sentía bastante segura de que Mike tenía razón. Se sentía bien tener que actuar rápidamente, tener que enfrentarse a amenazas reales en lugar de las imaginarias, y era relajante enfrentarse a amenazas que no eran realmente mortales.

Unirse a un gimnasio que la alejaba un poco de la oficina central de Quántico también había sido una buena decisión. Pasaba demasiado tiempo allí. Este era un cambio agradable.

Pero se había distraído por mucho tiempo. Y podía ver en los ojos de Rudy que se estaba preparando para otro ataque.

Eligió mentalmente su próxima combinación. Se acercó bruscamente a él para su ataque. Su primer golpe fue un gancho de izquierda que él esquivó. Respondió con un cross que rozó su casco de combate. Respondió en menos de un segundo con un jab de derecha que alcanzó con su guante. En un instante lanzó un jab de izquierda que él esquivó tambaleándose al lado.

“Buen trabajo”, dijo Rudy de nuevo.

A ella no le había parecido que lo había hecho bien. No le había dado ni un solo golpe, mientras que él la había golpeado ligeramente incluso mientras se defendía, y ella estaba comenzando a irritarse. Pero recordó lo que Rudy le había dicho al principio...

“No esperes darme muchos golpes. La mayoría de las personas no lo hacen en el sparring”.

Ella estaba mirando sus guantes, detectando que estaba a punto de lanzar otro ataque. Pero entonces ocurrió una extraña transformación en su imaginación.

Los guantes se convirtieron en una sola llama, la blanca llama de una antorcha de propano. Estaba enjaulada en la oscuridad otra vez, presa por un asesino sádico llamado Peterson. Estaba jugando con ella, haciendo que evadiera la llama para escapar su calor abrasador.

Pero estaba cansada de ser humillada. Esta vez estaba determinada a contraatacar. Cuando la llama saltó hacia su cara, se agachó y simultáneamente lanzó un jab feroz que no conectó. La llama se acercó a ella de nuevo y ella respondió con un cross que tampoco conectó. Pero antes de que Peterson pudiera hacer otro movimiento, ella lanzó un gancho que golpeó su barbilla...

“¡Oye!”, gritó Rudy.

Su voz trajo a Riley de vuelta a su realidad actual. Rudy estaba de espaldas en la alfombra.

“¿Cómo llegó allí?”, se preguntó Riley.

Entonces entendió que lo había golpeado, y fuertemente.

“¡Dios mío!”, gritó. “¡Rudy, lo siento!”.

Rudy estaba sonriendo y volviéndose a colocar de pie.

“No te preocupes”, dijo. “Eso estuvo bien”.

Siguieron con el sparring. El resto de la sesión fue tranquila, y ninguno logró tocar al otro. Pero ahora todo esto le parecía bien. Mike Nevins tenía razón. Esta era exactamente la terapia que necesitaba.

Aún así, siguió preguntándose cuando sería capaz de borrar esos recuerdos.

“Tal vez nunca”, pensó.

*

Riley cortó su bistec con entusiasmo. El chef de El Grill de Blaine hacía un buen trabajo con varios platos menos convencionales, pero el entrenamiento de hoy en el gimnasio la había dejado deseando un buen bistec y una ensalada. Su hija April y su amiga Crystal habían ordenado hamburguesas. Blaine Hildreth, el padre de Crystal, estaba en la cocina, pero regresaría en poco tiempo para terminarse su dorado.

Riley miró alrededor del comedor confortable con un profundo sentimiento de satisfacción. Se dio cuenta que su vida no incluía suficientes noches cálidas como esta con amigos, familiares y una buena comida. Las escenas que su trabajo le presentaban eran a menudo feas e inquietantes.

En pocos días testificaría en una audiencia de libertad condicional para un asesino de niños que esperaba salir de la cárcel antes de tiempo. Y necesitaba asegurarse de que eso no sucediera.

Había cerrado un caso inquietante en Phoenix hace varias semanas. Ella y su compañero, Bill Jeffreys, habían atrapado a un asesino de prostitutas. A Riley aún le costaba sentir que había hecho mucho bien solucionando ese caso. Ahora sabía demasiado de un mundo de explotación de mujeres y niñas para su propia comodidad.

Pero estaba decidida a mantener tales pensamientos fuera de su mente ahora mismo. Sentía que se estaba relajando poco a poco. Comer en un restaurante con un amigo y sus hijas le recordaba cómo sería vivir una vida normal. Estaba viviendo en un hogar agradable y acercándose a un buen vecino.

Blaine volvió y se sentó. Riley no pudo evitar observar una vez más que era atractivo. Sus entradas lo hacían verse maduro, y estaba en forma.

“Lo siento”, dijo Blaine. “Este lugar opera bien sin mí cuando no estoy aquí, pero todos deciden que necesitan mi ayuda si estoy a la vista”.

“Sé cómo es eso”, dijo Riley. “Estoy esperando que la UAC se olvide de mí por un tiempo si me quedo fuera de vista”.

“Eso es imposible”, dijo April. “Te llamarán en poco tiempo. Pronto te dirigirás a otra parte del país”.

Riley suspiró. “Pudiera acostumbrarme a que no me estén llamando a todo momento”.

Blaine terminó un bocado de su dorado.

“¿Has pensado en cambiar de carrera?”, preguntó.

Riley se encogió de hombros. “¿Qué más haría? He sido un agente casi toda mi vida adulta”.

“Estoy seguro de que hay muchas cosas que una mujer con tus talentos podría hacer”, dijo Blaine. “La mayoría de ellas son más seguras que ser agente del FBI”.

Blaine lo pensó por un momento. “Puedo imaginarte de maestra”, añadió.

Riley se rio entre dientes. “¿Crees que eso es más seguro?”, preguntó.

“Depende dónde lo hagas”, dijo Blaine. “¿Y en la universidad?”.

“Esa es una buena idea, Mamá”, dijo April. “No tendrías que viajar todo el tiempo. Y aún ayudarías a las personas”.

Riley se quedó callada, analizando lo dicho. Dar clases en una universidad sería parecido a lo que había hecho en la Academia de Quántico. Le había gustado hacer eso. Siempre le daba la oportunidad de recargarse. Pero ¿querría ser profesora a tiempo completo? ¿Podría realmente pasar todos sus días dentro de un edificio sin actividad real?

Pinchó una seta con su tenedor.

“Podría convertirme en uno de estos”, pensó.

“¿Y convertirte en investigador privado?”, preguntó Blaine.

“No lo creo”, dijo Riley. “Desenterrar secretos sucios sobre parejas que están en pleno divorcio no me llama la atención”.

“Eso no es todo lo que hacen los investigadores privados”, dijo Blaine. “¿E investigar fraude de seguros? Tengo un cocinero que está recibiendo beneficios de discapacidad, dice que su espalda no está bien. Estoy seguro que está fingiendo, pero no puedo probarlo. Podrías empezar con él”.

Riley se echó a reír. Blaine estaba bromeando, obviamente.

“O podrías buscar personas desaparecidas”, dijo Crystal. “O mascotas desaparecidas”.

Riley se echó a reír de nuevo. “¡Eso sí me haría sentir que estoy haciendo algo realmente bueno en el mundo!”.

April ya no estaba involucrada en la conversación. Riley vio que estaba enviando mensajes de texto y riéndose. Crystal se inclinó sobre la mesa hacia Riley.

“April tiene un nuevo novio”, dijo Crystal. “No me agrada”, añadió silenciosamente.

A Riley le molestaba que su hija estaba ignorando a todos los demás en la mesa.

“Deja de hacer eso”, le dijo a April. “Es grosero”.

“¿Por qué es grosero?”, dijo April.

“Hemos hablado sobre esto”, dijo Riley.

April la ignoró y escribió un mensaje.

“Guárdalo”, dijo Riley.

“En un minuto, Mamá”, dijo April.

Riley sofocó un gemido. Desde hace mucho tiempo había aprendido que “en un minuto” significaba “nunca” en el mundo de los adolescentes.

Su teléfono celular vibró en ese momento. Se sintió enojada consigo misma por no apagarlo antes de salir de casa. Miró el teléfono y vio que era un mensaje de su compañero del FBI, Bill. Pensó en no leerlo, pero simplemente no podía hacer eso.

Cuando abrió el mensaje, levantó la mirada y vio a April sonriéndole. Su hija estaba disfrutando de la ironía. Silenciosamente furiosa, Riley leyó el mensaje de texto de Bill.

“Meredith tiene un nuevo caso. Quiere discutirlo con nosotros lo antes posible”.

En agente especial encargado Brent Meredith era el jefe de Bill y de Riley. Sentía una gran lealtad hacia él. No solo era un jefe bueno y justo, sino que alzó la voz en defensa de Riley varias veces cuando tuvo problemas en el trabajo. Sin embargo, Riley estaba determinada en no dejarse llevar, al menos no por los momentos.

“No puedo viajar ahora mismo”, le respondió.

“El caso es local”, respondió Bill.

Riley negó con la cabeza, abatida. Mantenerse firme no sería fácil.

“Después hablamos”, le respondió ella.

Bill no le respondió más, así que Riley guardó el teléfono en su cartera.

“Pensé que dijiste que eso era grosero, Mamá”, dijo April con una voz tranquila y taciturna.

April aún estaba enviando mensajes de texto.

“Ya terminé con el mío”, dijo, tratando de no sonar tan molesta como se sentía.

April la ignoró. El teléfono celular de Riley vibró de nuevo. Dijo una grosería en voz baja. Vio que el mensaje de texto era de Meredith.

“Te espero en la UAC mañana a las 9 AM”.

Riley estaba tratando de pensar en una forma de excusarse a sí misma cuando le llegó otro mensaje.

“Considéralo una orden”.

CAPÍTULO DOS

Riley se sintió horrible cuando vio las dos fotos en las pantallas que estaban encima de la mesa de la sala de conferencias de la UAC. Una era una foto de una chica despreocupada con ojos brillantes y una sonrisa. La otra era su cadáver, horriblemente demacrado y acostado con los brazos apuntando en direcciones extrañas. Riley sabía que debía haber otras víctimas como esta ya que había sido ordenada a asistir a esta reunión.

Sam Flores, un técnico de laboratorio inteligente con gafas negras, estaba andando la pantalla multimedia para los cuatro agentes sentados alrededor de la mesa.

“Estas fotos son de Metta Lunoe, diecisiete años de edad”, dijo Flores. “Su familia vive en Collierville, New Jersey. Sus padres denunciaron su desaparición en marzo, había escapado de casa”.

Vieron un enorme mapa de Delaware en la pantalla que indicaba una ubicación con un puntero.

Él dijo: “Su cuerpo apareció en un campo en las afueras de Mowbray, Delaware el dieciséis de mayo. Alguien había fracturado su cuello”.

Flores colocó otras fotos, una de otra chica joven vibrante, la otra mostrando su cuerpo casi irreconocible con brazos estirados de manera similar.

“Estas fotos son de Valerie Bruner, también de diecisiete años, una chica que se había escapado de Norbury, Virginia. Ella desapareció en abril”.

Flores señaló otra ubicación en el mapa.

“Su cuerpo fue encontrado en un camino de tierra cerca de Redditch, Delaware el 12 de junio. Obviamente el mismo MO del asesinato anterior. El agente Jeffreys tuvo la tarea de investigar”.

Esto sorprendió a Riley. ¿Cómo pudo Bill haber trabajado en un caso sin ella? Entonces lo recordó. Había estado hospitalizada en junio, recuperándose de su terrible experiencia en la jaula de Peterson. Aún así, Bill la había visitado con frecuencia en el hospital. Él nunca había mencionado que también estaba trabajando en este caso.

Se volvió hacia Bill.

“¿Por qué no me dijiste nada al respecto?”, preguntó.

El rostro de Bill se veía sombrío.

“No fue un buen momento”, dijo. “Tenías tus propios problemas”.

“¿Quién fue tu compañero?”, preguntó Riley.

“El agente Remsen”.

Riley reconocía el nombre. Bruce Remsen se había transferido a otra oficina antes de su regreso.

Después de una pausa, Bill agregó: “No pude resolver el caso”.

Ahora Riley podía leer su expresión y su tono de voz. Después de años de amistad y compañerismo, entendía a Bill como nadie. Y ella sabía que estaba profundamente decepcionado consigo mismo.

Flores colocó las fotos del médico forense de las espaldas desnudas de las chicas. Los cuerpos estaban tan descompuestos que apenas parecían reales. Ambas espaldas tenían cicatrices y verdugones.

Riley se sentía incómoda por todas partes. Esta sensación la sorprendía. ¿Desde cuándo se sentía revuelta al ver fotos de cadáveres?

Flores dijo: “Ambas estaban casi muertas de hambre cuando sus cuellos fueron fracturados. También habían sido muy golpeadas, probablemente durante un largo período de tiempo. Sus cuerpos fueron trasladados al lugar donde fueron encontradas post mórtem. No tenemos idea dónde fueron asesinadas realmente”.

Tratando de no dejar que su creciente inquietud la dominara, Riley pensó en las similitudes de este caso con los casos que ella y Bill habían resuelto durante los últimos meses. El llamado “asesino de las muñecas” había dejado los cuerpos de sus víctimas donde podían ser fácilmente encontrados, posados desnudos en posiciones grotescas que asemejaban muñecas. El “asesino de las cadenas” colgaba los cuerpos de sus víctimas, cubiertos violentamente en cadenas pesadas.

Ahora Flores colocó la foto de otra mujer joven, una pelirroja que se veía alegre. Junto a la foto había una de un auto Toyota destartado.

“Este carro pertenece a una inmigrante irlandesa de veinticuatro años llamada Meara Keagan”, dijo Flores. “Ella fue dada por desaparecida ayer por la mañana. Su carro fue hallado abandonado a las afueras de un edificio de apartamentos en Westree, Delaware. Trabajaba allí para una familia como criada y niñera”.

Ahora habló el agente especial Brent Meredith. Era un afroamericano sensato, intimidante y grande con rasgos angulares.

“Terminó de trabajar a las 11:00 de la noche”, dijo Meredith. “El carro fue encontrado la mañana siguiente”.

El agente especial encargado Carl Walder se inclinó hacia delante en su silla. Él era el jefe de Brent Meredith, era un hombre infantil con un rostro pecoso y pelo rizado color cobre. Él no le agradaba. Ella no creía que era muy competente. Tampoco ayudaba el hecho de que la había despedido una vez.

“¿Por qué creemos que esta desaparición está relacionada con los asesinatos anteriores?”, preguntó Walder. “Meara Keagan es mayor que las otras víctimas”.

Ahora Lucy Vargas intervino. Era una brillante joven novata con cabello oscuro, ojos oscuros y tez oscura.

“Puedes verlo en el mapa. Keagan desapareció en la misma zona donde los dos cuerpos fueron encontrados. Podría ser una coincidencia, pero no parece probable. No durante un período de cinco meses”.

A pesar de su creciente malestar, Riley se complació al ver a Walder hacer una mueca de dolor. Lucy lo había puesto en su lugar sin querer. Riley esperaba que no encontrara la forma de devolvérsela más adelante. Walder podía ser bastante ruin.

“Eso es correcto, agente Vargas”, dijo Meredith. “Nuestra suposición es que las jóvenes fueron secuestradas mientras hacían autoestop. Muy probable que en esta carretera que se extiende por la zona”. Señaló una línea específica en el mapa.

Lucy le preguntó: “¿El autoestopismo no está prohibido en Delaware? Obviamente puede ser difícil hacer cumplir esa ley”.

“Tienes razón sobre eso”, dijo Meredith. “Y esta no es una carretera interestatal, ni siquiera una carretera estatal, así que los autostopistas probablemente la utilizan. Al parecer el asesino también lo hace. Uno de los cuerpos fue encontrado junto a la carretera y los otros dos a menos de diez millas de ese. Keagan fue tomada aproximadamente sesenta millas al norte en esa misma ruta. Con ella usó un truco diferente. Si sigue su patrón habitual, podrá mantenerla hasta que casi muera de hambre. Entonces romperá su cuello y dejará su cuerpo botado de la misma forma”.

“No dejaremos que eso suceda”, dijo Bill con una voz firme.

Meredith dijo: “Agentes Paige y Jeffreys, quiero que se pongan a trabajar en este caso de inmediato”. Empujó una carpeta manila llena de fotos e informes hacia Riley. “Agente Paige, aquí está toda la información que necesitas para estar al corriente”.

Riley alcanzó la carpeta. Pero su mano se movió hacia atrás con un espasmo de angustia horrible.

“¿*Qué me pasa?*”, se preguntó.

Su cabeza estaba dando vueltas e imágenes borrosas comenzaron a formarse en su cerebro. ¿Era TEPT del caso de Peterson? No, era diferente. Era algo totalmente diferente.

Riley se levantó de su silla y huyó de la sala de conferencias. Las imágenes en su cabeza se agudizaron mientras caminó por el pasillo hacia su oficina.

Eran rostros, rostros de mujeres y niñas.

Vio a Mitzi, Koreen y Tantra, call girls jóvenes cuyo vestuario respetable enmascaraba su degradación, incluso de sí mismas.

Vio a Justine, una puta vieja encorvada con una copa en un bar, cansada y amargada y totalmente preparada para morir una muerte horrible.

Vio a Chrissy, prácticamente encarcelada en un burdel por su esposo proxeneta abusivo.

Y vio a Trinda, una muchacha de quince años que había vivido una pesadilla de explotación sexual que no la dejaba imaginar una vida diferente.

Riley llegó a su oficina y se desplomó en su silla. Ahora entendió su oleada de repugnancia. Las imágenes que había visto hace un momento habían sido el desencadenante. Habían traído a la superficie sus dudas más oscuras sobre el caso de Phoenix. Había detenido a un asesino brutal, pero ella no había logrado obtener justicia para las mujeres y las niñas que había conocido. Ese mundo de explotación seguía vivo. Ni siquiera había arañado la superficie de los males que soportaban.

Y ahora estaba más atormentada que nunca. Esto le parecía peor que el TEPT. Después de todo, podía darle rienda suelta a su rabia y horror privado en un gimnasio de sparring. No tenía forma de deshacerse de estos nuevos sentimientos.

¿Y podría trabajar en otro caso parecido al de Phoenix?

Entonces oyó la voz de Bill en la puerta.

“Riley”.

Ella levantó la mirada y vio a su pareja mirándola con una expresión triste. Estaba sosteniendo la carpeta que Meredith había intentado darle.

“Te necesito en este caso”, dijo Bill. “Es personal para mí. Me vuelve loco el hecho de que no pude resolverlo. Y no puedo evitar preguntarme si no di lo mejor de mí porque mi matrimonio se estaba desmoronando. Conocí a la familia de Valerie Bruner. Son buenas personas. Pero no me mantuve en contacto con ellos porque... bueno, los defraudé. Tengo que resolver este caso para ellos”.

Puso la carpeta en el escritorio de Riley.

“Solo échale un vistazo. Por favor”.

Salió de la oficina. Se quedó sentada mirando la carpeta en un estado de indecisión.

Ella no era así. Sabía que tenía que recuperarse.

Recordó algo de su tiempo en Phoenix mientras siguió analizando las cosas. Había sido capaz de salvar a una niña llamada Jilly. O al menos lo había intentado.

Ella sacó su teléfono y marcó el número de un refugio para adolescentes en Phoenix, Arizona. Escuchó una voz familiar al otro lado del teléfono.

“Habla Brenda Fitch”.

A Riley le alegró que Brenda contestara la llamada. Había logrado conocer a la trabajadora social durante su caso anterior.

“Hola, Brenda”, dijo. “Habla Riley. Quise llamar para ver cómo estaba Jilly”.

Jilly era una chica que Riley había rescatado de la trata de blancas, una morena flaca de trece años de edad. Jilly no tenía familia excepto por un padre abusivo. Riley llamaba cada cierto tiempo para averiguar cómo estaba Jilly.

Riley oyó a Brenda suspirar.

“Me alegra que siempre llames”, dijo Brenda. “Ojalá más personas mostraran más preocupación. Jilly todavía está con nosotros”.

A Riley se le cayó el alma. Esperaba que algún día le dijeran que Jilly se había ido con una bondadosa familia de acogida. Este no sería ese día. Riley estaba preocupada.

“La última vez que hablamos, tenías miedo de que tendrías que enviarla de regreso con su padre”.

“Ah, no, resolvimos eso de forma legal. Incluso tenemos una orden de restricción para mantenerlo lejos de ella”.

Riley dio un suspiro de alivio.

“Jilly pregunta mucho por ti”, dijo Brenda. “¿Quieres hablar con ella?”.

“Sí. Por favor”.

Brenda puso a Riley en espera. Riley de repente se preguntó si esta era una buena idea. Cada vez que hablaba con Jilly terminaba sintiéndose culpable. No sabía por qué se sentía de esa manera. Después de todo, había salvado a Jilly de una vida de explotación y abuso.

“¿Pero la salvé para qué cosa?”, se preguntaba. ¿Qué clase de vida esperaba por Jilly?

Oyó la voz de Jilly.

“Hola, agente Paige”.

“¿Cuántas veces debo decirte que no me llames así?”.

“Lo siento. Hola, Riley”.

Riley dejó escapar una risita.

“Hola, Jilly. ¿Cómo te has sentido?”.

“Supongo que bien”.

En ese momento cayó un silencio.

“Una adolescente típica”, pensó Riley. Siempre era difícil hacer que Jilly hablara.

“¿Qué haces?”, preguntó Riley.

“Me acabo de despertar”, dijo Jilly, sonando un poco aturdida. “Voy a desayunar”.

Riley luego se acordó que era más temprano en Phoenix.

“Siento llamarte tan temprano”, dijo Riley. “Sigo olvidando la diferencia horaria”.

“No te preocupes. Más bien es amable de tu parte el llamarme”.

Riley oyó un bostezo.

“¿Irás a la escuela hoy?”, preguntó Riley.

“Sí. Nos dejan salir todos los días de la prisión para hacer eso”.

Era un chiste constante de Jilly el comparar el refugio a una prisión. A Riley no le parecía muy gracioso.

Riley dijo: “Bueno, voy a dejarte desayunar y prepararte”.

“Oye, espera un momento”, dijo Jilly.

Hubo un momento de silencio. Riley pensó que oyó a Jilly sofocar un sollozo.

“Nadie me quiere, Riley”, dijo Jilly. Ahora estaba llorando. “Las familias de acogida siguen escogiendo a otras. No les gusta mi pasado”.

Riley estaba atónita.

“¿Su 'pasado'?”, pensó. “Dios, ¿cómo podría una niña de trece años tener un 'pasado'? ¿Qué le pasa a la gente?”.

“Lo siento”, dijo Riley.

Jilly habló dificultosamente a través de sus lágrimas.

“Es como... bueno, ya sabes, es... Riley, parece como si fueras la única persona a la cual le importo”.

La garganta de Riley le dolía y sus ojos le ardían. No podía responder.

Jilly dijo: “¿Podría irme a vivir contigo? No sería mucha molestia. Tienes una hija, ¿cierto? Ella podría ser como mi hermana. Podríamos cuidarnos. Te extraño”.

Riley no podía hablar.

“No... No creo que eso sea posible, Jilly”.

“¿Por qué no?”.

Riley se sintió devastada. La pregunta fue como un golpe en la cara.

“Solo... no es posible”, dijo Riley.

Todavía podía oír a Jilly llorando.

“Está bien”, dijo Jilly. “Tengo que ir a desayunar. Adiós”.

“Adiós”, dijo Riley. “Llamaré de nuevo pronto”.

Oyó un clic cuando Jilly finalizó la llamada. Riley se inclinó sobre su escritorio con lágrimas corriendo por sus mejillas. La pregunta de Jilly seguía haciendo eco en su cabeza...

“¿Por qué no?”.

Había miles de razones. Ya estaba bastante ocupada con April. Su trabajo

consumía demasiado de su tiempo y energía. ¿Y estaba preparada para lidiar con las cicatrices psicológicas de Jilly? Obviamente no.

Riley se secó las lágrimas y se sentó derecha. Caer en la autocompasión no ayudaría en nada. Ya era el momento de volver al trabajo. Niñas estaban siendo asesinadas, y ellas la necesitaban.

Ella cogió la carpeta y la abrió. ¿Era el momento de volver al campo de juego?

CAPÍTULO TRES

Diablito estaba sentado en el columpio del porche viendo a los niños pasar en sus disfraces de Halloween. Generalmente disfrutaba esta época del año. Pero le pareció una ocasión agridulce esta vez.

“¿Cuántos de estos niños estarán vivos en unas semanas?”, se preguntaba.

Él suspiró. Probablemente ninguno de ellos. La fecha límite estaba cerca y nadie le estaba prestando atención a sus mensajes.

Las cadenas del columpio estaban chirriando. Estaba lloviendo ligeramente, y esperaba que los niños no se enfermaran. Tenía una cesta de dulces en su regazo, y estaba siendo bastante generoso. Se estaba haciendo tarde, y pronto no habría más niños.

En la mente de Diablito, abuelo aún se estaba quejando, a pesar de haber muerto hace años. Y no importaba que Diablito era un adulto ahora, nunca estaba libre de ese viejo.

“Mira a ese con la capa y la máscara de plástico negra”, dijo el abuelo. *“Eso ni siquiera puede llamarse un disfraz”*.

Diablito esperaba que él y el abuelo no estuvieran a punto de tener otra pelea.

“Él está disfrazado de Darth Vader, abuelo”, dijo.

“No importa quién demonios se supone que es. Es un disfraz barato que fue comprado en una tienda. “Yo siempre hacía tus disfraces para Halloween”.

Diablito recordaba esos disfraces. Para convertirlo en una momia, abuelo lo había envuelto en sábanas rotas. Para convertirlo en un caballero en armadura brillante, abuelo le había puesto cartulina cubierta con papel de aluminio, y él había llevado una lanza hecha con un palo de escoba. Los disfraces del abuelo siempre eran creativos.

Aún así, Diablito no recordaba esos Halloween con cariño. Abuelo siempre maldecía y se quejaba mientras le colocaba esos trajes. Y cuando Diablito llegaba a casa luego de terminar de recoger dulces... Diablito se sintió como un niño pequeño en ese momento. Sabía que el abuelo siempre tenía razón. Diablito no siempre entendía el por qué, pero eso no importaba. El abuelo tenía razón, y él estaba equivocado. Así eran las cosas. Así es como siempre habían sido las cosas.

Diablito se había sentido aliviado cuando ya se había hecho demasiado mayor para seguir recogiendo dulces. Desde entonces, había estado libre para sentarse en el porche dándoles caramelos a los niños. Se sentía feliz por ellos. Le

alegraba que estuvieran disfrutando de su infancia, aunque él no había disfrutado de la suya.

Tres niños subieron hasta el porche. Un niño estaba disfrazado de El Hombre Araña, una chica de Gatúbela. Se veían como de nueve años de edad. El disfraz del tercer niño hizo a Diablito sonreír. Una niña de siete años llevaba un traje de abejorro.

“¡Dulce o truco!”, gritaron todos frente a Diablito.

Diablito se rio entre dientes y rebuscó entre la cesta para dulces. Les entregó los dulces a los niños. Ellos le dieron las gracias y se fueron.

“*¡Deja de darles dulces!*”, gruñó el abuelo. “*¿Cuándo vas a dejar de alentar a los pequeños bastardos?*”.

Diablito había estado desafiando al abuelo durante un par de horas. Tendría que pagar por ello más tarde.

Mientras tanto, el abuelo todavía estaba quejándose. “*No olvides que tenemos trabajo por hacer mañana en la noche*”.

Diablito no respondió, solo escuchaba el columpio del porche chirriar. No, no olvidaría lo que tenía que hacer mañana por la noche. Era un trabajo sucio, pero tenía que hacerlo.

*

Libby Clark siguió a su hermano y a su primo al bosque oscuro que estaba detrás de todos los patios del vecindario. Ella no quería estar allí, quería estar en su cama.

Su hermano, Gary, estaba liderando el camino con una linterna. Se veía extraño con su disfraz de El Hombre Araña. Su prima Denise seguía a Gary en su traje de Gatúbela. Libby estaba trotando detrás de ambos.

“Apúrense”, dijo Gary, avanzando.

Se deslizó entre dos arbustos fácilmente. Denise lo siguió, pero el traje de Libby era grande y se quedó atrapado en unas ramas. Ahora tenía algo nuevo que temer. Si arruinaba el disfraz de abejorro, mamá se volvería loca. Libby logró desenredarse y corrió para alcanzarlos.

“Quiero irme a casa”, dijo Libby.

“Adelante”, dijo Gary, avanzando a buen ritmo.

Per Libby tenía miedo de regresar. Habían avanzado demasiado ya. No se atrevía a volver sola.

“Tal vez todos deberíamos regresar”, dijo Denise. “Libby está asustada”.

Gary se detuvo y se dio la vuelta. Libby quería ser capaz de ver su rostro detrás de esa máscara.

“¿Qué pasa, Denise?”, dijo. “¿También estás asustada?”.

Denise se echó a reír de los nervios.

“No”, dijo. Libby sabía que estaba mintiendo.

“Entonces sigamos”, dijo Gary.

El pequeño grupo siguió moviéndose. El suelo estaba empapado y lodoso, y Libby estaba en malezas húmedas que llegaban hasta sus rodillas. Por lo menos había dejado de llover. La luna estaba comenzando a salir de detrás de las nubes. Pero también había más frío, y Libby estaba húmeda y estaba temblando, y tenía mucho, mucho miedo.

Los árboles y arbustos finalmente dieron a un gran claro. Vapor se elevaba de la tierra mojada. Gary, Denise y Libby se detuvieron justo en el borde del espacio.

“Aquí está”, susurró Gary, señalando. “Miren, es un cuadrado, como si debía haber una casa o algo más allí. Pero no hay una casa. No hay nada allí. Ni los árboles ni los arbustos pueden crecer aquí. Solo malas hierbas. Eso es porque esta tierra está maldita. Aquí habitan fantasmas”.

Libby recordó lo que su papá le había dicho.

“Los fantasmas no existen”.

Aún así, sus rodillas temblaban. Tenía miedo de orinarse encima. Eso no le gustaría a mamá.

“¿Qué son esas?”, preguntó Denise.

Ella señaló a dos formas alzándose de la tierra. A Libby le parecían grandes tuberías que fueron dobladas en la parte superior, y estaban casi completamente cubiertas de hiedra.

“No lo sé”, dijo Gary. “Me recuerdan a los periscopios de los submarinos. Tal vez los fantasmas nos están observando. Ve a echar un vistazo, Denise”.

Denise dejó escapar una risa.

“¡Échale un vistazo tú!”, dijo Denise.

“Está bien, lo haré”, dijo Gary.

Gary caminó hacia el claro y se acercó a una de las formas. Se detuvo en seco a un metro de ella. Luego se dio la vuelta y se unió de nuevo a su prima y su hermana.

“No sé qué es”, dijo.

Denise dejó escapar una risa de nuevo. “¡Eso es porque ni siquiera miraste!”, dijo.

“Sí lo hice”, dijo Gary.

“¡No lo hiciste! ¡Ni siquiera te acercaste!”.

“Sí me acerqué. Si estás tan curiosa, échale un vistazo tú misma”.

Denise se quedó callada por un momento, luego comenzó a acercarse a la forma. Logró acercarse un poco más que Gary, pero entonces se regresó trotando sin detenerse.

“Tampoco sé qué es”, dijo.

“Es tu turno, Libby”, dijo Gary.

El miedo de Libby estaba comenzando a abrumarla.

“No la hagas ir, Gary”, dijo Denise. “Ella es muy pequeña”.

“No es muy pequeña. Está creciendo. Es hora de qué actúe”.

Gary le dio a Libby un empujón fuerte. Se encontró un metro dentro del claro. Se dio la vuelta y trató de regresar, pero Gary estiró su mano para detenerla.

“No”, dijo. “Denise y yo fuimos. Tienes que ir también”.

Libby tragó grueso y se dio la vuelta al gran espacio con sus dos cosas dobladas. Tenía la sensación escalofriante de que podrían estar mirándola también.

Recordó las palabras de su papá de nuevo...

“Los fantasmas no existen”.

Su papá no mentiría sobre algo como eso. ¿A qué le tenía miedo de todos modos?

Además, estaba enojándose con Gary por portarse como un bravucón. Estaba casi igual de molesta que de asustada.

“Ya lo verá”, pensó.

Sus piernas aún temblando, dio paso tras paso hacia el espacio cuadrado grande. Mientras caminaba hacia lo metálico, Libby realmente se sentía más valiente.

Cuando logró acercarse bastante, más de lo que Gary o Denise se habían acercado, se sintió muy orgullosa de sí misma. Aún así, no sabía qué era lo que estaba mirando.

Con más coraje que hasta incluso pensaba que tenía, extendió su mano hacia la forma. Empujó sus dedos entre las hojas de hiedra, con la esperanza de que su mano no fuera comida o que quizás le sucediera algo peor. Sus dedos se acercaron al tubo metálico.

“¿Qué es esto?”, se preguntó.

Sintió una ligera vibración en la tubería. Y escuchó algo. Parecía que el sonido venía de la tubería.

Se inclinó bastante a la tubería. El sonido era débil, pero sabía que no lo estaba imaginando. El sonido era real, y era el de una mujer llorando y gimiendo.

Libby alejó su mano de la tubería. Estaba demasiado asustada como para moverse o hablar o gritar o hacer cualquier cosa. No podía ni siquiera respirar. Se sentía como aquella vez en la que se había caído de un árbol de espalda y no había podido respirar por unos segundos.

Sabía que debía alejarse. Pero se quedó congelada al lugar. Fue como si tuviera que decirle a su cuerpo cómo moverse.

“Date la vuelta y corre”, pensó.

Pero simplemente no pudo hacerlo por unos segundos terroríficos.

Sus piernas parecieron comenzar a correr por sí solas, y se encontró corriendo hacia el borde del claro. Estaba aterrada de que algo realmente malo la jalara.

Cuando llegó al borde del bosque, se inclinó, esforzándose para poder respirar. Ahora entendió que no había estado respirando todo este tiempo.

“¿Qué pasa?”, preguntó Denise.

“¡Un fantasma!”, dijo Libby entre jadeos. “¡Escuché a un fantasma!”.

No esperó una respuesta. Se fue corriendo de regreso por el mismo camino por el que habían venido. Oyó a su hermano y a su prima corriendo detrás de ella.

“¡Oye Libby, detente!”, gritó su hermano. “¡Espéranos!”.

Pero no había forma de que dejara de correr hasta que estuviera a salvo en su casa.

CAPÍTULO CUATRO

Riley tocó la puerta del dormitorio de April. Era mediodía, y ya le parecía hora de que su hija se despertara. Pero la respuesta que obtuvo no era la que había estado esperando.

“¿Qué quieres?”, fue la respuesta taciturna que recibió desde dentro de la habitación.

“¿Dormirás todo el día?”, preguntó Riley.

“Ya estoy despierta. Bajaré en un minuto”.

Con un suspiro, Riley volvió a bajar las escaleras. Deseaba que Gabriela estuviera aquí, pero siempre tomaba tiempo libre los domingos.

Riley se sentó en el sofá. April se había portado taciturna y distante todo el día de ayer. Riley no había sabido cómo aliviar la tensión no identificada entre ellas, y se había sentido aliviada cuando April había ido a una fiesta de Halloween en la noche. Como había sido en casa de una amiga a un par de cuadras, Riley no se había preocupado. Al menos no hasta que se hizo la una de la mañana y su hija aún no había llegado.

Afortunadamente, April había llegado mientras Riley seguía indecisa sobre si actuar o no. Pero April había entrado e ido directo a la cama sin decirle dos palabras a su madre. Y, hasta el momento, no se veía más dispuesta a comunicarse esta mañana.

Riley se sentía aliviada de que estaba en casa para lidiar con lo que sea que estaba pasando. Aún no se había comprometido con el nuevo caso, y seguía indecisa al respecto. Bill siguió manteniéndola al tanto, así que sabía que ayer él y Lucy Vargas habían ido a investigar la desaparición de Meara Keagan. Habían entrevistado a la familia para la que Meara había estado trabajando y también sus vecinos en su edificio de departamentos. No habían obtenido pistas.

Hoy Lucy estaba haciéndose cargo de una búsqueda general, coordinando a varios agentes que estaban repartiendo volantes con la foto de Meara. Mientras tanto, Bill estaba esperando nada pacientemente para que Riley tomara una decisión.

Pero no tenía que decidirlo de inmediato. Todos los de Quántico entendían que Riley no estaría disponible mañana. Uno de los primeros asesinos que había llevado ante la justicia ya podía optar por libertad condicional en Maryland. No testificar en esa audiencia simplemente era imposible.

Mientras Riley reflexionaba sus opciones, April bajó por las escaleras completamente vestida. Entró en la cocina sin siquiera mirar a su madre. Riley se puso de pie y la siguió.

“¿Qué tenemos para comer?”, le preguntó April, mirando dentro del refrigerador.

“Puedo prepararte el desayuno”, dijo Riley.

“No te preocupes, encontraré algo”.

April sacó un trozo de queso y cerró la puerta del refrigerador. Se cortó una rodaja de queso en el mostrador de la cocina y se sirvió una taza de café. Le añadió crema y azúcar al café, se sentó en la mesa de la cocina y comenzó a morder el queso.

Riley se sentó con su hija.

“¿Qué tal estuvo la fiesta?”, preguntó Riley.

“Estuvo normal”.

“Llegaste a casa un poco tarde”.

“No, no fue así”.

Riley decidió no discutir. Tal vez una de la madrugada realmente no era tarde para los chicos de quince años de edad que estaban de fiesta. ¿Cómo lo sabría?

“Crystal me dijo que tienes un novio”, dijo Riley.

“Sí”, dijo April, bebiéndose su café.

“¿Cuál es su nombre?”.

“Joel”.

Después de unos momentos de silencio, Riley le preguntó: “¿Cuántos años tiene?”.

“No lo sé”.

Riley sintió un nudo de ansiedad y enojo en la garganta.

“¿Cuántos años tiene?”, repitió Riley.

“Tiene quince. Igual que yo”.

Riley se sentía segura de que April estaba mintiendo.

“Quisiera conocerlo”, dijo Riley.

April puso los ojos en blanco. “Dios, Mamá. ¿Dónde creciste? ¿En los años cincuenta o algo?”.

Riley se sintió incomodada.

“No creo que eso sea irrazonable”, dijo Riley. “Haz que venga a la casa y preséntamelo”.

April bajó su taza de café tan fuertemente que derramó un poco sobre la mesa.

“¿Por qué tratas de controlarme todo el tiempo?”, espetó.

“No estoy tratando de controlarte. Solo quiero conocer a tu novio”.

Por unos momentos, April se quedó callada mirando su café fijamente con una expresión taciturna. Entonces se levantó de la mesa y salió enfadada de la cocina.

“¡April!”, gritó Riley.

Riley siguió a April. April fue a la puerta principal y agarró su cartera, que colgaba en el perchero.

“¿Adónde vas?”, dijo Riley.

April no respondió. Ella abrió la puerta y salió, cerrando la puerta de golpe.

Riley se quedó atónita por unos momentos. Riley pensó que April regresaría al instante.

Ella esperó un minuto. Luego se fue a la puerta, la abrió y miró por la calle. No vio a April por ningún lado.

Riley sintió el sabor amargo de la decepción en su boca. Se preguntaba cómo las cosas se habían puesto así. Había tenido momentos difíciles con April en el pasado. Pero cuando las tres, Riley, April y Gabriela, se habían mudado a esta casa adosada durante el verano, April había estado muy feliz. Se había hecho amiga de Crystal y había estado bien cuando comenzó la escuela en septiembre.

Pero ahora, apenas dos meses después, April había pasado de ser una adolescente feliz a ser una adolescente taciturna. ¿Su TEPT había regresado? April había sufrido una reacción retrasada después de que el asesino llamado Peterson la enjaulara y tratara de matarla. Pero había estado viéndose con una buena terapeuta y parecía estar lidiando con esos problemas.

Aún parada en la puerta abierta, Riley sacó su teléfono celular de su bolsillo y le envió un mensaje de texto a April.

“Vuelve aquí. Ahora mismo”.

El mensaje de texto fue marcado “entregado”. Riley esperó. Nada sucedió. ¿April dejó su celular en casa? No, no era posible. April había agarrado su cartera a la salida, y ella nunca salía sin su teléfono celular.

Riley siguió mirando su teléfono. El mensaje aún seguía marcado como “entregado”, no “leído”. ¿April simplemente estaba ignorando su mensaje de texto?

En ese momento, Riley se sentía bastante segura de que sabía dónde estaba April. Ella cogió una llave de una mesa cerca de la puerta y salió a su pequeño porche delantero. Bajó las escaleras de su casa adosada y pasó por el césped a la siguiente unidad, donde vivían Blaine y Crystal. Tocó el timbre de la puerta mientras miraba su teléfono celular.

Cuando Blaine contestó la puerta y la vio, su rostro se iluminó en una sonrisa.

“Hola”, dijo. “Qué agradable sorpresa. ¿Qué te trae por estos lados?”.

Riley balbuceó con torpeza.

“Me preguntaba si... ¿April está aquí? ¿Visitando a Crystal?”.

“No”, dijo. “Crystal tampoco está aquí. Dijo que fue a la cafetería. La que está cerca”.

Blaine frunció el ceño con preocupación.

“¿Qué pasa?”, dijo. “¿Hay algún problema?”.

Riley gimió. “Tuvimos una pelea”, dijo. “Salió de la casa enojada. Tenía la esperanza de que vendría aquí. Creo que está ignorando mi mensaje de texto”.

“Pasa adelante”, dijo Blaine.

Riley lo siguió a la sala de estar. Ambos se sentaron en el sofá.

“No sé qué está pasando por ella”, dijo Riley. “No sé qué está pasando con nosotras”.

Blaine sonrió con nostalgia.

“Sé cómo se siente”, dijo.

Riley estaba un poco sorprendida.

“¿En serio?”, preguntó. “Siempre me parece que tú y Crystal se llevan perfectamente”.

“La mayoría de las veces, claro”. Pero desde que es adolescente, la situación se vuelve inestable a veces”.

Blaine miró a Riley con simpatía por un momento.

“No me digas”, dijo. “Tiene algo que ver con un novio”.

“Aparentemente”, dijo Riley. “Ella no me dice nada sobre él. Y se niega a presentármelo”.

Blaine negó con la cabeza.

“Ambas están en esa edad”, dijo. “Tener un novio es una cuestión de vida o muerte. Crystal aún no tiene uno, y eso me parece bien a mí, pero no a ella. Está muy desesperada al respecto”.

“Creo que yo también lo estaba a esa edad”, dijo Riley.

Blaine dejó escapar una risita. “Créeme, cuando yo tenía quince años, lo único que pensaba era en las chicas. ¿Quieres café?”.

“Sí, gracias. Negro estaría bien”.

Blaine entró a la cocina. Riley miró a su alrededor, notando una vez más lo bien decorada que estaba su casa. Blaine definitivamente tenía buen gusto.

Blaine volvió con dos tazas de café. Tomó un sorbo. Estaba delicioso.

“Te juro que no sabía en lo que me estaba metiendo cuando me convertí en madre”, dijo. “Creo que no ayudó que era demasiado joven para eso”.

“¿Qué edad tenías tú?”.

“Veinticuatro”.

Blaine echó su cabeza hacia atrás y se echó a reír.

“Yo era menor. Me casé a los veintiuno. Pensé que Phoebe era la chica más hermosa que jamás había visto. Súper sexy. Pasé por alto el hecho de que ella

también era bipolar y ya bebía mucho”.

Riley estaba más y más interesada. Sabía que Blaine se había divorciado y hasta allí. Parecía que ella y Blaine habían cometido errores comunes en su juventud. Había sido demasiado fácil para ellos ver la vida a través del resplandor de la atracción física.

“¿Cuánto tiempo duró su matrimonio?”, preguntó Riley.

“Nueve años. Debimos haberlo terminado mucho antes. Yo debí haberlo terminado. Seguía pensando que podía rescatar a Phoebe. Fue una idea estúpida. Crystal nació cuando Phoebe tenía veintiún años y yo tenía veintidós, era estudiante en la escuela de chef. Éramos demasiado pobres y demasiado inmaduros. Nuestro próximo bebé nació muerto, y Phoebe nunca lo superó. Se volvió casi completamente alcohólica. Se volvió abusiva”.

La mirada de Blaine estaba lejana. Riley sentía que estaba reviviendo recuerdos amargos de los que no quería hablar.

“Cuando llegó April, estaba en entrenamiento para ser agente del FBI”, dijo. “Ryan quería que renunciara a ello, pero yo no quería. Estaba empeñado en convertirse en un abogado exitoso. Bueno, ambos tenemos la carrera que queríamos. Simplemente no teníamos nada en común como para seguir juntos. No pudimos sentar las bases para un matrimonio”.

Riley se quedó callada bajo la mirada compasiva de Blaine. Se sentía aliviada de poder hablar con otro adulto sobre todo esto. Estaba empezando a darse cuenta de que era casi imposible sentirse incómoda alrededor de Blaine. Sentía como si pudiera hablar con él sobre cualquier cosa.

“Blaine, estoy desgarrada ahora mismo”, dijo. “Realmente me necesitan en un caso importante. Pero las cosas están tan mal en casa. Siento que no estoy pasando suficiente tiempo con April”.

Blaine sonrió.

“Ah, sí. El viejo dilema del trabajo versus la familia. Lo conozco bien. Créeme, ser el dueño de un restaurante ocupa bastante de mi tiempo. Dedicarle tiempo a Crystal es un reto”.

Riley miró los ojos azules de Blaine.

“¿Cómo encontraste un equilibrio?”, preguntó.

Blaine se encogió de hombros.

“No lo encontré”, dijo. “No hay suficiente tiempo para todo. Pero no tiene sentido castigarte por no ser capaz de hacer lo imposible. Créeme, renunciar a tu carrera no es una solución. Phoebe trató de ser ama de casa. Eso fue parte de lo que la volvió loca. Solo tienes que aceptarlo”.

Riley sonrió. Le parecía una idea maravillosa, aceptarlo y ya. Tal vez ella podría hacerlo. Realmente parecía posible.

Ella tomó la mano de Blaine y la apretó. Riley sentía una tensión deliciosa entre ellos. Por un momento, pensó que tal vez podría quedarse con Blaine por un rato, ahora que sus hijas estaban ocupadas en otra parte. Tal vez ella podría...

Pero aún cuando los pensamientos comenzaron a formarse en su mente, sintió que se estaba alejando de él. No estaba lista para actuar en estas nuevas sensaciones.

Alejó su mano suavemente.

“Gracias”, dijo. “Mejor me voy. Quizás April ya llegó a casa”.

Se despidió de Blaine. Tan pronto como caminó por la puerta, su teléfono vibró. Era un mensaje de texto de April.

“Acabo de recibir tu mensaje de texto. Lamento haber actuado así. Estoy en la cafetería. Regresaré pronto”.

Riley suspiró. Simplemente no tenía ni idea qué responder. Parecía mejor no responder en absoluto. Ella y April tendrían una conversación seria más tarde.

Riley acababa de entrar en su casa cuando su teléfono vibró de nuevo. Era una llamada de Ryan. Su ex era la última persona con la que quería hablar en estos momentos. Pero sabía que seguiría dejando mensajes si no hablaba con él ahora. Aceptó la llamada.

“¿Qué quieres, Ryan?”, preguntó bruscamente.

“¿Este es un mal momento?”.

Riley quería decirle que ningún momento era bueno. Pero se guardó ese pensamiento.

“No, supongo”, dijo.

“Estaba pensando en ir a visitarlas”, dijo. “Quisiera hablar con ambas”.

Riley sofocó un gemido. “Preferiría que no hicieras eso”.

“Pensé que dijiste que este no era un mal momento”.

Riley no respondió. Este era típico Ryan, torciendo sus palabras para tratar de manipularla.

“¿Cómo está April?”, preguntó Ryan.

Casi resopló de risa. Sabía que solo estaba tratando de entablar una conversación.

“Qué amable de tu parte preguntarlo”, dijo Riley sarcásticamente. “Ella está bien”.

Obviamente era una mentira. Pero incorporar a Ryan era lo que menos ayudaría a mejorar las cosas.

“Mira, Riley...”, dijo Ryan. “He cometido muchos errores”.

“No me digas”, pensó Riley. Se quedó callada.

Después de unos minutos, Ryan dijo: “Las cosas no han estado muy bien últimamente”.

Riley siguió guardando silencio.

“Bueno, solo quería asegurarme de que April y tú estuvieran bien”.

Riley apenas podía creer su descaro.

“Estamos bien. ¿Por qué lo preguntas? ¿Se te fue una de tus novias, Ryan?
¿O las cosas van mal en la oficina?”.

“Estás siendo muy duro conmigo, Riley”.

Para ella, estaba siendo lo más amable posible. Ella entendía la situación. Ryan debía sentirse solo ahora misma. La mujer de mundo que se había mudado con él después del divorcio debió haberse ido, o alguna nueva aventura se habría acabado.

Sabía que Ryan no soportaba estar solo. Siempre regresaría a Riley y April como último recurso. Si ella lo dejaba volver, solo duraría hasta que otra mujer llamara su atención.

Riley dijo: “Creo que deberías arreglar las cosas con tu última novia. O con la anterior. Ni siquiera sé con cuántas has estado desde que nos divorciamos. ¿Con cuántas, Ryan?”.

Oyó un leve jadeo en el teléfono. Riley sin duda había tenido razón.

“Ryan, la verdad es que *no* es un buen momento”.

Era la verdad. Acababa de tener una visita agradable con un hombre que le gustaba. ¿Por qué estropearlo ahora?

“¿Cuándo será un buen momento?”, preguntó Ryan.

“No lo sé”, dijo Riley. “Te lo haré saber. Adiós”.

Finalizó la llamada. Había estado caminando de un lado a otro desde que había comenzado a hablar con Ryan. Se sentó y respiró profundamente para calmarse.

Le envió un mensaje de texto a April.

“Es mejor que llegues a casa ahora mismo”.

Recibió una respuesta unos segundos después.

“Está bien. Voy en camino. Lo siento, mamá”.

Riley suspiró. April sonaba bien ahora. Probablemente lo estaría por un rato. Pero algo no estaba bien.

¿Qué estaba pasando con ella?

CAPÍTULO CINCO

En su guarida poco iluminada, Diablito caminó frenéticamente de un lado a otro entre los cientos de relojes, tratando de alistar todo. Faltaban solo unos minutos para la medianoche.

“¡Arregla el que tiene el caballo!”, gritó el abuelo. *“¡Tiene un atraso de un minuto!”*.

“Voy a eso”, dijo Diablito.

Diablito sabía que sería castigado de todos modos, pero sería especialmente horrible si no lograba alistar todo a tiempo. Ahora tenía las manos llenas con otros relojes.

Arregló el reloj con las flores metálicas que tenía cinco minutos de retraso. Entonces abrió un reloj de pie y movió la manecilla de minuto solo un poco a la derecha.

Revisó el gran reloj con cuernos de venado. Se atrasaba a menudo, pero se veía bien ahora. Finalmente fue capaz de arreglar el reloj con el caballo. Tenía siete minutos de retraso.

“Qué más”, se quejó el abuelo. “Ya sabes qué hacer ahora”.

Diablito obedientemente fue a la mesa y cogió el látigo. Era un gato de nueve colas, y el abuelo había comenzado a golpearlo con él cuando era demasiado joven.

Caminó hacia el final de la guarida que estaba separada por una alambrada. Detrás de la cerca estaban las cuatro cautivas, sin muebles excepto las literas de madera sin colchones. Había un armario detrás de ellas que servía de baño. El hedor había dejado de molestar a Diablito hace un tiempo.

La mujer irlandesa que había secuestrado hace un par de noches lo miraba atentamente. Después de su larga dieta de migas y agua, las otras estaban debilitadas y desgastadas. Dos de ellas rara vez hacían otra cosa que llorar y gemir. La cuarta solo estaba sentada en el piso cerca de la valla, encogida y cadavérica. Ella no hacía ruido en absoluto. Apenas parecía estar viva.

Diablito abrió la puerta de la jaula. La mujer irlandesa saltó hacia adelante, tratando de escapar. Diablito atacó su rostro ferozmente con el látigo. Ella se echó para atrás. Azotó su espalda una y otra vez. Sabía por experiencia que le dolería bastante, incluso a través de su blusa rota, especialmente sobre las ronchas y los cortes que ya le había causado.

Entonces mucho ruido llenó el aire cuando todos los relojes comenzaron a sonar la medianoche. Diablito sabía lo que tenía que hacer ahora.

Mientras los relojes seguían sonando, se apresuró hacia la mujer más débil y flaca, la que parecía apenas estar viva. Ella lo miró con una expresión extraña. Era la única persona que había estado aquí lo suficiente como para saber lo que iba a hacer a continuación. Parecía casi como si estuviera lista para ello, tal vez incluso hasta le daba la bienvenida.

Diablito no tenía otra opción.

Se agachó junto a ella y rompió su cuello.

Miró fijamente a un reloj antiguo adornado al otro lado de la valla mientras la vida abandonó su cuerpo. Una Muerte tallada a mano estaba caminando hacia adelante y hacia atrás en frente de él, vestida con una bata, su cráneo sonriente mostrándose por debajo de su capucha. Era el reloj favorito de Diablito.

El ruido circundante fue bajando de intensidad lentamente. Pronto no escuchó ningún sonido en absoluto excepto el coro de los relojes y el lloriqueo de las mujeres que aún estaban vivas.

Diablito colocó a la chica muerta sobre su hombro. Era tan ligera que no le tomó ningún esfuerzo en absoluto. Abrió la jaula, salió de ella y la cerró detrás de él.

Sabía que había llegado el momento.

CAPÍTULO SEIS

“Una muy buena actuación”, pensó Riley.

La voz de Larry Mullins estaba temblando un poco. Mientras terminaba su declaración preparada para la junta de libertad condicional y para las familias de sus víctimas, sonaba como si estuviera a punto de llorar.

“He tenido quince años para mirar atrás”, dijo Mullins. “Todos los días estoy lleno de pesar. No puedo volver atrás y cambiar lo que pasó. Yo no puedo traer a Nathan Betts y a Ian Harter a la vida. Pero me quedan años para hacer una contribución significativa a la sociedad. Por favor denme la oportunidad de hacerlo”.

Mullins se sentó. Su abogado le entregó un pañuelo y él limpió sus ojos, aunque Riley no vio lágrimas reales.

El consejero y administrador de casos deliberaron en susurros. También lo hicieron los miembros de la junta de libertad condicional.

Riley sabía que pronto sería su turno para testificar. Mientras tanto estudió el rostro de Mullins.

Ella lo recordaba bien y pensaba que no había cambiado mucho. Incluso entonces, había estado bien arreglado y era bien hablado y tenía un aire de inocencia. Si estaba más endurecido, lo escondía bien detrás de sus expresiones de tristeza extrema. En ese entonces había estado trabajando de niño.

Lo que impactó a Riley fue lo poco que había envejecido. Había tenido veinticinco años cuando había ido a la cárcel. Tenía la misma expresión amable y juvenil que había tenido en aquel entonces.

No podía decir lo mismo con los padres de las víctimas. Las dos parejas se veían prematuramente viejas y quebrantadas de espíritu. A Riley le dolía el corazón por todos sus años de pena y aflicción.

Ella deseaba haber sido capaz de hacer lo correcto para ellos desde el principio. También lo había querido su primer compañero del FBI, Jake Crivaro. Había sido uno de los primeros casos de Riley como agente, y Jake había sido un excelente mentor.

Larry Mullins había sido detenido bajo la acusación de la muerte de un niño en un parque infantil. Durante su investigación, Riley y Jake encontraron que otro niño había muerto en circunstancias idénticas mientras estaba bajo el cuidado de Mullins en una ciudad diferente. Ambos niños habían sido sofocados.

Cuando Riley había arrestado a Mullins, le había leído sus derechos y lo había esposado, su expresión irónica y llena de superioridad casi que había

admitido su culpa.

“Buena suerte”, le había dicho sarcásticamente.

Ciertamente, la suerte se había vuelto en contra de Riley y Jake justo cuando Mullins estuvo bajo custodia. Negó haber cometido los asesinatos. Y a pesar de los mejores esfuerzos de Riley y de Jake, la evidencia contra él no era muy impactante. Había sido imposible determinar cómo los niños habían sido sofocados, y no había sido encontrada ningún arma asesina. Mullins solo había admitido haberlos perdido de vista. Había negado haberlos asesinado.

Riley recordó lo que el fiscal general les había dicho a ella y a Jake.

“Tenemos que tener cuidado, o el bastardo podrá quedar libre. Si tratamos de procesarlo por todos los cargos posibles, perderemos todo. No podemos demostrar que Mullins fue la única persona que tenía acceso a los niños cuando fueron asesinados”.

Luego vino la oportunidad de negociar la declaración. Riley odiaba las declaraciones negociadas. Su odio por ellas había comenzado con ese caso. El abogado de Mullins había ofrecido el trato. Mullins se declararía culpable de ambos asesinatos, pero no como asesinatos premeditados, y sus sentencias serían simultáneas.

Era un trato horrible. Ni siquiera tenía sentido. Si Mullins realmente había matado a los niños, ¿cómo podría haber sido simplemente negligente? Las dos conclusiones eran totalmente contradictorias. Pero el fiscal no vio otra alternativa que aceptarlo. A Mullins le dieron treinta años de cárcel con la posibilidad de libertad condicional o libertad anticipada por buena conducta.

Las familias se habían sentido destrozadas y horrorizadas. Habían culpado a Riley y a Jake por no hacer su trabajo. Jake se retiró tan pronto como terminó el caso, se había vuelto un hombre amargado y enojado.

Riley les había prometido a las familias de los chicos que haría todo lo posible para mantener a Mullins tras las rejas. Hace unos días, los padres de Nathan Betts habían llamado a Riley para informarle sobre la audiencia de libertad condicional. Había llegado el momento para que cumpliera su promesa.

Los susurros generales llegaron a su fin. La oficial de audiencias Julie Simmons miró a Riley.

“Entiendo que Riley Paige, la agente especial del FBI, quisiera hacer una declaración”, dijo Simmons.

Riley tragó grueso. Había llegado el momento para el que se había estado preparando por quince años. Sabía que la junta de libertad condicional estaba familiarizada con todas las pruebas, tan incompletas como eran. No tenía sentido repasar la evidencia de nuevo. Tenía que hacerlo más personal.

Ella se levantó y comenzó a hablar:

“Según tengo entendido, Larry Mullins tiene la oportunidad de salir en libertad condicional porque es un 'prisionero ejemplar’“. Con una nota de ironía, agregó: “Sr. Mullins, lo felicito por su logro”.

Mullins asintió con la cabeza, su rostro mostrando ninguna expresión. Riley continuó.

“Comportamiento ejemplar', ¿qué significa eso exactamente? Me parece que tiene menos que ver con lo que ha hecho que con lo que no ha hecho. No ha roto las reglas de la prisión. Se ha comportado. Eso es todo”, dijo.

Riley luchó para mantener su voz firme.

“Honestamente, no me sorprende. No hay niños en la prisión para matar”.

Escuchó jadeos y murmullos en la sala. La sonrisa de Mullins se volvió una mirada llena de furia.

“Discúlpeme”, dijo Riley. “Sé que Mullins nunca se declaró culpable por asesinato premeditado, y la fiscalía nunca buscó ese veredicto. Pero él se declaró culpable igualmente. Mató a dos niños. No hay ninguna forma de que pudo haberlo hecho con buenas intenciones”.

Pausó por un momento, eligiendo sus siguientes palabras cuidadosamente. Ella quería provocar a Mullins para que mostrara su ira, para que mostrara quién era de verdad. Pero el hombre sabía que el hacerlo arruinaría su récord de buena conducta y que nunca saldría. Su mejor estrategia era hacer que los miembros de la junta afrontaran la realidad de lo que había hecho.

“Vi el cuerpo sin vida del niño de cuatro años Ian Harter el día después de su asesinato. Parecía estar dormido con los ojos abiertos. La muerte se había llevado toda su expresión, y su rostro estaba pacífico. Aún así, todavía podía ver el terror en sus ojos sin vida. Sus últimos momentos en este mundo fueron terroríficos. Fue igual para el pequeño Nathan Betts”.

Riley escuchó a las madres comenzar a llorar. Odiaba traer de vuelta esos recuerdos horribles, pero simplemente no tenía otra opción.

“No debemos olvidar su terror”, dijo Riley. “Y no debemos olvidar que Mullins demostró poca emoción durante su juicio, y ciertamente ninguna muestra de remordimiento. Su remordimiento vino mucho más adelante, si es que alguna vez lo sintió realmente”.

Riley respiró profundamente.

“¿Cuántos años de vida les quitó a esos niños si los sumamos? Me parece que mucho más de cien años. Recibió una condena de treinta años. Solo ha cumplido la mitad. No es suficiente. Nunca vivirá lo suficiente como para pagar todos esos años perdidos”.

La voz de Riley estaba temblando ahora. Sabía que tenía que controlarse. No podía romper a llorar o gritar de la rabia.

“¿Ha llegado el momento de perdonar a Larry Mullins? Eso se los dejo a las familias de los niños. Esta audiencia no se trata del perdón. Ese no es el punto. La cuestión más importante es el peligro que representa. No podemos arriesgar la posibilidad de que más niños mueran en sus manos”.

Riley notó que un par de personas en la junta de libertad condicional estaban mirando sus relojes. Se sintió un poco preocupada. La junta ya había examinado otros dos casos esta mañana, y tenían cuatro más por terminar antes del mediodía. Estaban impacientándose. Riley tenía que terminar esto de una vez. Los miró fijamente.

“Señores y señoras, les imploro a que no concedan esta libertad condicional”.

Luego dijo: “Tal vez alguien más quisiera hablar en nombre del prisionero”.

Riley se sentó. Sus últimas palabras habían sido un arma de doble filo. Sabía perfectamente que ni una sola persona estaba aquí para hablar en defensa de Mullins. A pesar de su “buen comportamiento”, todavía no tenía ni un amigo o defensor en el mundo. Ni tampoco merecía uno.

“¿Alguien más quisiera hablar?”, preguntó el oficial de audiencias.

“Solo quisiera añadir unas palabras”, dijo una voz desde el fondo de la sala.

Riley jadeó. Conocía esa voz bastante bien.

Giró en su asiento y vio a un hombre familiar bajito y fornido parado en la parte posterior de la sala. Era Jake Crivaro, la última persona que esperaba ver hoy. Riley se sintió contenta y sorprendida.

Jake se acercó y declaró su nombre y rango para los miembros de la junta y dijo: “Yo puedo decirles que este tipo es tremendo manipulador. No le crean. Él está mintiendo. No mostró ningún remordimiento cuando lo atrapamos. Lo que están viendo es tremenda actuación”.

Jake caminó hasta la mesa y se inclinó hacia Mullins.

“Apuesto a que no esperabas verme hoy”, dijo, su voz llena de desdén. “No me lo habría perdido, bastardo asesino de niños”.

La oficial de audiencias golpeó su martillo.

“¡Orden!”, gritó.

“Ah, lo siento”, dijo Jake sarcásticamente. “No quise insultar a nuestro prisionero modelo. Después de todo, él está rehabilitado ahora. Es un bastardo asesino de niños *arrepentido*”.

Jake solo se quedó parado allí mirando a Mullins. Riley estudió la expresión del prisionero. Sabía que Jake estaba haciendo todo lo posible para provocar un estallido de Mullins. Pero el rostro del prisionero se mantuvo insensible.

“Sr. Crivaro, por favor tome asiento”, dijo el oficial de audiencias. “La junta puede tomar su decisión ahora”.

Los miembros de las juntas se apiñaron para compartir sus notas y reflexiones. Sus susurros se veían animados y tensos. Todo lo que Riley podía hacer en ese momento era esperar.

Donald y Melanie Betts estaban sollozando. Darla Harter estaba llorando, y su marido, Ross, estaba sosteniendo su mano. Él estaba mirando directamente a Riley. Su mirada la atravesó como un cuchillo. ¿Qué pensaba del testimonio que acababa de dar? ¿Creía que enmendaba su fracaso?

La sala estaba demasiado caliente, y sintió sudor en su frente. Su corazón estaba latiendo con fuerza.

La junta dejó de deliberar en pocos minutos. Uno de los miembros de la junta le susurró a la oficial de audiencias. Ella se volvió hacia todos los demás que estaban presentes.

“No se concede la libertad condicional”, dijo. “Pasemos al siguiente caso”.

Riley jadeó en voz alta ante la brusquedad de la mujer, como si el caso no fuera más que una multa. Pero se recordó a sí misma que la junta tenía prisa para continuar con su trabajo de esta mañana.

Riley se puso de pie, y ambas parejas corrieron hacia ella. Melanie Betts se echó en los brazos de Riley.

“Ay, gracias, gracias, gracias...”, seguía diciendo.

Los otros tres padres la rodearon, sonriendo a través de sus lágrimas y diciendo “Gracias” una y otra vez.

Ella vio que Jake estaba a un lado en el pasillo. Tan pronto como pudo, dejó a los padres y corrió hacia él.

“¡Jake!”, dijo ella, dándole un abrazo. “¿Desde cuándo no te veo?”.

“Desde hace demasiado tiempo”, dijo con esa sonrisa de lado que lo caracterizaba. “Los niños de hoy en día nunca escriben o llaman”.

Riley suspiró. Jake siempre la había tratado como una hija. Y realmente era cierto que debía haberse esforzado más por mantenerse en contacto.

“Entonces, ¿cómo has estado?”, le preguntó.

“Tengo setenta y cinco años”, dijo. “Me operaron ambas rodillas y una cadera. No veo nada. Tengo un audífono y un marcapasos. Y todos mis amigos excepto tú han muerto. ¿Cómo crees que he estado?”.

Riley sonrió. Había envejecido bastante desde la última vez que lo había visto. Aún así, no se veía tan frágil como estaba diciendo que estaba. Estaba segura de que todavía podía hacer su antiguo trabajo si alguna vez fuera necesitado.

“Bueno, me alegra que hayas podido hablar aquí”, dijo.

“No debería sorprenderte”, dijo Jake. “Al menos soy zalamero como ese bastardo Mullins”.

“Tu declaración fue realmente útil”, dijo Riley.

Jake se encogió de hombros. “Bueno, deseaba haberlo provocarlo. Me encantaría haberlo visto perder los estribos. Pero él es más frío y más inteligente de lo que recuerdo. Tal vez la prisión le ha enseñado eso. De todos modos, logramos una buena decisión incluso sin que perdiera el quicio. Tal vez se quedará tras las reglas para siempre”.

Riley no dijo nada por un momento. Jake la miró con curiosidad.

“¿Hay algo que no me estás diciendo?”, preguntó.

“Temo que no es tan sencillo”, dijo Riley. “Si Mullins sigue acumulando puntos por buen comportamiento, su liberación anticipada probablemente será obligatoria en otro año. No hay nada que podamos hacer al respecto”.

“Dios”, dijo Jake, viéndose igual de amargado y enojado que hace todos esos años.

Riley sabía exactamente cómo se sentía. Era desgarrador el pensar que Mullins podría quedar en libertad. La pequeña victoria de hoy en día parecía mucho más amarga que dulce.

“Bueno, tengo que irme”, dijo Jake. “Me alegró verte”, dijo Riley.

Riley vio tristemente a su antiguo compañero alejarse. Entendió por qué no se quedaba a seguir discutiendo estos sentimientos negativos. Simplemente él no era así. Hizo una nota mental para comunicarse con él pronto.

También intentó encontrar el lado positivo a lo que acababa de suceder. Después de quince largos años, la familia Bettse y la familia Harters finalmente la habían perdonado. Pero Riley no sentía como si merecía su perdón.

En ese momento Larry Mullins fue retirado de la sala con las manos esposadas.

Se volvió para mirarla y le sonrió ampliamente, diciendo estas próximas palabras en voz baja:

“Nos vemos el año que viene”.

CAPÍTULO SIETE

Riley estaba en su carro dirigiéndose a casa cuando recibió la llamada de Bill. Puso su teléfono celular en altavoz.

“¿Qué pasa?”, dijo.

“Encontramos otro cuerpo”, dijo. “En Delaware”.

“¿Era el de Meara Keagan?”, preguntó Riley.

“No. No hemos identificado a la víctima. Es igual que las otras, pero peor”.

Riley comenzó a analizar los hechos de la situación. Meara Keagan todavía estaba en cautiverio. El asesino podría tener a otras mujeres en cautiverio también. Era casi que seguro que los asesinatos continuarían. Nadie sabía cuántos asesinatos habría.

La voz de Bill estaba agitada.

“Riley, estoy volviéndome loco”, dijo. “Sé que no estoy pensando claramente. Lucy es una gran ayuda, pero todavía es muy novata”.

Riley entendía perfectamente cómo se sentía. La ironía era palpable. Aquí estaba culpándose por el caso de Larry Mullins. Mientras tanto Bill sentía que su fracaso pasado le había costado a una mujer su vida.

Riley pensó en conducir hacia el lugar donde se encontraba Bill. Probablemente le tomaría casi tres horas llegar allí.

“¿Ya terminaste con lo tuyo?”, preguntó Bill.

Riley les había dicho a Bill y a Brent Meredith que estaría en Maryland hoy para la audiencia de libertad condicional.

“Sí”, dijo.

“Excelente”, dijo Bill. “Envié un helicóptero para que te recogiera”.

“¿Qué?”, dijo Riley.

“Hay un aeropuerto privado cerca de donde estás. Te enviaré la dirección por mensaje de texto. El helicóptero probablemente ya está allí. Hay un cadete a bordo que podrá llevarse tu carro”.

Bill finalizó la llamada sin una palabra más.

Riley condujo en silencio por un momento. Se había sentido aliviada cuando la audiencia había terminado. Quería estar en casa para cuando su hija llegara de la escuela. No hubo más peleas ayer, pero April no había hablado casi. Esta mañana, Riley se había ido antes de que April despertara.

Pero alguien obviamente había tomado esta decisión por ella. Lista o no, ya estaba trabajando en este nuevo caso. Tendría que hablar con April luego.

Pero no tuvo que analizarlo mucho antes de que le pareciera perfectamente adecuado. Dio la vuelta y siguió las instrucciones que Bill le había enviado. La

cura más segura para su sensación de fracaso sería llevar a otro asesino ante la justicia.

Era el momento.

*

Riley miró fijamente a la chica muerta tirada en el piso de madera del quiosco. Era una mañana brillante y fresca. El quiosco estaba ubicado en una glorieta justo en el centro de la plaza del pueblo, rodeado de césped y árboles bien mantenidos.

La víctima se parecía mucho a las chicas de las fotos que Riley había visto de las dos víctimas de meses anteriores. Estaba tumbada boca arriba y tan demacrada que parecía estar momificada. Su ropa sucia y rota podría haberle quedado antes, pero ahora parecía quedarle grotescamente grande. Tenía cicatrices y las heridas más recientes parecían azotes de un látigo.

Riley supuso que tenía unos diecisiete años, la misma edad de las víctimas de los otros dos asesinatos.

“O tal vez no”, pensó.

Después de todo, Meara Keagan tenía veinticuatro. El asesino podría estar cambiando su MO. Esta chica estaba demasiado demacrada como para que Riley pudiera adivinar su edad.

Riley estaba parada entre Bill y Lucy.

“Parece que ella pasó más hambre que las otras dos”, dijo Bill. “Debió haberla mantenido cautiva por mucho más tiempo”.

Riley escuchó mucho auto-reproche en su voz. Ella miró a su compañero. También veía amargura en su rostro. Sabía lo que Bill estaba pensando. Esta chica seguramente había estado viva y en cautiverio cuando había investigado este caso sin llegar a nada. Estaba culpándose por su muerte.

Riley sabía que no debía culparse a sí mismo. Aún así, no sabía qué decirle para hacerlo sentirse mejor. Sus propios pesares sobre el caso de Larry Mullins todavía dejaban un mal sabor en la boca.

Riley se dio la vuelta para observar sus alrededores. Desde aquí, la única estructura completamente visible era el palacio de justicia al otro lado de la calle, un gran edificio de ladrillo con una torre del reloj. Redditch era un pequeño pueblo colonial. A Riley no le sorprendía mucho el hecho de que el cuerpo pudo haber sido traído aquí en plena noche sin que nadie se diera cuenta. Todo el pueblo estaría dormido. La plaza estaba rodeada de aceras, así que el asesino no había dejado ninguna huella.

La policía local había acordonado la plaza y mantenían lejos a los espectadores. Pero Riley podía ver que algunos equipos de prensa se habían congregado al otro lado de las cintas.

Ella estaba preocupada. Hasta ahora, la prensa no se había enterado de los dos asesinatos anteriores y que la desaparición de Meara Keagan había estado conectada. Pero con este nuevo asesinato, cualquier persona era capaz de conectar los puntos. El público se enteraría tarde o temprano y eso dificultaría la investigación.

El jefe de policía de Redditch, Aaron Pomeroy, estaba cerca.

“¿Cómo y cuándo fue encontrado el cuerpo?”, le preguntó Riley.

“Tenemos a un hombre que limpia las calles que sale a trabajar antes del amanecer. Él la encontró”.

Pomeroy se veía bastante conmovido. Era un hombre mayor con exceso de peso. Riley se imaginó que, incluso en un pueblo pequeño como este, un policía de su edad había lidiado con un asesinato en algún momento. Pero probablemente nunca había lidiado con algo tan perturbador.

La agente Lucy Vargas se agachó al lado del cadáver y lo estudió de cerca.

“Nuestro asesino es muy seguro de sí mismo”, dijo Lucy.

“¿Cómo lo sabes?”, preguntó Riley.

“Bueno, está exhibiendo los cuerpos”, dijo ella. “Metta Lunoe fue encontrada en un campo abierto, Valerie Bruner al lado de una carretera. Aproximadamente solo la mitad de los asesinos en serie trasladan a sus víctimas a otro lugar. De aquellos que lo hacen, aproximadamente la mitad las esconden. Y la mayoría de los cuerpos que quedan a la vista solo son tirados. Este tipo de exhibición sugiere que es muy engreído”.

A Riley le alegraba que Lucy había prestado bastante atención en clase. Pero de alguna manera no creía que esto es lo que asesino quería mostrar. No estaba tratando de lucirse o burlarse de las autoridades. Esto era algo más, pero Riley aún no sabía qué es lo que era.

Pero estaba bastante segura que tenía algo que ver con la forma como el cuerpo estaba exhibido. Se veía torpe, pero también intencional. El brazo izquierdo de la muchacha estaba estirado de forma recta por encima de su cabeza. Su brazo derecho también estaba recto, pero colocado ligeramente hacia un lado de su cuerpo. Incluso la cabeza, con su cuello roto, había sido enderezada para que se alineara lo más posible con el resto del cuerpo.

Riley pensó en las fotos de las otras víctimas. Se dio cuenta de que Lucy llevaba una tableta.

Riley le preguntó: “Lucy, ¿podrías buscar las fotos de los otros dos cadáveres?”.

Solo le tomó a Lucy unos segundos encontrarlas. Riley y Bill se acercaron a Lucy para mirar las dos fotos.

Bill señaló y dijo: “El cadáver de Metta Lunoe fue colocado igual a este, el brazo derecho levantado, el brazo izquierdo colocado al lado del cuerpo. El brazo derecho de Valerie Bruner fue levantado pero su brazo izquierdo fue colocado al otro lado del cuerpo, apuntado hacia abajo”.

Riley se inclinó y tomó la muñeca del cadáver e intentó moverlo. Todo el brazo estaba inmóvil. Ya se había producido el rigor mortis. Un médico forense podría determinar la hora exacta de la muerte, pero Riley se sentía bastante segura de que la chica llevaba muerta al menos nueve horas. Y, como las otras chicas, había sido trasladada a este lugar poco después de haber sido asesinada.

Algo molestaba a Riley mientras miraba el cadáver. El asesino se había tomado la molestia de exhibir el cadáver. Había llevado al cuerpo por la plaza y lo había exhibido meticulosamente. Aún así, su posición no tenía sentido.

El cuerpo no estaba alineado con ninguna de las paredes de la glorieta. No estaba relacionado con la abertura de la glorieta o con el palacio de justicia o con cualquier otra cosa que Riley podía ver. Parecía haber sido colocado en un ángulo al azar.

“Pero este tipo no hace nada al azar”, pensó.

Riley sintió que el asesino estaba tratando de comunicar algo. No tenía ni idea qué podía ser.

“¿Qué piensas de las poses?”, le preguntó Riley a Lucy.

“No sé”, dijo Lucy. “No muchos asesinos se toman la molestia de posar los cadáveres. Es extraño”.

“Todavía es muy nueva en este trabajo”, se recordó Riley a sí misma.

Lucy no había entendido aún que ellos eran llamados usualmente para trabajar en casos extraños. Para los agentes experimentados como Riley y Bill, lo raro se había vuelto extremadamente normal desde hace mucho tiempo.

Riley dijo: “Lucy, echémosle un vistazo al mapa”.

Lucy colocó el mapa que mostraba dónde los otros dos cuerpos habían sido encontrados.

“Los cuerpos han sido colocados en un espacio bastante pequeño”, dijo Lucy, señalando de nuevo. “Valerie Bruner fue encontrada a menos de diez millas de donde fue encontrada Metta Lunoe. Y este lugar queda a menos de diez millas de donde fue encontrada Valerie Bruner”.

Riley se percató de que Lucy tenía razón. Sin embargo, Meara Keagan había desaparecido bastantes millas al norte en Westree.

“¿Alguien nota alguna conexión entre los lugares?”, les preguntó Riley a Bill y a Lucy.

“No realmente”, dijo Lucy. “El cuerpo de Metta Lunoe fue colocado en un campo a las afueras de Mowbray. Valerie Bruner fue colocada justo en el borde de una carretera. Y ahora esta chica justo en el medio de un pueblito. Es como si el asesino estuviera buscando lugares que no tienen nada en común”.

Justo en ese entonces, Riley escuchó ruido de los espectadores.

“¡Sé quién lo hizo! ¡Sé quién lo hizo!”.

Riley, Bill y Lucy se dieron la vuelta para mirar. Un joven estaba agitando los brazos y gritando desde detrás de la cinta.

“¡Sé quién lo hizo!”, gritó de nuevo.

CAPÍTULO OCHO

Riley le echó una mirada cuidadosa al hombre que estaba gritando. Podía ver que varias personas alrededor de él estaban asintiendo con la cabeza y murmurando.

“¡Sé quién lo hizo! ¡Todos sabemos quién lo hizo!”.

“Josh tiene razón”, dijo una mujer a su lado. “Tiene que ser Dennis”.

“Es un bicho raro”, dijo otro hombre. “Siempre ha sido una bomba de tiempo”.

Bill y Lucy se apresuraron hacia el borde de la plaza donde el hombre estaba gritando, pero Riley mantuvo su posición. Llamó a uno de los policías que estaba más allá de la cinta.

“Tráelo aquí”, dijo, señalando al hombre que estaba gritando.

Sabía que era importante separarlo del grupo. Si todo el mundo comenzaba a lanzar historias, sería imposible descubrir si lo que estaban gritando era verdad.

Además, los reporteros estaban empezando a apiñarse a su alrededor. No serviría de nada que Riley entrevistara al chico debajo de sus narices.

El policía levantó la cinta y llevó al hombre hacia ellos.

Todavía gritaba: “¡Todos sabemos quién lo hizo! ¡Todos sabemos quién lo hizo!”.

“Cálmate”, dijo Riley, tomándolo por el brazo y alejándolo lo suficiente de los espectadores para poder hablar con él a solas.

“Pregúntale a cualquiera sobre Dennis”, decía el hombre agitado. “Es un ermitaño. Él es raro. Asusta a las niñas. Molesta a las mujeres”.

Riley sacó su bloc de notas, y también lo hizo Bill. Ella vio el gran interés en los ojos de Bill. Pero ella sabía que lo mejor era llevar las cosas con calma. No sabían casi nada en este momento. Además, este hombre estaba tan agitado que desconfiaba de su juicio. Necesitaba escucharlo de alguien más neutral.

“¿Cuál es su nombre completo?”, preguntó Riley.

“Dennis Vaughn”, dijo el hombre.

“Sigue hablando con él”, le dijo Riley a Bill.

Bill asintió y siguió tomando notas. Riley caminó hacia la glorieta, donde el jefe de policía Aaron Pomeroy todavía estaba parado al lado del cuerpo.

“Jefe Pomeroy, ¿qué puedes decirme sobre Dennis Vaughn?”.

Riley podía notar por su expresión que el nombre le era bastante familiar.

“¿Qué quieres saber sobre él?”, preguntó.

“¿Crees que podría ser un sospechoso viable?”.

Pomeroy se rascó la cabeza. “Ahora que lo mencionas, tal vez sí. Quizás valga la pena hablar con él”.

“¿Por qué?”.

“Bueno, hemos tenido muchos problemas con él por años. Exhibición indecente, conducta lasciva, ese tipo de cosas. Un par de años atrás fue por espiar en las ventanas, y pasó algún tiempo en el Centro Psiquiátrico de Delaware. El año pasado se obsesionó con una porrista de la escuela secundaria, le escribió cartas y la acechó. La familia obtuvo una orden de alejamiento, pero él la ignoró. Así que estuvo seis meses en la cárcel”.

“¿Cuándo salió?”, preguntó.

“En febrero”.

Riley estaba más y más interesada. Dennis Vaughn había salido de prisión poco antes del comienzo de los asesinatos. ¿Simplemente era una coincidencia?

“Las mujeres y las niñas locales están empezando a quejarse”, dijo Pomeroy. “Se rumorea que ha estado tomando fotos de ellas. No podemos detenerlo por eso, al menos no en estos momentos”.

“¿Qué más puedes decirme sobre él?”, preguntó Riley.

Pomeroy se encogió de hombros. “Es medio vagabundo. Tal vez tiene unos treinta años y nunca ha trabajado. Se aprovecha de la familia que tiene aquí en el pueblo, tías, tíos, abuelos. Me han dicho que últimamente ha estado bastante taciturno. Culpa a todo el pueblo por su tiempo en prisión. Sigue diciéndole a las personas 'Uno de estos días’”.

“¿'Uno de estos días' qué?”, preguntó Riley.

“Nadie sabe. Las personas han comenzado a decir que es una bomba de tiempo. No saben qué hará después. Pero realmente nunca ha sido violento”.

La mente de Riley estaba acelerada, tratando de descifrar esta nueva posible pista.

Mientras tanto, Bill y Lucy habían terminado de hablar con el hombre y estaban caminando hacia Riley y Pomeroy.

El rostro de Bill se veía brillante y confiado, un cambio repentino de su reciente actitud sombría.

“Dennis Vaughn es nuestro asesino”, le dijo a Riley. “Todo lo que nos dijo el tipo se ajusta al perfil exactamente”.

Riley no respondió. Estaba empezando a parecer probable, pero sabía que lo mejor era no sacar conclusiones apresuradas.

Además, la certeza en la voz de Bill la ponía nerviosa. Desde que llegó aquí esta mañana, había sentido como si Bill estuviera al borde de comportamiento verdaderamente errático. Era comprensible dado sus sentimientos personales

sobre el caso, especialmente su culpabilidad por no haberlo resuelto antes. Pero también podría llegar a ser un problema serio. Ella necesitaba al Bill de siempre.

Se volvió hacia Pomeroy.

“¿Podrías explicarnos exactamente dónde encontrarlo?”.

“Por supuesto”, dijo Pomeroy, señalando. “Caminen por la calle principal hasta llegar a Brattleboro. Giren a la izquierda, y su casa es la tercera a la derecha”.

Riley le dijo a Lucy: “Quédate y espera el equipo del médico forense. Está bien que se lleven el cuerpo de una vez. Tenemos un montón de fotografías”.

Lucy asintió con la cabeza.

Bill y Riley caminaron hacia la cinta policial, donde los reporteros se acercaban hacia ellos con cámaras y micrófonos.

“¿El FBI tiene una declaración?”, preguntó a uno de ellos.

“Todavía no”, dijo Riley.

Ella y Bill se agacharon por debajo de la cinta e impulsaron su camino entre los reporteros y los espectadores.

Otro reportero gritó: “¿Este asesinato tiene algo que ver con los asesinatos de Metta Lunoe y Valerie Bruner?”.

“¿O con la desaparición de Meara Keagan?”, preguntó otro.

Riley estaba enfurecida. No pasaría mucho tiempo antes de que se supiera la noticia de que había un asesino en serie en Delaware.

“Sin comentarios”, le espetó a los reporteros. Luego agregó: “Si siguen los arrestaremos por interferir en una investigación. Se llama obstrucción a la justicia”.

Los reporteros se alejaron. Riley y Bill se alejaron de la pequeña multitud y continuaron su camino. Riley sabía que no tendrían mucho tiempo antes de que reporteros más agresivos llegaran a la escena. Probablemente tendrían que lidiar con un montón de atención mediática.

Fue una caminata corta a la casa de Dennis Vaughn. Después de apenas tres cuadras, llegaron a Brattleboro y giraron a la izquierda.

La casa de Vaughn era destartada, tenía un techo de hojalata muy abollado, pintura blanca pelada y un porche hundido. El césped estaba lleno de malas hierbas, y un viejo y decrepito Plymouth Valiant estaba estacionado en la entrada. El vehículo era lo suficientemente grande como para transportar cadáveres esqueléticos.

Bill y Riley caminaron hasta en el porche y tocaron la puerta con tela metálica.

“¿Qué quieren?”, llamó una voz desde dentro.

“¿Estamos hablando con Dennis Vaughn?”, preguntó Bill.

“Sí, quizás. ¿Por qué?”.

Riley dijo: “Somos del FBI. Queremos hablar contigo”.

La puerta principal se abrió. Dennis Vaughn estaba detrás de la puerta con tela metálica que seguía enganchada. Era un hombre joven desagradable, con sobrepeso y una barba peluda. Veían su vello corporal excesivo bajo su camiseta rasgada y manchada de comida.

“¿De qué trata todo esto?”, preguntó Vaughn en una voz malhumorada y temblorosa. “¿Están aquí para arrestarme o qué?”.

“Solo tenemos unas preguntas”, preguntó Riley, mostrando su placa.

“¿Podemos pasar?”.

“¿Por qué debería dejarlos pasar?”, preguntó Vaughn.

“¿Por qué no?”, preguntó Riley. “No tienes nada que ocultar, ¿cierto?”.

“Podríamos volver con una orden judicial”, agregó Bill.

Vaughn negó con la cabeza y gruñó. Abrió la puerta con tela metálica y Bill y Riley entraron a su casa.

La casa estaba peor adentro. El papel pintado se estaba pelando, y había huecos en el piso. Casi no había muebles, solo un par de sillas rectas magulladas y un sillón con el relleno por fuera. Había platos y tazones por todas partes, algunos de ellos llenos de alimentos mohosos. Había olores desagradables en el ambiente.

Lo que llamó la atención de Riley fueron las decenas de fotografías aseguradas con chinchetas a la pared. Todas eran de mujeres y niñas en poses casuales y desprevenidas.

Vaughn notó el interés de Riley en las fotos.

“Es mi hobby”, dijo. “¿Tiene algo de malo?”.

Riley no respondió, y Bill también se quedó callado. Riley dudaba de que hubiera algo ilegal en las fotos en sí. Parecía que todas habían sido tomadas al aire libre en lugares públicos en plena luz del día, y ninguna de ellas era realmente indecente. Aún así, el acto de tomar fotos de chicas y mujeres sin su conocimiento o consentimiento le parecía a Riley profundamente repulsivo.

Vaughn se sentó en una silla de madera que chirrió bajo su peso.

“Están aquí para acusarme de algo”, dijo. “¿Por qué no van al grano de una vez?”.

Riley se sentó en otra silla desvencijada ante él. Bill se colocó a su lado.

“¿Piensas que estamos aquí para acusarte de qué cosa?”, preguntó.

Era una técnica de entrevista que había funcionado para ella en el pasado. A veces era mejor no comenzar con preguntas directas acerca de un caso. A veces era mejor poner a un sospechoso potencial a hablar hasta que él mismo se equivocara.

Vaughn se encogió de hombros.

“Una cosa u otra”, dijo. “Siempre hay algo. Todo el mundo lo malinterpreta”.

“¿Malinterpreta qué?”, preguntó Riley, aún tratando de hacerlo hablar.

“Me gustan las chicas”, dijo. “Creo que todos los tipos de mi edad piensan igual. ¿Por qué la gente piensa que todo lo que hago está mal solo porque yo lo hago?”.

Miró algunas de las fotos, como si esperaba que dijeran algo para defenderlo. Riley esperó que siguiera hablando. Esperaba que Bill hiciera lo mismo, pero la impaciencia de su compañero era tensa y palpable.

“Trato de ser amable con las chicas”, dijo. “No es mi culpa que no lo entiendan”.

Su voz era lenta, incluso un poco floja. Riley se sentía bastante segura de que no estaba bebido o drogado. Tal vez tenía problemas mentales o algún problema neurológico.

“¿Por qué piensas que las personas te tratan diferente?”, dijo Riley, tratando de sonar compasiva.

“No lo sé”, dijo Vaughn, encogiéndose de hombros de nuevo.

Luego, en una voz casi inaudible, dijo:

“Uno de estos días”.

“¿'Uno de estos días' qué?”, preguntó Riley.

Vaughn se encogió de hombros de nuevo. “Nada. No quiero decir nada. Pero uno de estos días. Esto es lo que estoy diciendo”.

Riley sentía que esta conversación se estaba disparando. Sucedió a menudo antes de que un sospechoso realmente se traicionara a sí mismo.

Pero antes de que Vaughn pudiera decir otra cosa, Bill caminó hacia él amenazadoramente.

“¿Qué sabes de los asesinatos de Metta Lunoe y Valerie Bruner?”.

“Nunca he oído hablar de ellas”, dijo Vaughn.

Bill se inclinó incómodamente cerca de él y lo miró a los ojos. Riley estaba preocupada. Quería decirle a Bill que se comportara. Pero interferir podría empeorar las cosas.

“¿Y Meara Keagan?”, preguntó Bill.

“Nunca he oído hablar de ella tampoco”.

Bill estaba hablando más alto ahora.

“¿Dónde estuviste el jueves por la noche?”.

“No lo sé”.

“¿Quieres decir que no estuviste en casa?”.

Vaughn estaba sudando de los nervios. Sus ojos estaban abiertos de la preocupación.

“Tal vez no. No recuerdo. Salgo a veces”.

“¿Para dónde?”.

“Conduzco por allí. Me gusta salir del pueblo. Odio este pueblo. Desearía poder vivir en otra parte”.

Bill espetó su siguiente pregunta en el rostro de Vaughn.

“¿Por dónde andabas conduciendo el jueves pasado?”.

“No lo sé. Ni siquiera sé si estaba conduciendo esa noche”.

“Estás mintiendo”, gritó Bill. “Estabas conduciendo por Westree, ¿cierto? Te encontraste con una mujer agradable, ¿cierto?”.

Riley se levantó de su asiento. Bill obviamente estaba fuera de control ahora. Tenía que ponerle un fin a esto.

“Bill”, dijo ella tranquilamente, agarrándolo por el hombro.

Bill alejó su mano. Empujó a Vaughn sobre la silla. La silla se cayó a pedazos. Vaughn se quedó tirado en el piso por un momento. Luego Bill lo agarró por la camiseta y lo colocó contra la pared.

“Ya, Bill”, gritó Riley.

Bill estaba presionando a Vaughn contra la pared. Riley tenía miedo de que pudiera sacar su arma en cualquier segundo.

“¡Demuéstralo!”, gruñó Bill.

Riley logró colocarse entre Bill y Vaughn. Alejó a Bill con fuerza.

“¡Ya es suficiente!”, espetó. “¡Nos vamos!”.

Bill estaba mirándola fijamente, sus ojos llenos de rabia.

Riley se volvió a Vaughn y dijo: “Lo siento. Mi compañero también lo siente. Ya nos vamos”, dijo.

Sin esperar a que Vaughn dijera algo, Riley empujó a Bill hasta la puerta principal, y luego hasta el porche.

“¿Qué diablos te pasa?”, le dijo.

“¿Qué te pasa a ti? Déjame volver a entrar. Lo tenemos. Sé que lo tenemos. Haremos que nos muestre su licencia de conducir, averiguaremos su segundo nombre”.

“No”, dijo Riley. “No vamos a hacerle hacer nada. Dios, Bill, podrías perder tu placa por actuar de esa forma. Sabes que no debes hacerlo”.

Bill se veía como si no podía creer lo que estaba oyendo. “¿Por qué?”, demandó. “Lo tenemos. Podríamos obtener una confesión”.

Riley tenía ganas de sacudirlo.

“No sabemos eso. Quizás sea nuestro asesino, pero no lo creo”.

“¿Por qué demonios no?”.

“Por un lado, su carro es muy fácilmente detectable y reconocido”.

Bill lo pensó por un momento.

“Entonces utilizó otro carro”.

“Tal vez, pero no creo que haya organizado lo suficiente como para llevar a cabo estos múltiples asesinatos sin ser atrapado”.

“Eso podría ser una actuación”.

Riley se estaba impacientando por la resistencia de Bill.

“Bill, piensa en los cuerpos tan cuidadosamente posados. Estirados tan bien. Brazos colocados en posiciones exactas”.

“Él podría haber hecho eso”.

Riley gimió en voz alta. Bill realmente estaba siendo terco.

“No creo que pudiera”, dijo Riley. “Piensa en su casa. Nada está tan ordenado, ni siquiera las fotografías. Nada parece intencional. Absolutamente nada”.

“Excepto tal vez que tiene la intención de matar”, dijo Bill. Aún estaba molesto, pero Riley pudo notar que estaba comenzando a calmarse.

“Bill”, dijo Riley. “Hay alguna fuerza motriz detrás de este asesino, alguna razón para lo que está haciendo. Hasta ahora, no podemos adivinar sus razones, pero es lo que pretendo averiguar”.

Riley y Bill se quedaron callados en la caminata de regreso. Cuando la plaza del pueblo entró a la vista, Riley vio que había llegado el vehículo del médico forense y que el cuerpo estaba siendo retirado.

Riley se sentía bastante conmovida. La entrevista había sido un desastre, y ella no tenía ni idea si Dennis Vaughn era su sospechoso o no.

La preocupación de Riley estaba al borde de volverse pánico.

“Si no puedo contar con Bill, ¿con quién puedo contar?”.

CAPÍTULO NUEVE

Riley estaba loca por sacar a Bill de Redditch sin más problemas. Por suerte, no había tenido ningún problema para encontrar una buena razón para ir a otro lugar. Siempre le gustaba visitar las escenas del crimen en persona, incluso después de que los cuerpos de las víctimas fueran retirados. Su intuición solía funcionar aún mejor de esa forma. A veces incluso podía entrar en la mente del asesino.

Así que, tan solo una hora después de la desastrosa entrevista, Bill estaba conduciéndola a los lugares donde los dos primeros cuerpos habían sido encontrados. Estaba concentrado en la carretera, agarrando la rueda sin una palabra.

Durante el viaje había intentado hacerlo hablar de lo que había pasado. Se había negado a decir una sola palabra, obviamente enojado con Riley por alejarlo de Dennis Vaughn.

No tenía ni idea de lo que su compañero pensaba que podía lograr intimidando a Vaughn.

Riley se sentía bastante segura de que Dennis Vaughn no se quejaría con la policía sobre el abuso que había sufrido. Era demasiado despreciado en Redditch como para que alguien le creyera. Pero eso no hizo sentir a Riley mejor sobre lo que había sucedido.

Se dirigían hacia el este de Redditch, haciendo su camino a lo largo de caminos rurales. Cuando llegaron a un cruce de carretera, Bill finalmente habló.

Él dijo: “Los lugareños la llaman 'Carretera de las seis' porque va directamente al norte y al sur”.

Riley se sentía aliviada porque finalmente había dicho algo.

Bill cruzó justo en la carretera. Pronto bajó la velocidad y estacionó el carro en el arcén. Se bajaron del carro y caminaron directamente hacia un lugar en particular.

Bill señaló al suelo y dijo: “Este es el lugar donde apareció el cuerpo de Valerie Bruner”.

Riley estaba impresionada por su precisión. Este tramo de carretera no tenía ningún punto de referencia distintivo. Bill debió haber memorizado cada arbusto o árbol de por aquí. Había observado cada detalle obsesivamente.

Este hecho no sorprendía a Riley. Bill había estado aquí antes de que el cadáver de Valerie Bruner fuera retirado en junio. Riley sabía que la escena todavía estaba muy viva en su mente.

Mientras analizaba la situación, recordó la fotografía que Lucy les había mostrado anteriormente. El cuerpo de Valerie Bruner había sido colocado a seis pies de distancia del pavimento, sus miembros dispuestos en la posición que sugería una D en semáforo de banderas.

“El asesino la colocó exactamente paralela a la acera”, dijo Riley. “El cuerpo que acabamos de ver en Redditch no fue exhibido de tal forma. No estaba alineado con nada en particular”.

“¿Y qué?”, Bill murmuró casi inaudiblemente.

Riley caminó hacia adelante y hacia atrás, examinando el lugar de cerca. Entonces se detuvo y cerró los ojos, tratando de comprender un poco al asesino. Respiró profundamente. No le sirvió de nada. No se le estaba ocurriendo nada.

“Vámonos”, le dijo a Bill.

Volvieron al carro y Bill condujo por el camino por el que habían venido, luego giró a la izquierda a un camino de condado. El silencio continuó.

“Bill, si ni siquiera podemos hablar del caso, tenemos un problema”, dijo.

“¿Quién dijo que no podemos hablar del caso?”, preguntó Bill. “No tengo problema en hablar del caso. Simplemente parece que no hay mucho que decir aún”.

Riley suspiró. Se preguntaba cuánto tiempo más duraría esta actitud defensiva. Ella y Bill habían estado en desacuerdo un par de veces en el pasado, pero era muy raro que la fricción entre ellos interfiriera con su trabajo.

Cuando el carro se acercó a la costa atlántica, las coloridas hojas de otoño dieron paso a un entorno más árido, la mayor parte del mismo arenosa con parches de hierba alta. A cierta distancia, Riley vio extrañas estructuras imponentes que le parecían un esqueleto gigantesco de alguna bestia extinta. Se preguntaba si las dunas de arena de Delaware ocultaban otros esqueletos, restos de crímenes cometidos a unas pocas millas del Océano Atlántico.

Ella sabía que esas estructuras era realmente una montaña rusa perfectamente ordinaria. Había un parque de diversiones en la ciudad turística de playa de Mowbray.

Bill detuvo el carro justo cuando llegaron a las afueras de la ciudad.

“Este es el lugar”, dijo. “Aquí en la arena”.

Se bajaron del carro y caminaron por una extensión de arena. Escucharon música que provenía del parque de atracciones. Siguió una valla que estaba perpendicular a la carretera. Había unas cuantas casas no muy lejos al otro lado de la valla. Dejaron de caminar después de unas cien yardas. Bill señaló un pañuelo andrajoso que estaba atado a la valla.

“Esto marca el lugar”, dijo.

Los ojos de Bill se oscurecieron cuando miró el sitio fijamente. Riley podía imaginar lo que estaba pensando y sintiendo. Aunque él todavía no había estado en el caso cuando el cuerpo de Metta Lunoe había sido encontrado aquí en mayo, él había visitado el lugar. Riley sabía que lo había escudriñado. Esta ubicación debía haberlo estado atormentado desde hace meses.

Riley cerró los ojos y respiró larga y profundamente, tratando de sentir la presencia del asesino. El sonido de la música lo hizo más fácil esta vez. Seguro el asesino había escuchado los mismos sonidos la noche que había traído el cuerpo aquí.

Pudo verlo estacionando su carro donde Bill se había estacionado. Había abierto su baúl, levantado el cadáver demacrado de Metta Lunoe, colocándose sobre su hombro y caminando hacia este lugar en la arena.

“¿Estaba la luna llena esa noche?”, se preguntó.

Debió haberlo comprobado antes de venir. Pero incluso si hubiera habido luz de la luna, seguramente había tenido una linterna. Se imaginaba el tipo de sombras extrañas que la valla proyectaba. Todo parecía muy claro.

Y la música, la canción era vieja y familiar, y él probablemente lo sabía. ¿Tarareó o silbó junto con la música mientras realizó su tarea macabra? No, estaba segura de que no lo había hecho. No estaba presumiendo ni jugando, como algunos de los otros asesinos que había perseguido. Se tomaba su trabajo muy en serio, al igual que lo hacían Riley y Bill.

Pero había casas cerca, al otro lado de la valla. Tendrían prendidas las luces de noche. Una persona sentada en un porche trasero podría ver lo que estaba haciendo. ¿Esto lo preocupó? Quizás sí, pero no lo suficiente como para obligarlo a buscar un lugar más apartado. Tenía sus razones para hacerlo exactamente aquí. No iba a variar su plan.

Y tenía la posición exacta del cuerpo en su mente, brazo derecho levantado, brazo izquierdo al lado del cuerpo.

Pero cuando Riley se imaginó al asesino colocando el cuerpo en la tierra, sucedió algo extraño. Debió haber tenido una razón para colocarlo cuidadosamente en relación con el entorno, especialmente la valla. Se sentiría natural colocarlo paralelo a la valla, o tal vez perpendicular a ella.

Pero él no había hecho eso. Ella lo recordaba de las fotos. Los pies del cuerpo habían estado casi justo al lado de la valla. La cabeza había sido colocada en un ángulo separado de la valla un poco. Un montón de malas hierbas se habían asomado por detrás de su cabeza, haciendo que la posición se viera aún más extraña.

“¿Por qué?”, se preguntó Riley.

Sabía que estaba comenzando a tener una corazonada.

“No fue su idea”, pensó.

Estaba segura de ello. *Nada* de esto fue su idea. Ni las poses meticulosas, ni los ángulos peculiares, ni incluso los asesinatos en sí.

Estaba siguiendo órdenes.

Los ojos de Riley se abrieron de golpe. Se dio cuenta de que Bill estaba mirándola.

“¿Descubriste algo?”, preguntó Bill.

Riley sabía que Bill estaba acostumbrado a sus meditaciones en escenas del crimen. Entendía lo productivas que a veces podían ser.

Riley le preguntó: “¿Estamos seguros de que hay un solo asesino? Digo, ¿un solo hombre actuando por sí solo?”.

Bill lo pensó por un momento.

“Bastante seguros”, dijo. “Aquí fue la única vez que dejó alguna huella. La arena se movió durante la noche, así que no pudimos conseguir nada de ellas. Aún así, solo había un par de huellas. ¿Por qué?”.

Riley no respondió. Pero tal vez estaba equivocada. Era solo una corazonada después de todo. No era nada que podía probar. Aún así, la sensación había sido muy intensa.

“Riley, lo siento”, dijo Bill de repente.

Riley se sintió aliviada. Ya era hora de que Bill se compusiera.

“Estaba equivocado”, continuó. “No sé qué me pasó allá”.

“Yo sí sé lo que te pasó”, dijo Riley. “Te sientes absolutamente loco por resolver el caso. Sientes que se lo debes a las víctimas, tanto a las que ya están muertas como a las que no. Sientes que las has decepcionado hasta ahora. Lo entiendo. A mí también me ha pasado”, dijo.

Bill asintió.

Riley dijo: “Pero Bill, si nos equivocamos, si solo pensamos que hemos resuelto el caso y arrestamos al hombre equivocado, será peor que no hacer nada. Más mujeres podrían morir. Sabemos que ya tiene al menos a una en cautiverio. No podemos equivocarnos. Y tenemos que hacerlo a rajatabla”.

“Sí, ya sé”, dijo Bill. “No dejaré que vuelva a suceder”.

Riley esperaba que fuera así. Pero no había nada más que decir al respecto ahora mismo.

“Vamos”, dijo. “Ya vi lo suficiente, volvamos a Redditch”.

Regresaron al carro y Bill comenzó a conducir. Riley sacó su teléfono y revisó los mensajes de texto que le había enviado a April este día. Seguían marcados “entregados”, no “leídos”.

Ya se estaba preocupando, así que marcó el teléfono de su casa. Gabriela contestó.

“Hola, Gabriela, solo llamo para ver cómo están las cosas.
Gabriela sonaba agitada.

“Riley, ¡me alegra tu llamada! Justo iba a llamarte. Recibí una llamada de la escuela de April. Salió de la escuela temprano. Aún no ha regresado. Sigo llamándola pero no responde. No sé dónde está ni lo que está haciendo. Y tiene una cita con su terapeuta esta tarde después de la escuela”.

“Un momentito, Gabriela”, dijo ella.

Cubrió el teléfono y se volvió hacia Bill.

“¿El helicóptero que me trajo a Redditch aún está aquí?”, preguntó.

Bill asintió. “Claro. ¿Por qué?”.

Riley no le respondió a Bill y volvió al teléfono.

“No te preocupes, Gabriela. Ya voy a casa”.

El corazón de Riley se hundió. No sabía si sentirse furiosa o aterrorizada. Pero sabía que tenía que ir a casa para averiguar lo que estaba pasando con April.

“Pero tengo que resolver las cosas en casa rápido”, pensó.

Su mente estaba llena de terribles imágenes de lo que el asesino podría hacer en su ausencia.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando Riley abrió su puerta principal, fue recibida por el rostro ansioso de Gabriela. Riley sabía que esto era serio. La mujer guatemalteca había atravesado por muchas dificultades en su vida y no se alarmaba fácilmente. Se alegraba de haber decidido volver a Quántico con el helicóptero del FBI y de haber conducido a casa inmediatamente.

“¿Llegó April?”, preguntó Riley.

“Sí”, dijo Gabriela. “Está arriba en su habitación”.

Riley entró y bajó sus pertenencias.

“¿Fue a la cita?”, preguntó Riley.

“No”, dijo Gabriela. “Llamaron de la oficina de la doctora, querían saber dónde estaba”. Los ojos de Gabriela se abrieron. “Riley, April no quiere hablar conmigo. No sé qué es lo que le pasa”.

Eso realmente preocupaba a Riley. April adoraba a Gabriela y casi nunca la excluía. “Veré qué puedo averiguar”, dijo, dándole unas palmaditas en el hombro a Gabriela y dirigiéndose a las escaleras.

Oyó música que provenía de la habitación de April cuando iba subiendo las escaleras. Tocó la puerta.

Oyó a April decir: “Pasa”.

Riley entró en la habitación. April estaba sentada en su cama con su teléfono celular en la mano. Le sonrió a Riley.

“¡Hola, Mamá!”, dijo en voz alta sobre la música. “¡No pensé que llegarías tan pronto! ¿Ya resolviste el caso?”.

Riley conocía bien esta táctica adolescente. April estaba actuando como si todo estuviera bien. Como si fuera un día normal.

“Bájale el volumen a la música”, dijo Riley.

April lo hizo, y Riley se sentó en el borde de la cama.

“Gabriela dijo que te fuiste de la escuela temprano”, dijo Riley.

April estaba tratando de parecer sorprendida.

“Guau, ¿por eso es que llegaste temprano a casa?”, dijo. “Mira, solo es un malentendido. Me dieron un pase para ir a la biblioteca local para investigar. Por eso me fui. La oficina se confundió y por eso llamaron a Gabriela. Yo se lo expliqué a ella. Yo pensé que lo había entendido. No tenía ni idea que te llamaría”. ¿En qué estaba pensando?”.

April estaba mintiendo y Riley lo sabía. Pero había aprendido de sus últimos enfrentamientos que no debía decirlo tan rotundamente, así que solo se quedó sentada allí.

“¿No vas a decir nada?”, le preguntó April, sonando más defensiva ahora. Riley siguió guardando silencio.

“Dios, no me crees, ¿cierto?”, dijo April, tratando de sonar indignada. “No es mi culpa que no crees nada de lo que te digo. No es mi culpa que no confías en mí”.

Era un truco de manipulación familiar de April. Pero Riley no iba a tragarse el cuento esta vez.

“¿Debo creerte, April?”, dijo Riley tranquilamente. “¿Debo confiar en ti? ¿Puedo confiar en ti?”.

Riley podía notar por la expresión de April que solo había perforado un agujero en sus defensas. April saltó de la cama, pateó hacia la puerta y la abrió.

“Si no puedes siquiera confiar en mí, no tiene sentido hablar”, dijo April, su voz temblando de rabia. “Vete, solo déjame sola”.

Riley no habló, ni se movió. Siguió mirando a April fijamente. Se dio cuenta que estaba usando uno de sus propios métodos de entrevista, la misma táctica que había intentado utilizar con Dennis Vaughn antes de que Bill perdiera los estribos.

“Solo haz que hable”, pensó Riley. “Deja que ella misma se traicione”.

Se sentía raro tratar a su hija del mismo modo que trataría a un sospechoso de asesinato. Pero podía sentir que estaba funcionando.

April rompió a llorar allí parada en la puerta.

“¡Déjame en paz! ¡Por favor!”.

April se quedó allí sollozando. Riley sintió que estaba llorando más de culpa y vergüenza que de rabia.

Riley le dio unas palmaditas al colchón y dijo: “Ven aquí, siéntate”.

April se quedó allí entre lágrimas por un momento. Luego pateó de regreso y se sentó en la cama tan fuertemente que el marco tembló. Riley le entregó un pañuelo.

“Estoy trabajando en un caso en Delaware, April”, dijo Riley, sonando mucho más tranquila de lo que se sentía. “Alguien está asesinando mujeres. Pero cuando Gabriela me dijo que habías salido de la escuela temprano, me vine directo a casa. Regresé por helicóptero. ¿Ves lo mucho que me preocupo por ti?”.

April ahogó un sollozo.

“Las cosas irán mucho mejor si solo me dices la verdad”, dijo Riley. Tan pronto como las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que le había dicho exactamente lo mismo a numerosos sospechosos. ¿Realmente había aprendido sus habilidades parentales de años de trabajo de detective? Parecía realmente irónico.

“Me escapé de la escuela, Mamá”, dijo April finalmente. “Lo siento, no sé en qué estaba pensando. Me aburrí mucho”.

El corazón de Riley se derritió un poco. Recordaba cómo se sentía. Ella también se había escapado de la escuela de adolescente. Había estado viviendo con su tía y con su tío durante esos años. Los había vuelto locos con su comportamiento rebelde. ¿Estaba siendo una hipócrita por pretender algo diferente de su propia hija?

“No”, se dijo a sí misma. “*Estoy siendo una madre, eso es todo*”.

“¿Estabas con Joel?”, preguntó Riley.

“Sí, supongo”, dijo April.

Riley suspiró. Había utilizado la misma frase evasiva de adolescente: “*Sí, supongo*”. No le gustaba el hecho de que su hija tenía un novio que animaba su mal comportamiento. Pero por lo menos April lo había admitido.

“¿Adónde fuiste?”, preguntó Riley.

“Al centro comercial”, dijo April.

La voz de April hizo a Riley preguntarse si esto era verdad.

“¿Y qué de tu cita con la Dra. Sloat?”, preguntó Riley.

“¿Qué?”.

“Gabriela dice que te la perdiste”.

April se secó los ojos y se aclaró la garganta.

“Lo siento”, dijo. “Debí haber llamado para cancelarla”.

“No quiero que canceles citas con tu terapeuta”.

April negó con la cabeza.

“Mamá, la Dra. Sloat es genial y realmente me agrada, pero realmente ya no necesito su ayuda. Te estoy hablando en serio”.

Riley le dio unas palmaditas a la mano de su hija.

“Yo decidiré eso. Y todo dependerá de lo que piense la Dra. Sloat. Prométeme que irás a tu próxima cita”.

“Te lo prometo”, dijo April.

“Y prométeme que traerás a Joel a casa para conocerlo”, dijo Riley.

“Te lo prometo”.

Riley no tenía ni idea si esas prometas significaban algo. Pero parecía que era lo mejor que podía hacer ahora. Se levantó de la cama.

“Un par de cosas más”, dijo Riley. “Gabriela me dijo que no hablas con ella. No quiero que eso siga así. Gabriela tal vez es lo mejor que tenemos ahora. Está haciendo todo lo que puede para ayudar a mantener nuestras vidas unidas. Siempre debes ser amable con ella”.

“Está bien”, dijo April.

“Además, estás castigada por una semana”.

April dejó escapar un gemido de desesperanza.

“Pero Mamá—”.

“Nada de 'peros'. Estás castigada y ya”.

Riley salió de la habitación antes de que April tuviera tiempo de montar otra escena. Bajó las escaleras, y Gabriela estaba esperando por ella.

“¿Cómo está la chica?”, preguntó Gabriela llena de preocupación.

“Está castigada por una semana”, dijo Riley. “Por favor asegúrate de que no vaya a ninguna parte excepto la escuela”.

Gabriela asintió con la cabeza.

“Iré a preparar la cena”, dijo. Desapareció en la cocina.

Riley se sentó en el sofá, sintiéndose profundamente agradecida por la presencia de Gabriela en sus vidas. También se sentía agotada e inquietada.

Creía que había manejado las cosas bastante bien con April hace un momento. Aún así, sabía que las cosas no estaban completamente bajo control. Quizás las cosas se salgan de control en su ausencia. ¿Y cómo podría volver de cualquier caso en el que estuviera trabajando cada vez que April tuviera una crisis?

Recordó lo que Blaine le había dicho el otro día.

“Créeme, renunciar a tu carrera no es una solución”.

Él tenía razón, por supuesto. Pero eso no resolvía el problema de Riley. Aquí estaba luchando con esta crisis con April y un asesino podría estar quitándole la vida a otra persona en cualquier momento.

Sentía como si su mundo entero se estuviera rompiendo en dos.

CAPÍTULO ONCE

El gato de nueve colas azotó la espalda de Meara despiadadamente. Se escondió en una esquina y se preparó para el siguiente azote. Vino otro y luego otro y otro. Los relojes estaban sonando la hora.

El dolor era insoportable. Pero la garganta de Meara estaba tan seca y sensible que ya no podía gritar. Nada salió salvo un jadeo ronco. Incluso no podía oírse a sí misma sobre el estruendo de los relojes. No es que gritar había ayudado en algo. Nadie podía oírla a ella, ni a las otras chicas que estaban en cautiverio.

Las campanadas y los otros sonidos finalmente llegaron a su fin. Meara se sentía bastante segura de que habían marcado las seis.

Al fin su captor dejó de azotarla. Lo oyó decir: “Lo siento, intentaré hacerlo mejor”.

Ella se dio la vuelta justo a tiempo para verlo azotarse a sí mismo en la espalda con el látigo.

Dejó escapar un aullido de dolor y luego dijo: “Lo siento, lo haré mejor. Lo haré”.

Azotó su espalda de nuevo. Estaba de espalda a ella ahora, y podía ver que su espalda estaba sangrando como la de ella, y que tenía erupciones por todos lados.

Aprovechó la oportunidad para moverse hacia el extremo del recinto, donde se apiñó con las dos chicas hambrientas.

Había visto a su captor hacer esto antes. Todavía le sorprendía y la desconcertaba. ¿Qué clase de locura lo llevaba a castigarse a sí mismo tan violentamente?

El captor no dejó de azotarse a sí mismo hasta que estuvo exhausto y jadeante. Salió de la jaula y la cerró detrás de él, colocando el látigo sobre una mesa. Luego volvió su atención a los relojes. Parecía estar tan absorto en ellos que se olvidó de sus cautivas por completo.

Murmurando de forma inaudible, movió las manecillas de un reloj con la cara de un gato. Luego sacó una llave del bolsillo y le dio cuerda a otro con forma de mariposa. Después de eso, se detuvo y se quedó mirando un reloj que parecía haber sido hecho con un verdadero cráneo humano.

Finalmente, se volvió hacia sus cautivas y habló en una voz extraña, casi amable.

“Ojalá que pudiera hacerles entender”, dijo. “Pero no estoy autorizado para hablar de ello, ni siquiera con ustedes. Si pudiera decírlas, lo entenderían.”

Aceptarían todo”.

Estaba mirando a Meara directamente a los ojos ahora.

“Es solo, es solo que...”.

Se detuvo un momento y luego dijo: “Es el tiempo. Nos estamos quedando sin tiempo. Tú, yo, todos, todo el mundo. Su sacrificio significa algo, es importante, es la única esperanza que nos queda, deberían sentirse honradas”.

Entonces hizo un gesto de dolor, como si hubiera sido abofeteado. Tomó el látigo de la mesa y comenzó a azotarse de nuevo.

“Lo siento”, dijo. “No hubiese dicho nada”.

Finalmente puso el gato de nueve colas sobre la mesa de nuevo. Luego salió por la puerta por donde había entrado. Meara podía oírlo subir un tramo de escaleras.

Meara se quedó agachada en la esquina con las otras mujeres por unos momentos. Nunca había visto a alguien que estaba verdaderamente loco antes. A veces hablaba de una manera extraña. No solo como si estuviese hablando consigo mismo. Parecía llevar una conversación con alguien invisible y desconocido. Y había matado a Chelsea tan casualmente, apenas prestando atención a sus propias acciones.

Ahora se dio cuenta de que no había forma de razonar con este monstruo. Él las mataría de una forma igual de cruel, y nunca volvería a ver a su familia.

Pensó en su hermana, que estaba planeando venir a este país a trabajar tan pronto como Meara hiciera el dinero suficiente para pagarle el viaje. Cathleen estaría esperando saber de ella a estas alturas. Pero nadie más sabría de ella si las cosas no cambiaban. Nadie sabría qué le había pasado. Solo desaparecería de la faz de la tierra.

Desde que había sido traída aquí, Meara le había prestado atención a los relojes, tratando de llevar un registro de cuánto tiempo había pasado. Ella supuso que había estado aquí un total de cinco días y noches, sin nada de comer ni beber, excepto restos ocasionales de pan y un poco de agua.

Se alejó de las otras cautivas temblorosas y las miró. Parecían esqueletos con su piel estirada sobre sus huesos. Sus ojos eran profundos y vacantes. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que estuviera igual de desgastada.

Se estremeció al recordar cómo su captor había matado a la otra chica cuando los relojes habían marcado las doce. Según sus registros, la matanza había sido hace más de un día completo. Le había roto el cuello rápidamente. Era probable que les sucediera lo mismo a ellas. Probablemente sería pronto.

Sintió lo poco que quedaba de su energía desvanecerse. Bajó la cabeza y lloró, sus sollozos hacían que su garganta ardiera aún más.

Entonces oyó una voz ronca decir: “Deja de hacer eso”.

Meara levantó la mirada. Una de las chicas, la que se llamaba Kimberly, la estaba mirando con determinación.

“Deja de llorar como un bebé”, dijo. “Estoy harta de llorar. Estoy harta de no hacer nada. Tenemos que salir de aquí “.

Meara estaba sorprendida. No podía darle sentido a esto. Kimberly estaba tan demacrada que apenas podía moverse en absoluto. La chica llamada Elise estaba aún más demacrada y con frecuencia parecía estar apenas consciente.

“¿Pero cómo?”, le preguntó Meara a Kimberly.

“Eres la única que todavía tiene algo de fuerza”, dijo Kimberly, hablando con enorme esfuerzo. “Aún podrías correr en busca de ayuda”.

Ella la miró directamente, y nunca había visto tanta pasión en la mirada de nadie, sus ojos estaban ardiendo de intención.

“Podrías salvarnos a todas”.

CAPÍTULO DOCE

Meara estaba tratando de entender lo que Kimberly estaba diciendo. ¿Podría ser posible? ¿Había una posibilidad de salir de este infierno?

Las otras dos chicas parecían estar completamente resignadas a sus destinos. Y Meara había examinado cada pulgada de su jaula. Las paredes eran sólidas, y los postes que sostenían la fuerte valla de tela metálica estaban atornilladas al piso y al techo.

“¿Cómo?”, preguntó Meara. “No hay ventanas. No hay puertas. No hay aberturas en absoluto en este lado de la valla”.

Kimberly levantó un dedo cadavérico temblorosamente y señaló el techo.

“Allí arriba”, dijo.

Meara levantó la mirada. No era la primera vez que se había fijado en el tubo de ventilación del techo, a unos diez pies por encima de sus cabezas. Era difícil ver en la luz tenue que venía del otro lado de la valla. A veces veía una luz tenue a través del tubo, pero no sabían que había al otro lado de ella.

Pero estaba claro que el tubo no era lo suficientemente grande para una persona, ni siquiera para una chica demacrada. No podía tener más de ocho pulgadas de anchura.

“Me dijiste que Chelsea trató de salir de aquí”, dijo Meara.

“Ella dijo que sí”, dijo Kimberly. “Pero lo que estaba diciendo no tenía mucho sentido”.

“Chelsea está muerta”, susurró Elise débilmente, como si se lo estuviera diciendo a sí misma. “La pequeña Chelsea está muerta”.

“Si no hacemos algo, todas estaremos muertas”, dijo Kimberly.

Meara no sabía mucho acerca de dónde estaban. Las paredes de cemento sin ventanas y el techo de concreto sólido le decían que debía ser un sótano. Así que quizás podría haber una casa, una casa en la que vivía su captor, por encima de sus cabezas o muy cerca de allí. Incluso si pudieran lograr la tarea extenuante de pasar por la rejilla de ventilación, seguramente se encontrarían en su casa o en algún otro edificio. El ruido por sí solo sería suficiente para llamar su atención.

“Es nuestra última esperanza”, dijo Kimberly. “La próxima vez que regrese probablemente matará a una de nosotras”.

¿Meara vio a Elise asentir con la cabeza o solo era su imaginación? Era difícil decirlo. La pobre, con la cara llena de cicatrices de los azotes del látigo, parecía apenas estar viva.

Meara levantó la mirada al tubo de ventilación. “¿Podemos llegar hasta allí?”, preguntó. “Todas estamos débiles”.

“Estoy demasiado débil”, dijo Kimberly. “Elise está demasiado débil. Tú todavía tienes algo de fuerza. Tú decides. Tú tienes que pasar por allí. Y luego buscar ayuda. Sácanos de aquí”.

Meara no quería tener esperanza. Pero ahora sentía una carga terrible de responsabilidad hacia sus dos compañeras de cautiverio. Sentía que era más de lo que podía soportar.

Y, sin embargo, no podía estar en desacuerdo con Kimberly. ¿Cómo podía dejar pasar la única posibilidad de escapar, sin importar cuán mínima era? Y cualquier peligro posible que tendría que enfrentar allá arriba, ¿sería realmente peor de lo que ya había soportado, los azotes, el hambre, la degradación total?

Miró a su alrededor. Solo veía una forma de llegar al techo, y consistía en subir la valla de tela metálica. Se preparó para el esfuerzo inimaginable. Luego se agarró, jalándose dolorosamente poco a poco. Sintió las manos de Kimberly tratando de ayudarla, empujándola débilmente. Pronto estaba completamente elevada del suelo, insertando sus pies en las aberturas de la valla, haciendo su camino lentamente hacia arriba. Las manos débiles de Kimberly estabilizaron sus piernas.

Finalmente Meara llegó a la parte superior de la valla. La abertura estaba a un par de pies de distancia. Ella vio que el tubo estaba fijado a una placa de metal que parecía estar atornillada al concreto en sí. ¿Cómo podría desenroscarlo? ¿Cómo podría estar molesta?

Agarrando los eslabones de la cadena con una mano, extendió la otra y deslizó sus uñas entre la placa metálica y el techo. Ella jaló y creyó que se había soltado un poco. La idea de quitar la ventilación por completo le parecía imposible. Pero tenía que intentarlo.

Jaló con toda la fuerza que tenía y sintió un poco de espacio abrirse entre el metal y el concreto.

Con un grito de desesperación, Meara soltó la valla de alambre y arañó la placa de metal con ambas manos. Estaba cayendo, pero un sonido desgarrador horrible le había dicho que algo definitivamente se había soltado. Sintió su cuerpo golpearse contra el de Kimberly, y después se cayó al suelo. Oyó ruido de metal moviéndose a todo su alrededor en medio de una lluvia de tierra y piedras.

Todo estuvo en silencio durante un largo rato, y entonces oyó a Kimberly gemir. Meara estaba aturdida de dolor, con los brazos golpeados por la caída y sus uñas bastante rotas. Pero podía ver lo que se había soltado a su alrededor. El tubo de ventilación estaba roto en el suelo, viéndose más como un periscopio roto. Estaba rodeado por otros trozos de metal, tierra, rocas y malas hierbas.

“¿Qué demonios?”, se preguntó Meara.

Entonces oyó a Kimberly gritar: “¡Mira!”.

Kimberly estaba tumbada en el suelo en medio de los escombros, señalando hacia arriba. Elise estaba sentada a unos pocos pies de distancia, mirando hacia arriba. Cuando Meara levantó la mirada, casi no podía creer lo que estaba viendo.

Pudo ver un cielo grisáceo a través del agujero cuadrado. Ahora comprendía. La ventilación no se conectaba a nada. Daba directamente al aire libre. Habían estado equivocadas al pensar que estaban encerradas en un sótano. En cambio, parecía ser una especie de búnker subterráneo. Y tenía que ser muy temprano por la mañana.

Kimberly dijo: “¡Puedes salir! ¡Vete!”.

“¿Estás herida?”, le preguntó Meara.

“No mucho”, respondió Kimberly. “¿Puedes ponerte de pie?”.

Meara se puso lentamente de pie. Sí, podía caminar. Por primera vez en varios días, se atrevió a tener esperanza.

Con fuerzas renovadas, trepó la valla de nuevo. Alcanzó la abertura con su mano derecha, arañando la hierba y la suciedad exterior.

Pronto sintió que sus dedos cogieron algunas raíces. Se agarró con fuerza y subió la otra mano, tanteando hasta que agarró raíces también. Con más fuerza que pensó que poseía, se jaló por la abertura y sintió el aire húmedo de la mañana.

Vio que estaba en un pequeño claro en una zona boscosa. Más allá de eso, no tenía ni idea dónde podría estar.

Miró por el agujero y vio a Kimberly mirando hacia arriba con ojos esperanzados. Elise aún no parecía entender lo que había sucedido.

“Sube”, dijo Meara, alcanzando a través de la abertura.

“No puedo”, dijo Kimberly.

“Te ayudaré”.

Kimberly la miró con ojos hundidos y desesperados.

“Nunca podrás jalarme”, dijo. “Y tampoco a Elise”. Luego se frotó un brazo. “No puedo subir la valla”.

El corazón de Meara estaba latiendo con fuerza.

“No puedo dejarte aquí”, dijo.

“Tienes que hacerlo”, dijo Kimberly. “Ve a buscar ayuda. Habla con la policía. Ellos pueden venir a salvarnos. Hazlo rápido”.

Meara odiaba dejar a sus dos compañeras atrás, pero sabía que no tenía otra opción. Se puso de pie, a punto de desmayarse de la debilidad. Observó sus alrededores. A un lado vio un camino muy trillado que conducía a través de la zona boscosa. Podía ver las ventanas iluminadas de casas más allá de ella.

Tropezó en esa dirección hasta que oyó un portazo lejano.

“¿Es él?”, se preguntó. ¿Está regresando?”.

Ella miró por el camino. Este podría ser el mismo camino que él utilizaba para ir y venir. Si ella lo seguía, podría terminar en sus garras.

Se volvió hacia el otro lado. Otro camino menos utilizado llevaba por los árboles. No podía ver casas ni cualquier otra cosa en esa dirección. Aún así, el camino tenía que llevar a alguna parte. Tenía que llevarla a la civilización.

Se tambaleó a lo largo del camino, sintiéndose más débil y mareada con cada paso. No estaba segura de cuánto tiempo podría mantenerse en pie, y se sentía muy desorientada. Su visión estaba borrosa, no podía ver con claridad. Tropezó con malas hierbas y ramas que se enredaron en su cuerpo y en su ropa desbaratada.

Luego, para su alivio, sintió la maleza espesa dar a otro espacio abierto.

“¿Dónde estoy?”, se preguntó.

Se tambaleó hacia delante y sintió pavimento duro bajo sus pies. Había llegado al borde de una carretera. Miró hacia atrás y hacia delante, pero no vio nada de tráfico. No tenía ni idea qué camino tomar. Eligió una dirección y siguió tambaleándose.

La cabeza le daba más y más vueltas. Se estaba haciendo más difícil ver con claridad o incluso mantenerse en pie. Estaba demasiado débil como para seguir adelante.

“No te rindas”, se dijo a sí misma. ¡No te rindas!”.

CAPÍTULO TRECE

Diablito levantó la mirada hacia la luz del sol que entraba por el techo roto. Había visto el agujero irregular desde afuera, pero no había sido capaz de creerlo. Ahora podía ver que la jaula estaba llena de suciedad y escombros. Una de las chicas, la más nueva, la irlandesa, se había escapado, y las otras dos estaban apiñadas, mirándolo con miedo.

El abuelo estaba furioso. “*¡Mira esta cagada!*”, dijo. “*¿Cómo pudiste dejar que algo como esto sucediera?*”.

“No sabía que necesitaba reparación”, suplicó Diablito.

“*Diablos, ¿tengo que decirte todo lo que tienes que hacer?*”.

Diablito no podía dejar de mirar el agujero en el techo. En su mente, el abuelo seguía sermoneándolo.

“*Tienes que ponerte a trabajar. Tienes que arreglar este lugar. Tiene que quedar perfecto*”.

“Lo arreglaré”, dijo Diablito.

“*Más te vale que lo arregles. Tendrás que poner la estructura bocarriba. Luego tendrás que mezclar un poco de cemento en el garaje. ¿Entiendes lo que dije hasta ahora?*”.

“Lo entiendo,” murmuró.

“*No puedo oírte*”, dijo el abuelo.

“*¡Dije que lo entiendo!*”, exclamó Diablito, casi enojado con el abuelo ahora. Comenzó a juntar los escombros pesados.

“*¿Qué crees que estás haciendo?*”, dijo el abuelo.

Diablito se detuvo con sus hombros caídos.

“*¿Qué debo hacer?*”, suplicó.

“*Tienes que encontrar a la chica primero. Encuéntrala antes de que alguien más lo haga, antes de que tenga la oportunidad de hablar*”.

En ese momento, los relojes comenzaron a marcar las siete. Diablito cogió el gato de nueve colas y entró en la jaula. Se colocó frente a las dos cautivas amenazantemente.

“*¿Dónde está?*”, dijo. “*¿Adónde se fue?*”.

Una de las chicas parecía casi no estar consciente. La otra estaba tratando de gritar, pero estaba demasiado débil como para hacer mucho ruido. El estruendo de los relojes comenzó a extinguirse.

“*¡Les hice una pregunta!*”, gritó.

La azotó violentamente con el látigo. Pero en lugar de alejarse, la que parecía tener más fuerza se quedó mirándolo desafiantemente.

“Fue a hablar con la policía”, dijo.

Diablito la agarró por el pelo y miró sus ojos vacíos.

“¿Ella qué?”, gritó.

“¡La policía! ¡Vienen por nosotras! Ya se te acabo el jueguito, ¡hijo de puta!”.

Diablito la azotó con el látigo de nuevo. Entonces se volvió y corrió hacia fuera. Cerró la puerta con cuidado detrás de él. Luego Diablito recordó el agujero abierto.

“Pero las otras chicas...”, comenzó Diablito.

“Déjalas por ahora. Están demasiado débiles como para salirse. Están demasiado débiles como para siquiera gritar. ¡Ahora muévete!”.

Diablito subió las escaleras hacia el área abierta por encima del refugio. Podía ver las huellas que daban a un camino cercano.

“Por allí es que se fue”, le dijo al abuelo, señalando.

Diablito se fue por el camino, ramas y hojas golpeándolo por todas partes. El camino terminaba a unas yardas del borde de la carretera. Miró hacia arriba y hacia abajo. Sin embargo, no había tráfico, y tampoco vio a la muchacha.

“No sé qué camino tomó desde aquí”, dijo Diablito.

Pero no hubo respuesta. Abuelo solo hablaba en la casa y en el refugio.

Diablito estaba luchando para no entrar en pánico.

Corrió nuevamente hacia su casa para buscar su carro. Abuelo tenía razón. Tenía que encontrar a la muchacha que se había escapado.

Y la mataría justo en ese mismo instante.

CAPÍTULO CATORCE

Riley tomó un sorbo de té, y luego miró su reloj. Eran las nueve y media de la mañana.

“Debería estar de regreso a Delaware ahora mismo”, pensó con ansiedad.

En cambio, estaba sentada en la oficina de Mike Nevins en Washington, DC. Mike era un psiquiatra forense que consultaba al FBI frecuentemente. Riley llevaba más de diez años conociéndolo.

Mike había sido una gran ayuda para ella a lo largo de los años, y no solo en casos de asesinato. La había ayudado a superar su TEPT después de su terrible experiencia en la jaula de Peterson.

Riley se recordó a sí misma que Bill realmente no esperaba que estuviera de regreso esta mañana. Lo había llamado ayer por la noche para enterarse de las novedades, y él le había asegurado que no había pasado nada nuevo. Ambos acordaron que probablemente habría una pausa entre asesinatos.

Mientras tanto, Riley tenía un montón de preocupaciones personales. Así que se había puesto en contacto con Mike ayer por la noche, quién le dijo que podría ir a verlo esta mañana. April se había visto bien cuando Riley la había dejado en la escuela esta mañana, y Gabriela sabía que Riley tenía la intención de conducir hacia a Delaware.

“Siento molestarte con todo esto”, le dijo. “El asesoramiento familiar está un poco fuera de tu área de especialización”.

“Está bien”, dijo Mike, sentándose en su silla y riéndose un poco. “Me da la oportunidad de adquirir nuevas habilidades”.

Mike era un hombre apuesto y encantador que siempre llevaba una camisa cara con un chaleco. Él le agradaba mucho y lo consideraba uno de sus amigos más cercanos.

“Yo no debería estar aquí”, dijo. “Tengo un asesino que atrapar en Delaware. Pero tengo miedo de irme en este momento. Siento que April realmente está al borde de una crisis”.

“Lo entiendo”, dijo Mike. “Recuerdo lo que pasó la última vez”.

Riley sabía que Mike se estaba refiriendo a la última crisis de April. April había estado en una excursión escolar de una semana en Washington, DC cuando había sufrido un terrible ataque de TEPT. Su ex marido se negó a ser molestado, y Riley había estado en Arizona trabajando en un caso. Casi había sido despedida por regresar para ayudar a su hija. ¿Eso ocurriría de nuevo?

“¿No ha sido útil la Dra. Sloat?”, preguntó Mike.

Mike había referido a April a la Dra. Lesley Sloat, una terapeuta de buen corazón que le agradaba tanto a Riley como a April.

“Pensé que estaba ayudando”, dijo Riley. “Pero April dejó de ir a su cita ayer, justo después de escaparse de clases”.

Mike se rascó la barbilla pensativamente.

“Esa es una edad difícil”, dijo. “Normalmente ya habría atravesado lo peor. Pero su situación no ha sido normal. No muchas chicas de su edad han sido encerradas en una jaula y atormentadas por un psicópata. Añade eso a algunos factores de estrés menos inusuales, como el divorcio de sus padres, y está destinada a seguir teniendo problemas”.

Riley suspiró con preocupación.

“Puedo entrar en la mente de los asesinos psicóticos, pero la de mi hija es un misterio”.

Mike dejó escapar una risita de nuevo.

“Bueno, la mente de una adolescente es tan misteriosa como la de cualquier psicópata”, dijo. “Están atravesando por tantos cambios que ni siquiera se entienden a sí mismos. Son físicamente maduros con un cerebro inmaduro”.

“Eso no es muy alentador”, dijo Riley.

“Me gustaría tener mejores noticias”.

Riley y Mike se quedaron callados por un momento.

“¿Qué más te preocupa?”, preguntó Mike.

“Su juicio, por una cosa. Tiene un nuevo novio, pero no sé nada de él, y no lo quiere traer a casa para poder conocerlo”.

Mike se inclinó hacia delante en su silla y la miró con preocupación.

“Me temo que no estás hablando del problema real”, dijo.

“¿Y cuál es el problema real?”, dijo Riley.

“Creo que lo sabes”.

La garganta de Riley endureció. Sí lo sabía. Y era difícil para ella decirlo en voz alta. Pero si no lograba expresarlo, esta sería una visita desperdiciada. Ambos sabían eso.

“Me siento impotente, Mike”, dijo. “Impotente e inadecuada. Siento que todo lo que hago está mal. Simplemente no puedo con todo. No puedo ser una madre y una agente del FBI. Los dos consumen demasiado. No hay suficiente tiempo para ambos. No puedo hacerlo todo”.

Mike asintió.

“Eso es”, dijo. “Ahora estamos llegando al grano. Bueno, claramente crees que estás haciendo algo mal. Eso significa que podrías estar haciendo algo mejor, algo diferente. ¿Y eso qué podría ser?”.

Riley no respondió. La pregunta la había dejado completamente perpleja.

“No escuché una respuesta”, dijo Mike con voz tranquilizadora. “Y sospecho que hay una muy buena razón para ello. No puedes hacer las cosas mejor. Digo, ¿cuáles son tus opciones? ¿Entregar tu placa y dejar tu trabajo? ¿En qué crees que resultaría eso?”.

Riley sonrió al recordar su conversación con Blaine sobre este mismo asunto.

“Ahora estás sonando como mi vecino de al lado”, dijo.

“¿Oh?”.

“Su nombre es Blaine. Es buen hombre. Es padre. Su hija es amiga de April”.

La sonrisa de Mike se ensanchó.

“¿Soltero?”.

Riley se sonrojó. “¿Cómo lo adivinaste?”.

“Soy bastante bueno en ese tipo de cosas”, dijo. “Bueno, tal vez deberíamos estar hablando de este buen hombre llamado Blaine. ¿Cómo van las cosas con él? ¿Cómo están progresando?”.

Riley gruñó un poco.

“¿Progresando? ¿Estás bromeando? No están progresando en absoluto”.

“¿Por qué no? ¿Crees que no está interesado?”.

Riley sintió que estaba sonrojando más.

“Creo que él está interesado,” dijo.

“Y obviamente tú estás interesada. ¿Entonces, cuál es el problema?”.

Riley estaba perpleja.

“Todo es un problema. Él dirige un restaurante, yo persigo asesinos. Si supiera la mitad de lo que sucede en mi vida, estaría aterrorizado. Digo, ella fue secuestrada en la casa de su padre. ¿Podría culparlo por tener miedo de que esto pudiera suceder justo al lado? Probablemente se mudaría a otro vecindario”.

“¿Estás tan segura de eso?”.

Riley no respondió. Había estado evitando hablar sobre su trabajo con Blaine. Tal vez era hora de que eso cambiara.

“¿Esto no está un poco fuera del tema?”, dijo. “Digo, estábamos hablando de April”.

“Tal vez todavía lo estamos haciendo”, dijo Mike. “¿De verdad crees que las cosas con tu hija empeorarían si tuvieras un buen hombre en tu vida? Teniendo en cuenta lo mucho que dice que odia a su padre, podría sentirse bastante aliviada”.

Riley se quedó callada. Mike le estaba dando mucho en qué pensar.

Su teléfono vibró justo en ese momento. Ella vio que la llamada era de Bill.

“Tengo que tomar la llamada”, le dijo a Mike.

Mike asintió. Riley aceptó la llamada y salió al pasillo.

“¿Qué pasa?”, preguntó.

“Meara Keagan acaba de aparecer”, dijo Bill. “Ella escapó del cautiverio”.

Los latidos de Riley se aceleraron.

“¿Y?”, dijo. “¿Por qué tienes la voz sombría?”.

Se produjo una larga pausa al otro lado de la línea. Finalmente, Bill habló.

“Ella fue atropellada por un carro”.

CAPÍTULO QUINCE

Riley entró rápidamente al hospital de Ohlman. Bill ya estaba allí en la zona de espera.

“¿Está viva?”, preguntó Riley. “¿Está despierta?”,

“Eso es lo que me dicen”, dijo Bill. “No me han dejado entrar a verla todavía”.

“¿Cómo la encontraron?”, preguntó Riley.

Bill negó con la cabeza, como si no pudiera creerlo.

“Eso es lo raro”, dijo. “Alguien la dejó justo afuera, por donde tú acabas de entrar. Pero el hombre que la dejó se fue enseguida”.

“¿Creen que fue la persona que la atropelló?”.

“Estamos asumiendo eso. Lucy Vargas está revisando el material de vigilancia en este momento. Sabremos más sobre esto pronto. Vamos, averigüemos si podemos verla ya”.

Bill llevó a Riley por un pasillo a una habitación con dos policías que estaban afuera. Se encontraron con una mujer seria en una bata blanca. Su tarjeta de identificación leía Dra. Leah Pressler.

“¿Podemos hablar con ella ahora?”, le preguntó Bill a la doctora.

“Si fuera por mí, yo diría que no”, dijo la Dra. Pressler. “Ella está débil y extremadamente frágil. Pero dice que quiere hablar. Realmente insiste en ello”.

La Dra. Pressler los acompañó a la habitación. Meara Keagan los miró con ojos cansados. Estaba extremadamente delgada y pálida, lo que hacía que su pelo rojo brillante y sus pecas se destacaran extrañamente, como si fueran una peluca y maquillaje.

Tenía una pierna en un yeso, y los tubos intravenosos estaban restaurando sus fluidos corporales. Parecía que había sufrido un infierno. Pero al menos aún estaba viva. Y aunque estaba muy delgada, estaba lejos de verse tan demacrada como los tres cadáveres.

“¿Son del FBI?”, preguntó con una voz cansada y ronca. Riley notó su acento irlandés de inmediato. Recordó haber oído que era un inmigrante irlandesa.

“Soy la agente Riley Paige, y este es el agente Bill Jeffreys”.

Riley se sentó en una silla junto a la paciente. Bill y la doctora permanecieron de pie.

“¿Puedo llamarte Meara?”, preguntó Riley en un tono suave.

“Por supuesto”, dijo la mujer, sonriendo dulcemente.

“¿Qué recuerdas?”.

Todo el rostro de Meara Keagan se tensó del esfuerzo.

“Este hombre me noqueó cuando estaba tratando de ayudarlo con su carro. No estoy segura hace cuánto tiempo fue”.

“Cinco días”, dijo Riley en un tono tranquilizador.

“Eso es lo que pensé. Después me encontré en un sótano. En una jaula con tres chicas, todas ellas hambrientas. Nos mantuvo allí, apenas nos daba de comer o de beber en absoluto. Él mató a una de las chicas. Le rompió el cuello”.

Su voz comenzó a flaquear. Riley sabía que estaba reviviendo el terror de ese momento. Riley le dio unas palmaditas a su mano.

“¿Qué puedes decirme del sótano?”.

“Estaba... lleno de relojes. Todo tipo de relojes. Cientos de ellos. Pero estaban detrás de una valla”. “Hizo una pausa por un momento y luego añadió en voz baja: “No podíamos salir por la valla... no podíamos salir...”.

Riley miró a Bill, y él la miró a ella. Sabía que ambos estaban preguntándose lo mismo. ¿La mujer solo estaba imaginando los relojes en su delirio?

“¿Podrías describir al hombre que te tenía cautiva?”, preguntó Riley.

Todo su cuerpo comenzó a temblar.

“Era... era... no puedo...”.

Riley entendió. Estaba reprimiendo la memoria de su captor. Tal vez podría recordar cómo era más adelante.

“Está bien”, le dijo Riley. “¿Cómo escapaste?”.

Su expresión se volvió terriblemente confundida.

“No tengo la menor idea. Lo último que recuerdo es que los relojes estaban sonando y sonando y nos estaba azotando con un látigo y se estaba azotando a sí mismo. Hacía eso bastante, se azotaba a sí mismo y a nosotras. Ya no recuerdo más nada, solo desperté aquí. No recuerdo nada acerca de cómo llegué aquí”.

“¿Escapaste de él de alguna forma?”.

Meara alejó la mirada. Sus ojos estaban más perdidos y parecía estar costándole hablar.

“Eso es suficiente por ahora”, dijo la doctora.

La doctora llevó a Bill y a Riley al pasillo.

“No soy neuróloga, pero creo que puedo explicar la brecha de memoria”, dijo ella. “Toma un tiempo para que el cerebro convierta la memoria a corto plazo a memoria a largo plazo. Se llama 'consolidación'. Sin embargo, un trauma al cerebro puede interferir en el proceso. Estaba inconsciente cuando la encontramos. Mi conjetura es que fue noqueada antes de que la memoria a corto plazo de su escape pudiera consolidarse”.

“Así que quizás jamás lo recuerde”, dijo Riley.

“No veo cómo podría hacerlo”, dijo la Dra. Pressler, negando con la cabeza. “Esa información simplemente no está en su cerebro. Pero podría ser capaz de decirnos más sobre su cautiverio después de un tiempo. En este momento necesita descansar”.

Riley estaba a punto de darle las gracias por la explicación cuando Lucy llegó trotando hacia ellos.

“Lo encontramos en el video de vigilancia”, dijo emocionada. “Vengan a echarle un vistazo”.

Ella llevó a Bill y a Riley a una sala donde un policía local estaba sentado en una computadora.

“Aquí está”, dijo el policía.

Riley pudo verlo todo con claridad. Un VUD de tamaño medio se detuvo en la entrada del hospital. Un hombre se bajó del carro. Era moreno y de estatura media.

Se pasó a la parte trasera de su vehículo, lo abrió y sacó a la mujer inconsciente. La puso en la acera y tocó su cabeza, parecía un gesto de disculpa. Luego corrió hacia el carro, entró y se fue conduciendo.

“Detén el video allí”, dijo Riley.

El policía sentado en la computadora detuvo el video.

“La matrícula es totalmente visible”, dijo Riley.

Lucy estaba de pie junto a ella. Ella le sonrió a Riley.

“Ya estamos en eso”, dijo. “El carro pertenece a Jason Cahill, de treinta años. Vive aquí en Ohlman. Tenemos una dirección”.

“El agente Jeffreys y yo lo recogeremos”, dijo Riley. “Lucy, por favor, no pierdas de vista las cosas aquí. Llámanos de inmediato si nuestro paciente logra recordar algo más”.

*

Riley y Bill se estacionaron frente a la casa de Jason Cahill. Le recordó a Riley al lugar donde Dennis Vaughn vivía en Redditch, una pequeña casa de madera con un porche. Pero estaba en condiciones mucho mejores que la casa destartada de Vaughn, y el césped había sido podado recientemente.

La casa estaba en las afueras de Ohlman, y a una buena distancia de casas vecinas. Cuando ella y Bill caminaron hacia la casa, Riley se dio cuenta que había un VUD estacionado en la entrada, el mismo vehículo que había aparecido en el video de vigilancia. Efectivamente, la parte delantera del vehículo estaba abollada y un faro estaba roto.

“*Este podría ser él*”, pensó Riley. “*Tal vez realmente lo tenemos*”.

Pero justo cuando estaban a punto de entrar al porche, Bill señaló los cimientos de la casa.

“Mira”, dijo. “No tiene sótano”.

Bill tenía razón. La casa estaba abierta por debajo, construida sobre postes de madera. Meara había insistido en que había estado en un sótano. ¿Podría estar el sótano en alguna otra parte?

En cualquier caso, Riley sabía que tenían a Jason Cahill por atropello con fuga.

Bill tocó la puerta. El hombre que abrió no se parecía en nada a Dennis Vaughn. Era delgado y limpio, y llevaba jeans y una camiseta. Se veía cansado y ojeroso.

“¿Están con la policía?”, dijo.

Bill y Riley le mostraron sus placas. El hombre se veía solo un poco sorprendido.

“FBI. Dios. Estaba esperando la policía. ¿Pero el FBI?”.

“¿Eres Jason Cahill?”, preguntó Bill.

“Sí”.

“Estás arrestado por el atropello con fuga de la señorita Meara Keagan”, dijo Riley. “Date la vuelta”.

Jason Cahill puso sus manos detrás de su espalda cooperativamente para que Bill pudiera esposarlo. Riley miró el interior de la pequeña casa. Vio que estaba decorada de forma sencilla con muebles que se veían bastante usados pero en buen estado.

“¿Cómo está?”, preguntó Cahill. “¿Está bien?”.

En lugar de responder, Riley empezó a leerle sus derechos.

“Conozco mis derechos”, dijo Cahill. “Quiero un abogado”.

El rostro de Bill se puso rojo de ira. Esto preocupó a Riley. Lo último que necesitaba era que se saliera de control de nuevo.

“¿Qué sabes de la muerte de Metta Lunoe y Valerie Bruner?”, gruñó Bill.

Riley observó el rostro de Cahill. No detectó ningún cambio en su expresión.

“No sé nada de ellas”, dijo. “No diré nada más sin un abogado. No puedo pagarlo, así que necesito que me busquen uno”.

“¿Dónde estuviste el sábado pasado?”, preguntó Bill.

“No diré nada más sin un abogado”, dijo Cahill.

Bill tiró en las esposas para que le dolieran un poco. Cahill hizo una mueca de dolor. Riley estaba caminando detrás de ellos.

“Oye”, dijo Riley bruscamente.

Bill se volvió y la miró. Riley no dijo nada, pero trató de decirle con su expresión que no iba a aguantar otra escena. Bill negó con la cabeza.

Riley estaba preocupada, y no solo por Bill. Cahill se estaba tomando las cosas con calma. Si realmente era el asesino, sabía exactamente cómo manejarse. Probar un caso en su contra no sería fácil.

Y nunca encontrarían a las mujeres.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Riley se sentía atrapada. Ella y Bill estaban sentados afuera de la sala de entrevistas de la comisaría local. Tenían media hora allí, esperando que Cahill terminara de consultar con un defensor público.

Cahill no les había dicho ni una sola palabra hasta ahora, pero el abogado había hablado con ellos un montón antes de entrar para hablar con su cliente. Era un defensor público local, un hombre robusto de mediana edad llamado Rudy Dunkelberg.

Riley se había dado cuenta de inmediato que Dunkelberg no era ningún patán con una licencia de abogado. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Se había percatado de inmediato que Jason Cahill era buscado por mucho más que un atropello con fuga. De hecho, había adivinado que Cahill era sospechoso de tres asesinatos. Ya todo el mundo sabía de ellos.

Y ahora Riley sabía lo que venía a continuación. Dunkelberg iba a asegurarse de que Cahill no dijera nada sobre los asesinatos, ni siquiera a él. Eso enojó a Riley, pero sabía que Dunkelberg solo estaba haciendo su trabajo.

“Odio cuando contratan abogados”, murmuró Bill.

“Yo también”, dijo Riley. “Pero tenemos que arreglárnosla con lo que hay”.

Bill negó con la cabeza de cansancio.

“Riley, no sé cuánto más puedo aguantar”, dijo. “Solo tengo que cerrar este caso. Tengo que acabar con este tipo”.

“Tenemos que cerrar este caso”, dijo Riley, corrigiéndolo. “Y tenemos que hacerlo de acuerdo con el procedimiento”.

La puerta de la sala de entrevistas se abrió. Dunkelberg se asomó y dijo: “Ya pueden pasar”.

Riley y Bill entraron a la sala y se sentaron en la mesa frente a Cahill y su abogado. Cahill todavía estaba extrañamente inexpresivo. Riley había visto un montón de asesinos psicópatas mostrar una falta de impresión similar.

Una carta escrita a mano yacía sobre la mesa en frente a Cahill.

“Mi cliente está dispuesto a confesar”, dijo Dunkelberg.

“¿Está dispuesto a qué?”, dijo Bill abruptamente.

“El Sr. Cahill leerá su confesión ahora”, dijo Dunkelberg.

Le hizo un gesto a su cliente, cuya expresión todavía no había cambiado en absoluto. Cahill empezó a leer en voz lenta y firme.

“Anoche estuve en Glenburn, a unas cuarenta millas de Ohlman”, leyó. “Estaba jugando póquer con algunos amigos con los que fui a la universidad hace seis años”.

Dunkelberg interrumpió: “Mi cliente estaría encantado de darles sus nombres e información de contacto. Continúe, Sr. Cahill”.

“Jugamos casi toda la noche. Me fui a las cinco y media de la mañana. Estaba muy intoxicado. No debía conducir en ese estado, pero decidí volver a casa de todos modos. A eso de las seis, una mujer se puso delante de mi vehículo. No me detuve a tiempo y la atropellé”.

Cahill se detuvo por un momento.

“Luego entré en pánico”, continuó. “No estaba pensando. Ya tengo un par de arrestos por conducir bajo la influencia del alcohol y tenía miedo de que me pasara de nuevo. Pero no quería dejar a la mujer tirada allí. La cogí y la coloqué en la parte trasera de mi carro. La llevé directamente al hospital y la dejé allí”.

Cahill se aclaró la garganta.

“Ya se me estaba pasando el efecto del alcohol para cuando llegué a casa. Fui capaz de pensar con más claridad. Sabía que había cometido un terrible error. No podía conciliar el sueño. Acababa de decidir que iba a entregarme cuando llegaron los agentes del FBI”.

Hubo un momento de silencio.

“Estoy sinceramente arrepentido por lo que hice”, dijo, concluyendo su declaración.

Dunkelberg dijo: “Eso es todo lo que mi cliente quiere decir en este momento. Como pueden ver, está poniéndose a merced del sistema”. Le entregó un bolígrafo a Cahill. “Ahora todo lo que tiene que hacer es firmar esta confesión”.

“Espera”, espetó Bill. “Él no firmará eso”.

Riley entendió la protesta de Bill. Cahill podría estar fuera de su alcance si confesara un delito posiblemente falso. Pero sabía que no había nada que ella o Bill pudieran hacer para detenerlo.

Aún así, tuvo una idea.

“Un momento”, dijo. Sacó su teléfono celular y colocó las imágenes de las escenas del crimen y las víctimas de asesinato.

Le mostró una foto del cadáver demacrado de Metta Lunoe a Cahill.

“¿Reconoces a esta mujer?”, preguntó.

Por fin vio un cambio en la expresión del hombre. Fue sutil, pero visible. Pasó una serie de imágenes gráficas de Metta Lunoe hasta que aparecieron las de Valerie Bruner.

“¿Esto significa algo para ti?”, preguntó Riley.

Los ojos de Cahill se habían vuelto vidriosos.

Bill gritó al otro lado de la mesa: “¡Responde la pregunta, maldita sea!”.

Riley le dio un golpecito con el codo.

“Me gustaría hablar con mi compañero a solas por un momento”, dijo.

Dunkelberg asintió, y Riley y Bill salieron de la sala.

“No es nuestro hombre”, le dijo.

“¿Cómo lo sabes?”, preguntó Bill.

“Pude verlo en su rostro. Nunca ha visto a esas mujeres asesinadas en su vida”.

Bill se veía como si no podía creer lo que estaba oyendo.

“No vi nada en su rostro”, dijo. “Se veía muy frío. Se ve igual a todos los asesinos que hemos visto”.

Riley casi gritó: “Tiene resaca, Bill. Está adormecido y hecho un manojito de nervios. Es por eso que se ve así. Y encima de eso, está en estado de shock. Todavía está procesando lo que le hizo a Meara Keagan”.

Bill se le quedó mirando por un momento.

“¿Segura?”, preguntó.

Riley no respondió. No podía estar absolutamente segura. Pero su instinto le decía que Jason Cahill no era el asesino.

“¿Así que estamos de vuelta al punto de partida?”, dijo Bill con cansancio.

“No”, dijo Riley. “Todavía podemos utilizarlo. Todo lo que tiene que hacer es mostrarnos el lugar del accidente. Eso nos acercará más al sitio dónde las tiene cautiva”.

*

Diablito acababa de calentar una cena congelada y estaba sentándose a comer cuando escuchó un carro afuera. Corrió a la ventana del frente y levantó la persiana. Su estómago dio vuelcos cuando vio lo que había afuera. Al otro lado de la calle había un hombre con una chaqueta que decía POLICÍA en un porche hablando con uno de sus vecinos. Diablito miró por la calle y vio a dos policías más en otras dos casas haciendo lo mismo.

“Deben saber de nosotros”, dijo Diablito.

“Sí”, respondió el abuelo. “*Y es tu culpa por dejar que esa mujer se escapara*”.

Diablito estaba a punto de protestar que la había buscado por todas partes, había conducido por todas las carreteras y las calles aledañas. No la había encontrado por ninguna parte.

Pero mantuvo silencio. No quería sacar al abuelo de quicio en este momento.

Además, vio a una mujer joven en la acera que se estaba acercando al porche, y llevaba una chaqueta del FBI. Ella tocó la puerta.

“¿Debo fingir que no estoy en casa?”, le preguntó Diablito.

“Por supuesto que no, idiota. Eso le podría parecer sospechoso. Déjala pasar”.

Diablito tenía sudor en la frente.

“Pero ¿qué digo? ¿Qué hago?”.

“Solo mantén la calma, maldita sea. Finge no saber nada acerca de lo que te está preguntando”.

Diablito abrió la puerta principal. La agente era una mujer joven de aspecto agradable con una tez oscura. Ella estaba sosteniendo un montón de papeles en la mano. Le sonrió.

“Discúlpeme por molestarlo esta tarde, señor”, dijo. “Soy la agente Lucy Vargas del FBI. Estoy ayudando a la policía local a investigar en esta área. ¿Ha visto a esta mujer?”.

Le acercó un volante. Inmediatamente reconoció a la mujer por sus pecas y pelo rojo. Sin embargo, salvo por un momento antes de haberla secuestrado, nunca la había visto sonreír de esa manera.

“¿Está desaparecida?”, le preguntó Diablito.

“¡No hagas preguntas, maldita sea!”, espetó el abuelo. *¡Déjale eso a ella!”.*

Pero la mente de Diablito estaba llena de preguntas. ¿Aún estaba desaparecida? Y si era así, ¿dónde estaba? ¿Adónde había ido? ¿Y qué había llevado a la policía a buscarla en esta área en particular?

En lugar de responder a su pregunta, la mujer del FBI dijo: “Solo queremos saber si alguien de esta zona la ha visto por aquí esta semana”.

Diablito negó con la cabeza.

“¿Seguro?”, dijo la mujer, acercándole más el volante. “Por favor, échele un mejor vistazo”.

El abuelo susurró: *“Dile que estás seguro”.*

“Estoy seguro”, dijo Diablito.

La mujer del FBI lo estaba mirando con cautela. Se preguntaba por qué. ¿Era la forma en la que estaba respirando? ¿Era el sudor que se estaba formando en su rostro?

“Señor, ¿tiene un sótano?”, preguntó la mujer.

Diablito se quedó inmobilizado. ¿Por qué estaba buscando un sótano? ¿Qué sabía?

“Sí”, dijo Diablito con calma.

La mujer lo estaba estudiando de cerca.

“¿Puedo entrar a echarle un vistazo, señor?”, preguntó.

Diablito abrió la boca, pero no pudo hablar. El abuelo estaba furioso.

“Por amor a Cristo, déjala pasar. No tenemos nada que ocultar aquí. Déjala que busque todo lo que quiera. ¡Y sonríe! ¡Deja de actuar como un maldito criminal!”.

Diablito logró forzar una sonrisa.

“Claro”, le dijo al agente. “Pasa”.

La mujer entró y miró a su alrededor. Diablito esperaba que nada sospechoso estuviera a la vista. La habitación del frente había sido una vez el taller de relojero del abuelo. Pero Diablito había movido todos los relojes del abuelo al refugio hace años. De lo contrario, la casa estaba casi igual a como el abuelo la había dejado al momento de morir. Y siempre mantenía el lugar razonablemente limpio.

“Queda justo por aquí”, dijo, guiándola por la casa hasta el sótano.

“Gracias”, dijo la mujer. Parecía estar decidida a no darse prisa. No dejaba de mirar todo a su alrededor.

Diablito dijo: “¿Esto tiene algo que ver con esos asesinatos de los que he leído?”.

“¡Shhhh!”, dijo el abuelo.

Pero Diablito necesitaba saberlo. ¿Qué sabían las autoridades de estos asesinatos? ¿Alguien entendía su propósito en absoluto?

“Preferiría no decir nada al respecto”, dijo la mujer, aún mirando por todas partes.

Diablito no podía evitar seguir indagando en el tema.

“Porque me parece que el asesino está tratando de enviar algún tipo de mensaje, quienquiera que sea”.

La mujer se detuvo y lo miró con curiosidad.

“No nos importa si está enviando un mensaje”, dijo. “Para nosotros, solo es otro psicópata. ¿Puedo ver el sótano?”.

“Por supuesto”, dijo Diablito. La condujo hasta la puerta del sótano y la abrió, encendiendo la luz. Se ofreció a dejarla bajar las escaleras de primero.

“Después de usted”, dijo cortésmente.

Él bajó las escaleras del sótano delante de ella. Deseaba poder ver su expresión. Quería tener una idea de lo que estaba pensando. De todos modos, no podía imaginar que vería algo sospechoso allí. Era un sótano común y corriente, con paredes de bloques de concreto. No tenía nada de muebles.

Había un gran horno de gas en todo el medio. La mujer comenzó a caminar alrededor del horno. Mientras estaba en el otro extremo, los ojos de Diablito se centraron en un tubo de acero oxidado cubierto con telarañas. Algún fontanero lo

había dejado allí hace muchos años. Los dedos de Diablito le picaban con un impulso irresistible.

Se agachó para tomar la tubería.

CAPÍTULO DIECISIETE

Lucy salió de detrás del horno. No había nada fuera de lugar en este sótano. En realidad no había nada fuera de lugar en la casa, excepto que el hombre que vivía aquí parecía inusualmente espeluznante. Estaba inclinado, hurgando algo en el suelo. Pero luego se enderezó y se quedó allí mirándola, viéndose rígido e incómodo.

“Lo sé, lo sé”, murmuró distraídamente. “No fue una buena idea”.

Lucy estaba desconcertada. Parecía estar hablando con otra persona.

“¿Qué?”, le preguntó.

Él la miró, más alerta ahora.

“El sótano”, dijo rápidamente. “No hay nada en el sótano”.

“Tiene razón, no lo hay”, dijo ella, sonriendo agradablemente. “Gracias por su tiempo. Eso es todo lo que necesito”.

“El tiempo es importante”, dijo.

Ella asintió con la cabeza y subió las escaleras. Siguió detrás de ella, murmurando en voz baja a sí mismo.

Cuando estaban en el piso de arriba, Lucy le echó otro vistazo al dueño de la casa.

“Ya me voy”, dijo. Ella le entregó el volante con la foto de Meara.

Había un número de teléfono abajo de la foto.

“Quédese con esto, y échele otro vistazo más tarde”, dijo. “Si recuerda algo más, no dude en llamarnos”.

Luego salió de la casa y siguió con su búsqueda de la persona que había mantenido a Meara Keagan cautiva.

CAPÍTULO DIECIOCHO

April se sentía genial. Ella sabía que Joel le había añadido algo a la marihuana en la pipa, y estaba feliz de que lo había hecho. Cuando se sentía así, no tenía que preocuparse por la escuela o por mamá o por cualquier cosa. No tenía que recordar ser capturada y estar cautiva en una jaula. No tenía que pensar en ayudar a su madre a matar al hombre que la había secuestrado. Sabía que podía confiar en Joel para cuidar de ella.

Él le pasó la pipa de nuevo.

Estaban en su carro, estacionados en medio del bosque, en un lugar donde nadie podía molestarlos.

“Sabes que me gustas bastante”, dijo Joel. Sus palabras parecían resonar mientras hablaba.

“De hecho, April, estoy enamorado de ti”, dijo, volviéndose para mirarla a la cara.

“Yo también te amo”, susurró ella. Era la primera vez que le había dicho eso a un chico. Así que lo dijo de nuevo, más fuertemente: “Yo también te amo, Joel Lambert”.

Se veía preocupado. “Sé que no le agrado a tu madre”.

“Eso no importa. Está tensa porque lidia con demasiados asquerosos”.

Él se rio un poco. “Supongo que sí, ya que es una gran agente del FBI. Siento que hayas tenido que vivir con toda esa sospecha”.

April se sintió un poco protectora hacia su madre. “Ella tiene que enfrentar mucha violencia. Yo te conté sobre el tipo que me secuestró”.

Él sonrió. “Sí. Fue realmente genial. Digo, lo que ambas hicieron”. Él la besó. “Eres una chica bastante genial”.

Estaba quitándole la ropa y ella sabía que iban a volver a hacer el amor. Le alegraba el hecho de haberse estado tomando píldoras anticonceptivas durante todo el año, aunque no le había parecido importante antes.

Ella suspiró de felicidad y lo ayudó a desvestirla.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sherry Simpson no le gustó lo cerca que estaba el carro de su camioneta. El conductor había estado detrás de ella desde que había cruzado en la ruta rural que llevaba a la granja de su familia. Ahora se había acercado aún más.

Eso la incomodaba. Y no era nada inusual. Desde que había sido una adolescente, los chicos a veces hacían eso para llamar su atención.

En ese entonces había sido divertido. Le había encantado conducir rápidamente y dejarlos en el polvo. Ella conocía bien estos caminos, y no era muy difícil alejarse de ellos. Pero ahora que estaba en la parte final de sus veinte, ya no era divertido, especialmente de noche.

Estaba conduciendo tarde a casa porque su club de bridge se había quedado a chismear más tarde de lo habitual después de su juego. Se habían reído mucho por el hecho de que Gloria no había dejado de hablar de la nueva camarera en la Cafetería Ohlman. Gloria estaba evidentemente celosa de los atributos de la chica nueva.

Había sido una noche divertida con sus amigas y Sherry esperaba que este idiota que la estaba siguiendo de cerca no se lo estropeará. Podía ver su matrícula en su espejo. Tenía una matrícula de Delaware. No podía ver la mayoría de sus números.

“Debo reportar a este chico a la policía local”, pensó. “Está demasiado cerca”.

Pero tal vez solo quería pasarla. Después de todo, estaba conduciendo un poco lento debido al vino que había disfrutado con sus amigas. No podía culparlo por estar impaciente.

Estaba en un tramo recto, así que condujo aún más lento y viró a la derecha, dejándole suficiente espacio para pasar.

Efectivamente, la pasó sin siquiera mirar en su dirección. Su carro pasó por una curva adelante y desapareció detrás de los árboles que alineaban la carretera.

“Espero que conozca estas carreteras”, pensó. “Quizás termine en una zanja”.

Pasó la misma curva unos segundos después, pero luego detuvo su camioneta en seco. Había un carro delante de ella, colocado de lado y ocupando la mitad de la carretera.

¿El conductor estaba borracho? ¿Había destrozado su carro?

Tomó su teléfono celular, estaba a punto de marcar el 911. Pero pudo ver por sus faros que su carro no estaba destrozado, ni estaba en una zanja. Un hombre

estaba abriendo el capó y utilizando una linterna para ver el motor.

“Supongo que estoy varado”, le gritó a ella.

El hombre caminó hacia el carro de Sherry. Todavía estaba hablando, pero ella no podía oír lo que él le estaba diciendo. Ella bajó la ventanilla.

“¿Tienes un teléfono?”, le preguntó. “El mío no funciona. Qué estúpido, dejé que se le agotara la batería, y no tengo el cargador conmigo”.

Él colocó la luz en su rostro y luego la alejó. Sherry vaciló. Todavía estaba sosteniendo el teléfono en su mano.

El hombre estaba ahora afuera de su ventana. Tenía una cara agradable y su sonrisa era reconfortante de cierta forma.

“Qué suerte que pasaras por aquí”, dijo. “Solo tengo que llamar a mi hermano para que venga a ayudarme. Si puedo utilizar tu teléfono, te ayudaré a pasar mi carro. Lamento bloquear gran parte de la carretera. Me sobresalté cuando el motor emitió un ruido fuerte y se apagó. Pero creo que puedes pasar con mi ayuda”.

Sherry estaba a punto de entregarle su teléfono. Pero entonces se dio cuenta de que tenía una mano en la manija de su puerta.

Recordó fragmentos de conversaciones que había tenido con sus amigas hace poco...

“¿Te enteraste de la mujer muerta encontrada en Redditch?”.

“Sí y una mujer fue secuestrada en Westree”.

“¿Crees que es un asesino en serie?”.

Sherry tembló de miedo. Pero sabía que no podía dejarle ver que estaba asustada. Le dio una sonrisa. Pero en lugar de entregarle el teléfono, colocó su camioneta en reversa y se alejó de él. Sostuvo la manija de la puerta lo más que pudo, luego alejó su mano, desapareciendo de la vista.

Luchó por mantener su camioneta bajo control, frenando para evitar desviarse en la zanja junto a la carretera.

Aún en reversa, maniobró alrededor de la curva en el camino, luego hizo girar la rueda para darse la vuelta. Luego siguió conduciendo hacia el otro lado.

No estaba conduciendo muy rápido, con la esperanza de que no tratara de seguirla. Trató de tomar su teléfono celular, planeando marcar el 911. Pensó que lo había colocado a su lado, pero no estaba allí.

“Debí haberlo hecho caer al suelo”, pensó.

No se atrevió a detenerse para recogerlo.

Luego oyó vidrio partirse detrás de ella. Había roto la ventana trasera.

“¡Está en la plataforma del camión!”, pensó.

Sintió un brazo pasar por la ventana rota y sostener su cuello.

CAPÍTULO VEINTE

El brazo del atacante se colocó alrededor de la garganta de Sherry. Aturdida y sorprendida, perdió el control del camión. Se desvió a una zanja y se detuvo en seco. En la sacudida violenta, el atacante perdió su agarre y su brazo se deslizó por la ventana.

La mente de Sherry comenzó a trabajar a toda marcha mientras analizaba la situación.

El motor todavía estaba encendido. El camión era grande y poderoso, y probablemente no estaba totalmente atascado debido a su tracción en las cuatro ruedas. Pero podía oír a su atacante moviéndose en la plataforma del camión, preparándose para atacarla a través de la ventana de nuevo.

Se puso a pensar rápidamente. ¿Qué podía utilizar como un arma? Ella sabía justamente lo que podía utilizar. Se agachó y alcanzó bajo el asiento del acompañante hasta que encontró lo que necesitaba, su picana eléctrica. La sacó y la encendió. Justo cuando logró enderezarse en el asiento, la mano del atacante entró por la ventana de nuevo.

Pero, incluso con su arma, estaba indefensa dentro de la cabina del camión. Si trataba de acercarle la picana, podría romperla, dejándola en más peligro que antes. Aún agachada, abrió la puerta de lado del conductor y cayó en la zanja, sosteniendo el arma.

Él saltó de la plataforma del camión en un instante y se quedó parado sobre ella, con la pala que ella había dejado allí. Se dio cuenta de que había utilizado la pala para romper la ventana trasera. Y ahora él tenía la ventaja. Ella estaba acostada en su espalda y él estaba de pie sobre ella, levantando la pala para golpearla.

Se rodó lejos de él y luchó para ponerse de pie. Aún estaba sosteniendo la picana, buscando desesperadamente la oportunidad de arremeter contra él con el arma. Pero no sería fácil. La picana solo era un par de pies de larga, y el mango de la pala era mucho más largo. Aún tenía una ventaja de esa manera.

“¿Pero qué tan fuerte es él?”, se preguntaba.

Intentó evaluar su altura y contextura con la luz que emanaba de los faros. Él era más alto y más pesado, su familia siempre se había burlado de lo flaca que era ella, llamándola “Palito”. Pero después de una vida de actividades y tareas de granja, era enjuta y más fuerte de lo que se veía.

Trató de golpearla, y ella logró esquivar el golpe. Vio que estaba retrocediendo para tratar de golpearla de nuevo y se preparó, colocándose en pie

firme. Cuando vino el siguiente golpe, ella alcanzó con su mano y cogió la pala por su mango de madera, deteniéndola.

Luego con su otro brazo, empujó la picana directamente en su vientre, haciendo contacto con la carne suave. El hombre se retorció de dolor por la descarga eléctrica casi tan potente como la de una pistola paralizante, y luego cayó al suelo.

Sherry regresó rápidamente a la camioneta. Sacudió la camioneta hacia adelante y hacia atrás hasta que se soltó de la zanja. En lugar de intentar volver a la carretera, pasó directamente a través de una valla de madera blanca que estaba en el borde de un prado.

Conocía estos campos como la palma de su mano y sabía que su camioneta era grande y lo suficientemente fuerte como para ir disparada directamente por el terreno. Miró hacia delante en la luz de luna. Sabía que había otro camino en el extremo del prado, a un cuarto de milla de distancia.

Esperaba que no fuera capaz de seguirla en su vehículo más pequeño o, mejor aún, que ni siquiera lo intentara. Pero no iba a frenar hasta que estuviera fuera de su alcance.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Riley y Bill estaban sentados en la sala de conferencias de la estación de policía local, escuchando a Lucy y a su equipo informarles sobre sus esfuerzos de búsqueda. Riley estaba decepcionada de que no habían traído sospechosos.

“¿Revisaron por todas partes?”, preguntó Riley.

“Más de cien residencias”, dijo Lucy. “Todas en la zona donde Jason Cahill dice que atropelló a Meara Keagan”.

“¿No se encontraron con nadie sospechoso?”, preguntó Riley.

Lucy negó con la cabeza. “No iría tan lejos”, dijo ella. “Este pueblo tiene sus personajes extraños”.

Luego, mirando a los cinco policías locales en la mesa, Lucy agregó: “Sin ánimos de ofender”.

Los policías locales se echaron a reír.

“No te preocupes”, dijo el policía más joven.

“Bienvenidos a Ohlman, Delaware”, dijo el más viejo. “Lo excéntrico es la industria local”.

“Y no todos estaban contentos de hablar con un agente del FBI”, agregó Lucy.

El policía más viejo se echó a reír de nuevo.

“Los federales no son demasiado populares en estas partes”, dijo. “Los lugareños piensan que están aquí para quitarles todas sus armas”.

Lucy dijo: “Cada vez que alguien me parecía sospechoso, les pedía que me mostraran su sótano, si es que tenían uno. A algunas personas no les gustó eso, pero puedo ser muy agresiva”.

“¿Y no encontraste nada?”, preguntó Bill.

“Ah, solo algunas maquetas de trenes”, dijo Lucy. “Un hombre tiene una enorme colección de cristal. Otro tiene un montón de armas de fuego antiguas. Es un pueblo extraño y la gente tiene mucha imaginación. Hablé con un par de chicos que dijeron que habían algunos bosques embrujados cerca”.

Un policía que no había hablado aún dijo: “Sí, los chicos de por aquí aman las historias de fantasmas. Yo era igual a su edad. Supongo que todos éramos así. Esa es toda la diversión que teníamos en un pequeño pueblo como Ohlman. Las cosas se ponen bastante aburridas de lo contrario”.

Riley notó que Lucy estaba inquieta por algo.

“¿En qué estás pensando?”, preguntó Riley.

“¿Qué tan seguros estamos que está manteniendo a sus víctimas en un sótano?”, dijo Lucy.

Riley lo pensó por un momento.

“No estamos seguros en absoluto”, dijo. “Quizás Meara Keagan solo se imaginó todo esto con los relojes y el sótano. Realmente suena bastante bizarro. Tal vez recordará algo más adelante”.

Bill le estaba dando unos golpecitos a la mesa con sus dedos, viéndose más impaciente.

“Además, nosotros no hemos descartado a Jason Cahill como sospechoso”, dijo.

Riley no respondió. Su instinto la había hecho descartar a Jason Cahill por completo. Pero a falta de pistas, su instinto no era suficiente para convencer a Bill de lo contrario. De todos modos, Cahill todavía estaba bajo custodia. Si realmente era el asesino, lo probarían tarde o temprano.

En ese momento se abrió la puerta y un joven policía que se veía emocionado miró adentro.

“Ha vuelto a actuar”, dijo el policía. “Intentó secuestrar a una mujer en un camino rural. La mujer logró escapar. La traeremos a la estación pronto”.

Por primera vez en mucho tiempo, Riley se atrevió a tener esperanza.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Diablito llegó adolorido y magullado a casa esa noche. Tan pronto como pasó por la puerta, el abuelo comenzó a hacer preguntas.

“¿Dónde está? ¿Dónde está la chica?”.

“No pude agarrarla”, dijo Diablito en voz baja.

“¿Cómo así, que no pudiste agarrarla?”.

Diablito no respondió. Caminó directamente a través de la casa hacia la puerta de atrás.

“¡Te hice una pregunta, maldita sea!”.

Sin una palabra, Diablito salió de la puerta de atrás hasta el patio. Entonces se apresuró hacia el camino en el bosque en el extremo lejano del patio.

“¿Qué harás ahora?”, preguntó el abuelo.

Diablito siguió guardando silencio. La verdad era que no tenía idea de lo que iba a hacer. Estaba furioso por estropear el secuestro en la carretera rural. Necesitaba desahogar su ira de alguna forma.

Cuando llegó al claro cuadrado, vio que la ventilación vertical se veía exactamente igual a como se había visto antes del escape de la mujer. Había hecho un buen trabajo reparándola. Incluso había sacado las malas hierbas.

Pero no se detuvo para admirar su obra. Abrió la puerta plana y horizontal del refugio. Descendió los pasos, oyó los relojes sonar la medianoche.

“¡Cállense!”, les gritó a los relojes a lo que pasó por la puerta del refugio. “¡Todos cállense!”.

Pero obviamente los relojes no obedecieron. Sus rostros parecían realmente estar burlándose de él, especialmente uno con forma de ojo enorme que parpadeaba con cada campana. Un búho también estaba sonando más odioso y despectivo de lo habitual. Uno que parecía el hombre de la luna parecía estar riéndose de él.

Tomó el gato de nueve colas y se azotó a sí mismo en la espalda. Pero no clamó su disculpa habitual, su promesa patética de hacerlo mejor. Estaba demasiado enojado para eso.

Después de algunos azotes del látigo, notó dos rostros más, las chicas que aún estaban en la jaula al otro lado de la habitación. Una estaba mirándolo con ojos hundidos y cadavéricos. Dejó de azotarse a sí mismo.

“¿Qué están mirando?”, les gritó Diablito sobre el estruendo de los relojes.

Una muchacha siguió mirándolo fijamente. La otra chica bajó la cabeza. Actuó como si ni siquiera estuviera allí.

“¡Tú!”, le gritó. “¡Te hice una pregunta!”.

Pero ella no levantó la mirada. Caminó a la jaula, la abrió y entró. La muchacha que había estado mirándolo hizo un movimiento hacia la puerta de la jaula. La azotó en el rostro bruscamente. Se retrocedió y le dio la espalda, y él cerró la puerta de la jaula detrás de él.

Entonces se quedó parada sobre la de la que tenía la cabeza baja.

“¡Tú!”, dijo de nuevo. “¿Qué te pasa?”.

Ella ni le respondió, ni lo miró. La agarró por el pelo y levantó su rostro hacia él. Tenía la misma expresión vacía y vacante de la otra chica.

“Responde mi pregunta”, gritó Diablito.

“Meara se fue”, dijo la chica en una voz casi inaudible. “Ella fue a buscar ayuda. La policía vendrá a salvarnos”.

Diablito sintió un cosquilleo de alarma al ser recordado del escape de la otra chica.

“¡Idiota!”, le dijo Diablito a la chica cuyo cabello estaba agarrando. “Nadie vendrá. Nadie va a rescatarte”.

Ahora la otra chica murmuró en una voz determinada y áspera: “Meara se fue. Nos encontrarán pronto”.

Diablito ahora estaba fuera de control. Agarró la cabeza de la chica que estaba sosteniendo y rompió su cuello.

*

Riley se sentó al lado de Bill en la sala de entrevistas de la comisaría, mirando a Sherry Simpson. La morena de aspecto saludable estaba aturdida, pero ilesa. Riley sabía que había tomado mucho más que suerte el escapar del asesino.

“¿Qué puedes decirme del carro?”, preguntó Riley.

“Un Subaru Outback, creo”, dijo Sherry Simpson. “Muy viejo”.

“Excelente”, dijo Riley, tomando notas. “Estás haciéndolo genial”.

“¿Y la matrícula?”, preguntó Bill.

Sherry cerró los ojos.

“Era una matrícula de Delaware”, dijo. “Vi el número. Veamos si puedo recordarlo”.

Recitó cuatro números lentamente.

“Eso es todo lo que vi”, dijo. “O al menos lo que recuerdo”.

Riley miró a Bill, quien le devolvió la mirada con una sonrisa. Sabía que estaban pensando lo mismo. Los primeros cuatro números de una matrícula de Delaware posiblemente eran la pieza final del rompecabezas.

“Hablaré con el personal para que investiguen”, dijo Bill.

Se levantó de la mesa y salió de la habitación.

Riley dice a Sherry: “¿Pudiste echarle un buen vistazo a él?”.

Sherry frunció el ceño, pensando bastante.

“Lo siento, pero estaba oscuro. Lo vi con mis faros durante solo unos segundos, y se veía medio borroso, así que no distinguí los detalles. No pude notar qué color era su pelo o nada así. Luego cuando estaba mirando por mi ventana, y todo lo que pude ver era que tenía una sonrisa amable. Me engañó por un minuto”.

Riley siguió apuntando notas.

“¿Y cuándo estabas peleando con él?”, preguntó Riley. “¿Qué notaste?”.

Sherry hizo una pausa para pensar.

“Creo que él era más alto que yo”, dijo. “Tal vez cinco pies nueve pulgadas. Era de textura media, estaba en buena forma. Luchó bastante”.

Luego Sherry negó con la cabeza.

“Lo siento”, dijo. “Quisiera poder decirles más. Debí haber prestado mejor atención. Tal vez si hubiese tomado una foto...”.

Riley le dio unas palmaditas a su mano. “Ya todo está bien, Sherry”.

Entendió lo que la pobre mujer le estaba diciendo. Los testigos más observadores eran a menudo los que esperaban más de sí mismos.

“No, no es bueno”, dijo Sherry, su voz entrecortándose un poco. “Yo debí haber hecho algo luego de haberlo electrocutado. Debí haberlo noqueado. O matado. Pero estaba tan asustada y ansiosa por irme. Ahora todavía está libre”.

“Sherry, escúchame”, dijo Riley firmemente. “Eres muy valiente y muy inteligente. Otras tres mujeres han muerto en sus garras hasta ahora. Pero tú lograste escapar. Y con lo que recuerdas probablemente seremos capaces de atraparlo”.

En efecto, Bill asomó su cabeza dentro de la puerta.

“Los números de matrícula ayudaron bastante”, dijo. “Es un Subaru Outback del año 2000. Y el nombre del propietario es Travis Kesler. Él vive aquí en el pueblo”.

“Busquemos un equipo para recogerlo”, dijo Riley.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Un pequeño equipo de policías locales pasó a Riley y a Bill mientras se acercaron a la casa grande. Lucy los seguía al final del grupo. Todos tenían sus armas desenfundadas.

Riley no vio ningunas luces en las ventanas de la casa, pero eso no era sorprendente a las cuatro de la mañana. Su mente se puso a analizar la información que habían recopilado. Resultaba que Travis Kesler era un ciudadano pudiente y bien conocido de Ohlman. En las prisas por arreglar todos los detalles de su detención, Riley no había tenido tiempo de preguntar mucho sobre él.

La casa tenía tres pisos, y seguramente tenía un sótano. Riley no tenía ninguna razón para dudar de que habían encontrado al hombre adecuado. Y sin embargo no pudo evitar notar el gran garaje de tres puertas junto a la casa. ¿Qué tipo de carros esperaría encontrar normalmente en un garaje lujoso como ese? Tal vez un Mercedes, un BMW o un Porsche.

“No parece un tipo que usaría un viejo Subaru”, pensó.

Sin embargo, los expedientes del DMV no habían dejado ninguna duda de que Travis Kesler era el dueño del carro que Sherry Simpson había visto en esa carretera rural. Era más que suficiente para llevar a cabo un arresto.

Riley y Bill se subieron en el porche. Ella miró a Bill y él a ella. Ella asintió, y ambos sacaron sus armas. Bill golpeó la puerta principal.

“FBI”, gritó. “Buscamos a Travis Kesler”.

En ese momento cayó un silencio. Bill miró a Riley. Ella entendió que quería saber si debía romper la puerta o no. Ella negó con la cabeza. Si Kesler estaba en casa, probablemente estaba dormido. Había policías en cada lado de la casa ahora, así que no había ningún peligro de que él escapara por otra puerta.

Después de un momento, Bill golpeó la puerta de nuevo. Una luz apareció en una ventana. La puerta se abrió y apareció un hombre en pijama. Llevaba un rifle.

“¡Baja el arma!”, gritó Bill.

El hombre estaba mirándolos. Los tres agentes tenían sus chaquetas del FBI puestas y Riley estaba sosteniendo su placa para que él la viera.

“¡Está bien, está bien!”, dijo el hombre, poniendo el arma en el piso. “Ahora veo que realmente son del FBI. No sabía, por eso busqué mi arma”.

“¿Eres Travis Kesler?”, preguntó Bill.

El hombre asintió con la cabeza.

“Estás arrestado por el asesinato de tres mujeres. Y por el secuestro de Meara

Keagan. Date la vuelta”.

El hombre se alejó.

“Guau. Espera un minuto. Esto es un error”.

“Te dije que te dieras la vuelta”, repitió Bill.

Riley estaba estudiándolo. Se veía de la misma altura y contextura que había descrito Sherry Simpson. ¿Pero realmente se veía que acababa de pelear con una mujer que se había defendido con una picana eléctrica?

La voz de una mujer llamó desde las escaleras.

“Travis, ¿qué está pasando?”.

Riley podía ver que ella llevaba una bata y un camisón. Estaba bajando las escaleras.

“Es el FBI, Abby”, dijo Travis Kesler. “Creo que me están confundiendo con alguien más”.

Entonces la voz de un niño gritó desde arriba.

“Mamá, papá, ¿quién está allí?”.

Oyó a otro niño llorar. La mente de Riley está llena de preguntas. ¿Kesler podría realmente estar manteniendo a sus cautivas en una casa con una esposa e hijos? Cada vez tenía menos sentido.

“Es bien”, gritó la mujer a los niños. “No se preocupen. Vuélvanse a dormir”.

“*Hay algo que no cuadra*”, pensó Riley.

Riley le hizo un gesto silencioso a Bill para que guardara las esposas. Bill no se veía muy feliz por eso. Riley dirigió su atención a Travis Kesler.

“Sr. Kesler, ¿tiene un Subaru Outback del 2000?”, preguntó.

“Sí”, dijo Kesler.

“¿Podríamos echarle un vistazo por favor?”.

Kesler ahora se veía realmente confundido.

“No”, dijo. “No está aquí”.

“¿Dónde está?”, preguntó Riley.

“Mi hermana lo tiene, creo. Quizás”.

Bill se veía incrédulo. “¿Quizás?”, dijo.

“¿Podríamos pasar?”, le preguntó Riley a la pareja.

Kesler se encogió de hombros. “Supongo”, dijo. “Esto me parece bastante extraño”.

“Cesen”, les dijo Riley a los policías. Ella asintió a Lucy, quien estaba apostada en el porche delantero.

Luego Kesler y su esposa condujeron a Riley y a Bill a su sala de estar espaciosa y decorada con buen gusto.

Riley dijo: “Sr. Kesler, su vehículo fue identificado por la víctima de un casi secuestro. Su atacante estaba conduciéndolo. Sucedió hace apenas unas horas. La identificación fue sólida. La víctima recordó parte del número de matrícula”.

“No veo cómo eso es posible”, dijo Kesler.

“Creíamos que Blair lo tenía”, agregó su esposa.

“¿Blair?”, preguntó Bill.

“La hermana de Travis”, dijo la esposa. “Ella trabaja para él”.

Travis Kesler y su esposa se sentaron, viéndose cansados, sorprendidos y perplejos.

“Yo manejo un negocio, Servicios Kesler”, dijo. “Coordinamos las atracciones locales y la cámara de comercio en cuanto al turismo local. Manejamos actividades promocionales de todo tipo. Es un negocio próspero en esta parte de Delaware. Blair hace trabajo de oficina para mí”.

Riley y Bill se quedaron de pie.

“¿Por qué cree que tiene su carro?”, preguntó Riley.

Kesler se encogió de hombros. “No tiene carro propio. Nunca ha tenido uno. Así que puede llevárselo cuando quiera. Ella tiene sus propias claves. No le presto mucha atención a cuando lo tiene o no. Es una carcacha, el primer carro que tuve. Pero soy lo suficientemente emocional como para mantenerlo. Cuando Blair no lo tiene, está estacionado en la entrada. No está allí ahora, así que pensé...”.

Su voz se quebró.

“¿Dónde está tu hermana ahora?”, preguntó Riley.

“Dijo que iba a tomarse tiempo libre para visitar a unos amigos en Long Island”, dijo Kesler.

“¿Y creíste que tomó tu carro para conducir allí?”, preguntó Bill.

Kesler lo pensó por un momento.

“Bueno, sí”, dijo él. “No sé dónde más podría estar el carro”.

La esposa de Kesler añadió: “A veces toma el tren para ir allí”.

El corazón de Riley se hundió cuando comenzó a asimilar los hechos de la situación. El asesino era más inteligente de lo que se había imaginado.

Probablemente realizaba todos sus secuestros en vehículos robados para evitar ser localizado. Había robado el Subaru de Kesler, y él no se había dado cuenta.

“*Estamos de vuelta al principio*”, pensó.

En ese momento, Kesler pareció haber entendido algo.

“Espera un minuto. ¿Tiene esto algo que ver con los otros asesinatos? ¿Los cuerpos de mujeres que fueron encontrados en la zona? Dios mío, ¿creen que estoy involucrado en eso?”.

Se había agitado bastante. Pero antes de que Riley pudiera explicar, Lucy asomó su cabeza en la puerta principal.

“Agentes Jeffreys y Paige, necesito hablar con ustedes”, dijo.

Bill y Riley salieron por la puerta. Lucy y uno de los policías locales estaban de pie en el porche delantero.

“Acabamos de recibir una llamada de la comisaría”, dijo Lucy. “Encontraron otro cuerpo”.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El cadáver demacrado de la chica tenía un brillo rosa y anaranjado peculiar en la luz de la mañana. El sol estaba empezando a salir, y el río que estaba más allá del cuerpo reflejaba un hermoso resplandor dorado.

“Uno de estos días disfrutaré de un amanecer de nuevo”, pensó.

No tenía ni idea cuándo llegaría ese día. Mientras tanto, el resto del cielo estaba nublado, y Riley oyó truenos en la distancia. Pronto iba a llover. Y no había dormido en toda la noche y estaba extremadamente cansada. Si no dormía pronto, tenía miedo de que comenzara a cometer errores.

Este cuerpo estaba solo a unos pocos pies de una carretera, donde había sido avistado fácilmente por un conductor. Estaba colocado muy parecido a los otros dos, boca arriba con ambos brazos rígidamente colocados. Había cicatrices en el rostro de la chica, y Riley estaba segura de que encontrarían muchos cortes en la espalda, al igual que los otros tres cuerpos.

Riley, Lucy y Bill estaban de pie al lado del jefe de policía de Ohlman, Earl Franklin, quien estaba agachado al lado del cuerpo.

“Dios”, dijo el jefe Franklin. “Creo que sé quién es”.

Se puso de pie.

“Una chica local llamada Elise Davey se escapó durante el verano”, dijo. “Tenía diecisiete. Su madre me llamó, dijo que se había ido en un arranque de ira. No había sido la primera vez. Se había escapado dos o tres veces antes, una vez por varios meses. No me sorprendió esta vez. Su vida familiar es horrible. Su madre es una borracha y su padre es abusivo”.

El jefe Franklin se veía profundamente preocupado.

“La buscamos, pero no lo suficiente”, dijo. “Pensé que se había ido a otro estado. Había hecho autoestop las últimas veces que se había escapado. Debí haber sabido que esta vez era diferente”.

Riley estaba familiarizada con este tipo de culpa. Ella la había experimentado un montón de veces. Colocó su mano en el hombro de Franklin.

“Pero ¿cómo pudiste haberlo sabido?”, dijo. “No te castigues por esto. No ayudará en nada”.

“Alguien tiene que decirle a su familia”, dijo el jefe.

Riley se dio la vuelta para mirar a Lucy.

“Lucy, regresa al pueblo. Busca a otro policía local y anda a avisarles a sus familiares. Intenta averiguar si saben algo. Dudo que tendrán alguna información útil, pero tenemos que intentarlo”.

“Me pondré en eso inmediatamente”, dijo Lucy, y luego se fue.

Riley analizó toda la escena, tratando de encontrarle sentido. Ella, Bill y Lucy eran llamados rutinariamente a casos atípicos, donde los asesinos tenían sus propias agendas locas. Este obviamente era uno de estos casos.

“¿Pero qué es lo que este tipo está intentando hacer?”, preguntó.

Algunos de los asesinos anormales que cazaba se ocupaban mucho en colocar los cuerpos de cierta forma. Hasta ahora, no pudo encontrar ninguna razón para lo que este nuevo asesino estaba haciendo con estos cadáveres.

Entonces un hombre joven con una cámara llegó corriendo. Tomó una foto rápidamente.

“¡Oye!”, gritó Riley. “¡Esta es una escena del crimen!”.

El joven la ignoró y siguió tomando fotos.

“Vamos, amigo”, dijo el jefe Franklin, tratando de alejar al fotógrafo insistente. “No puedes estar aquí”.

“¡No lo creo!”, dijo el hombre. “Soy un reportero, y esta es una historia importante. Esta es la cuarta víctima desde mayo, sin contar la mujer que logró escaparse. Y todas están hambrientas. ¿Qué pasa con eso?”.

Conocía muchos detalles. Riley suponía que quizás había sido informado por informantes pagos dentro de la policía.

“¿Qué tipo de declaración quisiera hacer la policía al respecto?”, preguntó el hombre.

Siguió moviéndose alrededor del cadáver, tomando fotografías desde diferentes ángulos. Riley odiaba cuando los buitres como este tipo creían que obtener una historia sensacional era más importante que una investigación en curso.

Su propia furia repentina la tomó por sorpresa. Alejó el hombre violentamente con ambas manos.

“¡Oye!”, gritó el hombre, casi perdiendo el equilibrio.

Riley lo empujó de nuevo, y él cayó al suelo, dejando caer su cámara. Ella la pateó, aplastándola bajo su talón.

“¡Esa era una cámara Nikon de mil dólares!”, gritó el hombre, colocándose de pie.

“¿Sí?”, dijo Riley sarcásticamente. “Ay, lo siento mucho”.

Recogió la cámara arruinada y se alejó de ella.

“¡Te voy a demandar, perra loca!”.

“¿Por un pequeño accidente como este?”, espetó Riley. “No lo creo”.

“¿Cuál es tu nombre?”.

Riley le mostró su placa. “Soy la agente especial Riley Paige del FBI. Se deletrea p-a-i-g-e. Asegúrate de no equivocarte con el nombre”.

“¡Te quitaré esa placa, mujer!”.

Estaba a punto de agarrarlo de nuevo cuando sintió la mano de Bill en su hombro.

“Ya, Riley. Déjalo ir”.

El jefe Franklin finalmente logró alejar al reportero.

“Coloca cinta alrededor del perímetro”, le gritó Riley. ¡Pronto tendremos reporteros en todas partes!”.

El jefe Franklin le asintió.

“¿Qué coño fue eso?”, Bill le preguntó a Riley.

“¿Qué crees que fue eso?”, dijo Riley. “Bill, tú sabes cómo estos periodistas pueden complicar las cosas”.

“Sí, ¿pero recuerda lo que me dijiste sobre Dennis Vaughn? Me dijiste que podría perder mi placa. Bueno, tú también podrías perder la tuya. Sabes que Carl Walder está loco por otra oportunidad para despedirte de nuevo”.

Estaba empezando a entender que Bill tenía razón. Quizás el periodista no iba a decir nada sobre el incidente. Realmente lo dudaba. Era mucho más probable que estuviera a punto de convertirse en parte de la historia. Walder estaría encima de ella por eso.

Pero no había nada que podía hacer al respecto en este momento. Tomó unas cuantas respiraciones profundas para calmarse.

“Lo siento”, dijo. “Estoy cansada, y no estoy pensando en claridad. Volvamos al trabajo”.

Ella y Bill caminaron de nuevo al cuerpo.

“¿Qué es lo suyo con el hambre?”, preguntó Bill. “Todas las víctimas hasta ahora han estado casi muertas de hambre”.

Bill negó con la cabeza.

“Tal vez él experimentó el hambre”, dijo. “Tal vez se trata de algún tipo de venganza. O tal vez solo no se molesta en alimentarlas. Tal vez no significa nada en absoluto”.

Riley se sentía segura de que sí significaba algo, o al menos que el hambre servía algún tipo de propósito. Como había hecho en Mowbray, cerró los ojos y trató de imaginar la escena desde la perspectiva del asesino.

Volvió a sentir esa extraña sensación de que el asesino no estaba actuando solo. No, no es que había traído a una pareja a la escena del crimen. Había venido aquí solo con el cadáver. Pero este asesino le parecía incompleto, incapaz de crear estas extrañas escenas enteramente por su cuenta.

“*Él está siguiendo órdenes*”, pensó de nuevo.

Pero ¿cuáles eran esas órdenes? ¿Qué estaba siendo ordenado a hacer?

Sintió una gran corazonada, y sus ojos se abrieron de golpe. Miró al cadáver demacrado y su posición peculiar.

“Yo sé algo, Bill”, dijo sin aliento.

“¿Qué sabes?”.

“Sé lo que significan estas imágenes”.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Riley sacó su teléfono celular, ansiosa de mostrarle a Bill lo que ella quería decir. Colocó una foto del cadáver de Metta Lunoe como había sido encontrado en mayo.

“Mira sus brazos”, dijo Bill, apuntando. “Su brazo derecho está colocado por encima de su cabeza con su mano apuntando hacia arriba, la izquierda hacia abajo en un ángulo”.

Luego colocó una foto del cadáver de Valerie Bruner.

“Y en junio, este cadáver fue arreglado un poco diferente. Su brazo y su mano derecha estaban iguales, pero el izquierdo estaba apuntando hacia abajo sobre su abdomen”.

Ahora colocó una foto de la víctima encontrada en el quiosco en Redditch. El FBI la había identificado como una adolescente escapada de Connecticut llamada Chelsea McClure.

“Y el lunes, Chelsea McClure fue encontrada con su brazo y mano izquierda hacia arriba y su mano derecha en un ángulo, una imagen reflejada del cuerpo de Metta Lunoe”.

Riley señaló finalmente al cuerpo que tenían a sus pies.

“Y ahora tenemos a Elise Davey, en la misma posición que Chelsea McClure, excepto que su brazo derecho se extiende un poco más arriba”.

Bill negó con la cabeza y se encogió de hombros.

“Ya repasamos todo esto”, dijo. “Todavía no entiendo nada”.

Riley suspiró de impaciencia.

“¿Qué fue lo que dijo Meara sobre el sótano donde estaba cautiva?”.

Bill lo consideró por un momento. Luego Riley vio que estaba comenzando a entender.

“Dijo que estaba lleno de relojes”.

Riley asintió con entusiasmo.

“Esto tiene que ver con relojes, Bill. El asesino está obsesionado con ellos. Incluso está colocando los cuerpos para parecer relojes”.

Riley volvió a colocar las fotografías de nuevo, haciendo comentarios sobre cada una.

“Sí”, dijo ella. “Me parece que Metta Lunoe era las cinco, Valerie Bruner era las seis, Chelsea McClure era las seis, y ahora Elise Davey era las ocho”.

Bill se rascó su mentón pensativamente.

“Así que está intentando enviarnos un mensaje respecto al tiempo”, dijo. “¿Pero qué?”.

“Eso es lo que aún no sabemos”, dijo Riley. “Pero mantuvo a Meara Keagan cautiva hasta que escapó e intentó secuestrar a Sherry Simpson. O bien todavía tiene cautivas, o va a tomar otra, o ambas. Y no ha terminado de asesinar”.

Una nueva ola de cansancio se apoderó de ella. Ahora estaba sintiendo unas gotas de lluvia, y había más truenos.

Riley dijo: “Es mejor que traigamos al forense para que termine las cosas y se llevé el cuerpo. Comenzará a llover en unos minutos”.

*

Diablito condujo por la Carretera de las seis bien al norte de Ohlman a través de la lluvia. Le había dicho al abuelo que iba buscar una nueva chica. Era cierto, pero él tenía otras razones para salir.

Las quejas del abuelo de sus fracasos recientes eran insoportables, y su espalda estaba demasiado magullada como para seguirse azotando. Alejarse de la casa y del refugio era la única manera de escapar de la voz del abuelo.

Había estado escuchando la radio desde que había salido de la casa. Los asesinatos estaban en las noticias ahora. Incluso habían llamado al FBI, y escuchó algunas quejas por el hecho de un agente que había roto la cámara de un reportero esta mañana.

Los medios de comunicación por fin habían entendido que los asesinatos estaban conectados. Eso no le facilitaría las cosas a Diablito. Estaban advirtiéndoles a las mujeres que no hicieran autoestop, y todo Delaware parecía estar en estado de alerta.

Pero eso no es lo que molestaba a Diablito en estos momentos. Nadie en la radio estaba diciendo algo sobre el mensaje que el abuelo quería enviar. ¿Todos eran tan estúpidos como para no entenderlo? ¿Incluso el FBI era tan estúpido?

“Hay mucho en juego”, pensó. “Todo del mundo está en juego”.

Aún así, Diablito se estaba sintiendo bastante bien. Estaba contento con el nuevo carro que había robado. Este Ford era más elegante que el viejo Subaru que había estado conduciendo. Siempre tuvo cuidado de no utilizar su propio carro cuando estaba buscando a una nueva chica. Era demasiado inteligente como para tomar el riesgo de que alguien lo identificara de esa forma.

De todos modos, no era difícil robar carros por aquí. Las personas a menudo dejaban las llaves dentro de ellos, ubicadas encima de la solapa o abajo del asiento o en algún otro lugar obvio.

Y a pesar de la lluvia, Diablito sentía esperanza de que encontraría a la chica adecuada. La que tenía en la jaula no estaba lo suficientemente delgada. Había estado fuerte cuando se la había llevado y no se había consumido tan

satisfactoriamente como lo habían hecho la mayoría de las otras. Él la usaría más tarde. Ahora necesitaba a una chica más apropiada, y después de la mala suerte que había tenido últimamente, su suerte tenía que cambiar. Pero era más que suerte. Sintió una nueva presencia a su alrededor, alguna clase de espíritu protector que quería mantenerlo seguro, que quería que triunfara. No le contaría nada al abuelo al respecto. El abuelo nunca lo creería. El abuelo nunca creería que él podría hacer algo bien.

Lo bueno era que parecía obvio que la chica irlandesa que se había escapado no les había dicho nada a las autoridades. Según el chisme, estaba en el hospital local y su habitación estaba resguardada. Pero tal vez no estaba consciente. Tal vez ni siquiera estaba viva. Diablito ahora se sentía seguro de que no tenía nada de qué preocuparse con ella.

Incluso había dejado de preocuparse por la mujer con la camioneta que había logrado escaparse la noche anterior. Lo que le había dicho a las autoridades no los había llevado a él. En cambio, probablemente habían perseguido al dueño del Subaru.

Sonrió ante la idea.

“Se lo merece por ser tan descuidado con las llaves”, pensó.

En ese entonces vio que un nuevo sedán estaba estacionado en el arcén de la carretera. Las luces de emergencia estaban parpadeando bajo la lluvia. Tenía matrículas de Washington, DC. Al pasar el vehículo, vio el rostro de una mujer en la ventana.

“Mi suerte está mejorando”, pensó.

Detuvo su carro delante del sedán. Estaba demasiado ventoso para un paraguas, así que se colocó una gorra en la cabeza y se bajó del carro. Cuando llegó al otro carro, la mujer bajó la ventanilla.

“Es hora de que llegaras”, espetó. “Pedí ayuda hace veinte minutos. Se supone que ustedes son eficientes”.

Diablito se inclinó hacia ella y sonrió. “Mis disculpas”, dijo. “Estamos un poco cortos de personal esta noche”.

“¿Dónde está el camión?”.

“Se retrasó, lo siento”, dijo. “Puedo llevarla a cualquier lugar en mi carro”.

“Bueno”, dijo. Pareció reflexionarlo unos segundos. “Ciertamente no voy quedarme aquí sentada esperando más tiempo”.

“Obviamente no tiene que hacerlo. Por eso estamos aquí para usted”.

“Responsabilizaré a su empresa por cualquier daño a mi carro”, dijo.

“Claro, señora. Nuestra gente se encargará de todo para usted”.

Ella se bajó de su sedán con su abrigo sobre su cabeza. “Alguien tendrá que responder por este servicio de mala calidad”.

“Alguien seguramente pagará por esto”, contestó Diablito.

Cuando la dejó entrar por el lado del pasajero, pudo ver que estaba extremadamente delgada, como si apenas comiera en absoluto. Su suerte parecía seguir mejorando. Algún espíritu útil realmente lo estaba ayudando.

“Está preparada para cuando el abuelo quiera”, pensó.

No tendría que hacerla pasar hambre antes de matarla.

“Estarás bien”, le dijo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Riley entre dormía mientras llovía afuera de su habitación de hotel. Estaba agotada por no haber dormido en absoluto la noche anterior. Aún así, estaba demasiado preocupada como para caer en un sueño profundo y refrescante. Cada vez que se dormía, veía relojes con horas en ellos...

“Cinco en punto... seis en punto... siete en punto... ocho en punto...”

Pero en vez de manecillas ordinarias, veía brazos demacrados apuntando a los números en el reloj.

“¿Qué puede significar?”, se seguía preguntando. *“¿Qué tipo de mensaje está tratando de enviar?”*

¿Y qué tan pronto aparecería otro cuerpo en alguna parte señalando otra hora? La chica Chelsea McClure había sido encontrada el lunes y Elise Davey apenas esta mañana. El asesino estaba moviéndose mucho más rápido ahora y, según su experiencia, no era probable que bajara la velocidad.

“¿Qué podría ser tan urgente para él?”

Justo cuando finalmente se estaba quedando dormida, su teléfono vibró. Ella vio que era una llamada de April. Cuando contestó, la voz de su hija sonaba agitada.

“¿Qué pasa?”, preguntó Riley.

“No vi a Joel hoy”, dijo April.

Por un adormecido momento Riley no pudo recordar quién era Joel. Entonces lo recordó. Joel era el novio de April. Ese que a Crystal, la hija de Blaine, no le gustaba. Ese que Riley nunca había conocido.

“Bueno, a veces los chicos faltan a la escuela”, dijo Riley, ahogando un bostezo.

April estaba sonando frenética.

“Pero él dijo que estaría ahí hoy”, dijo ella. “Él definitivamente dijo: ‘Te veo mañana’”.

“¿Cuándo dijo eso?”, preguntó Riley.

“Ayer después de la escuela. Estábamos... comimos algo juntos después de la escuela”.

Riley pudo sentir un tono de evasión en la voz de April. De alguna manera, se sentía bastante segura de que “comimos algo” no era todo lo que había sucedido ayer después de la escuela. La sensación que tenía hace tiempo de que este chico iba a ser un problema se intensificó de repente.

“¿Has intentado contactarlo?”, preguntó Riley.

“Sí, pero él no responde mis mensajes”, dijo April.

Riley no pudo contener su tono de ironía.

“Sé lo que se siente eso”, dijo. Tal vez April ahora tenía una mejor idea de cómo se sentía ser deliberadamente ignorada.

“No es gracioso, Mamá”, dijo Riley. “Él no es así. Joel me envía mensajes de texto todo el tiempo. Quiero decir, constantemente”.

A Riley no le gustó como había sonado eso. Me envía mensajes de texto “todo el tiempo” — ¿eso significaba incluso durante las clases en la escuela? Tal vez la ausencia de Joel significaba que finalmente estaba perdiendo el interés en April. En tal caso, Riley se sentiría feliz. Sin embargo, April realmente sonaba molesta.

“No ha pasado tanto tiempo”, dijo Riley. “Estoy segura de que sabrás de él pronto”.

“Pero ¿y si le pasó algo?”.

“¿Cómo qué?”, preguntó Riley.

April estaba llorando. “No lo sé. Algo malo. Mamá, necesito tu ayuda. ¿No puedes llamar a alguien, algún agente, para ver si está bien?”.

“Sabes que no puedo hacer eso”, dijo Riley.

“¿Por qué no?”.

Antes de que Riley pudiera responder, escuchó que golpeaban en la puerta de su habitación de hotel. Estaba segura de que era Bill, y de que tenía noticias.

“No puedo hablar de eso ahora”, dijo Riley. “Estoy en un caso de asesinato”.

“Por supuesto”, dijo April, resentida y enojada. “Es solo mi amigo. Nadie importante para ti. Tal vez si termina muerto, te interesarás”.

“¡April!”, dijo Riley.

Pero April colgó. Ahora Riley se sentía emocionalmente alterada y agotada. Se levantó, fue a la puerta y dejó entrar a Bill.

“Acabamos de enterarnos de que otra mujer ha desaparecido”, dijo Bill.

“Estaba conduciendo sola por la Carretera de las seis. Llamó al servicio de carretera cuando su carro comenzó a hacer ruidos extraños. Ellos le dijeron que se detuviera y se quedara en el carro hasta que alguien llegara allí. Cuando llegó la ayuda, el carro estaba vacío”.

Riley trató de procesar esta nueva información rápidamente.

“¿Tenemos alguna razón para pensar que el asesino la recogió?”, preguntó.

“No, pero tampoco tenemos alguna razón para pensar lo contrario”, dijo Bill.

“Y va a haber un mega-alboroto al respecto. ¿Has oído hablar de Wyatt Ehrhardt?”.

Le tomó un momento a Riley el recordarlo.

“¿No es el nuevo representante estadounidense de Minnesota?”, preguntó.

“Sí, una verdadera estrella política en ascenso. Está postulado para la reelección la próxima semana. Y su esposa es Nicole DeRose, la heredera y ex supermodelo”.

Riley tragó saliva al darse cuenta de la gravedad de la situación. “Y ahora ella está desaparecida”, dijo Riley.

Bill estaba paseando por la habitación. “Sí. Lucy tiene un equipo revisando varias ubicaciones por toda la Carretera de las seis, en caso de que ella solo esté deambulando por ahí en alguna parte. Pero no espero que encuentren algo. Ehrhardt está de camino a Washington ahora mismo. Tendremos que ir a la comisaría para reunirnos con él. Nos vemos afuera frente al hotel”.

Bill salió de la habitación. Riley se puso unos zapatos y se echó un poco de agua en la cara. Estaba sorprendida de lo difícil que se estaba volviendo el caso.

*

La limusina de Wyatt Ehrhardt llegó a la comisaría justo cuando Riley y Bill estaban en el estacionamiento. Ehrhardt salió, seguido por una joven mujer con un maletín. Entraron al edificio rápidamente, Bill y Riley lo siguieron.

Un momento después estaban en la sala de entrevistas. Riley, Bill y el jefe Franklin se presentaron a Ehrhardt y a la mujer.

Fresca y profesional, la mujer les estrechó la mano a todos.

“Soy Rhonda Windhauser, asistente personal del representante Ehrhardt”, dijo.

Riley notó que Ehrhardt miraba a la mujer de una manera extraña, como si fuera su propiedad. Rhonda Windhauser parecía bastante satisfecha con su condición. Era una joven morena voluptuosa. Su vestido era corto y escotado. En su interior, Riley estaba segura de que Rhonda Windhauser era más que solo una asistente—al menos en el sentido estricto de la palabra.

Ehrhardt era un hombre joven de unos treinta años con aspecto energético. Su bronceado y peinado eran demasiado perfectos para el gusto de Riley. Riley se sorprendió de su sensación repentina de desagrado por el hombre.

Tal vez era porque él era un político. Su última experiencia con un político no había sido nada agradable.

Hace un par de meses, la hija del senador del estado de Virginia, Mitch Newbrough, había sido asesinada. Tanto narcisista cómo paranoico, Newbrough se había convencido de que el asesinato había sido por motivos políticos en lugar de lo que realmente era—el trabajo de un psicópata. Terminó desperdiciando tiempo y recursos en su teoría equivocada. También había hecho de que Riley fuera despedida.

Riley esperaba que Ehrhardt no le fuera a dar problemas similares. Pero tenía un mal presentimiento sobre él.

Por lo que ella recordaba, Ehrhardt provenía de una clase obrera y le gustaba presumir de sus raíces comunes, su empatía por los estadounidenses comunes y corrientes. A Riley le parecía que su aspecto no encajaba con su mensaje. Supuso que solamente su corte de pelo debía haber costado cientos de dólares.

“*Pero ¿qué sé yo de la política?*”, se preguntó.

“Bueno”, dijo Ehrhardt, “asumo que estamos esperando por una petición de dinero”.

Riley se sorprendió por su tono realista y directo.

“¿Por qué dice eso?”, preguntó ella.

“Bueno, esa es la forma en que desarrollan estas cosas, ¿cierto?”, dijo Ehrhardt. “Quiero decir, mi esposa y yo somos famosos y tenemos dinero. Alguien va a exigir dinero tarde o temprano. Soy nuevo en este tipo de situaciones. ¿Cómo vamos a manejarlo? ¿Vamos a pagar o no?”.

El jefe Franklin le dio unos golpecitos a la mesa con sus dedos.

Dijo: “Señor congresista, me temo que el secuestro de su esposa podría ser de una naturaleza diferente. Aún no lo sabemos con certeza”.

Los ojos de Ehrhardt se movieron hacia adelante y atrás. “¿Qué quiere decir?”, preguntó.

Riley, Bill y el jefe se miraron con inquietud.

Riley dijo cautelosamente: “Congresista, ¿está consciente de la serie de asesinatos que han ocurrido últimamente en esta parte de Delaware?”.

Ehrhardt se veía más bien sorprendido.

“Creo que no”, dijo. “Pero he estado ocupado haciendo campaña”.

Rhonda Windhauser no se veía sorprendida en absoluto.

“Leí algo al respecto”, dijo ella. “Pero estoy segura de que la desaparición de Nicole está completamente desconectada”.

Riley estaba cada vez más intrigada por su actitud despreocupada.

“¿Qué le hace pensar eso?”, preguntó Riley.

“Bueno, esas chicas no eran nadie, ¿cierto?”, dijo la mujer. “Solo niñas en su mayoría—y se pensaba que estaban huyendo. Nicole debió haber sido el blanco de alguien diferente. Para un secuestro, es realmente oportuno. Quienquiera que lo hizo sabe que el representante Ehrhardt no quiere hacer un gran escándalo en este momento. Tiene que seguir haciendo campaña. Estaría encantado de pagar y terminar con esto en silencio”.

Entonces, por primera vez, una mirada ligeramente angustiada cruzó la cara de la mujer.

“Espera un minuto”, le dijo a Riley. “¿Cuál es tu nombre?”.

“Riley Paige”.

La mujer negó con la cabeza y no dijo nada. Riley entendió de inmediato. Rhonda Windhauser debió haber oído hablar de la pequeña aventura de Riley con el fotógrafo. Las denuncias del hombre habían estado en las noticias. Así que Windhauser probablemente no estaba feliz de tener a Riley en el caso.

Bill le dijo a Ehrhardt: “Dada la naturaleza de los recientes secuestros y asesinatos, realmente no tenemos otra opción que asumir que la desaparición de su esposa forma parte del mismo cuadro. Tenemos que proceder sobre esa base”.

Ehrhardt intercambió miradas con todos.

“Bueno, no puedo decirle cómo hacer su trabajo”, dijo. “Pero estoy seguro de que ha habido un error aquí”.

Rhonda le acarició la mano, con un poco de demasiada confianza.

“No te preocupes, Wyatt. En cualquier momento tendremos una petición de dinero. Vamos a resolver todo esto”.

Ese consuelo le pareció extraño. ¿Desde cuándo los seres queridos de los secuestrados esperaban peticiones de dinero?

Rhonda miró a Riley, a Bill y al jefe Franklin, y agregó: “Supongo que harán todo lo posible para mantener esto fuera de los medios de comunicación”.

“Haremos lo mejor que podamos por ahora”, dijo el jefe Franklin.

Riley sintió una nueva oleada de intranquilidad. ¿Cuánto tiempo podrían mantener este nuevo acontecimiento fuera de las noticias? Hasta ahora, no habían tenido mucha suerte en esa área.

Bill se inclinó sobre la mesa hacia Ehrhardt.

“Señor Congresista, ¿sabe usted hacia dónde iba su esposa en el momento del secuestro?”.

Ehrhardt se encogió de hombros ligeramente.

“Claro”, dijo. “Nicole iba en camino a la casa de Dwayne Prentice en la playa”.

“Estoy segura de que ha oído hablar de Dwayne”, intervino Rhonda.

Riley recordaba vagamente haber visto a alguien con ese nombre en la televisión, era algo así como un experto en política.

“De hecho”, continuó Ehrhardt, mirando su reloj. “Rhonda y yo también íbamos para allá. Dwayne llevará a cabo una gran reunión estratégica mañana. Nos estábamos preparando para salir de DC cuando recibimos su llamada telefónica”.

Algo acerca de esta explicación no tenía mucho sentido.

“Espera un momento”, dijo ella. “Usted acaba de llegar aquí en una limusina con chofer. ¿Qué hacía su esposa conduciendo sola?”.

Ehrhardt y su asistente intercambiaron miradas.

“Supongo que nada de lo que digamos aquí saldrá de esta sala”, dijo Rhonda. Riley, Bill y el jefe Franklin asintieron.

“Bueno, Wyatt y Nicole tienen sus pequeñas diferencias, como todas las parejas casadas”, dijo Rhonda con una sonrisa falsa.

“Esta mañana tuvimos una pequeña discusión”, dijo Ehrhardt. “Ella se enojó y se fue sola sin nosotros, sin mí. Esto fue lo que pasó—”.

Rhonda lo interrumpió antes de que pudiera decir algo más.

“No es nada”, dijo ella. “Preferiríamos no darle tanta importancia. Las apariencias importan mucho, especialmente cuando una elección parece estar muy reñida”.

Riley sintió un escalofrío por el modo en que Rhonda dijo esas palabras.

“Las apariencias importan mucho”.

Hasta ahora, Ehrhardt y su supuesta asistente parecían mucho más preocupados por las apariencias que por la seguridad de una mujer, o incluso por su vida.

“Un matrimonio político si alguna vez hubo uno”, pensó Riley.

Ella recordó algo de lo que había leído y visto en las noticias sobre Ehrhardt. Aunque provenía de una familia de clase obrera, se había casado con alguien de un nivel social mucho más alto. Además de ser una supermodelo bien conocida, Nicole DeRose era la heredera de la fortuna vinícola Vincent DeRose.

En Nicole, Ehrhardt había encontrado la perfecta esposa de trofeo. Ella era una excelente acompañante y un placer a la vista, y tenía todo el dinero que él necesitaba para financiar sus ambiciones políticas. ¿Y qué sacaba Nicole de esta relación? Bueno, considerando que Ehrhardt era una creciente estrella política, tal vez algún día llegaría a ser la Primera Dama.

Ehrhardt y Rhonda Windhauser posiblemente eran los dos seres humanos más superficiales que Riley jamás había conocido. Probablemente no tenían principios morales. ¿Era posible que la desaparición de Nicole fuera simplemente un truco político para atraer la simpatía de los votantes en las próximas elecciones?

Riley no pudo evitar preguntárselo.

“¿Puedo ver una foto de Nicole?”, preguntó Riley.

“Por supuesto”, dijo Rhonda. Y de su maletín sacó un portafolio lleno de fotos de Nicole, muchas de ellas tomadas durante su auge de modelo.

Lo que inmediatamente impactó a Riley fue lo anormalmente delgada que lucía la mujer. Anoréxica o bulímica, de eso estaba segura.

La mujer de estas fotos no había vivido una vida feliz, no importaba cuán llena de comodidades estaba. Riley se preguntó si Nicole DeRose Ehrhardt

estaba a punto de enfrentarse a una muerte aún más desagradable.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Nicole se frotó la nuca de nuevo. Todavía le dolía el golpe que había recibido después de haber entrado al carro de ese horrible hombre. Cuando recuperó el conocimiento, se encontró en este horrible y maloliente sótano, enjaulada junto a una adolescente que había sido golpeada. Todo el espacio que podía ver más allá de la reja metálica estaba lleno de relojes.

El único sentido que Nicole le podía dar a la situación era que había sido secuestrada para pedir rescate. Tales episodios no eran desconocidos en una familia tan rica como la suya. Durante un viaje a México, una de sus primas había sido secuestrada por algún tipo de pandilla. Su familia había entregado unos cientos de miles de dólares para su liberación. Los medios de comunicación nunca se enteraron de nada.

Seguramente eso era lo que estaba pasando ahora. Nicole no estaba particularmente asustada. Pero estaba un poco enfadada. Si Wyatt no la hubiera hecho enojar antes, no se hubiera ido sola. Habían discutido acerca de eso que tenía con Rhonda, esa asistente barata suya.

No le importaba que estuvieran acostándose. Tenían un acuerdo, y ella también se había acostado con un montón de otros hombres. Pero ambos habían acordado ser discretos respecto al acuerdo. ¿Por qué tuvo que presumir este estúpido amorío con Rhonda? Era como si quisiera que todos lo supieran. ¿Realmente quería un escándalo tan temprano en su carrera política?

Pero Nicole sabía que no era práctico perder el tiempo preocupándose por eso ahora. Tenía que concentrarse en su situación inmediata. ¿Quién era esa otra chica y por qué estaba aquí? Parecía haber estado dormida desde que Nicole había recobrado el conocimiento. Nicole le dio un empujón a la chica, y ella empezó a despertarse. Levantó la cabeza débilmente.

“¿Quién eres tú?”, preguntó la chica con una voz apenas audible.

“No importa quién soy”, dijo Nicole. “¿Quién eres tú?”.

“Soy Kimberly”, dijo ella. “No soy nadie”.

La chica bajó la cabeza.

“Bueno, no puedes ser *nadie*”, dijo Nicole. “Quiero decir, alguien te secuestró. Tu familia debe tener dinero. ¿Qué tipo de rescate está exigiendo?”.

La chica la miró de nuevo y emitió una risa ronca y lúgubre.

“¿Un rescate?”, dijo ella. “¿Qué crees que está pasando aquí? Él no está buscando dinero. Él nos va a matar”.

Esas palabras tomaron a Nicole completamente por sorpresa. No es que ella lo creyera. No tenía sentido.

“Bueno, seguro que no está planeando *matarme*”, dijo. “Valgo mucho más viva. ¿No me reconoces? Soy Nicole DeRose. Estoy segura de que me has visto en revistas o en la televisión”.

La chica bajó la cabeza. No parecía tener el más mínimo interés en quién era Nicole.

“Él mata a todas”, dijo Kimberly. “Ya lo he visto matar a dos de nosotras”.

Ahora Nicole se estaba empezando a preocupar. Pero esto no podía ser cierto.

“Él no me va a matar”, dijo de nuevo, tratando de convencerse a sí misma.

La muchacha la miró de arriba abajo.

“Sí te va a matar”, dijo. “Apuesto a que te mata antes de mí”.

Nicole sintió un agudo cosquilleo de miedo.

“¿Por qué?”, preguntó.

“Porque eres incluso más delgada que yo. Me ha estado matando de hambre desde que me trajo aquí, pero sigue diciendo que todavía no estoy lo suficientemente delgada, que tengo demasiada carne en mis huesos. Pero tú... Bueno, ya estás tan flaca como las otras que mató”.

Nicole se estremeció. Miró a la chica con cuidado. Efectivamente, aún tan demacrada como se veía Kimberly, Nicole indudablemente estaba más delgada. Había sido anoréxica toda su vida. Sin embargo, nunca lo había considerado una enfermedad. Debía su carrera de modelo a su delgadez anormal.

Trató de convencerse de que la chica solo estaba hablando tonterías. ¿Por qué alguien mataría a mujeres solo porque eran delgadas?

En ese momento, todos los relojes comenzaron a sonar. Cuando lo hicieron, un hombre entró de más allá de la reja. Efectivamente era el mismo hombre que la había engañado y atrapado en la autopista.

No parecía un tipo malo. Sin embargo, sí parecía extraño. Mientras los relojes mantenían su ruido salvaje, él deambulaba entre ellos, ajustándolos y restableciéndolos. Y estaba hablando en voz baja consigo mismo.

Ella gritó por encima del ruido: “Oye, ¿cuánto tiempo me vas a mantener aquí?”.

Él no respondió, solo seguía murmurando y jugueteando con los relojes. Prontamente el ruido empezó a apagarse.

“*Tal vez debería intentar conversar con él*”, pensó.

Parecía razonable. Para empezar, ella había crecido entre antigüedades. Aunque muchos de estos relojes parecían cursis y vulgares, algunos de ellos parecían piezas de coleccionista.

“Me gustan mucho tus relojes”, dijo. “¿En verdad son esos relojes cucú Black Forest originales? ¿Y ese reloj es un auténtico Jacob Godschalk? Vaya, ese

debe valer miles de dólares”.

Él se volteó y la miró. Empezó a hablar de nuevo, pero no a ella. Parecía estar hablando con alguien invisible en la sala.

“Tienes razón”, dijo él. “Ella lo hará perfectamente”.

Para la preocupación de Nicole, él tomó un látigo de varias colas de una mesa y caminó hacia la jaula. Tenía una mirada amenazadora en su rostro.

“Mira, tenemos que hablar de esto”, dijo tímidamente. “Tal vez no sepas quién soy. Soy Nicole DeRose. He estado en las portadas de muchas revistas. Mi familia es propietaria de Vincent DeRose, la empresa de vinos. Estoy casada con Wyatt Ehrhardt, ya sabes, el congresista de Minnesota”.

“Cállate”, le dijo el hombre.

“Espera un momento”, dijo ella. “No parece entender que valgo mucho dinero. No soy cualquiera. Y si algo me sucede, estarás en verdaderos problemas. Pero no hay necesidad de causar problemas. Puede conseguir un millón o más como rescate. Realmente te ganaste el premio mayor conmigo. Te diré a quién llamar”.

El hombre abrió la jaula y entró.

“Cállate”, dijo de nuevo.

Luego azotó su rostro con el látigo. Ella se volteó, gritando ante el dolor agudo. Trató de huir, pero no había lugar a dónde ir.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cuando la entrevista con Wyatt Ehrhardt y su asistente terminó, un policía se acercó a Riley y a los otros participantes fuera de la sala. Se veía extremadamente preocupado.

“Tenemos un problema, y uno grande”, dijo. “Hay periodistas esperando afuera”.

El ánimo de Riley se hundió.

Varios policías formaron una unidad de guardia improvisada alrededor de Ehrhardt y Rhonda, y los condujeron a través de una puerta en la parte trasera del edificio. En unos minutos, el policía angustiado regresó.

“Eso funcionó bien”, dijo. “Acabamos de sacarlos del edificio, su limusina estaba esperando en la parte de atrás. Pero ahora los periodistas tienen la puerta trasera cubierta también”.

“Y eso que íbamos a mantener esto fuera de los medios de comunicación”, pensó Riley.

Quienquiera que estuviera filtrando la información estaba terriblemente ocupado.

Miró alrededor de la comisaría. Los policías y el personal de apoyo parecían estar en lo suyo de una manera perfectamente normal. Estaban en sus computadores, en sus teléfonos, tomando tazas de café, charlando. Nada parecía sospechoso o fuera de lugar.

Pero ser cómplice de los medios podría ser perfectamente normal aquí. Alguien pudiera estar recibiendo pagos periódicos o simplemente haciéndole un favor a un amigo. Después de todo, buena información de la comisaría de un pueblito no era probable que fuera gran cosa en el pasado, pero ahora eso podría cambiar ya que un congresista estaba involucrado.

El policía que se había acercado a ellos dijo: “Pueden salir por el lado que deseen”.

Bill se encogió de hombros y se dirigió a la puerta principal. Riley fue con él.

Podía ver que, incluso bajo la lluvia, había un grupo de reporteros con cámaras y micrófonos esperando justo afuera de la comisaría. Tan pronto como Riley y Bill salieron por la puerta, la pandilla de los medios los rodeó.

“¿Qué puede decirnos sobre el secuestro de Nicole DeRose?”, gritó uno.

“¿La secuestró el ‘asesino de los relojes’?”, preguntó otro.

Las cosas estaban peor de lo que Riley esperaba. Parecía que incluso alguien había filtrado su teoría de que los cuerpos estaban dispuestos como relojes.

“Sin comentarios”, gritó Riley.

Riley y Bill se abrieron paso entre la espesa multitud de personas y cámaras, pero no tuvieron éxito.

“¿Es usted Riley Paige?”, gritó una mujer.

“¿Es verdad que la despidieron del FBI a principios de este año?”, gritó un hombre.

“¿Va a romper más cámaras?”, gritó otro.

La situación parecía un caso perdido. El carro estaba estacionado a media manzana. Riley sintió que su ira aumentaba. No podía imaginar cómo ella y Bill iban a escapar de estos buitres sin decir algo que realmente no debía decirse.

De repente oyó la bocina de un carro sonar. Ella se giró y vio a Lucy acercándose a la acera en un carro. Lucy abrió la puerta.

“¡Entren!”, gritó Lucy a Bill y a Riley.

Bill y Riley entraron en el coche, y Lucy los alejó de la situación.

Pero Riley no sintió alivio con el rescate. Toda la atmósfera que rodeaba el caso había cambiado. La presión estaba aumentando minuto por minuto. Y Riley sabía que ese era el tipo de presión que no llevaba a soluciones. A menudo llevaba a terribles errores.

*

Nicole DeRose Ehrhardt simplemente había desaparecido. Lucy había organizado los equipos habituales de búsqueda para cubrir el área, mostrando su foto y buscando pistas. Riley y Bill habían logrado recoger su propio carro y unirse a la cacería. No encontraron ningún rastro de la mujer ni indicio de si había sido recogida por un asesino o por un captor más mercenario. Era tarde, y todavía no sabían en qué clase de caso estaban trabajando.

Cuando Riley y Bill lograron librarse de los medios, localizaron un restaurante de hamburguesas y debatieron el caso entre hamburguesas y cervezas. Todavía no tenían idea de si Nicole DeRose Ehrhardt seguía viva o no. Pero sabían que el asesino que había recogido a las otras chicas las había retenido durante un período de tiempo. Si él aún la retenía, todavía tenían la oportunidad de encontrarlo antes de que matara de nuevo.

“Me pregunto si la esposa del congresista organizó todo”, murmuró Riley.

“¿Quieres decir que podría haber sido un auto secuestro?”, preguntó Bill.

“No podría estar haciendo eso para sacarle dinero. De todos modos, parece que es todo el dinero es suyo.

“Tal vez ella solo quería escapar”, dijo Riley, notando el toque de melancolía en su propia voz. “Quizás un amigo encantador la recogió para llevarla a una

vida más pacífica. En una exclusiva isla en alguna parte”.

Bill mordió su hamburguesa, considerando la posibilidad.

“Sin lugar a dudas participó en su carrera política. Por Dios, ella pagó por esa carrera”.

“Lo sé. Probablemente pagó de muchas formas. Y por supuesto que tienes razón. Debe ser igual de ambiciosa que él. Creo que tendría que haber sido dedicada, o no lo toleraría a él con su asistente prepotente”.

El teléfono de Bill vibró antes de que terminaran de comer.

Bill dijo: “Es un correo electrónico de Rhonda Windhauser”. Lo leyó en voz alta. “El congresista Ehrhardt acaba de tener una conversación fructífera con el agente especial a cargo de la UAC, Carl Walder. Si no hay novedades esta noche, nos reuniremos nuevamente mañana por la mañana para discutir las diversas opciones en esta situación. Nos vemos en la siguiente dirección—”.

“Solo reenvíamelo”, dijo Riley.

“Está en camino”, dijo Bill. “La reunión no es en Ohlman. Es en la playa. Quizás le echemos un vistazo al océano”.

Cuando regresaron a sus habitaciones, Riley le envió un mensaje de texto a April pero no obtuvo respuesta. Estaba segura de que su hija seguía enojada por no organizar una búsqueda para su novio ausente.

Riley se desvistió para tomar una ducha caliente. Estaba segura de que el novio de April aparecería mañana. Entonces seguramente April reduciría la presión sobre ella. Pero Riley sabía que la presión con su caso actual estaba a punto de reventar.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

April suspiró cuando vio a Joel sentado en el banco fuera de la escuela. Se veía bien. ¿Pero dónde había estado ayer? ¿Qué había pasado?

“Joel”, gritó, corriendo hacia él.

Cuando miró hacia arriba y la vio, sonrió como si nada hubiera pasado. Estaba actuando como si no hubiera desaparecido por un día entero.

“¿Dónde estuviste ayer?”, gritó April. Podía sentir las lágrimas a punto de estallar, pero las mantuvo bajo control. “Estaba preocupada por ti”.

“Tomé un poco de tiempo libre”, dijo.

“No respondiste mis llamadas”.

Él se encogió de hombros. “Como dije, tiempo libre”.

April no sabía qué decir ni qué pensar. ¿Por qué estaba tan despreocupado acerca de todo esto? Ella se sentó a su lado.

“¿Qué ocurre, Joel? ¿Hice algo mal?”.

“Por supuesto que no”, respondió. Puso su mano sobre su rodilla. “Tú haces todo bien. Siempre. Pero tuve que encontrarme con alguien acerca de una compra interesante. Quería probar algunas cosas. No pensé que quisieras estar allí”.

Joel ahora la estaba mirando directamente, estudiando su rostro con una sonrisa. Aún así, parecía distante de alguna manera. Ella no podía soportarlo.

Él levantó una mano y le tocó el cabello. “Te ves tan hermosa como siempre”.

“¡Incluso sus cumplidos parecen pocos convincentes hoy!”, pensó ella.

April sintió lágrimas acumulándose de nuevo.

“¿Por qué estás tan molesta?”, preguntó él.

“Dijiste que me amabas”.

Ahora su voz empezaba a sonar totalmente fría. “Sí te amo, April. Quiero estar contigo todo el tiempo. Pero hay algunas cosas que no quieres hacer, así que tengo que hacerlas por mi cuenta”.

Ella sabía que estaba hablando de las drogas. Ni siquiera sabía lo que algunas de ellas eran, cada día aparecían drogas nuevas con nombres nuevos.

“¿Así que probaste algo nuevo?”.

“Algo que no había podido conseguir antes. Fue una gran experiencia. Me gustaría compartir ese tipo de cosas contigo. Solo contigo. Pero no parece estar interesada. Eso está bien, no te voy a forzar. Yo nunca haría eso. Pero igual...”.

April respiró profundamente. Se había enfrentado a esta pared entre ellos antes. “Sabes que no me gusta mucho más que la hierba. No puedo arruinar mi

vida. Mi mamá está contando conmigo para seguir en la escuela. Tiene suficientes cosas en su cabeza”.

“Bueno, es fantástico que tu madre pueda contar contigo”, dijo él.

April no estaba segura de cómo tomar eso. Joel no dijo nada más durante un largo tiempo y ella se quedó allí esperando.

Luego él la miró y sonrió.

“Esto que probé es un medicamento recetado de todos modos. Las personas enfermas las toman todo el tiempo. Sabes que los doctores no van a darles a sus pacientes algo que les haga daño. Es un analgésico, y puede hacer que te sientas realmente bien”. Él rio y añadió: “Mata todo tipo de dolor”.

“¿Cómo la conseguiste?”.

“Conozco a un tipo que conoce a un médico. No es fácil de conseguir. Pero de esta manera puedo estar tranquilo de que son seguras de usar”.

“Si fuera realmente seguro...”. La voz de April se quebró. Ella quería preguntar: “¿No sería legal?”. Pero pensó que la haría sonar estúpida.

“Creí que lo entendías. Solo estoy tratando de evitar aburrirme. Esperaba que lo intentaras. Nunca te daría algo que te lastimara”.

April sabía que Joel era realmente listo y era dulce con ella. Y guapo. Y popular. Muchas chicas morirían por la oportunidad de salir con Joel.

April oyó una campana sonar y supo que necesitaba ir a su próxima clase.

“¿Te veré después de la escuela hoy?”, preguntó.

Él se encogió de hombros.

“Tengo cosas que hacer hoy”.

April sintió una oleada de pánico.

Él se volteó y la miró.

“Pero tal vez, si dejas de estar tan tensa, podemos vernos”.

Era hora de tomar una decisión. April estaba cansada de resistirse. ¿Qué provecho le estaba sacando a esto de ser una “niña buena” de todos modos?

Sonrió mientras sentía su último rastro de resistencia desaparecer. No podía arriesgarse a perder a Joel.

“La probaré”, dijo ella. “Probaré todo lo que quieras que pruebe”.

CAPÍTULO TREINTA

Riley se llenó de miedo cuando Bill se acercó a la gran puerta de hierro. Incluso desde afuera no le gustaba la apariencia de la pequeña villa llamada “Las Dunas”.

Durante toda su carrera, nunca había tenido una sola buena experiencia en una de estas urbanizaciones cerradas. Estaba segura de que esta pequeña excursión a la vida de los ricos y privilegiados no iba a ser diferente.

Bill detuvo el carro, y un guardia uniformado salió de la cabina de seguridad. “¿Que desean?”, preguntó.

Bill y Riley mostraron sus placas.

“FBI”, dijo Bill. “Una visita de rutina”.

El guardia se veía muy desconfiado. Riley no podía imaginar por qué.

“Déjenme ver eso”, dijo, extendiendo su mano.

Con una mirada reacia, Bill le entregó su placa. El guardia la levantó a la luz del sol y la examinó.

“¿*Realmente puede pensar que es falsa?*”, se preguntó Riley.

“¿Que desean?”, repitió el guardia, devolviendo la placa de Bill.

“Estamos aquí para hablar con el congresista Wyatt Ehrhardt”, dijo Bill. “En la casa de Dwayne Prentice”.

Ahora el guardia se veía aún más desconfiado. Se alejó para hablar en su radio.

“¿Qué demonios está pasando?”, le preguntó Bill a Riley.

Riley se encogió de hombros. No tenía ni idea.

El guardia volvió hacia el carro.

“De acuerdo, pueden pasar”, dijo. “Gira a la derecha cuando llegues a Calle Océano. Es la última casa”.

La puerta se abrió. Bill siguió por una calle ancha, entre casas que asomaban por encima de jardines privados. Mientras se dirigían hacia Océano, las casas se hacían más grandes y alejadas. Riley estaba segura de que todo lo que estaba a la vista eran casas millonarias.

Se detuvieron frente a una gran casa moderna con muchas ventanas. Un hombre parado afuera de la casa se acercó al carro y verificó sus identificaciones. Él también se veía un poco desconfiado. Pero los dirigió a un lugar para estacionarse. Varios carros estaban estacionados allí fuera de la casa.

Bill señaló. “Mira eso”, dijo.

Efectivamente, uno de los carros era un vehículo del FBI.

“¿De qué trata todo esto?”, le preguntó Riley a Bill. “¿No éramos tú, Lucy y yo los únicos agentes asignados a este caso? Quiero decir, ¿aparte de la policía local?”.

“Parece que no”, dijo Bill.

Al menos Riley ahora sabía la razón de la desconfianza del guardia unos minutos antes. Ya había dejado a algunos agentes del FBI pasar por la puerta. No era de extrañar que se preguntara si Bill y Riley eran auténticos.

Riley y Bill se bajaron del carro y se acercaron a la entrada principal. Una sirvienta respondió a la puerta y los condujo a una enorme habitación con un techo elevado. La habitación estaba iluminada por la luz del sol que entraba por las enormes ventanas y un fuego que brillaba en una amplia chimenea de piedra.

Las cuatro personas que estaban sentadas en grandes sofás de cuero se levantaron para saludarlos. Entre ellos estaban el representante Ehrhardt y su asistente, Rhonda, tan provocativamente vestida como lo había estado ayer. Los otros dos tomaron a Riley completamente por sorpresa.

“¡Huang! ¡Creighton!”.

Los nombres salieron de la boca de Riley antes de que pudiera pensar, y había una nota de desconcierto en su voz. Riley supo que habían entendido su disgusto por la expresión de sus rostros.

Los agentes Emily Creighton y Craig Huang eran bastante nuevos en Quántico, y ambos eran muy jóvenes. Habían cometido errores de novato cuando trataron con el asesino de las muñecas hace varios meses. Riley tenía la impresión de que Huang, el más joven de los dos, había crecido un poco en su trabajo desde entonces. No sabía si podía decir lo mismo de Creighton.

Riley sabía muy bien que ellos eran los favoritos de Carl Walder. Estaba contenta de que Walder no estuviera aquí. Aún así, su presencia significaba que Walder tenía un interés directo en este caso. Eso no era sorprendente. Siempre tan oportunista, naturalmente estaría interesado en cualquier caso que implicaba a alguien con influencia política.

Pero Riley sabía que no era un buen presagio, al menos no para ella. Sin duda Walder estaba pensando en sacarla del caso, si es que ya no lo había decidido.

Ambos agentes saludaron a Bill y Riley con murmullos incómodos.

“Por favor, pónganse cómodos”, dijo Rhonda.

Bill y Riley se sentaron en las grandes sillas de cuero. Riley miró por una gran ventana hacia un patio y una gran piscina privada. Más allá había una duna de arena, y más allá el océano. La vista era casi impecable. Se preguntaba si alguna vez alguien había caminado por aquella playa o se había bañado en el océano. Probablemente no. La casa parecía ya un mundo en sí misma.

Riley se sintió obligada a decir algo cortés.

“Su casa es hermosa”, dijo.

Pero la verdad era que no encontraba el lugar encantadora en absoluto. A pesar del olor general a pino, casi podía detectar el desagradable olor del dinero a su alrededor. Recordó que la casa era propiedad de un estratega político. Simplemente pensar en lo que un estratega político debió haber hecho para lograr ser así de rico la desconcertaba.

“¿Quieren algo de beber?”, les preguntó Rhonda a Riley y a Bill. ¿Té? ¿Vino, whisky?”.

“Están de servicio, Rhonda”, dijo Ehrhardt.

“Por supuesto”, dijo Rhonda.

Bill y Riley dijeron que estaban bien.

“Lamento hacerles conducir hasta aquí”, les dijo Wyatt Ehrhardt a Riley y a Bill. “Solo quería obtener alguna novedad, y no puedo ir a ningún otro lugar sin ser acosado por periodistas. Los agentes Creighton y Huang llegaron hace unos minutos. No los esperaba. Esperaba que pudieran darme alguna novedad”.

“Ojalá tuviéramos algo nuevo para contarle”, dijo Bill.

Riley añadió: “La verdad es que no sabemos más de lo que sabíamos cuando hablamos con usted ayer”.

Ehrhardt se veía preocupado. Era la misma mirada de preocupación superficial que Riley había observado ayer, como si hubieran suspendido su juego de golf por lluvia.

“Todo esto es realmente perturbador”, dijo él. “Teníamos una sesión de estrategia importante programada para hoy, pero todo el mundo se fue cuando se supo lo de Nicole. Y estamos a tan solo unos días de las elecciones. ¿No vamos a tener un descanso? No entiendo por qué no han pedido rescate aún”.

Riley apenas podía creer lo que oía.

“Señor congresista, hablamos de esto ayer”, dijo ella. “Me temo que es muy probable que el secuestro de su esposa sea obra de un asesino en serie. No deberíamos estar esperando que pidan rescate”.

Creighton y Huang aclararon sus gargantas y se movieron incómodamente.

“¿Qué pasa?”, preguntó Riley.

Creighton dijo: “Me temo que el agente especial Carl Walder no comparte tu opinión”.

Huang añadió: “Él está convencido de que se trata de un secuestro común que no tiene nada que ver con los asesinatos locales”.

Riley estaba horrorizada.

“¿Cómo deduce eso?”, preguntó.

Creighton se encogió de hombros. “Bueno ¿cuáles son las probabilidades de que tu ‘asesino de los relojes’ se haya tropezado con la esposa de un congresista? ¿No sería una gran coincidencia?”.

“¡Sí!”, dijo Riley. “¡Es una coincidencia! Y cuando tengan la experiencia suficiente sabrán que las coincidencias realmente suceden. Y Walder debería haber aprendido eso hace mucho tiempo”.

Riley notó la expresión ansiosa de Bill por el rabillo del ojo.

“Riley...”, comenzó a decir Bill.

Pero Riley no pudo quedarse callada. Se giró hacia Ehrhardt y dijo: “Señor congresista, con todo el debido respeto, el agente Walder es un idiota altamente funcional. Y no tenemos tiempo para esta mierda”.

“¡Riley!”, dijo Bill con más fuerza.

Pero Riley continuó. “Es muy probable que su esposa esté en las garras de un asesino psicópata. Ella necesita ser encontrada y rescatada. No podemos quedarnos esperando que pidan rescate”.

Riley oyó a Creighton hablar fuertemente.

“Agente Paige, nos ocuparemos de esto”.

Atónita, Riley se volteó para mirar a los dos jóvenes agentes.

“¿De qué estás hablando?”, preguntó.

Huang dijo: “El agente especial encargado Walder nos envió aquí para afrontar el secuestro. No quiere que te distraigas de tu propio caso”.

Riley quedó boquiabierta. “¿Distraída por esto? Este *es* mi caso”.

Bill pronunció su nombre con más fuerza que antes. Ella se volteó y lo miró. Su expresión le dijo que era hora de callarse. Se obligó a hacer precisamente eso. Bill se levantó de su silla.

“Mi compañera y yo entendemos”, les dijo a Creighton y a Huang. “Los dejaremos en su trabajo”.

Luego, volteándose hacia Ehrhardt, añadió: “Cuenta con nuestros mejores deseos en esta terrible experiencia”.

Ehrhardt simplemente asintió, obviamente asombrado por los rencores en la habitación. Bill salió de la casa, y Riley lo siguió en silencio. Entraron al carro y Bill empezó a conducir.

“Dios, Riley”, dijo. “¿Recuerdas cuando me sacaste de encima de Dennis Vaughn hace unos días? Bueno, ahora es mi turno de preguntar... ¿qué demonios te pasa?”.

Riley se quejó en voz alta.

“Bill, no me digas que crees que la desaparición de Nicole DeRose es un secuestro rutinario”.

“No, claro que no. Pero ese no es el punto”.

“¿Cuál es el punto?”.

Bill respiró profundamente.

“Piensa en lo que está pasando aquí”, dijo. “Wyatt Ehrhardt cree que su esposa ha sido secuestrada por dinero. Por eso es que Walder también lo cree. Quiero decir, Ehrhardt es un político famoso, ¿cómo podría estar equivocado? Walder realmente es un perrito faldero, y realmente es así de estúpido. Pero no podemos hacer nada para cambiar eso”.

Riley miró silenciosamente por la ventanilla mientras pasaban las costosas casas.

Bill continuó: “Walder y sus subalternos tienen razón en una cosa. Venir aquí fue una distracción, un desvío. No encontraremos ninguna pista aquí. Tenemos que volver a Ohlman y resolver este caso”.

Ahora el guardia de la puerta los dejó salir sin una sola palabra.

Riley suspiró. “Realmente estoy en problemas, ¿cierto?”.

Bill dejó escapar una risita. “¿Un ‘idiota altamente funcional’? Sí, si él se entera, y puedes estar segura de que lo hará, estarás en problemas. Ya estabas en problemas por lo de la cámara. Walder definitivamente se enteró de eso. Y sabes perfectamente bien que siempre anhela una oportunidad de quitarte tu placa”.

Ahora estaban en la carretera. Ohlman estaba a solo quince minutos.

Bill añadió: “Si te equivocas respecto a la esposa de Ehrhardt, se desatará un infierno”.

Riley no respondió. La verdad era que ella esperaba *estar* equivocada. Incluso si eso significaba perder su trabajo, esperaba que Nicole DeRose fuera víctima de un secuestro rutinario, y que un rescate resolviera todo. Riley no podía soportar la idea de que otra mujer sufriera el mismo destino que las otras víctimas.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

El día había sido poco productivo. Aún así, Riley no volvió a su habitación hasta después de las 10 de la noche. Todavía no estaban cerca de encontrar al asesino o las mujeres que estaba reteniendo. Para empeorar las cosas, ella y Bill habían estado esquivando a los periodistas por todas partes.

Se sentó en su cama y miró los mensajes de texto que había estado enviándole a April durante el día. El último aún estaba marcado como “entregado”, no como “leído”. April estaba haciendo todo lo posible por ignorarla.

Riley marcó el número de la casa y Gabriela respondió.

“¿Cómo están las cosas en casa?”, preguntó Riley. “¿Qué está pasando con April?”.

“No lo sé, señora Riley”, dijo Gabriela con una voz intranquila. “Ha estado muy rara, no habla mucho. Se fue a dormir temprano”.

Riley sintió una punzada de preocupación.

“¿No ha estado faltando a la escuela?”, preguntó.

“No. Llegó tarde a casa el martes, dijo que había tenido que ir a la biblioteca”.

Riley notó un tono de duda en la voz de Gabriela. Ella se sentía igual.

Gabriela prometió llamarla si había algún problema, y terminaron la llamada. Riley permaneció sentada en la cama, preguntándose si podría dormir. Muchas cosas la preocupaban. El caso no iba bien, y estaba segura que igualmente sería retirada del mismo. Y sencillamente no tenía ni idea qué hacer con April.

“¿Podrían empeorar las cosas aún más?”.

Se levantó para prepararse a ir a la cama cuando vibró su celular.

“¿Hablo con Riley Paige?”, preguntó la voz de una mujer.

“Sí”, dijo Riley.

“Srta. Paige, me temo que tengo unas noticias serias”, dijo la mujer.

Riley volvió a sentarse. Por el tono de voz de la mujer, dedujo que esta sería una llamada desagradable.

“Mi nombre es Gwen Bannister, y trabajo en el hospicio en Moline, Virginia”.

Riley conocía ese pequeño pueblito de los montes Apalaches. Había pasado por allí a menudo para visitar a su padre. Había vivido durante años en una pequeña cabaña cerca de allí. Recordó lo mal que se había visto la última vez que lo había visitado.

“Se trata de mi padre, ¿cierto?”, preguntó Riley.

Gwen Bannister habló en voz baja, como si no quisiera molestar a alguien. “Él está en un hospicio aquí en Moline”.

“¿De qué está muriendo?”, preguntó Riley.

Tan pronto como esas palabras salieron de la boca de Riley, se percató de lo bruscas e insensibles que sonaban. Hubo una pausa.

“Está en las etapas finales de cáncer de pulmón”, dijo la mujer. “No quiso que notificáramos a nadie cuando se extendió al cerebro. También rechazó la radioterapia. Me temo que no le queda mucho tiempo. Lo pondría al teléfono, pero no tiene fuerzas”.

“*Cáncer de pulmón*”, pensó Riley. “*Debí suponerlo*”. Recordó su tos cuando lo había visto por última vez. Había estado más pálido y delgado también. Había visto que estaba muy enfermo, pero sabía que él no iba a hablar de eso.

“¿Ha pedido verme?”, preguntó Riley.

“No”.

“*Eso es obvio*”, pensó Riley.

La última vez que había visitado a su padre, hasta habían intercambiado golpes físicos. Había jurado nunca volver a verlo ni hablar con él.

Ahora era el momento de decidirlo de una vez por todas. Incluso si salía ahora mismo, podría no llegar a Moline antes de que muriera. ¿Realmente debía ir a visitar a su padre una última vez cuando la necesitaban tanto aquí como en casa?

Recordó las palabras crueles que le había dicho durante su última visita.

“*Deberías estar agradecida, perra quejona*”.

No estaba agradecida. No tenía nada por qué estar agradecida. Si llegaba a tiempo para ver a su padre, ¿qué podría esperar de él, excepto más abusos? ¿Por qué le daría la satisfacción de maldecirla con su último aliento?

“No puedo ir”, dijo Riley.

“¿Está segura?”, dijo la mujer.

No sonaba sorprendida. Riley podía imaginar la razón. Cuidar de su padre tenía que ser un trabajo ingrato.

“Estoy segura”, dijo Riley.

“¿Quiere que le diga algo de su parte?”.

“No”, dijo Riley. “Gracias por llamar. Le agradezco lo que está haciendo”.

“Bueno, su hermana ha sido de mucha ayuda”.

Riley vaciló. ¿Wendy estaba allí? ¿Ayudándolos en el hospicio? No había hablado con su hermana mayor en años, ni siquiera sabía dónde estaba. Por un momento tuvo el deseo de hablar con ella. Pero había pasado demasiado tiempo...Riley entró en cuenta de que no sabía qué decir.

“Eso es bueno”, dijo finalmente.

“Déjeme darle mi número en caso de que cambie de opinión”, dijo la mujer. Riley anotó el número y terminó la llamada.

Fue al baño y se miró en el espejo. No era un rostro agradable, al menos no en este momento. Podía ver un fuerte parecido a su padre allí. Se miró a los ojos, buscando algún indicio de culpa o nostalgia, algún deseo de ver a su padre una última vez. No encontró nada.

Sin embargo, no se sentía bien estar lejos.

“Una cosa más de qué preocuparme”, pensó mientras se preparaba para ir a la cama.

*

Riley abrió la carpeta del caso. La primera foto que vio fue del cadáver horriblemente demacrado de Metta Lunoe, de diecisiete años. Lo dejó a un lado. Debajo había una foto del cadáver igualmente demacrado de Valerie Bruner.

Dejó esa foto a un lado, pero fue seguida por otra imagen espantosa, la de Chelsea McClure. Cuando Riley apartó esa, se encontró con la horrible imagen de Elise Davey. Ella vaciló un momento. Seguramente eso era todo. Seguramente solo tenía que leer los informes escritos ahora.

Pero en cambio encontró otra foto del cadáver de otra víctima de un caso pasado. Ella la puso a un lado para encontrar otra víctima, luego otra, luego otra...

Pronto se encontró a sí misma hundida hasta las rodillas en fotografías, todas ellas mostrando víctimas de casos en los que había trabajado.

Ella oyó una risa lúgubre, luego una voz familiar...

“Hay bastantes muertos”.

Ella levantó la mirada y vio a su padre. Él también estaba hasta las rodillas en el mar de fotografías que se extendían a un horizonte lejano.

No se veía enfermo. Se veía fuerte y sano. Era alto y desgarbado, y llevaba un gorro de caza y un chaleco rojo.

Había una sonrisa en su rostro arrugado, duro y curtido.

“Supongo que debes estar muy orgullosa de ti misma. Seguramente hiciste lo correcto para todas esas personas. Encontraste justicia para ellas. Hasta la última. Sin embargo, eso no impide que estén muertas. Pero así eres tú, ¿no? No eres buena para los vivos. Las únicas personas para las que sirves de uso terrenal están todas muertas”.

“¿Qué sabes de eso?”, preguntó Riley amargamente. “¿Siquiera sigues

vivo?”.

Papá rio de nuevo.

“Bueno, eso sería interesante, ¿no?”, dijo él. “Te daría una oportunidad de hacer lo correcto con alguien vivo para variar. Sin embargo, tendrás que darte prisa. Si es que ya no es demasiado tarde”.

“No te debo nada”.

“No, no mucho. Solo todo lo que eres, y todo lo que vas a ser, tanto lo bueno como lo malo. Será demasiado tarde agradecerme luego. Es ahora o nunca”.

Riley sintió una ira familiar creciendo en su garganta.

“Nunca recibirás una palabra de agradecimiento de mi parte”, dijo.

Papá echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca como para reírse. Pero en lugar de reír, un sonido fuerte y resonante llenó el aire...

Riley se despertó y buscó su teléfono, el sueño aún fresco y vivo en su cerebro.

“Encontraron otro cuerpo”, dijo la voz de Bill. “Es Nicole Ehrhardt”.

Riley todavía podía oír la risa de su padre.

“Voy para allá”, dijo antes de colgar. Ella entró al baño y se echó agua fría en la cara. Todos habían fracasado con Nicole DeRose Ehrhardt y ahora su imagen se uniría a las fotos de los cadáveres. Y sabía que se desataría un infierno por esta muerte.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

A veces Riley odiaba tener razón. Estaba mirando el cuerpo, que estaba tendido en un campo a unas diez millas al oeste de Ohlman. Era Nicole DeRose Ehrhardt, eso era seguro.

Un sonido retumbante familiar sobre su cabeza desvió su atención del cuerpo. Levantó la mirada y vio un helicóptero dando vueltas. Era un helicóptero del FBI, y su piloto claramente estaba buscando un lugar para aterrizar.

Riley miró a los demás que se habían reunido en la escena del crimen. El agente Huang estaba en su teléfono. A pesar del creciente ruido, pudo verlo decir las palabras “Sí, señor” una y otra vez.

Luego Huang se acercó al grupo y dijo en una voz lo suficientemente alta como para ser escuchado: “El agente especial encargado Walder vendrá para acá”.

Emily Creighton sonrió brillantemente. Lucy se veía preocupada. Bill negó con la cabeza y murmuró algo inaudible, una grosería, Riley estaba bastante segura de eso.

El helicóptero se alejó, aparentemente había descubierto un buen lugar para aterrizar. Riley se tragó su consternación y volvió su atención a la mujer muerta. Un ego como el de Carl Walder era lo último que necesitaban ahora mismo. Tal vez tenía unos minutos más antes de que Walder llegara para recopilar información.

Riley observó toda la escena. Un agradable olor a césped llenaba el aire. El campo había sido segado ayer y se habían apilado fardos de heno frescos en un cobertizo abierto cerca de la carretera. En algún momento de la noche, el asesino había elegido este lugar para colocar el cuerpo.

El dueño de la propiedad la había encontrado esta mañana y había llamado a la policía. La zona estaba acordonada ahora, y aunque apenas amanecía, unos cuantos reporteros ya se habían reunido al otro lado de la cinta. Ayer el jefe Franklin le había dicho a Riley, a Lucy y a Bill que había encontrado y suspendido al policía que había estado filtrando información a los medios de comunicación.

“No sirvió de mucho”, pensó Riley.

Ya se sabía de los asesinatos, y el daño estaba hecho. Los reporteros vigilaban de cerca las actividades del FBI en la zona y los seguían cuando podían.

Riley se inclinó para examinar a la víctima. A diferencia de las otras, esta se parecía mucho a sus fotos. No había pasado semanas de hambre. Pero ya estaba

anormalmente delgada, anoréxica. Su clavícula sobresalía sobre su piel pálida. Tenía la marca roja de un latigazo en un pómulo. Su impermeable estaba desgarrado y ensangrentado.

El cuerpo no tenía ninguna relación obvia con los bordes del campo o cualquier punto de referencia visible. Pero como los otros, no solo había sido dejado allí. Los brazos y las piernas de la mujer estaban cuidadosamente arreglados. El brazo izquierdo se extendía hacia arriba, las piernas estaban rectas, los dedos de los pies bien apuntados. El brazo derecho se extendía hacia fuera desde el hombro.

“Las nueve en punto”, dijo Riley.

“La siguiente hora de la secuencia”, añadió Bill. “¿Qué crees que significa?”.

Riley no dijo nada. Simplemente no sabía qué decir. Pero una vez más tuvo la sensación de que quienquiera que estuvo aquí y dejó este cuerpo estaba actuando bajo órdenes, no lo estaba haciendo completamente solo.

Pero Riley no tenía tiempo para pensarlo ahora. El helicóptero había aterrizado, y Carl Walder caminaba rápidamente hacia ellos. La estaba mirando directamente, y su expresión era cualquier cosa menos amistosa.

“Agente Paige, veo que todavía estás tratando de ponerse al día con este caso”, dijo él.

Riley ya se estaba irritando.

“¿Tratando de ponerme al día?”, pensó.

Hizo un gesto hacia el cuerpo.

“No fue un secuestro por dinero”, le dijo a Walder.

“No, al parecer no lo era”, respondió Walder.

Sin más palabras, se arrodilló junto al cuerpo. Obviamente no iba a admitir que Riley tenía razón y que él se había equivocado. Después de una mirada superficial al cuerpo, Walder se puso de pie.

“Busca al forense”, le dijo a Huang. “No podemos dejar a esta mujer tirada aquí”.

Huang se veía sorprendido por la orden, pero hizo la llamada sin hacer preguntas. Riley también le sorprendió el hecho de que Walder cerrara la investigación de campo tan rápidamente. Ni siquiera tenían un equipo de evidencias en el sitio. Walder por lo general era un investigador minucioso, aunque poco imaginativo.

Pero Riley se recordó a sí misma que el hombre siempre había tenido una tendencia a desmoronarse cuando figuras políticamente poderosas estaban involucradas. Después de todo, era un hombre vanidoso con ambiciones propias. Riley no tenía idea de cuáles podrían ser esas ambiciones, ni a dónde podrían llegar.

Walder gritó: “Y alguien saque a esos reporteros de aquí. Muevan la cinta hacia atrás”.

Luego se volteó hacia Riley.

“Agente Paige, hubiera preferido hablar contigo en privado en mi oficina, pero bajo estas circunstancias, no puedo posponerlo”.

Llevó a Riley a poca distancia. Bill los siguió, ignorando descaradamente el intento de Walder de privacidad.

“Alguien registró una queja en tu contra”, dijo.

Riley negó con la cabeza. “Lo sé. El reportero y la cámara. Mira, el bastardo estaba invadiendo la intimidad de una mujer asesinada”.

“Eso no es excusa para lo que hiciste”, dijo Walder.

Riley respiró profundamente.

“Tienes razón, señor”, dijo ella, tratando de no sonar sarcástica. “No volverá a suceder”.

“Definitivamente no volverá a suceder en este caso”, dijo Walder. “Ya no estás en el caso”.

Riley lo miró fijamente. Había esperado esto. Sin embargo, su descaro la sorprendió. Walder estaba molesto por mucho más que lo de la cámara.

Riley se las arregló para no sonreír. “Esto es por lo que dije de ti ayer, ¿cierto?”.

El rostro de Walder se enrojeció.

“No estuve aquí ayer. No tengo idea de lo que dijiste”.

Riley estaba a punto de llamarlo idiota altamente funcional de nuevo. Bill la detuvo con un empujón.

Riley miró los ojos saltones de Walder. Ahora lo entendía todo. La estaba castigando por dos cosas, por llamarlo idiota y por estar en lo cierto sobre el secuestro de Nicole Ehrhardt. Riley se preguntó cuál de los dos lo había ofendido más.

“No puedes sacarla del caso”, le dijo Bill a Walder. “Riley sabe más del caso que cualquier otro agente”.

Walder hizo una mueca.

“Supongo que estás hablando de su ‘teoría de los relojes’”, dijo él. “Sí, ya oí de ella. Tal como lo han hecho todos los demás, cortesía de los medios de comunicación. Debiste haber mantenido la boca cerrada, Paige. Tu teoría probablemente está equivocada de todos modos”.

“Espera un minuto”, empezó Bill. Pero Riley lo silenció con un gesto. No tenía sentido explicarle a Walder que Riley no era responsable de las filtraciones de información. Seguramente ya lo sabía, y no le importaba.

Walder continuó: “Volverás a la UAC y trabajarás en tu oficina hasta nuevo aviso. Nos comunicaremos acerca de sus futuras asignaciones. Regresaré en helicóptero esta tarde. Puedes volver conmigo”.

La voz de Riley estaba temblando de rabia cuando respondió: “Gracias, pero yo me vine en mi carro. Conduciré a casa”.

Bill trotó a su lado mientras se alejaba.

“Riley, vamos a hacerlo cambiar de parecer”, dijo.

“Sabes que no puedo hacer eso”, dijo Riley. “Tú quédate, trata de evitar que Walder estropee las cosas más de lo necesario”.

“Me mantendré en contacto”, dijo Bill.

Bill se quedó atrás, y Riley se sumergió entre los periodistas gritando “Sin comentarios” a cada pregunta que le hacían. Cuando logró pasar, vio el carro del forense acercándose por el camino.

No obtendrían mucha información de la escena del crimen, no con el trabajo rápido que estaba haciendo Walder. Afortunadamente, Huang había estado tomando fotografías, y se aseguraría de que Bill se las enviara.

Cuando subió al carro y empezó a conducir, pensó en su padre muriéndose en las montañas de Virginia. O tal vez ya estaba muerto. Si era así, estaba bastante segura de que su espíritu se estaba regodeando en su humillación.

“Vete y regodéate, bastardo miserable”, murmuró en voz alta. “Aún no he terminado”.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Cuando Riley llegó a casa más tarde ese día, sintió que habría problemas. April no había respondido los mensajes de texto ni las llamadas desde que Riley había partido a Delaware. Algo estaba pasando, y no estaba segura de que estuviera lista para lidiar con eso.

Era de tarde, y April ya debería estar en casa. Pero se encontró con Gabriela en la puerta y Riley supo por su expresión que no todo estaba bien.

“Riley, no te estaba esperando”, dijo Gabriela.

“Pensé que estarías en Delaware un tiempo más”, dijo Riley.

Se había detenido en la UAC de regreso para recoger las fotografías y asegurarse de que tenía todos los archivos sobre el caso. Walder no lo aprobaría, pero Riley estaba decidida a estar pendiente a cualquier acontecimiento.

“Me alegro de que estés aquí”, dijo Gabriela, retorciéndose las manos.

“April está portándose... rara”.

Riley colocó su maleta de viaje en el suelo.

“¿Está en casa?”, preguntó Riley.

“Aún no”, dijo Gabriela. “Dijo que estaría en la biblioteca, tal como dijo el martes”.

Riley podía notar que Gabriela no creía esa excusa. Obviamente Riley tampoco la creía.

“*Esto no es bueno*”, pensó Riley.

Después de todo, se suponía que April debía estar castigada por dos días más.

El timbre sonó. Por un momento, Riley pensó que era April, que simplemente había olvidado sus llaves. Pero cuando abrió la puerta, la hija de Blaine, Crystal, estaba afuera. Era desgarbada como April, y tenían casi la misma altura, pero su tez era más pálida y pecosa. Llevaba unos cuantos libros.

“Hola, Sra. Paige, Gabriela”, dijo Crystal. “¿Está April? Pensé que podríamos estudiar juntas”.

Riley estaba feliz de ver a Crystal. Pensaba que esta nueva amiga de April era una buena influencia. Era agradable tener a Crystal y a Blaine justo al lado.

“No, no está”. “De hecho, nos preguntamos cuándo volverá. ¿Quieres pasar?”.

Crystal sonrió y entró. Gabriela le ofreció una limonada.

“Me encantaría”, dijo Crystal.

Riley y Crystal se sentaron en la sala de estar, y Gabriela trajo limonada para las dos. Riley notó que Crystal se veía preocupada.

“April le dijo a Gabriela que estaría en la biblioteca”, dijo Riley.

Riley podía ver en la expresión de Crystal que ella tampoco creía esta excusa. ¿Crystal sabía algo que ella no sabía? Riley sabía muy bien que no sería fácil curiosear. Recordó lo que era tener una mejor amiga en la escuela secundaria. Las cosas podrían ir muy mal si los padres trataban de enfrentarlas-

“¿Ya conociste al novio de April?”, preguntó Crystal.

Riley se preguntó si Crystal le daría una pista sobre el posible paradero de April.

“No, y creo que quizás ya sea el momento”, dijo Riley. Después de una pausa añadió: “Hace unos días dijiste que él no te gustaba”.

Crystal tomó un sorbo de limonada.

“Bueno, ¿qué te ha contado April de él?”, preguntó Crystal. Riley podía sentir que estaba tanteando el terreno.

Riley se encogió de hombros. “Casi nada. Excepto que tiene más o menos su misma edad”.

Los ojos de Crystal se abrieron. Riley se preguntaba qué andaba mal.

“¿Está en alguna de tus clases?”, preguntó Riley.

Crystal solo se quedó mirándola fijamente por un momento.

“Srta. Paige, si digo algo, ¿prometes no decirle a April que te lo dije?”.

Riley asintió.

“Él no tiene la edad de April”, dijo Crystal. “Tiene diecisiete años. Y no está en la escuela. Fue estudiante de segundo año el año pasado, pero se retiró. No creo que haya reprobado o algo así, aunque creo que se atrasó un año. En realidad es muy inteligente. Es solo que...”.

Se quedó en silencio otra vez.

“Lo siento, Srta. Paige”, dijo Crystal. “Tendrás que preguntarle a April el resto”.

Riley luchó contra el impulso de hacer un montón de preguntas. La situación sin duda era seria. Pero ella entendía. Crystal había violado la confianza de April. Lo había hecho con las mejores intenciones, porque estaba preocupada por April, pero Riley no podía esperar que dijera mucho más.

Pero había una cosa que realmente tenía que saber.

“¿Crees que April esté con él ahora mismo?”, preguntó Riley.

“No lo sé. La verdad es que April no me dice mucho acerca de lo que hace con él. Se ha vuelto más reservada desde que están juntos. Eso es parte de lo que no me gusta”.

Crystal se quedó callada. Para Riley, aún se veía molesta por algo. Estaba preocupada por April, por supuesto, pero Riley intuyó que se trataba de algo

más. Riley sintió un tirón maternal de preocupación. Se preguntó si tal vez debería preguntarle qué era lo que la estaba molestando.

“*No soy su madre*”, se recordó a sí misma.

“Creo que tal vez pienses que soy sobreprotectora”, dijo Riley con una pequeña risa.

“¡Para nada!”, dijo Crystal sonriendo. “¡Eres una madre estupenda! Mucho mejor que la mía...”.

Su voz se quebró de tristeza. Riley deseaba que le hubiera contado más sobre su madre. Sabía que Blaine estaba divorciado, y recordó que había mencionado que ella bebía y era bipolar. Pero ¿qué tan involucrada estaba en la vida de Crystal?

Crystal logró sonreír de nuevo.

“De cualquier forma, April y yo somos afortunadas. Ambas tenemos *un* padre que realmente se preocupa”.

Crystal se levantó de su silla.

“Será mejor que me vaya a casa y haga mi tarea”, dijo... “Por favor dile a April que me llame cuando llegue a casa”.

“Lo haré”, dijo Riley, acompañando a Crystal a la puerta.

Riley se quedó afuera por un momento y observó a la chica recorrer la corta distancia hasta la siguiente casa. Se preguntó cuál podría ser su relación en un futuro próximo. ¿Se involucraría con Blaine? ¿Terminaría siendo la madrastra de Crystal, y Blaine el padrastro de April?

Riley suspiró. No era un pensamiento desagradable. Pero era demasiado pronto para decirlo. Y tal vez una vida como esa era demasiado pedir.

Vio que eran más de las cuatro y media, y April todavía no estaba en casa. Este no había sido un buen día. Primero, había sido despedida de un caso. Al menos sabía que Bill la mantendría informada sobre eso. Pero ahora era obvio que algo estaba muy mal con April. ¿Y qué haría ahora?

Riley suspiró, preguntándose si era buena en algo.

Tomó su maleta de viaje y la colocó en su dormitorio. Luego cruzó el pasillo hasta el dormitorio de April. Era un desastre, por supuesto, pero no peor de lo habitual.

“*No hay motivo para alarmarme*”, se dijo a sí misma, sentándose en el borde de la cama de April.

Sabía que se alarmaba fácilmente cuando se trataba de su hija. Desde el secuestro de April, tendía a entrar en pánico cada vez que no sabía el paradero de April. Este era uno de esos momentos. ¿Estaba April en peligro en este momento debido a este nuevo “novio”? ¿Podría incluso haberla secuestrado?

Riley respiró profundamente un par de veces, tratando de convencerse de que

estaba siendo irracional. Eso estaba resultando difícil.

Notó que la portátil de April estaba sobre la cama. Riley no estaba sorprendida. April usualmente se llevaba su tableta a la escuela. Pero ahora el portátil comenzó a tentar a Riley. Siempre había tratado de respetar la privacidad de April.

“Será mejor que siga así”, se dijo a sí misma con severidad.

Pero la tentación se hizo más fuerte. Incluso parecía justificada. April le había estado mintiendo sobre Joel todo este tiempo. Ciertamente April había perdido su derecho a la privacidad esta vez. Y quizás esta era realmente una emergencia.

Con los dedos temblorosos, Riley abrió el portátil y lo encendió. Por supuesto, lo primero que pedía era una contraseña. Riley decidió hacer una suposición rápida.

“JOEL”, escribió.

De repente apareció el escritorio. Había sido demasiado fácil.

Hizo clic en la página de Facebook de April. La página y el perfil parecían lo suficientemente inocentes. Se veía igual que cuando Riley estaba conectada a Facebook. La foto de perfil de April era un selfie simple, y su foto de portada era un ramo de flores.

Pero Riley sabía que la página sería diferente ahora. Cada vez que estaba en su propia computadora, los ajustes de April le impedían ver todo tipo de cosas que podía ver ahora mismo, por ejemplo, una foto de April y un chico besándose. La etiqueta mostraba que el chico era Joel Lambert. Riley hizo clic en el nombre, y su página apareció.

Había otra selfie de un chico guapo de cabello oscuro, con mandíbula cuadrada. La foto de portada lo mostraba fumando hierba con un pipa, rodeado de espirales de humo.

Riley se alarmó. Sabía que era hora de poner fin a esta relación inmediatamente. Riley revisó los datos personales del chico. Notó que Joel había colocado tanto su teléfono de casa como su dirección en la página. Parecía un poco descuidado de su parte. Pero al parecer a Joel no le importaba poner esa información allí para amigos cercanos como April.

Sacó su teléfono celular y comenzó a marcar el número. Pero cambió de idea antes de terminar. En su lugar, se dirigió directamente a la puerta principal.

“¿Vas a salir?”, preguntó Gabriela, entrando en la sala.

“Solo por unos minutos”, dijo Riley. *“Ya vuelvo”*.

“Y así lo hará April”, pensó mientras salía por la puerta y se subía a su carro.

*

Aunque Joel Lambert no vivía lejos de la escuela de April, el vecindario no era uno bueno. A lo que Riley detuvo el carro en frente de su casa, recordó inquietantemente la casa de Dennis Vaughn en Redditch, una casa descuidada con pintura pelada y un porche hundido.

“¿*Realmente estará April ahí?*”, se preguntó Riley a lo que se bajó del carro.

Subió al porche y tocó la puerta bruscamente. Esperó unos segundos antes de tocar de nuevo. Tocó por tercera vez, y luego apareció Joel Lambert, vestido con jeans y una camiseta. Se veía sorprendido de ver a Riley.

“¿Qué quieres?”, preguntó él.

“Estoy aquí por mi hija”, dijo Riley, cruzando los brazos.

Joel se veía desconcertado.

“¿Su hija?”.

Luego sonrió. Era una sonrisa calculadamente encantadora que apenas ocultaba el rastro de una mueca burlona.

“¡Ah, eres la madre de April! Y eres del FBI, ¿cierto? Eso es tan genial. ¿Puedo ver tu placa?”.

Riley no buscó su placa. Sintió que el chico estaba tratando de postergarla. Pudo ver la mochila de April en un sofá marrón abollado.

“Quiero ver a April”, dijo Riley. “Y no trates de decirme que no está aquí”.

Justo en ese entonces logró ver a April. Forzó una sonrisa muy incómoda.

“¡Hola, Mamá!”, dijo ella. “¿Qué haces aquí?”.

Riley simplemente le frunció el ceño.

“¿Puedo hablar con tus padres?”, le preguntó Riley a Joel.

“Lo siento, no están aquí”, dijo Joel. “Ambos están trabajando”.

Riley pasó a Joel y entró a la casa. Había un gran desastre. Riley se preguntó si sus padres realmente vivían allí. Este chico bien podría vivir solo. Ella olfateó, tratando de detectar si olía a marihuana. Pero el aire estaba tan cargado con otros olores desagradables que realmente no pudo detectar nada.

“April, ve al carro”, dijo Riley.

“Pero mamá—”.

“Ve al carro. Yo iré enseguida”.

April pasó por delante de Riley.

Riley le lanzó miradas mortales a Joel.

“Quiero que te mantengas alejado de mi hija. ¿Entiendes?”.

Joel respondió con una mirada sorprendida.

“Vaya, ¿cuál es el problema? No estábamos haciendo nada ilegal. Realmente quisiera ver tu placa. Me encantaría verla. Nunca he visto una placa real del FBI”.

Riley se acercó a él, lo agarró por el brazo y colocó el mismo detrás de su espalda.

“Vas a mantenerte alejado de ella”, dijo con firmeza.

“¿O qué?”.

Riley le torció el brazo hasta que soltó un grito de dolor. Le empujó el rostro contra la pared.

“Haré que tu vida sea un infierno”, dijo. “Tendrías suerte si todo lo que hago es arrestarte”. ¿Entiendes?”.

“Sí”, dijo Joel, sonando asustado ahora.

Riley soltó a Joel y salió de la casa. Volvió al carro y comenzó a conducir a casa.

“¿Qué fue todo eso?”, preguntó April.

“Tal vez eso es lo que deberías decirme tú a mí”, dijo Riley, con la mandíbula apretada por la ira.

April trató de sonar despreocupada. “Ah, ya entiendo. Esto es porque le dije a Gabriela que iba a la biblioteca. Puedo explicarlo. La casa de Joel está casi en el camino a la parada de autobús. Me encontré con él en el camino, y empezamos a hablar, y me olvidé de la biblioteca. Y me olvidé del tiempo”.

“Estás mintiendo”, dijo Riley. “Has estado mintiendo sobre muchas cosas. Ese chico no es de tu edad. Y no está en la escuela contigo. Ni siquiera está en la escuela”.

“¿Alguna vez dije que lo estaba? ¿Cómo sabes eso?”.

Riley no respondió. Su cabeza estaba llena de preguntas. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Los chicos estaban drogándose, bebiendo, teniendo sexo? Fuera lo que fuera, Riley estaba segura de que no era nada bueno, y que posiblemente era ilegal y peligroso. Lo único que sabía con certeza era que no tenía sentido hacer preguntas ahora mismo. April solo seguiría mintiendo.

“¿Qué le dijiste a Joel cuando me vine al carro?”, preguntó April con inquietud.

Riley luchó contra el impulso de empezar a gritarle a April.

“No importa lo que le dije”, dijo. “Solo recuerda que estás castigada”.

“Sí, pero solo por un par de días más, ¿cierto?”.

“No, no. Por el futuro inmediato”.

La voz de April se convirtió en un quejido agudo.

“¡No es justo! ¿Y si tengo que ir a la biblioteca?”.

Riley negó con la cabeza y ahogó una risa sarcástica. Condujo en silencio por un par de minutos, luego escuchó el zumbido del teléfono de April. Después de unos momentos, April gritó.

“¡Mamá! Acabo de recibir un mensaje de texto de Crystal! ¡Tenemos que ir para allá! ¡Tenemos que ir a su casa!”.

“De ninguna manera”, dijo Riley. Pensó que April estaba tratando de distraerla de sus problemas actuales.

“¡No lo entiendes!”, dijo April. “¡Llegó su mamá! ¡Está en verdadero peligro!”.

Riley recordó de repente que la madre de Crystal era bipolar y alcohólica. Tal vez por eso Crystal se había visto tan incómoda hace un rato. Tal vez sabía que su madre podría venir.

Eso significaba que su vida podría estar en peligro.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Riley podía oír a una mujer gritando dentro de la casa de Blaine. Por un momento, ella y April se quedaron frente de la puerta, preguntándose qué hacer.

“¿No debería estar aquí?”, gritó la voz de la mujer. “¿Qué descarada! ¡Yo pertenezco aquí tanto como tú, malcriada!”.

Luego oyó un ruido fuerte de algo rompiéndose.

Riley agarró el pomo de la puerta y trató de abrirla. No se movió. Estaba cerrada.

“¡Abran!”, gritó Riley.

En ese momento oyó a la mujer gritar de nuevo.

“¡Soy tu madre, maldita sea! ¡Te mostraré una cosa o dos acerca de pertenecer!”.

April agarró a Riley por el brazo.

“¡Mamá, tenemos que entrar allí!”, dijo April.

“Lo sé. Dame un momento”.

Riley pensó rápido. Tenía un kit para forzar cerrojos en su bolso, pero usarlo podría tardar demasiado. Dispararle a la cerradura con su pistola podría ser peligroso tanto para las personas que estaban adentro, como para ella y para April. En su lugar, tomó una tarjeta de crédito que utilizaba poco de su cartera y la colocó entre la puerta y el marco justo al lado del pomo de la puerta.

Mientras el ruido interior se intensificaba, Riley empujó la tarjeta contra el pestillo. Lo movió contra la superficie inclinada hasta que lo sintió moverse. Esperaba que el pasador no estuviera puesto. No lo estaba, porque cuando dobló la tarjeta, la puerta se abrió con facilidad.

“Espera aquí”, le dijo Riley a April.

Entró en la casa. Flores y pedazos de un jarrón roto estaban esparcidos por todo el piso. Riley vio a una mujer empuñando una lámpara de mesa sobre Crystal, quien estaba encogida contra una pared.

Sin decir una palabra, Riley se acercó corriendo hacia la mujer, la hizo girar para quedar frente a frente y la apartó de Crystal. La lámpara cayó al suelo.

La mujer miró fijamente a Riley.

“¿Qué diablos?”, gruñó la mujer. “¡Sal de mi camino!”.

Ella embistió, tratando de pasar a Riley para acercarse a Crystal. Riley la tomó y la empujó violentamente hacia una silla tapizada. La madre de Crystal se empezó a levantar de la silla, pero Riley levantó el puño.

Riley oyó la voz de Crystal gritar: “¡No la golpees! ¡Por favor!”.

Todavía sosteniendo su puño en alto, Riley evaluó la situación rápidamente. La mujer estaba encogida, lista para el golpe. La fuerza física parecía innecesaria y no había necesidad de sacar su arma. Eso solo traumatizaría más a Crystal.

Además, Riley podía ver que Phoebe Hildreth ya no era una amenaza, al menos no para ella. Pero había llegado justo a tiempo para salvar a Crystal de una lesión grave.

Phoebe gritó: “¡Crystal, llama a la policía! ¡Tenemos una intrusa!”.

Riley sacó su placa.

“Soy policía. Soy del FBI”.

Phoebe la miró fijamente, desconcertada.

“¿FBI? ¿Quién llamó al FBI?”.

“Vivo en la casa de al lado”, dijo Riley, guardando su placa.

Phoebe miró a Riley con ojos rojos.

“¿En serio?”, dijo con una sonrisa sarcástica. “¿Y tienes una llave? Qué buenos vecinos son”.

Riley estudió a la mujer. Recordó que Blaine había dicho que se había casado con ella demasiado joven, y por todas las razones equivocadas.

Había dicho: “*Pensé que Phoebe era la chica más hermosa que jamás había visto*”.

Riley vio mucha historia triste en su aspecto devastado. Todavía quedaba un rastro de esa belleza juvenil. Pero los años de consumo excesivo de alcohol habían pasado factura en su rostro alguna vez encantador, ahora estaba hinchado y fuertemente arrugado. Tenía sobrepeso y se veía mucho mayor.

Riley oyó a April llamar desde la puerta: “Mamá, el papá de Crystal acaba de llegar”.

Riley sacó su teléfono para llamar al 911. En ese momento, oyó la voz de Blaine.

“Riley, no lo hagas. Por favor. Nada de policías”.

Blaine entró, seguido por April. Crystal se arrojó a los brazos de su padre.

“Recibí tu mensaje de texto”, le dijo Blaine a Crystal. “Estoy aquí. Todo va a estar bien”.

Ahora Phoebe simplemente se veía agotada y débil. Lo que había estado alimentando su rabia momentos antes, había desaparecido repentinamente, dejando una cáscara vacía. Era difícil para Riley creer que esta patética y dañada mujer había sido alguna vez una amenaza física.

April estaba de pie en la puerta, contemplando la escena en silencio absoluto.

Aun abrazando a Crystal firmemente, Blaine dijo: “Riley, llama a un taxi, la enviaremos a su casa”.

Todavía en la silla, Phoebe estaba mirando a Blaine y Crystal. Riley notó que el ver la devoción del uno para el otro era demasiado para ella. Phoebe se disolvió en lágrimas impotentes, llorando como una niña pequeña.

*

Poco después Phoebe estaba en un taxi rumbo a la casa de su hermana, donde vivía. April y Crystal habían subido a la habitación de Crystal. Riley y Blaine estaban sentados frente a frente en la mesa de la cocina.

“Gracias a Dios que Crystal me envió un mensaje de texto”, dijo Blaine, mirando la taza de té caliente. “Gracias a Dios que también le envió un mensaje de texto a April. Si no hubieras llegado aquí cuando lo hiciste...”.

Su voz se quebró, horrorizado ante el pensamiento.

Riley tomó un sorbo de su propio té y dijo: “Blaine, no estoy segura de que enviarla a su casa así era lo correcto. Tal vez la policía debería haberla recogido”.

Blaine movió la cabeza con desaliento.

“Normalmente no es abusiva físicamente”, dijo. “Sabe que no debe portarse así”. Por eso perdió los derechos de custodia cuando nos divorciamos. Yo no tenía ni idea de que vendría hoy. Han pasado casi seis meses desde que la vimos por última vez. Pensé que estaba bien viviendo con su hermana”.

Blaine se quedó en silencio un momento.

“Tendré que obtener una orden de alejamiento si algo así sucede de nuevo”, dijo.

Riley tomó a Blaine de la mano.

“Creo que el momento de hacer eso es ahora”, dijo.

Blaine asintió con la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo hablar. Pero Riley podía sentir lo que él estaba sintiendo. Recordó algo que él le había dicho una vez.

“Seguía pensando que podía rescatar a Phoebe”.

Riley sabía que Blaine se sentía culpable, tanto hacia Phoebe como hacia su hija. Para Riley, él no tenía la culpa de lo sucedido, ni de la ruina en que se había convertido Phoebe. También sabía que no podía evitar que se sintiera culpable. Se había sentido de la misma manera demasiado a menudo.

April bajó las escaleras.

“Crystal está bien”, dijo.

Riley apretó la mano de Blaine con fuerza.

“¿Vas a estar bien?”, le preguntó.

Blaine asintió en silencio.

“Llámame si necesitas algo”, dijo Riley.

Riley y April se fueron y caminaron a su propia casa adosada.

Riley se sentía cansada, pero sabía que sus propios problemas familiares no se habían acabado aún. Tenía muchas preguntas por hacerle a su hija.

*

Gabriela se veía contenta de ver a Riley y a April cuando entraron por la puerta. Pero obviamente se dio cuenta de la silenciosa tensión que había entre las dos. Solo preguntó: “¿Qué quieren para la cena?”.

“Nos prepararemos unos sándwiches”, dijo Riley. “Gracias, Gabriela”.

Gabriela bajó a su apartamento. Riley y April entraron en la cocina, donde Riley empezó a sacar cosas del refrigerador para hacer unos sándwiches sencillos. April se quedó de pie y observó en silencio durante un momento.

Entonces April dijo en voz baja: “Gracias por lo que hiciste por Crystal”.

Riley no respondió. Lo que acababa de pasar en la casa de Blaine no era el problema actual.

“Podrías ayudar con los sándwiches”, dijo Riley.

“No creo que quiera uno”, dijo April.

Riley siguió preparándose su propio sándwich de pavo rebanado.

“Realmente estás enojada conmigo, ¿cierto?”, dijo April.

Riley respiró profundamente.

“Eso no importa en estos momentos”, dijo. “Será mejor que respondas algunas preguntas”.

Pudo oír a April tragar.

“¿Cómo cuáles?”, preguntó April.

Riley miró a su hija directamente a los ojos

“Lo que no me has contado sobre ese chico. Estuviste en su casa, que es un desastre. ¿Quiénes son sus padres? ¿Dónde estaban?”.

April le devolvió la mirada. “Nunca he conocido a sus padres”, dijo. “¿Por qué debería conocerlos? Dijo que ambos trabajan. Supongo que no ganan mucho dinero y no tienen a alguien para mantener la casa limpia”.

“¿Por qué abandonó la escuela?”.

“Ha estado trabajando medio tiempo pero dijo que necesita ganar más dinero. Creo que está buscando un trabajo a tiempo completo”.

“¿Dónde trabaja medio tiempo?”.

“No lo sé. No tiene la culpa de que sus padres no sean ricos y que tenga que ayudar”.

“¿Cómo lo conociste?”.

April cruzó los brazos y sus ojos se lanzaron hacia adelante y atrás.

“Estaba cerca de la escuela a principios de año y simplemente comenzamos a hablar. April respiró profundamente. “No lo entenderías, pero en realidad está interesado en lo que tengo que decir. Le gusta pasar tiempo conmigo”.

“¿Se droga?”.

April parpadeó fuertemente.

“No”, dijo ella.

“Estás mintiendo”, dijo Riley. No había ninguna duda en su cabeza al respecto. Todos estos años siendo agente del FBI no habían sido en vano. Y conocía a su hija lo suficientemente bien como para saberlo.

“No estoy mintiendo”, dijo April. Bajó la cabeza.

“Mírame”, dijo Riley.

April levantó su rostro lentamente y miró a Riley.

“¿Qué hay de haberle dicho a Gabriela que ibas a la biblioteca? Estabas mintiendo sobre eso”.

April no respondió.

“¿Él te dijo que mintieras sobre eso?”.

“Por supuesto que no”.

El rostro de April tembló. “Necesito tiempo...necesito mi propia vida”. Alejó la mirada de nuevo. “¿Qué harás ahora?” ¿Castigarme para siempre?”.

“Te voy a castigar todo el tiempo que sea necesario. Te castigaré hasta que esté absolutamente segura de que terminaste con Joel”.

Los ojos de April y su boca se abrieron.

“¿Qué?”, jadeó.

“Ya me escuchaste”.

“¡Es una locura! Quiero decir, ¿cuándo va a pasar eso? ¡Crees que estoy mintiendo todo el tiempo! ¡No crees nada de lo que digo! Entonces, ¿cómo vas a estar segura de que haya terminado con Joel?”.

Riley le clavó la mirada.

“Tenemos que trabajar en eso”, dijo.

April golpeó la mesa con tanta fuerza que la comida y los utensilios saltaron.

“Tienes que ser la peor madre del mundo entero”, gritó. “Eres aún peor que la mamá de Crystal”.

“¡April!”.

“No, ¡es la verdad! Ella no puede evitar ser así. Tú sí puedes. Pero es ese maldito trabajo tuyo, supongo. Te ha arruinado. Simplemente no sabes cómo confiar en alguien. No tienes ni idea de cómo ser madre o cualquier otro tipo de ser humano”.

Riley se quedó boquiabierta. April subió las escaleras corriendo hacia su habitación y cerró la puerta detrás de ella.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Diablito se puso en cuclillas afuera de la jaula mirando a la única chica que había dentro. Creía que se llamaba Kimberly. Se sentía extraño, la había mantenido aquí todo este tiempo y aún no estaba seguro de su nombre.

“Hazlo”, dijo la chica en un susurro ronco. “Hazlo ya”.

Diablito sabía que ella se refería a matarla. Él deseaba poder hacerlo. Pero, por supuesto, no podía matarla hasta que el abuelo lo dijera. Y el abuelo no había dicho nada hasta el momento.

Diablito sabía que el abuelo estaba enojado, naturalmente. Había estado enojado desde hace días, desde que la chica irlandesa se había escapado. Diablito todavía se preguntaba qué había sido de ella. Y el abuelo no estaba nada contento de que la última prisionera y víctima de Diablito resultara ser la esposa de un político. Eso había puesto todo el proyecto en un riesgo aún mayor.

Cuando el abuelo estaba callado como ahora, Diablito se sentía desesperadamente solo.

“Quisiera que me hablaras”, le dijo Diablito a la chica. “¿Quieres pasar el resto de tu vida sin hablar?”.

La chica no dijo nada.

Diablito se sentía lo suficientemente triste como para llorar. Sabía que estaba fallando en la gran misión que el abuelo quería cumplir.

¿Alguien iba a entender el mensaje? ¿Todas estas chicas pasarían hambre y morirían en vano?

Cuando todo el mundo estuviera muerto, ¿quién estaría allí para hablar con él? El abuelo podría estar tan enojado como para no volver a hablar con él. El abuelo podría simplemente irse. Diablito estaría solo, el único ser humano vivo en el mundo entero.

A menos que...

Comenzó a sentir un destello de esperanza. Tal vez, tan solo tal vez, era parte del plan del abuelo que todavía hubiera una chica viva en esta jaula, incluso después de que la destrucción llegara. Si fuera así, tal vez ella podría ser su compañera. Tal vez podrían empezar el mundo entero otra vez juntos. Tal vez eso era lo que el abuelo realmente tenía en mente.

Y tal vez esta chica, la que nunca parecía estar perfecta para matar, la que nunca llegó a estar lo suficientemente flaca, era la que se quedaría con él. Tal vez ella sería suya.

Si fuera así, ¿hablaría con él, incluso cuando fuera el único hombre vivo?

Pero no debía atreverse a esperar eso. Solo había una cosa que sabía con certeza, que tres chicas más debían morir.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Esa noche Riley todavía se sentía absolutamente miserable. Estaba mirando fijamente algo en la televisión, pero las furiosas palabras de April seguían resonando en sus oídos. Cuando sonó el teléfono y vio que la llamada era de Bill, respondió ansiosamente.

“¡Bill! “¡Dame algunas noticias!”.

Oyó a Bill suspirar.

“Tengo noticias”, dijo Bill. “Pero no te van a gustar”.

Riley se hundió en su silla, preparándose para lo que Bill estaba a punto de decirle.

“Walder está convencido de que Meara Keagan puede recuperar la memoria”, dijo. “Entonces está buscando a un psiquiatra para hipnotizarla”.

“¿Que está haciendo qué?”, jadeó Riley.

“Es peor”, dijo Bill. “El psiquiatra que están buscando es Leonard Ralston”.

Riley apenas podía creer lo que estaba oyendo.

“Eso es una locura”, dijo. “Ralston es un charlatán”. La última vez que Walder lo involucró en un caso, logró que el tipo equivocado firmara una confesión”.

Bill soltó una risita amarga.

“Sí, bueno tú y yo sabemos que Walder no deja que pequeñas cosas como esas lo molesten. Ralston ha escrito libros muy vendidos. Ha hecho su cosa de hipnotismo en programas de televisión. A Walder le encantan las celebridades. No pueden hacer nada malo en lo que a él respecta”.

Riley se quejó en voz alta.

“¿Qué puedo hacer, Bill?”, preguntó.

“No puedes hacer absolutamente nada. Haré todo lo posible por hacer que vuelvas al caso. Mientras tanto, tienes que mantener la distancia. Podrías empeorar aún más las cosas”.

“Lo sé”, dijo Riley. “Me quedará quieta.

Un silencio cayó entre ellos.

“¿Cómo están las cosas en casa?”, preguntó Bill.

Riley podía notar por su tono de voz que él quería hablar de algo, de cualquier cosa, que no fuera del caso. Ella entendía la sensación. Y parecía una oportunidad para abrirse a alguien en quien confiaba su vida.

Por otra parte, ¿iba a cargar a Bill con todos los detalles de su situación doméstica terrible? Había tenido que lidiar con su propia maldad doméstica, incluyendo una amarga separación y una lucha en curso por la custodia de sus

dos hijos. Y a pesar de todo esto, había sido atormentado por un caso que lo hacía sentir como un fracaso. No, ahora no era el momento.

“Las cosas están bien”, dijo.

“Qué bueno. Te mantendré informada”.

Riley le dio las gracias y colgó. Se sentó en el sofá mirando la televisión. Ella no sabía qué programa estaba viendo. Pero según ella, era una especie de comedia con el habitual diálogo sarcástico entre padres e hijos. Las tramas siempre implicaban disputas ligeras que se resolvían fácilmente en media hora entre comerciales.

“¿*Realmente hay familias así?*”, se preguntó.

Hasta hoy había pensado que Blaine y su hija tenían una vida bastante perfecta, justo en la casa del lado. Pero esa ilusión había sido destrozada. Cerró los ojos y se recordó mirando el rostro devastado de Phoebe. Ahora que toda la escena había terminado, podía entregarse a la compasión por la pobre mujer. Y ahora, recordando la desesperación en aquellos ojos rojos, Riley tuvo la extraña sensación de que se estaba mirando en un espejo.

Recordó lo que April le había dicho antes de irse.

Eres aún peor que la mamá de Crystal”.

No era cierto. No podía ser cierto. Phoebe había fallado en todo lo que había esperado hacer en la vida. Riley por lo menos estaba resistiendo e intentando. Pero sabía muy en el fondo que tenía más en común con Phoebe de lo que quería admitir.

“*Ambas estamos decepcionadas*”, pensó. “*Decepcionadas de nosotras mismas*”.

Riley había querido darle a April una vida mejor de la que ella había tenido. No había querido que nadie hiciera que April se sintiera tan pequeña e inútil como su propio padre la había hecho sentir. Había querido que April tuviera una infancia feliz con una familia amorosa, no los años emocionalmente vacíos que había pasado siendo criada por su tía y tío.

¿Pero la vida que le había dado a April era mejor que la que había tenido ella? La promesa de una casa feliz con dos padres había desaparecido, y ahora una empleada guatemalteca era más una madre para su hija de lo que lo era Riley. Peor aún era que Riley no podía mantener a April a salvo del riesgo y el peligro que permeaba su propia vida. Después del secuestro, April sabía casi tanto de la violencia y la crueldad de lo que sabía Riley. Incluso April había ayudado a su madre a matar al hombre que las había atacado. ¿Por qué una adolescente tenía que vivir con eso?

“*No me extraña que crea que soy una madre terrible*”, pensó Riley.

¿Había algo en la vida que estuviera en su control, sobre el que pudiera hacer algo?

De pronto se acordó de Jilly y la última conversación telefónica que habían tenido. La pobre chica se había sentido sola e indeseada. Tal vez si pudieran hablar de nuevo ahora, podrían hacerse sentir mejor una a la otra.

Rápidamente calculó la diferencia horaria entre Virginia y Arizona. Eran poco después de las cinco allá. Pensó que no era un mal momento para llamar.

Tomó el teléfono y marcó el número del refugio para adolescentes en Phoenix. Brenda Fitch contestó el teléfono una vez más.

“Hola, Brenda, es Riley Paige”.

“¿Qué puedo hacer para ayudarte?”.

Riley se sorprendió un poco. La voz de Brenda sonaba vacilante y cautelosa.

“Bueno, me preguntaba si Jilly estaba por ahí”, dijo Riley.

Hubo una breve pausa.

“Sí”, dijo Brenda.

“¿Podría hablar con ella?”.

Hubo un silencio más largo. El corazón de Riley latía con fuerza. ¿Qué pasaba?

Finalmente, Brenda dijo titubeantemente: “Riley, todos apreciamos lo que hiciste por Jilly trayéndola aquí. Probablemente le salvaste la vida. Es solo que —”.

Silencio de nuevo.

“¿Qué?”, preguntó Riley.

“Bueno, Jilly se puso muy mal después de que hablaron la última vez”.

Los ánimos de Riley se hundieron cuando recordó.

“¿Podría irme a vivir contigo?” le había preguntado Jilly. “*No sería mucha molestia*”.

Jilly había llorado cuando Riley le había dicho que no. Riley sintió una terrible necesidad de arreglar las cosas entre ellas.

Brenda dijo: “Me dijo que no creía querer hablar contigo nunca más”.

Riley sintió una opresión en su garganta.

“¿No podrías preguntarle?”, preguntó Riley. “Tal vez cambie de opinión. Prometo no hacerla enojar esta vez”.

“¿Cómo puedes prometerte eso?”, preguntó Brenda.

La pregunta detuvo a Riley en seco. Brenda tenía razón. ¿Cómo sería diferente esta vez? Aún no podía decir que Jilly podía venir a vivir con ella. Hablar con Riley solo la heriría de nuevo.

“Está pasando por una época verdaderamente difícil”, dijo Brenda.

“Simplemente no quiero empeorar las cosas”.

“Entiendo”, dijo Riley.

Casi le pidió a Brenda que le enviara saludos a Jilly. Pero no, esa no parecía ser una buena idea. Solo el saber que Riley había llamado podría hacer crecer las esperanzas de Jilly.

“Tal vez es mejor no mencionar que llamé”, dijo Riley.

“Yo pienso lo mismo”, dijo Brenda.

“Pero ¿está bien que te llame de vez en cuando? ¿Solo para averiguar cómo está?”.

“Por supuesto”.

Riley y Brenda se despidieron y la llamada terminó.

Riley luchó contra las ganas de llorar. No podía permitirse sentirse así. Más que nada quería saltar a su carro y conducir directamente a Delaware. Pero Bill tenía razón, eso solo ocasionaría más problemas para sí misma.

Mientras tanto, lo único que quería hacer era calmar el dolor.

Se dirigió a la cocina y sacó una botella de whisky del armario. La abrió y se sirvió un vaso grande. Tomó el vaso y bebió un pequeño sorbo. La quemazón en su garganta inmediatamente se sintió reconfortante. Tragó el resto del vaso y se sirvió otro.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Riley extendió las fotos de las víctimas sobre la mesa de café, y luego tomó otro trago de whisky. Había puesto la botella y el vaso delante de ella, y esperaba seguir bebiendo por un rato. Se sentía bien. Y ahora mismo estaba experimentando esa ola familiar de lucidez que tenía cuando había bebido solo lo suficiente, pero no demasiado. Sabía que no duraría mucho. ¿Por qué no aprovechar esa sensación para concentrarse en los materiales de los casos?

Extendió las fotos de todas las víctimas sobre la mesa. Una vez más, le pareció muy obvio que las manos de los cadáveres estaban en posiciones de reloj. Pero no todos estaban de acuerdo.

Recordó lo que había dicho Walder.

“Tu teoría probablemente está equivocada de todos modos”.

¿Era posible que solo lo estuviera imaginando? Tal vez ahora era el momento de averiguarlo con certeza.

Pero antes de que pudiera poner el material en orden, sonó el teléfono. Vio que era un número desconocido. Estaba tentada a no contestar, pero por alguna razón decidió hacer lo contrario.

La voz en la línea dijo: “Riley, es Wendy”.

Riley reconoció esa voz a medias, pero conocía el nombre. Pero no sabía quién era con certeza.

“Tu hermana”, añadió la persona.

Riley tragó con fuerza.

“Hola”, dijo ella. “Ha pasado tanto tiempo”.

“Sí, así es”.

Una cascada de emociones confusas la invadió. Ninguna de ellas era culpa. Wendy era diez años mayor y se había ido de casa cuando Riley todavía era una niña. Había hecho solo un intento por contactar a Riley años atrás. Riley nunca respondió a su carta. No sabía la razón, y se había arrepentido de no hacerlo. Desde entonces no había sabido nada de la vida de Wendy, ni de su paradero.

Y ahora recordaba que la mujer del hospicio en Virginia le había dicho que Wendy estaba con su padre.

Wendy dijo: “El hospicio me dio tu número. He estado aquí un par de días”.

“Lo sé”, dijo Riley. “Dijeron que estabas siendo de bastante ayuda”.

Wendy no respondió. Riley tragó con fuerza.

“Está muerto, ¿verdad?”, dijo ella.

“Ajá”, dijo Wendy. “Hace aproximadamente una hora”.

Riley no tenía ni idea qué decir. Cualquier pregunta que llegaba a la mente parecía estúpida y trillada. ¿Murió pacíficamente? ¿Sufrió dolor al final? ¿Dijo algo? A Riley realmente no le importaba, y no podía actuar como si le importara.

De repente no sintió emoción alguna. Pero su cabeza estaba dando vueltas. Esperaba que no sonara como si hubiera estado bebiendo.

“Tendremos un funeral en dos días, y una pequeña misa”, dijo Wendy. “Un servicio pequeño”.

De nuevo, Riley no respondió.

“He informado a algunos de sus amigos de la infantería”, añadió Wendy. “Algunos podrían asistir, pero no estoy segura. Parecían sorprendidos de que había muerto. No sé por qué. Tal vez pensaron que nunca moriría. O tal vez pensaron que había muerto hace mucho tiempo. ¿Quién sabe?”.

Riley sabía que Wendy estaba postergando el hacer una pregunta específica. Parecía mejor contestarla de una vez.

“No puedo ir al funeral”, dijo.

Wendy sonaba sorprendida por la franqueza de Riley.

“No van a haber otros familiares allí. Todos nuestros parientes han muerto o se han mudado o...”.

Su voz se quebró. En su mente, Riley terminó la frase.

“...o simplemente lo odiaban a muerte”.

Pensó que era mejor mantener ese pensamiento para sí misma.

“No puedo estar allí”, dijo de nuevo.

“Ah”.

Ni Riley ni Wendy hablaron por un momento.

Wendy comenzó: “Yo esperaba que...”.

Riley la interrumpió.

“No, Wendy, simplemente no puedo”, dijo. “Siento ser así, pero no puedo. Gracias por llamar. Te deseo lo mejor. Y gracias por estar ahí para Papá. Adiós”.

“Riley, espera”, dijo Wendy.

Había un tono tan fuerte de urgencia en la voz de Wendy que Riley no colgó.

“Lo siento”, dijo Wendy.

Riley fue tomada completamente por sorpresa.

“¿Por qué?”, preguntó.

A Wendy le tomó un momento responder.

“Puedo entender si todavía me odias”, dijo.

Riley estaba completamente conmocionada ahora.

“¿Odiarte?”, dijo. “No te odio. Nunca te odié”.

“No veo cómo pudiera ser de otra forma”, dijo Wendy. “Quiero decir, la forma en que te dejé hace todos esos años...”.

La voz de Wendy se quebró. Sonaba como si estuviera tan abrumada por la emoción que le resultaba difícil hablar.

Finalmente dijo: “Eras tan pequeña. Tenías cinco años y yo tenía quince. Y te dije que iba a pasar la noche con unos amigos. Eras demasiado pequeña para preguntarte por qué había empacado tantas cosas. No dije adiós”.

Después de otra pausa, añadió: “Siento como si te hubiera abandonado”.

Riley estaba muy sorprendida. Se dio cuenta de que no recordaba absolutamente nada de ese momento, cuando Wendy se había ido para siempre. Pero de alguna manera no le parecía bien el mencionarlo.

“No me abandonaste”, dijo Riley. “Papá te golpeaba”.

Riley oyó a Wendy dejar escapar un sollozo.

“No fue tu culpa”, dijo Riley. “Nada fue tu culpa”.

Wendy respondió con una risa incómoda.

“Gracias por decir eso”, dijo Wendy.

“Lo digo en serio”.

Ninguna de las dos dijo nada por un momento.

“Bueno, tengo que irme”, dijo Wendy finalmente. “Tengo mucho por hacer aquí. Y espero qué...”.

Wendy parecía incapaz de terminar la frase.

“Cuídate, Riley”.

Wendy terminó la llamada. Riley se sentó allí preguntándose qué era lo que esperaba. ¿Quizás podrían reunirse alguna vez, o al menos permanecer en contacto? Pero ¿cómo sería posible? Nunca habían tenido ningún tipo de relación, nunca habían sido verdaderas hermanas. ¿Era posible cambiar eso ahora?

Riley se dio cuenta de que estaba temblando. Alguien trascendental en su vida acababa de fallecer, y ella no tenía ni idea qué sentir. La verdad era que no podía entender que papá realmente estaba muerto. Todavía podía oír su voz fuerte y clara.

“Será demasiado tarde agradecerme luego”, lo recordaba diciendo. “Es ahora o nunca”.

Pero se dio cuenta de que él no había dicho eso en la vida real. Fue en un sueño reciente.

Ahora, en voz baja, repitió lo que hubiera dicho en el mismo sueño.

“Nunca recibirás una palabra de agradecimiento de mi parte”.

Se tomó el resto de su vaso de whisky y se sirvió otro. El teléfono sonó. Riley estaba segura de que era Wendy otra vez. Estaba contenta. Tal vez podrían terminar su conversación de mejor modo.

“Me alegra que hayas vuelto a llamar”, dijo.

Oyó el sonido de una risa áspera.

“Es agradable escuchar eso”, dijo la voz de un hombre. “Me siento solo escuchando el sonido de mi propia voz”.

Ella reconoció la voz de inmediato. Era Shane Hatcher, un prisionero de Sing Sing. Había estado encarcelado allí durante varias décadas cumpliendo una sentencia de cadena perpetua por varios asesinatos brutales cometidos cuando era un joven pandillero. En prisión se había convertido en un experto en criminología, y había ayudado a Riley en unos casos. Pero era un hombre manipulador y peligroso, y Riley había esperado no volver a hablar con él nunca más.

“No quiero hablar contigo”, dijo Riley.

Riley esperaba que él no pudiera detectar el tono de intoxicación en su voz. Hatcher rio de nuevo.

“Ay, vamos, Riley. No seas así. Te he echado de menos. Y tú también me has echado de menos. Admítelo”.

Riley quería decirle que no, que no lo había extrañado en absoluto. Pero ¿era totalmente cierto? Alguna parte de ella sentía una atracción perversa por Shane, como la de una polilla a una llama. No era atracción física, no era eso para nada. Nunca podría amar a un monstruo como ese. Era solo que tenía una mente brillante pero malvada, y a ella le fascinaba, y no podía dejar de querer entenderlo mejor. Por eso era que la aterrizzaba tan profundamente.

“Me enteré que tu papá no ha estado bien”, dijo Shane.

La piel de Riley se erizó.

“¿Dónde oíste eso?”.

Dejó escapar una risita. “Me entero de muchas cosas”.

Era una broma, por supuesto. Pero Riley no se rio. Eso la preocupaba. ¿Cómo supo de la enfermedad de su padre? Sin duda había usado Internet para averiguarlo. Hatcher probablemente sabía cómo obtener todo tipo de información de esa manera. Y ahora parecía que estaba siguiéndola obsesivamente.

¿Qué tipo de cosas podría un hombre astuto como Shane haber descubierto sobre ella en línea? ¿Su cumpleaños? ¿Su número de Seguro Social? ¿Dónde vivía? ¿Sus ingresos anuales? ¿Los términos de su divorcio? O ¿qué podría saber de April?

Se sintió mareada por todas las posibilidades.

“Entonces, ¿cómo está tu papá?”, preguntó Shane. “¿Crees que él se recuperará?”.

Había un tono sarcástico en la pregunta. Shane evidentemente sospechaba lo contrario. Riley no dijo nada.

Shane se rio misteriosamente.

“Ah. Se murió, ¿verdad?”.

Riley siguió callada.

“Bueno, estoy seguro de que tuviste la oportunidad de aclarar las diferencias antes de su partida”, dijo, con un sarcasmo cada vez más denso. “Eso es algo. Eso es todo lo que importa. Estoy feliz por ustedes”.

Esas palabras hirieron. Riley sabía que se suponía que debían hacerlo. Shane sabía perfectamente que tal reconciliación nunca se dio. Él estaba fascinado por la relación que tenía Riley con su padre. La última vez que había visto a Shane, le había dicho: “*No respetas a tu papá lo suficiente*”.

Y: “*Debes escuchar a tu papá*”.

Ahora iba a intentar jugar con sus sentimientos de culpa. Pero eso no funcionaría. No tenía ningún sentimiento de culpa.

Casi termina la llamada en ese momento. Pero era como si Shane conociera su intención y siguió hablando.

“Espera un minuto. Charlemos un poco. Vamos a ponernos al día. Escuché que estás trabajando en un caso en Delaware. Y escuché que tienes una especie de teoría de los ‘relojes’. Cuéntame más. Sabes lo mucho que me encantan este tipo de cosas”.

“No te voy a decir nada”, dijo Riley.

Shane se rio de nuevo.

“Deberías venir a verme en Sing Sing”, dijo. “Podríamos discutir algunas ideas. Sabes que yo podría ayudar”.

Riley se llenó de rabia y frustración. Quizás tenía razón. Sus visitas pasadas habían sido dolorosas pero productivas. Él había proporcionado perspectivas vitales de las mentes de dos asesinos. Sus consejos la habían ayudado mucho.

Pero esto no podía continuar. Incluso detrás de las rejas, era demasiado peligroso.

“No vuelvas a llamarme”, dijo ella.

Con un tono burlón, Shane dijo: “¿Así que no vas a venir a verme?”.

“No”.

Riley terminó la llamada bruscamente. Por un momento, se sintió bien haber tenido la última palabra. Entonces miró el teléfono fijamente con aprensión. ¿La llamaría de nuevo inmediatamente? Si fuera así, no sería suficiente solo ignorar cualquier mensaje que dejara.

Ella se relajó un poco cuando fueron pasando los minutos y no había ninguna llamada. Sin embargo, dudaba que se había librado de él por mucho tiempo. Aunque él decía lo contrario, Shane Hatcher *no* era un hombre que pudiera aceptar un no como respuesta.

Se sentó a mirar las fotos de nuevo, pero su mente no estaba despejada. Ahora estaba simplemente borracha. Se sentía mareada, sus ojos estaban perdiendo el foco y no podía armar una idea completa. Se acostó en el sofá, cerró los ojos y cayó en un sueño atormentado. Imágenes de cadáveres demacrados llenaban sus sueños.

*

Riley se despertó con el olor y el sonido de tocino crujiente que provenía de la cocina. Se dio cuenta de que Gabriela estaba preparando el desayuno. Riley tenía un dolor de cabeza terrible. Se sentó y miró la mesa de café, donde vio las fotos de anoche, una botella de whisky abierta y un vaso parcialmente lleno.

Llevó el vaso y la botella a la cocina. Puso la botella en el gabinete de nuevo y echó el resto del whisky del vaso en el fregadero.

Gabriela estaba inclinada sobre la estufa, tarareando una canción. Riley se sentía horriblemente avergonzada. Gabriela seguro vio a Riley desmayada en el sofá cuando subió esta mañana.

“Buenos días, Gabriela”, dijo Riley tímidamente.

Gabriela se volteó y le sonrió.

“Buenos días, Riley”.

No había ni rastro de juicio o reproche en la sonrisa de Gabriela. Estaba llena de compasión y comprensión silenciosa. Riley sintió una oleada de gratitud por tener una mujer tan cálida y amable en su vida, y en la vida de April también.

Riley regresó a la sala de estar justo a tiempo para oír un gemido de desesperación desde arriba. Pocos segundos después, April bajó las escaleras, sollozando incontrolablemente.

“¿Qué pasa, mi vida?”, preguntó Riley.

April caminó y habló con voz acusadora.

“Joel me acaba de llamar. Terminó conmigo. Y no hay forma de que lo reconsidere. Espero estés feliz. Todo es tu culpa. Él dice que estás loca. Dice que no quiere involucrarse con una chica con una madre loca como la mía”.

Riley se las arregló para no sonreír. Recordó cómo lo había maltratado y le había dado un ultimátum para que se alejara de April.

“*Haré que tu vida sea un infierno*”, había prometido. “*Tendrás suerte si todo lo que hago es arrestarte*”.

Aparentemente Joel había entendido el mensaje.

Riley abrazó a April y se sentó con ella en el sofá. Le entregó a April una caja de pañuelos. Gabriela entró silenciosamente con café para las dos, luego volvió a la cocina.

“¿Por qué tuviste que hacer eso?”, dijo April. “Ir a buscarme como si fuera una niña pequeña. Eso fue muy humillante”.

Riley le dio unas palmaditas en la espalda. April se apartó de ella.

Riley dijo: “Bueno, si no quieres que te trate como niña pequeña, tendrás que actuar más como un adulto. Fui a buscarte porque estabas castigada. No debías estar fuera. Yo tenía todo el derecho a hacerlo. Y cuando lo vi a él y a ese lugar donde vive...”.

Riley se detuvo un momento.

“Ese chico no es bueno para ti”, dijo Riley. Es demasiado mayor, solo es malo para ti”.

“Esa es mi decisión, no la tuya”, sollozó April.

Riley dejó escapar una risita. “En realidad, sí es mi decisión. Tienes quince años”.

“Entonces, ¿por cuánto tiempo estoy castigada ahora?”.

Riley luchó contra la tentación de decir algo como: “*Hasta que tengas treinta*”.

En lugar de eso, dijo: “Eso depende completamente de ti. Demuéstrame que no necesitas estar castigada. Cuando comiences a actuar lo suficientemente adulta como para tomar este tipo de decisiones, adelante, toma tus propias decisiones. Realmente es bastante agotador”.

Riley puso los brazos alrededor de April, y April no se apartó.

¿Estoy equivocada?”, preguntó Riley.

“No”, murmuró April, llorando en los brazos de Riley.

Riley abrazó a April.

“Entonces vamos”, dijo ella. “Gabriela tiene listo el desayuno”.

*

Riley y April no hablaron mucho durante el desayuno, pero Riley tuvo la fuerte sensación de que las cosas estaban de nuevo en el camino correcto. Después de que terminaron de comer, April volvió arriba para ducharse y vestirse. Hoy era sábado y ella planeaba reunirse con Crystal para hacer tarea.

Riley regresó a la sala y notó de nuevo los materiales en la mesa de café. Estaba segura de que tenía razón acerca de que las mujeres estaban posicionadas para indicar horas en un reloj. Volvió a mirar las fotos.

“*Cinco... seis... siete... ocho... nueve...*”.

Su teoría era correcta. El asesino estaba obsesionado con el tiempo. ¿Y cuánto tiempo tenían antes de que decidiera marcar las diez? La vida de otra mujer dependía de que alguien lo descubriera.

Nadie más parecía creer su teoría, pero nadie más tenía pistas. Ni siquiera estaban cerca de atraparlo.

Riley empezó a sentir un sentido de urgencia renovado. No importaba que Walder la había sacado del caso. Era su trabajo evitar que más mujeres sufrieran tan horriblemente y murieran en las garras de este asesino.

Sabía que tenía que regresar a Delaware.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Meara cerró los ojos y se concentró en seguir las instrucciones del Dr. Ralston. La había hipnotizado ya varias veces. Nunca recordaba exactamente lo que él le decía cuando estaba hipnotizada, pero después de cada vez, parecía recordar algo de su cautiverio que no había recordado antes.

Encontraba estas sesiones un poco espeluznantes, pero no quiso decirle eso. Estaba tratando de ayudar. Y era un buen hombre.

“Relájate”, dijo el médico de nuevo. “Relaja los dedos de los pies, tus pies, tus piernas”.

Meara empezó a sentirse como si estuviera flotando en el aire en lugar de estar acostada en la cama del hospital. A medida que todos sus músculos se relajaban, ya no podía sentir el yeso en su pierna. Se sentía agradable escapar de esa cosa incómoda que le picaba.

“Ahora quiero que vuelvas a ese lugar del que has hablado”, murmuró el doctor. “Ese sótano con los relojes”.

La escena empezó a tomar forma alrededor de ella, una escena que le había descrito al Dr. Ralston antes. Se encontraba dentro de un área cercada en una sala gris. Podía ver relojes cerca. Todo tipo de relojes.

“Tengo miedo”, dijo Meara.

“No lo tengas. Es como te lo he dicho antes, estás a salvo en todo momento. Nada te hará daño. Este lugar puede parecer real, pero todo está en tu mente ahora. ¿Estás ahí?”.

El miedo de Meara se desvaneció, y ella se sintió cómoda de nuevo.

“Estoy allí”, dijo.

“Bien”, dijo el Dr. Ralston. “¿Estás sola?”.

A Meara le parecía extraño que Ralston le hacía esta misma pregunta cada vez que la hipnotizaba. Pero le dio la misma respuesta que siempre.

“No”, dijo ella. “Otras tres chicas están allí. Chelsea, Elise y Kimberly”.

Todo estuvo en silencio por un momento. Meara sabía lo que el Dr. Ralston iba a preguntarle ahora. Esperaba poder contestar esta vez. Las otras veces, había estado demasiado asustada para recordarlo.

“¿Ves al hombre que te mantiene cautiva?”.

La respiración de Meara se aceleró. Por primera vez, pudo distinguir su imagen. Estaba de pie justo en el interior de la cerca, mirando a las otras chicas.

“Sí”, susurró ella. “Puedo verlo”.

“¿Qué aspecto tiene?”.

La imagen se hizo aguda y viva. Meara se recordó a sí misma que no debía asustarse.

“Es blanco. De unos treinta años. No es muy alto, pero sí es muy fuerte. Contextura media. Pelo oscuro y liso. Sus ojos son oscuros. Y se ve salvaje, como un loco. Sus ojos siempre me parecieron negros. Como los del diablo. Mi abuela siempre decía que el diablo tiene ojos negros”.

“¿Quieres decir que tiene ojos marrones?”, preguntó el Dr. Ralston.

“Sí”.

Entonces recordó algo horrible.

“¡Está matando a una de nosotras! ¡Está matando a Chelsea! ¡Le está rompiendo el cuello!”.

Casi empieza a llorar.

“No te preocupes, Meara. Es solo un recuerdo. No puede lastimarte. Hoy serás capaz de decirme algo nuevo. Me dirás cómo saliste de esta habitación. Mira a tu alrededor y dime por dónde saliste”.

En su trance, Meara miró alrededor de la sala gris. Algo seguía haciéndola levantar la mirada. Eso había ocurrido antes, pero nunca había visto exactamente lo que estaba allí. Hoy era un poco diferente.

“Veo un resplandor de luz en lo alto”, dijo.

“¿Arriba?”, preguntó el Dr. Ralston. “¿Te refieres a una ventana?”.

Gracias a su sugerencia, ella lo vio vívidamente, una ventana rectangular en la parte superior de la pared, con la luz del sol pasando a través del cristal.

“Sí, es una ventana”, dijo Meara.

“¿Así que trepaste a una ventana alta y saliste de la habitación?”.

“Sí, así debió ser”, dijo.

Intentó recordar cómo lo había hecho. ¿Era capaz de alcanzar la base de la ventana desde el suelo, y luego levantarse a ella misma con los brazos? ¿Era lo suficientemente fuerte para hacer eso? Si no, ¿cómo había subido allí? Pero el Dr. Ralston no parecía preocuparle tales detalles. Decidió que tampoco tenía que preocuparse por ellos.

“¡Maravilloso!”, dijo el Dr. Ralston. “Ahora imagínate fuera de la ventana. Te has escapado de la habitación donde te mantenían captiva. Estás libre. Mira a tu alrededor. Dime qué ves”.

Pasaron unos momentos, pero no recordó nada.

“Todo es gris, como una niebla”, dijo.

El Dr. Ralston siguió hablando en su tono calmante y reconfortante.

“Está bien. Respira profundamente. Solo relájate. Nada puede hacerte daño. Solo sigue mirando a tu alrededor”.

Se sentía más feliz ahora. Se preguntó, ¿era porque recordaba haberse liberado o porque los recuerdos eran mucho más claros y fáciles de recordar? Probablemente era un poco de ambos. De todos modos, era una sensación muy buena. Era la mejor sensación que había tenido en mucho tiempo.

“¿Estás cansada?”, preguntó el Dr. Ralston. ¿Quieres tomar un descanso?”.

Riley lo pensó por un momento. No quería decepcionar a nadie, especialmente al Dr. Ralston. Especialmente cuando se estaba sintiendo más y más segura por el momento.

“No”, dijo Meara. “Sigamos. Quiero seguir adelante”.

*

Después de su regreso de Fredericksburg, Riley se estacionó en frente a la comisaría de Ohlman. Se preguntó qué clase de situación la esperaba aquí. Lo único que sabía con certeza era que no iba a ser recibida con los brazos abiertos. Más bien todo lo contrario.

Antes de bajarse del carro, le envió un mensaje de texto a Bill.

“Estoy en Ohlman. ¿Dónde puedo encontrarme contigo?”.

Bill respondió: “????”.

Riley sonrió. Por supuesto que estaba sorprendido.

“Tú necesitas mi ayuda”, escribió ella.

La respuesta de Bill fue rápida.

“Walder se pondrá furioso”.

Riley vaciló. ¿Walder estaba aquí? Había dicho que se iba ayer en su helicóptero. Debió haber decidido darle al caso su atención personal ahora que una figura importante estaba involucrada.

Ella sabía que Bill tenía razón. Walder tendría un ataque, pero esto no le importaba.

“¿Dónde puedo encontrarme contigo?”, escribió de nuevo.

El mensaje fue inmediatamente marcado como “leído”, pero Bill no respondió. ¿Qué significaba eso? Riley supuso que probablemente estaba en alguna situación donde escribir mensajes no era conveniente. Probablemente en una reunión aquí en la comisaría.

Se bajó del carro y entró en la comisaria, luego se dirigió directamente a la sala de conferencias. Llamó a la puerta. Una voz dijo: “Pase”.

Ella abrió la puerta, y efectivamente, había una reunión en curso. Bill estaba sentado en la mesa, al igual que Lucy Vargas, Emily Creighton y Craig Huang.

También estaban Carl Walder y el jefe de policía, Earl Franklin. En la cabecera de la mesa estaba el mismísimo Leonard Ralston.

Walder saltó de su silla, viéndose cualquier cosa menos que complacido al ver a Riley.

“Agente Paige, ¿qué parte de ‘ya no estás en el caso’ no entiendes?”, dijo bruscamente.

Riley le lanzó una sonrisa burlona mientras se sentó al lado de Bill.

“Simplemente sigan como si yo no estuviera aquí”, dijo ella. “Me pondré al día por mi cuenta”.

Leonard Ralston la miró por un momento. Lo había visto varias veces, y nunca le había mostrado mucho respeto. Tenía la belleza juvenil y el cabello despeinado de una celebridad televisiva. De hecho, lo había visto en programas de entrevistas, hablando de sus muchos libros sobre todos los casos criminales que había resuelto con su destreza hipnótica. Riley nunca había encontrado ninguna de esas historias muy convincentes.

Había una grabadora de voz en la mesa frente a él.

“Comienza la grabación desde donde quedaste”, le dijo Walder, sentándose de nuevo.

Bill le susurró a Riley: “Quedamos donde ella recordó cómo escapó. Subió por una ventana para salir del sótano”.

Ralston oprimió el botón y la grabación se reanudó.

La primera voz que escuchó fue la de Ralston.

“¿Estás cansada? ¿Quieres tomar un descanso?”.

Riley reconoció inmediatamente la voz con acento irlandés de Meara Keagan. Sonaba somnolienta y vacilante, obviamente en un trance hipnótico.

“No. Sigamos. Quiero seguir”.

Luego volvió la voz de Ralston.

“¿Ves casas? ¿Edificios?”.

El escepticismo de Riley le dio una fuerte patada. Esas sonaban como preguntas capciosas.

“Sí”, respondió Meara. “Un edificio. Un gran edificio. Salí por la ventana del edificio. El edificio debe tener un sótano”.

A pesar de toda la confusión, Meara sonaba impaciente. Riley podía visualizar lo que estaba pasando. Había visto a Ralston demostrar sus proezas en la televisión. Siempre parecía trabajar mejor en mujeres jóvenes. Ralston era apuesto y carismático, y le pareció a Riley que a veces las mujeres sentían un deseo inconsciente de complacerlo.

“¿Qué tan alto es el edificio?”, preguntó Ralston.

La respuesta de Meara llegó rápidamente.

“Cuatro pisos, creo. No, cinco. Estoy muy segura de que son cinco. Puedo ver que está justo en la Carretera de las seis”.

La voz de Meara continuó.

“Tiene un lugar para comer. Sí, un restaurante, está en el primer piso, sobre el sótano. Tiene una tienda de regalos. Creo que hay relojes en la tienda. Relojes cucú... todo tipo de relojes. Algunos con muñecas bailando”.

Ralston detuvo la grabación y miró a su alrededor con satisfacción.

“Eso es lo que he podido lograr con ella hasta ahora”, dijo. “Pero con otra sesión —”.

“No creo que sea necesario”, dijo Walder. “Esta información es exactamente lo que necesitamos. Excelente trabajo, Dr. Ralston”.

Ralston se recostó en su silla, mostrando esa sonrisa fotogénica suya.

“Debo decir que estoy muy orgulloso de estos resultados”, dijo. “Y saber que eso ayuda a su investigación, bueno, es una validación de mi trabajo”.

Walder tamborileó los dedos sobre la mesa.

“Así que ahora sabemos que las mujeres han estado detenidas en un edificio de cinco pisos con un restaurante y una tienda de regalos. Una tienda de regalos con *relojes*. Y queda en la Carretera de las seis. No debería ser difícil de encontrar”.

Emily Creighton asintió con entusiasmo. Pero Riley detectó un nivel de incertidumbre en los demás. Ella se sentía más que un poco dudosa.

“Hay algo raro aquí”, dijo Lucy. “Hemos sondeado por todo Ohlman, buscando la guarida. Estoy segura de que no hay edificios de cinco pisos en este pueblito”.

Walder se puso a pensar por un momento.

“Bueno, entonces no está en Ohlman”, dijo, sonando como si hubiera llegado a una conclusión muy sabia. “Muéstranos un mapa de la zona, jefe Franklin”.

Franklin colocó un mapa en el gran monitor de la sala. Señalaba un tramo de autopista. Franklin habló tan pronto como apareció.

“Espera. Conozco el lugar del que ella está hablando. Se llama el Café y Tienda de Regalos Serenidad”.

Señaló un lugar en el mapa.

“Es un lugar turístico al norte de la Carretera de las seis. Queda más cerca de Westree que de aquí. He estado allí unas cuantas veces. La tienda de regalos tiene relojes. Y el dueño, bueno, no sé su nombre, pero encaja exactamente con la descripción de Meara del asesino. Contextura media, cabello oscuro, ojos marrones”.

Walder chasqueó los dedos triunfalmente. “Bingo. Lo encontramos. El asesino mantiene a las mujeres cerca de donde Meara Keagan fue secuestrada”.

Riley no podía creer lo que estaba oyendo.

“Espera un momento”, dijo ella. “Eso no tiene sentido.

“Nadie pidió tu opinión, agente Paige”, dijo Walder. “De hecho, es hora de que te vayas”.

Pero Riley lo ignoró. Señaló el mapa.

“El lugar del que hablan queda a unas millas al norte de aquí. Meara fue atropellada cerca de aquí. ¿Cómo llegó tan al sur?”.

Un silencio inundó la habitación.

Finalmente, Emily Creighton dijo: “Ella no recuerda nada después de que salió de ese sótano. Tal vez ella pidió un aventón. ¿No tiene sentido? Quería alejarse lo más posible de donde estaba cautiva. El conductor quizás nunca supo nada de ella, ni de lo que había pasado. Y ahora ella no recuerda esa parte”.

Ralston dijo: “Bueno, quizás con un poco más de trabajo...”.

“Dije que eso no será necesario”, dijo Walder.

Craig Huang no se veía convencido.

“Tal vez sea mejor que rastreemos a ese conductor antes de llegar a conclusiones”, dijo.

Walder le respondió a Huang casi como si estuviera regañándolo.

“No tenemos tiempo para eso, agente Huang”, dijo. “Es probable que tenga otras mujeres en ese sótano. Tal vez se esté preparando para otra chica justo en este momento. Jefe Franklin, ¿qué tan rápido podemos obtener una orden de registro?”.

Franklin no tuvo que detenerse para pensar.

“Llamaré al juez Weigand enseguida. Puedo obtenerla en minutos”.

Walder asintió con entusiasmo.

“Genial. Hazlo. Luego arma un equipo. Encerremos a este bastardo de una vez por todas”.

La reunión se terminó, y todos empezaron a prepararse para la redada.

Bill apartó a Riley.

“Riley, de verdad tienes que salir de aquí”, dijo. “Regresa a casa. Walder te despedirá si no lo haces”.

Riley no respondió.

“¿No oíste lo que dije?”, preguntó Bill.

Justo en ese momento oyeron a Walder gritar: “¡Agente Jeffreys! ¡Ven aquí! Ayúdanos a planear la redada”.

Bill negó con la cabeza y se alejó.

Riley ya había tomado su decisión. Estaba completamente segura de que no iba a ir a casa. Quería estar allí para ver qué pasaba con esta redada. Tal vez si era el desastre que esperaba, alguien escucharía lo que sabía sobre este asesino.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Riley siguió al grupo de vehículos de policía que viajaban velozmente hacia el norte con su propio carro. No tenía ni idea de cómo terminaría esta redada, pero era demasiado importante para ella como para perdersela. No le importaba lo que Walder tuviera que decir al respecto, ni siquiera lo que Bill pensara.

“Al diablo con esas órdenes”, pensó.

Después de un tiempo, los vehículos salieron de la Carretera de las seis hacia una vía de servicio con pequeñas empresas. Efectivamente, ahí entre ellas había un edificio de cinco pisos. En la planta baja había un letrero que decía claramente *Café y Tienda de Regalos Serenidad*.

Riley detuvo su carro mientras los carros que estaban adelante se estacionaban frente al edificio. Bill y Lucy se bajaron del vehículo liderados por Walder y el jefe Franklin y seguidos por Emily Creighton, Craig Huang y varios policías de Ohlman, todos bien armados y con chalecos antibalas. Riley también se había puesto su chaleco antes de empezar a conducir.

Walder la vio de inmediato justo a lo que se bajó del carro. La estaba mirando con rabia, pero no dijo nada. Sabía que él no quería hacer una escena ahora, con locales y turistas en el sitio.

“Podrá despedirme más tarde”, pensó ella con ironía.

Era temprano un sábado por la tarde, y la pequeña franja de negocios estaba bastante concurrida. Los peatones se quedaron mirando el acercamiento inquietante de la policía. Algunos se fueron apresuradamente, mientras que otros se quedaron a ver desde una distancia segura.

Mientras los oficiales locales tomaban posiciones, Riley se unió a Bill, Franklin, Lucy, Creighton y Huang junto al edificio. Había una fila de ventanas de sótano a lo largo del suelo.

“Sí tiene un sótano”, anunció Walder. *“Este podría ser el lugar”*.

Pero los cristales estaban demasiado sucios como para ver adentro.

La mente de Riley comenzó a llenarse de preguntas. ¿Qué tan probable era que las secuestradas estuvieran en ese sótano en una zona tan concurrida? La descripción de Meara de su secuestro no mencionaba nada de estar atada y amordazada, solo enjaulada. Y otras mujeres habían estado enjauladas con ella. ¿No habrían sido oído sus gritos? Sin embargo, parecía que el sótano era grande, ocupando toda la base del edificio. En un espacio tan grande, Riley tuvo que admitir que no era completamente imposible que las mujeres hubiesen sido cautivas allí.

Y aunque Walder le desagradaba mucho, esperaba que esta vez tuviera razón.

Con una emboscada rápida, cualquiera que pudiera estar cautiva allí podría ser puesta en libertad. Sin embargo, estaba preocupada por lo apresurada de la operación. Incluso si este era el lugar correcto, las cosas podrían ir muy mal.

Walder comenzó a dar órdenes.

“Jeffreys, Vargas, Creighton, Huang, todos vamos por el frente”.

Volvió a mirar a Riley. Por su expresión, Riley entendió que él se había dado cuenta que ordenarle que se fuera retrasaría las cosas. Y él sabía que no tenía sentido intentar convencerla de que no se uniera a ellos.

Con las armas afuera, pero bajas, los siete agentes caminaron hacia el frente del edificio. La tienda de regalos quedaba a la izquierda del restaurante, y artículos para la venta estaban expuestos en la ventana. Riley los miró. En la entrevista grabada Meara había descrito: “*Relojes cucú... todo tipo de relojes. Algunos con muñecas bailando*”.

Efectivamente había relojes aquí. Parecían baratos, pero los relojes cucú de plástico parecían ajustarse a la descripción de Meara. Y había algunas muñecas bailando en la parte superior de las cajas de música. ¿Podría ser este el lugar correcto después de todo? Se apresuró a alcanzar a los demás.

Sus armas seguían abajo. El grupo siguió a Walder por la puerta principal. La recepcionista robusta en la vitrina delantera se puso pálida y jadeó por el shock cuando los vio. La cafetería pintoresca y turística estaba casi llena de clientes almorzando, algunos de los cuales reaccionaron con alarma. Una mujer gritó y un hombre mayor parecía que podría estar a punto de sufrir un infarto.

“No hay porque entrar en pánico, amigos”: gritó Walder. Luego, mirando hacia Craig Huang, dijo: “Saquen a los clientes de aquí de manera ordenada”.

Huang se movió entre las mesas, llevando a cabo la orden de Walder.

Walder gritó: “¿Quién es el dueño?”.

Un hombre asustado se adelantó. Riley vio de inmediato que él coincidía más o menos con la descripción del captor que había hecho Meara — blanco, de estatura media, contextura robusta, pelo oscuro, ojos marrones. Por otra parte, había vislumbrado por lo menos a dos clientes masculinos que pudieran encajar en esa descripción también. Era una apariencia bastante ordinaria.

“Yo soy el dueño”, dijo el hombre.

“¿Cuál es su nombre?”, gritó Walder.

“Ike Middleton”, dijo el hombre.

Walder empujó al hombre para que pusiera los brazos contra la pared.

“Tenemos una orden para registrar las instalaciones”, dijo Walder. “¿Cómo llegamos a su sótano?”.

“La puerta está en la parte de atrás, cruzando por la cocina en la habitación trasera”, dijo Middleton. “Pero no entiendo. ¿Alguien me puede decir qué está

pasando?”.

Walder no respondió. Emily Creighton empezó a registrarlo en busca de armas.

“Creighton, Vargas, manténgalo aquí”, dijo Walder. “Jeffreys, los dos vamos a bajar”.

Riley notó que Walder simplemente la estaba ignorando, ni siquiera estaba intentando mantenerla fuera de la acción. Eso estaba bien, ya que no tenía ninguna intención de no bajar a ese sótano con ellos.

Siguió a Bill y a Walder por un par de puertas giratorias hasta la cocina, donde un par de cocineros y un camarero estaban boquiabiertos del susto. Luego pasaron por otro par de puertas giratorias hacia una habitación trasera que tenía un lavavajillas, allí encontraron la puerta hacia el sótano.

“Enfunden”, dijo Walder, guardando su propia pistola. “No necesitaremos armas”.

Bill obedeció, al igual que Riley. A pesar de que estaba de acuerdo con Walder esta vez, pensó que sonaba demasiado seguro de sí mismo. De hecho, toda la operación parecía demasiado confiada.

Walder abrió la puerta del sótano y encendió el interruptor de luz. Luego abrió paso a través de la puerta. Caminaron por las escaleras de madera hasta llegar a un gran sótano gris y mohoso. Artículos de regalo, incluyendo tres relojes, colgaban en la pared al lado de las escaleras.

Al final de la escalera se encontraron frente a un laberinto de cajas apiladas apoyadas sobre paletas de madera.

“Vamos a separarnos”, dijo Walder, señalando en direcciones diferentes para Bill y Riley.

Riley fue en la dirección designada, siguiendo por un pasillo estrecho entre pilas de cajas y luego a lo largo de una pared. No encontró absolutamente nada más que cajas. Se devolvió y se reunió con Bill en la base de la escalera.

Luego oyeron a Walder decir “¡Aquí!”. Su voz se quebró de la emoción.

Riley y Bill se apresuraron para encontrarse con él.

Walder estaba de pie frente a un área que estaba separada por una alambrada. La puerta estaba asegurada con un candado.

El área más allá de la cerca parecía tener más cajas.

“Solo parece el área de almacenamiento para objetos más costosos”, sugirió Bill.

“Algo debe estar escondido detrás de esas cajas”, gruñó Walder.

Sacó su pistola e hizo volar el candado de la puerta.

CAPÍTULO CUARENTA

Walder tiró de la puerta y entró rápidamente. Mientras Riley y Bill lo seguían, él desapareció detrás de un montón de cajas. Entonces lo oyeron gritar. “¡Maldición!”.

Riley alcanzó a Walder y miró a su alrededor. No había nada en absoluto, solo un pedazo de piso de hormigón descubierto en una esquina vacía infestada de telarañas. Riley sabía que no había nada más en el sótano. Miró a Bill, quien se encogió de hombros.

Walder volvió a enfundar la pistola.

Escucharon pasos frenéticos en las escaleras. Cuando Riley y los demás salieron del área cerrada, Emily Creighton se precipitó hacia ellos, con su arma desenfundada. Craig Huang estaba de pie en las escaleras, también preparado para la acción. Riley se dio cuenta de que habían oído el disparo cuando Walder destruyó el candado.

“¿Alguien está herido?”, preguntó Creighton bruscamente.

Walder negó con la cabeza.

“Baja el arma”, dijo. “Estamos bien”.

Pero él no se veía bien. Miró al suelo, con los dientes apretados de la rabia. Riley estaba absolutamente segura de que estaba recordando lo que había dicho en la comisaría.

“Bingo. Lo encontramos”.

Y también lo que había dicho cuando ella había expresado sus dudas.

“Nadie pidió tu opinión, agente Paige”.

Walder estaba tan furioso y avergonzado que ni siquiera podía mirar a los demás, especialmente a ella.

“Vamos”, refunfuñó Walder. “Salgamos de aquí”.

Volvieron a subir las escaleras y pasaron por el cuarto de almacenamiento y la cocina del restaurante. Lucy Vargas seguía apuntando a Ike Middleton con la pistola. Él tenía las manos contra la pared.

“Déjalo ir”, le dijo Walder a Vargas.

Lucy guardó su pistola, e Ike Middleton se alejó de la pared, viéndose totalmente alterado.

Riley compartía la decepción de no encontrar ninguna prisionera. Al mismo tiempo, algo nuevo la estaba molestando. Meara no había imaginado la existencia de este lugar. Todo aquí se ajustaba perfectamente a su descripción, el edificio de cinco pisos, el restaurante, la tienda de regalos con relojes y muñecas bailando. ¿Podría este lugar estar conectado con su cautiverio de alguna forma?

Mientras Walder ofrecía sus míseras disculpas a Ike Middleton, Riley se dirigió a la puerta principal y miró a la gente que estaba dispersa. Todos la miraron con expresiones confusas y temerosas.

“Amigos, fue un malentendido desafortunado”, gritó ella. “Lo sentimos mucho. Terminaremos aquí en unos momentos.

Los espectadores murmuraron desconcertados.

Riley vio a la anfitriona acuerpada y se le acercó.

“Trabajas aquí ¿cierto?”, preguntó Riley.

La mujer asintió.

“¿Cuál es su nombre?”.

“Louise Bader”.

Riley la tomó por el brazo suavemente.

“Vamos”, dijo. “Tal vez puedes ayudarnos con algo”.

Volvieron al restaurante. Ike Middleton estaba sentado solo en una mesa, todavía viéndose completamente aturdido. Walder estaba inclinado conversando con Bill, Lucy, y los otros dos agentes. Riley llevó a la anfitriona a ellos y se las presentó.

Luego miró al dueño.

“Sr. Middleton, quizás pueda venir aquí con nosotros”.

El propietario se acercó al grupo con pasos ligeramente inestables.

Riley sacó su teléfono celular y colocó una foto de Meara Keagan.

“¿Les resulta familiar este rostro?”, preguntó Riley.

Middleton se rascó la cabeza.

“No lo sé”, respondió. “Me temo que mi memoria para recordar rostros realmente apesta”.

Pero la cara de Louise Bader mostró un destello de reconocimiento.

“He visto esa foto antes”, dijo ella. “¿Cuándo fue? Ah, sí, fue el martes o el miércoles, algunos policías vinieron a buscar a esa mujer. No reconocí el rostro entonces, pero...”.

Observó la foto más de cerca.

“Ay, Dios mío. Creo que ahora la reconozco. Una mujer joven vino aquí con unos amigos hace un par de semanas. Su cabello era diferente y llevaba gafas, por eso no la reconocí en la foto. Ella tenía algún tipo de acento. Ike, ¿lo recuerdas ahora? Ella era muy agradable. Los dos la notamos y hablamos de ella”.

“Sí”, dijo el propietario. “Creo que hablaba con acento irlandés”.

Los agentes se miraron el uno al otro.

“Muchas gracias”, les dijo Riley al hombre y a la mujer. Entonces llevó a sus colegas a un lado.

“Eso lo explica”, dijo Riley. “Meara Keagan vino aquí a almorzar por lo menos una vez. Luego vino el trauma de su cautiverio. Cuando Ralston la hipnotizó, sus recuerdos se mezclaron. Ella pensó que había estado cautiva aquí”.

Walder miró al vacío por un momento.

“Bueno, entonces haremos que Ralston lo intente de nuevo”, dijo Walder.

Riley se quedó boquiabierta.

“Con todo respeto, señor...”, empezó ella.

“Parece no haber mucho respeto, agente Paige”, gritó Walder. “Te ordené que salieras del caso. Ni siquiera deberías estar aquí”.

Riley sabía que debía callarse, pero no podía hacerlo.

“Está cometiendo un gran error, señor”.

“Nadie quiere tu opinión, Paige”.

Riley sintió que su cara se ruborizaba de ira. Apretó los puños a los costados.

“¡Maldición, señor, Ralston es un charlatán! Nos envió a una búsqueda inútil. Si vuelve a hipnotizar a Meara, solo va a obtener más recuerdos falsos. No tenemos tiempo para perseguir más pistas falsas”.

Walder estaba furioso.

“¿Qué demonios estás haciendo aquí de todas formas? Te ordené que volvieras a la UAC, y lo dije en serio. Pero aquí estás, interfiriendo en la investigación”.

“¡Interfiriendo!”, dijo Riley con incredulidad.

Walder gritó: “Agente Paige, en este momento, todo tu futuro con la agencia está colgando de un hilo. Sal de mi vista. Ahora mismo. Hazlo, o me llevaré tu placa y tu arma. Y la próxima vez que oiga de ti, es mejor que estés cerca de Delaware”.

Riley temblaba de rabia. Había mucho más que ella quería decir. Pero sabía que Walder siempre estaba en su peor momento cuando sentía que su vanidad estaba herida. Y su vanidad había recibido un golpe bajo justo ahora. Para él, lo peor era saber que estaba equivocado y que Riley tenía razón. Pero nunca lo admitiría. Y Riley sabía que lo mejor era no presionarlo más.

Se dio la vuelta y salió del restaurante. Pasó por delante de los espectadores desconcertados y se metió en su carro. Se sentó al volante por un momento, tratando de decidir a dónde ir o qué hacer.

Lo único que sabía con certeza era que no volvería a Virginia. No ahora, cuando las vidas de mujeres corrían peligro y Walder estaba estropeando las cosas. Dependía de ella encontrar al asesino de una vez por todas.

Encendió el carro y tomó la Carretera de las seis de regreso a Ohlman.

*

Riley pasó el resto del día vagando por el pueblito, esperando que su instinto fluyera. Pero su mente seguía vacía. Ohlman se veía seguro e inofensivo, como cualquier pueblo que había visto. Sabía que los policías habían inspeccionado la zona sin encontrar rastro del asesino.

“¿Por qué creo que puedo hacerlo mejor?”, pensó miserablemente.

Cayó la noche, y la desesperación realmente comenzó a sacudirla. Había tenido un día largo, desalentador, y agotador, comenzando con su viaje desde Fredericksburg esa mañana. Le preocupaba que su juicio estuviera a punto de fallar. Pero no podía rendirse. No ahora.

A medida que se hacía más oscuro, Riley se encontró caminando a lo largo de la Carretera de las seis, justo al borde del pueblo. No había carros a la vista. Sabía que Meara había sido atropellada por el conductor borracho cerca de aquí. Cualquiera que fuera la opinión de Walder en ese momento, Riley seguía sintiéndose segura de que Meara había estado cautiva cerca de allí.

Si era así, el asesino estaba cerca. Probablemente ahora mismo. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando?

Riley pensó en lo que Meara Keegan le había dicho en el hospital, antes de que Ralston fuera llamado para hipnotizarla. Recordaba haber estado cautiva en una jaula, donde ella y otras chicas habían sido golpeadas y pasaron hambre.

Por cualquiera que fuera la razón, el asesino mantenía a las chicas vivas por un tiempo antes de matarlas. También parecía tener a más de una al mismo tiempo.

Riley se preguntó si podría estar buscando otra víctima ahora mismo. Quizás necesitaba reemplazar a Nicole, a quien había matado, y a Meara, que se había escapado.

Riley reflexionó sobre esta posibilidad. Recordó que Nicole DeRose Ehrhardt había sido secuestrada en esta carretera. Probablemente también dos de las víctimas más jóvenes del asesino, quienes quizás estaban pidiendo un aventón.

Una idea loca y desesperada se empezó a formar en su mente.

Justo entonces vio las luces de un carro que se acercaba en la distancia. Apretó su chaqueta alrededor de ella, esperando parecerse a cualquiera pidiendo un aventón en la autopista.

Riley sabía que no podía pasar como una de las adolescentes que el asesino de los relojes había secuestrado. Y nunca había sido tan flaca como Nicole DeRose Ehrhardt. Pero hacía frío, y tal vez su chaqueta y gorra podrían ocultar el hecho de que ella era demasiado robusta para el asesino.

El carro desaceleró mientras se acercaba, luego se detuvo justo delante de ella. El pulso de Riley se aceleró mientras trotó hasta el carro. Entonces vio que la conductora era una mujer mayor.

La mujer se inclinó hacia la ventana.

“Cariño, no deberías estar aquí”, le dijo con preocupación. “Hacer autoestop es ilegal. Además, es especialmente peligroso en estos días. ¿No has oído hablar del asesino que está suelto por aquí? En todo caso, entra. Te llevaré a un lugar seguro”.

“Está bien”, dijo Riley evasivamente. “Caminaré el resto del camino”.

La mujer jadeó de incredulidad.

“¿El resto del camino a *dónde*? Dios, chica, ¿no escuchaste lo que dije? Es peligroso aquí”.

Riley sacó su placa.

“Señora, está bien”, dijo ella. “Estoy buscando al asesino”.

La mujer se veía un poco confundida.

“¿Pero no debería haber alguien contigo? ¿Un compañero o algo así?”.

Riley sonrió irónicamente. Sí, por supuesto que debería haber alguien con ella, al menos a una distancia auditiva. Pero esa no era una opción en este momento.

“Estaré bien”, dijo ella. “Por favor, siga su camino”.

“Buena suerte”, dijo la mujer. Subió la ventanilla y se fue.

Un momento después no hubo ningún carro a la vista. Riley sabía que necesitaría más que un poco de suerte esta noche.

*

Diablito condujo a lo largo de la Carretera de las seis con pocas esperanzas y un espíritu débil. Solo tenía a una cautiva en el refugio, la que él pensaba que se llamaba Kimberly. El abuelo todavía no estaba satisfecho con ella. Incluso después de semanas de inanición, ella no estaba lo suficientemente delgada.

Además, el abuelo seguía diciendo que necesitaban a dos chicas más, además de Kimberly.

“*Tres horas más, tres chicas más*”, le seguía diciendo a Diablito.

La presión era insoportable. Diablito estaba muy consciente de la importancia de la misión. El futuro de la humanidad dependía de que el mensaje del abuelo fuera escuchado. Parecía cada vez menos probable que eso fuera a suceder. Y por supuesto, todo era culpa de Diablito.

Pero lo peor de todo era su soledad. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien en el mundo le había dicho una sola palabra amable? El abuelo siempre

era cruel, y siempre lo había sido. Pero el abuelo decía cada vez menos últimamente, y eso se sentía aún peor. Diablito siempre había sentido que no valía nada. Pero ¿qué haría si incluso el abuelo decidía que era demasiado poco como para abusar e insultar?

Pronto, la mayor parte de la raza humana estaría muerta. Quizás no quedaría nadie vivo. ¿Cómo sería la vida para Diablito, solo en ese lugar gris, solo en el mundo entero, sin siquiera el abuelo?

Diablito todavía se aferraba a una desesperada esperanza de que tal vez una chica más quedaría con vida, y que él llegaría a importarle luego de toda la destrucción.

Pero no dejaba de recordar las palabras del abuelo.

“Tres horas más, tres chicas más”.

Tres chicas más tenían que morir. Si quería tener una chica para él, tendría que atrapar a tres más, además de la chica que creía que se llamaba Kimberly. Y las chicas estaban escaseando. Diablito no podía encender la televisión o la radio o revisar la Internet sin ver advertencias sobre el “asesino de los relojes” de Delaware. Las chicas de toda el área estaban en alerta.

No sabía cuánto tiempo le quedaba, pero sabía que el tiempo se estaba acabando.

En ese entonces, sus luces iluminaron una figura humana caminando por el lado de la carretera. Al principio no podía distinguir quién era. La persona estaba bastante cubierta por el clima frío.

Pero entonces la persona se volteó para mirarlo. El corazón de Diablito se aceleró y su espíritu se alegró. Era una mujer. Y ahora sacó el brazo y extendió su pulgar.

“¡Una autoestopista!”, pensó.

Mientras desaceleraba su carro, miró al asiento trasero para asegurarse de que el espacio de dos por cuatro estuviera listo. Era una pena tener que dejarla inconsciente. Realmente deseaba poder hablar un poco con ella. Se sentía muy solo.

Pero este no era el momento de arriesgarse. Tenía un terrible deber que cumplir.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Los faros brillaron en la cara de Riley cuando el carro comenzó a bajar la velocidad. El conductor no se molestó en atenuar sus luces. Tuvo que cubrirse los ojos. Cuando el carro se detuvo a su lado, estaba casi ciega.

Riley pudo oír el ruido de la ventanilla del pasajero. Entonces oyó la voz del conductor.

“¿Adónde te diriges?”.

Riley realmente no podía ver al conductor, pero era la voz de un hombre.

“Ohlman”, dijo Riley.

Ella lo oyó reír un poco.

“Yo también”, dijo él. “Ya estamos prácticamente allí. Sube”.

Su visión todavía estaba llena de puntos brillantes. Riley buscó a tientas la forma de entrar en el carro. Deseaba poder mirar bien al conductor. Pero tomaría unos momentos para que sus ojos se ajustaran.

“¿De dónde vienes?”, dijo el hombre.

“Westree”, mintió Riley.

El hombre no dijo nada. Los puntos brillantes comenzaron a desaparecer, y la visión de Riley se aclaró. Recordó la descripción de Meara una vez más. Estatura media, contextura fuerte, cabello oscuro, ojos marrones.

El hombre al volante se ajustaba perfectamente a esa descripción. Pero lo mismo había sucedido con el propietario del restaurante. Y muchos otros hombres también encajaban con la misma descripción.

“Oye, debes tener mucho frío”, dijo el hombre. “Tengo un poco de té caliente en un termo”.

Buscó entre los asientos con su mano derecha, manteniendo su mano izquierda en el volante. Riley recordó que Meara dijo que su captor la había dejado inconsciente.

Antes de que el conductor pudiera agarrar lo que fuera que estaba buscando, Riley sacó su arma y le apuntó.

“Pon tu mano de vuelta en el volante”, dijo ella.

El hombre gritó alarmado y obedeció rápidamente.

“Dios, ¡está bien! ¡Está bien!”.

Manteniendo la pistola firme, Riley miró hacia atrás entre los asientos, tratando de ver lo que el hombre estaba buscando. Estaba demasiado oscuro para que pudiera ver algo.

“Tengo un poco de dinero en efectivo”, dijo el hombre. “No mucho, acabo de volver de un viaje. Pero si me dejas sacar mi billetera...”.

“Esto no es un asalto”, dijo Riley.

Sacó su placa con su mano libre y se la mostró. El hombre se veía completamente aturdido.

“Lléveme directamente a la comisaría de Ohlman”, dijo Riley.

El hombre siguió adelante sin decir ni una palabra.

*

En solo unos minutos, el hombre estacionó el carro frente a la comisaría. Riley le apuntó con el arma mientras entraban. Un par de policías estaban parados en el frente. El más corpulento de los dos gritó: “¡Oye, Rufus! ¿Qué está pasando?”.

Con sus manos aún levantadas, el hombre nervioso se encogió de hombros.

“El FBI me arrestará, supongo”, dijo él.

“¿Conoces a este hombre?”, le dijo Riley al policía más corpulento.

El policía se echó a reír.

“Sí lo conozco. Él es Rufus Crim”.

El policía más delgado agregó: “Nos conocemos desde pequeños. ¿Qué está pasando?”.

Riley se estaba sintiendo cada vez más insegura. Una nueva ola de agotamiento la invadió, y se preguntó de nuevo si su juicio estaba equivocado. Sin embargo, estaba segura de que era probable que el asesino fuera alguien que todo Ohlman conociera.

Bill llegó al frente desde el interior de la comisaría.

“¡Riley!”, gritó. “¿Qué diablos está pasando?”.

“Este podría ser nuestro asesino”, dijo Riley.

El policía más robusto se rio de nuevo.

“De ninguna manera”, dijo. “Rufus tiene más de tres semanas fuera del pueblo”.

Riley se voleó hacia el hombre y preguntó: “¿Es esto cierto?”.

“Sí”, dijo Rufus. “Estuve en Miami, visitando a unos familiares. Volé a Filadelfia hoy, luego conduje hasta aquí. Te puedo mostrar los boletos. ¿De qué se trata todo esto?”.

Bill dejó escapar un gemido de frustración.

“Dios santo, déjalo ir, Riley”, dijo Bill. “No es nuestro hombre”.

Riley enfundó su arma, sintiéndose destrozada y avergonzada.

“Lo siento”, le dijo a Rufus. “Realmente lo siento”.

Bill apartó a Riley y le dijo en voz baja: “¿Qué te sucede? ¿Perdiste la cabeza?”.

Riley no dijo nada. Ella se preguntaba lo mismo.

“Walder te va a suspender”, dijo Bill.

“¿Está aquí?”, preguntó Riley.

“No, pero acabamos de llamarlo, y viene en camino desde su motel”, dijo Bill. “Acaban de secuestrar a otra chica. Vamos. Lucy está entrevistando a su novio”.

Bill y Riley corrieron por el pasillo hasta la sala de conferencias, donde Lucy ya estaba hablando con un adolescente que se veía angustiado. Se sentaron en la mesa con Lucy y el chico.

Lucy les dijo: “Él es Russell Bingham. Su novia, Mallory Byrd, fue secuestrada hace poco. Acaba de comenzar a contarme lo que pasó”.

Russell era flaco y tenía el cabello largo. También tenía un poco de vello en la barbilla. Estaba temblando.

“Mallory y yo estábamos pidiendo un aventón”, dijo él. “Sé que fue estúpido, pero pensamos que sería divertido. Vivimos en Bowdon, y unos amigos iban a tener una fiesta aquí en Ohlman. Así que pasamos el día haciendo autoestop por la Carretera de las seis. Pronto nos dimos cuenta que los conductores se detendrían más fácilmente si pensaban que Mallory estaba sola. Así que me quedé fuera de la vista desde la carretera, y luego cuando alguien se detenía por ella, yo salía”.

Se detuvo un momento, temblando más que antes.

“Se oscureció, y estábamos muy cerca de Ohlman, y yo estaba fuera de vista detrás de algunos arbustos y Mallory estaba de pie junto a la carretera cuando un carro se detuvo. Pude escuchar la voz del conductor diciéndole a Mallory que se subiera, y se veía amable y todo. Salí del escondite, y Mallory ya había subido. Estaba abriendo la puerta de atrás para mí. Pero cuando el tipo me vio...”.

Comenzó a temblar más.

“Arrancó, y traté de saltar hacia la puerta trasera, que aún estaba abierta. El carro me rozó cuando pasó y me derribó, y escuché a Mallory gritar. Ambas puertas estaban abiertas, pero supongo que el carro iba demasiado rápido como para que Mallory saltara”.

Apretó las manos con ansiedad.

“En todo caso, allí estaba tumbado en el suelo. Llamé a la policía con mi teléfono celular tan pronto como pude”.

Lucy dijo suavemente: “¿No viste la matrícula? ¿La marca del carro?”.

Russell Bingham negó con la cabeza.

“Debí haberlo hecho”, dijo él. “Estaba muy conmocionado”.

“Entendemos”, dijo Lucy. “Dame un momento para hablar con mis colegas a solas”.

El chico asintió con la cabeza. Lucy salió con Bill y Riley al pasillo.

“¿La chica tenía un teléfono celular?”, preguntó Riley. “¿No podría ser rastreado?”.

“Ya lo intentamos”, dijo Lucy. “El teléfono celular fue encontrado en el arcén de la carretera. El conductor debió haberlo tirado del carro cuando se alejó con la chica”.

Antes de que Riley pudiera hacerle más preguntas a Lucy, escuchó un grito de enojo en el pasillo.

“¡Agente especial Riley Paige!”.

Carl Walder estaba caminando hacia ella, viéndose más enojado de lo que jamás lo había visto.

“Escuché de la maniobra que acabas de hacer, de traer a un hombre inocente”, gritó él.

“Lo siento señor, pero...”.

“No quiero oírlo”, dijo Walder. Extendió su mano. “Estás suspendida. Y si tengo la forma de hacerlo, no volverás a trabajar en la agencia. Dame tu placa y tu arma, ahora mismo”.

Riley estaba horrorizada, más no sorprendida. Sin decir ni una palabra, le entregó su placa y su arma.

“Ahora quiero que te alejes de aquí”, dijo Walder. “Me importa un bledo a donde vayas, solo vete”.

“Lo haré, señor”, dijo Riley con los dientes apretados.

Caminó rápidamente por el pasillo hacia la entrada principal. Bill corrió para alcanzarla.

“Riley, te lo *dije...*”.

Riley no dejó de caminar.

“Lo sé, lo sé”, dijo Riley. “Fui una idiota. Será mejor que vuelvas y te alejes de mí si quieres conservar tu trabajo”.

“Pero ¿qué vas a hacer ahora?”.

Riley no respondió. La verdad era que no tenía ni idea. Salió por la puerta principal, dejando atrás a Bill, y se dirigió directamente a su carro. Se sentó en el puesto del conductor y se quedó allí, tratando de pensar bien las cosas. Había estado de un lado a otro todo el día, así que ni siquiera tenía una habitación de motel a la cual regresar.

Las palabras de Walder resonaron en su cabeza.

“*Y si tengo la forma de hacerlo, no volverás a trabajar en la agencia*”.

Tuvo que luchar contra las lágrimas. Su intento de servir de señuelo para atrapar al asesino había fallado. Pero ahora que tenía un momento para pensar en

ello, fue más mala suerte que estupidez. De hecho, el asesino había estado afuera buscado a otra víctima. Solo terminó atrapando a Mallory Byrd en lugar de ella.

“Qué mala suerte”, pensó Riley miserablemente. *“Pobre Mallory”*.

Ahora se preguntaba si debía conducir a casa. Era desesperadamente necesitada allí. En todo caso, era hora de reportarse. Marcó el número de la casa y Gabriela contestó.

“Buenas noches, Gabriela”, dijo. “¿Cómo están las cosas?”.

La voz de Gabriela sonaba alegre.

“Bien”, dijo ella. “Mucho mejor. Crystal estuvo aquí temprano, y April hizo la tarea con ella. April vio televisión por un rato y se fue a la cama”.

Riley soltó un suspiro de alivio.

“Gracias, Gabriela. Avísame si hay algún problema”.

“Lo haré”.

Riley terminó la llamada y se quedó mirando hacia el frente. Recordó algo más que Walder había dicho.

“Me importa un bledo a donde vayas, solo vete”.

Se le ocurrió una idea. Había un lugar al que podía ir, y un hombre que la podría ayudar. Había jurado no volver allí o verlo de nuevo. Pero ahora estaba tan desesperada como para cambiar de opinión. Encendió el carro y condujo hacia el norte.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Riley odiaba sus visitas a Sing Sing. Solo pasar por todos los protocolos de seguridad era degradante y humillante. Había los registros típicos, retirarse todas las joyas y cualquier otro tipo de metal, incluyendo hebillas de cinturón, y también perros antidrogas.

“Por lo menos no llega hasta un registro corporal”, pensó.

Había llegado a Ossining, Nueva York antes del amanecer. Durmió un poco en su carro, llegó a una tienda de donas para desayunar, y luego les notificó a los oficiales de Sing Sing que quería ver al prisionero. Se había lavado la cara y peinado su cabello, pero todavía se sentía desaliñada.

Ahora se preguntaba si había cometido un terrible error al venir aquí. Pero no tenía sentido devolverse.

Para cuando terminó la revisión y fue escoltada a la sala de visitas, le habían quitado casi todo lo que había traído con ella. Todo lo que tenía era una carpeta llena de fotografías de las víctimas del asesino. Esperaba que eso fuera suficiente.

El guardia la condujo hasta la pequeña habitación familiar con paredes de color crema y una ventana con barrotes. Shane Hatcher ya estaba sentado en la mesa gris con un par de anteojos para leer sobre su nariz.

Era un afroamericano de cincuenta y cinco años de aspecto vigoroso. A primera vista no parecía especialmente amenazador, pero Riley sabía que sí lo era. Durante su juventud como pandillero, había sido conocido como “Shane de las Cadenas”. Había golpeado a sus víctimas hasta la muerte con cadenas, fueron asesinatos tan brutales que probablemente nunca saldría de la cárcel.

Él le sonrió.

“Siéntate”, dijo, con un tono de ironía en su voz. “Siéntete como en casa. Ojalá pudiera ofrecerte algo, pero como ya sabes, mi estilo de vida es bastante espartano. Estoy seguro de que lo entiendes”.

Ella se sentó en la mesa en frente de él. Se miraron el uno al otro por un momento incómodo.

“Siento tu pérdida”, dijo finalmente.

Riley tardó un momento en darse cuenta de que estaba hablando de la muerte de su padre.

“No es una pérdida en absoluto”, dijo Riley.

“Sí lo es, sí lo es”, dijo Hatcher en una voz sorprendentemente suave. “Él te hizo lo que eres, tanto lo bueno como lo malo. Ahora hay un gran vacío en tu

vida. A lo mejor no lo has sentido aún, pero lo sentirás. ¿Fuiste a su funeral? No, no me imagino que lo hicieras. ¿Cómo te hace sentir eso?”

Riley no respondió. Sin embargo, tuvo la extraña sensación de que Hatcher estaba preguntando solo por compasión. Esperaba estar equivocada. No le gustaba la idea de tener una conexión emocional entre ellos.

“Vamos al grano”, dijo ella.

“Si, hagamos eso. Entonces, ¿por qué están llamando a este tipo ‘el asesino de los relojes’?”

Riley abrió la carpeta y extendió las fotos en la mesa.

“Bueno, es mi propia teoría, y no todo el mundo está de acuerdo”, dijo ella, señalando las fotos. “Pero mira las posiciones de estos cuerpos, la forma en que los brazos están señalando. Me parece que los brazos son manecillas de reloj. ¿Lo ves? Cinco en punto, seis en punto, siete en punto, ocho en punto, nueve en punto”.

Hatcher miró a través de sus anteojos con gran interés.

“Ah, sí”, dijo él. “Sí lo veo. Tienes razón, y cualquiera que diga lo contrario es un tonto. Pero hay más”.

Señaló las flechas que habían sido impresas en cada una de las fotos.

“¿Qué significa esto?”, preguntó él.

“Indican el norte”, dijo Riley.

Tuvo una sensación de hormigueo de que algo estaba a punto de encajar.

“Bien, gíralas todas en esa dirección”, dijo Shane.

Riley volteó las imágenes de modo que todas las flechas apuntaran lejos de ella. Recordó la extraña sensación que había tenido en las escenas del crimen, que aunque los cuerpos habían sido colocados de forma precisa, no habían sido colocados en torno a sus alrededores. Pero ahora empezaba a ver que estaba equivocada.

“Ahora imagina que la mesa es un mapa de la zona, con el norte apuntado lejos de ti”, dijo Hatcher.

Riley imaginó los lugares en la mesa y colocó cada fotografía en el lugar apropiado. Jadeó. Ahora pudo verlo perfectamente.

Las fotos formaban la parte inferior de la esfera de un reloj, con cada uno de los cuerpos colocados exactamente como las horas señaladas en las direcciones previstas, cinco en punto, seis en punto, siete en punto, ocho en punto, nueve en punto.

Pero aún más importante era el hecho de que ahora podía ver que el pueblito de Ohlman estaba en el centro de la esfera del reloj. Parecía que había tenido razón todo este tiempo. El asesino seguramente estaba establecido en Ohlman.

“Está aún más obsesionado con el tiempo de lo que pensaba”, dijo Riley.

“Y está tratando de enviar un mensaje”, agregó Hatcher.

“Sí, pero ¿qué es lo que quiere decir?”.

Hatcher se recostó en su silla con una sonrisa siniestra en su rostro.

“Dime, Riley, ¿qué hora es en este momento?”.

A Riley le habían quitado el reloj, así que tuvo que pensar por un momento.

“Bien, me dejaron entrar en la prisión a las ocho y cuarto, y tomé como media hora pasar por seguridad, así que...”.

“Ese no es el tipo de tiempo del que estoy hablando”, dijo Hatcher.

Riley no entendía. Hatcher comenzó a hablar en un tono extrañamente casual.

“Realmente ansío el fin del mundo. ¿Qué ha hecho el mundo por mí? Quiero estar alerta cuando suceda. Quiero disfrutarlo. Deseo poder ver las expresiones en los rostros de la gente”.

Hatcher se inclinó sobre la mesa hacia ella, sus ojos llenos de interés.

“Éste no es un psicópata común y corriente”, dijo él. “Es tremendo loco. No es nada sádico. De hecho, está tratando de ayudarnos a todos. En su mente retorcida, matar mujeres es solo una necesidad desafortunada. Es la única forma de enviar su mensaje”.

Se reclinó en su silla de nuevo.

“Pero debes tener tus propias percepciones”, dijo él. “Dime lo que tienes”.

Riley lo pensó por un momento.

“Tengo la sensación de que no actúa solo. Que actúa bajo órdenes”.

Hatcher sonrió.

“Tienes toda la razón”, dijo él. “Pero te costará llevar a su cómplice ante la justicia”.

“¿Por qué?”, preguntó Riley.

“Su ‘cómplice’ no existe”.

Riley sintió que entendía todo.

“Es esquizofrénico”, dijo ella. “Escucha voces, o quizás solo una voz. Esa voz le dice qué hacer. Obedecer las órdenes de esa voz es el único propósito que tiene en la vida”.

Hatcher golpeó sus nudillos en la mesa.

“Felicidades”, dijo él. “Ya captaste. Hacemos un buen equipo, ¿cierto? Nuestros cerebros trabajando juntos es una combinación formidable. Deberíamos trabajar juntos más seguido. Tal vez convertirlo en un equipo oficial de investigación. ¿Crees que el FBI estaría interesado? No, supongo que no. No estás exactamente en una buena situación con la agencia en este momento, ¿cierto? Digo, te presentaste en Sing Sing sin tu placa”.

Riley sintió un escalofrío repentino. Sabía que había sido suspendida. Pero ¿cómo?

Obviamente detectando la ansiedad de Riley, Hatcher dijo: “Vamos, Riley. Pude sentirlo cuando entraste aquí. Yo te conozco. De alguna forma, te conozco mejor que tú misma”.

Una vez más, Riley oyó un tono de preocupación en su voz. Eso la preocupaba. ¿Qué tipo de vínculo estaba formando este asesino despiadado con ella? ¿Era afecto? ¿Admiración? ¿O ambos? ¿O algo más complejo? No le gustaba. Ella no quería tener nada que ver con eso.

Volvió a poner las fotos en la carpeta.

“Me voy”, dijo ella.

“Espera un minuto”, dijo Hatcher. Tenemos un trato. Siempre obtengo algo de nuestras reuniones. Hablemos un poco. Aquí no hay mucho de qué conversar. ¿Cómo está tu hija? Tiene quince años, ¿no? Es una edad difícil. Las cosas pueden ir muy mal”.

El escalofrío que Riley había estado sintiendo se agudizó. Tenía la extraña sensación de que no tenía secretos con este hombre útil pero terrible.

Aún así, sabía que Hatcher tenía su propio código, su propio sentido del juego limpio. Ella no debía violarlo. Ahora le debía algo.

“¿Qué quieres?”, preguntó ella.

“Lo mismo que la primera vez que nos vimos”, dijo Hatcher. “Dime algo sobre ti, algo que no quieres que la gente sepa. Algo que no quieres que nadie más sepa”.

Una extraña sensación se apoderó de Riley, un deseo inexplicable de confiar en él. Sabía que no sería sabio. Pero no podía resistirse.

“Envidia a mi hermana”, dijo Riley. “Su nombre es Wendy. Hace años que no la veo, y no tengo ni idea de qué clase de vida tiene, pero... la envidia”.

Hatcher no dijo nada. Él solo sonrió.

“Papá la golpeó tanto que ella se escapó de casa”, dijo. “Tenía quince, yo cinco. Ella logró escapar, yo no. Pero no solo porque se escapó...”.

Recordó algo que su padre había dicho sobre Wendy hace poco.

“Solo la golpeé con mis manos. La moreteé un poco por fuera, más nada. No la golpeé lo suficiente en su interior”.

Luego había agregado: *“Nunca te puse un dedo encima. Te golpeé mucho más profundamente. Aprendiste. Aprendiste”.*

Luchando por mantener su voz tranquila, Riley dijo: “Papá no tuvo oportunidad de *formarla*”.

Hatcher asintió de entendimiento.

“Pero él te hizo todo lo que eres hoy”.

Riley sintió que el aire salía de sus pulmones.

“Eso no puede ser cierto”, pensó.

Pero no podía pensar en ello ahora. Tenía que salir de ahí. Tenía que respirar.

“Me tengo que ir”, dijo ella. “Tengo que resolver este caso”.

Hatcher soltó un suspiro bastante burlón.

“Sí, supongo que sí. Hazlo rápidamente. Sácalo del camino. Pronto tendrás otros problemas. Y tendrás que darles toda tu atención”.

Riley resistió el impulso de preguntarle de qué problemas hablaba. Tal vez sabía algo, o quizás solo estaba tratando de seguir la conversación.

“Además, no es el fin del mundo”, añadió con un guiño. “O tal vez sí. Deberías pensar en eso. Lo tienes en frente, pero no lo ves”.

Ella se levantó de la mesa y comenzó a alejarse.

Hatcher dijo: “Cuídate, Riley Paige”.

Ella se giró para mirarlo. Se veía realmente preocupado. No podía imaginar el por qué. Y no quería saberlo.

“Nunca más vendré a verte”, dijo ella.

Hatcher sonrió inescrutablemente.

“Puede ser que no tengas que hacerlo”, respondió.

Riley salió de la sala sin preguntarle qué quería decir con eso. Empezó a hiperventilar a lo que salió del edificio. Visitar a Hatcher siempre la ponía nerviosa. Esta vez no había sido la excepción.

Ella recordó sus palabras:

“Puede ser que no tengas que hacerlo”.

Y trató de no preguntarse qué significaban.

*

El cansancio mantuvo a Riley confundida durante todo el viaje hacia el sur. No había dormido nada en veinticuatro horas, salvo la pequeña siesta en el carro antes de entrar en Sing Sing. A Riley le estaba costando concentrarse en la conducción por todas estas nuevas ideas del caso que tenía en mente. Necesitaba un cambio de ritmo.

Recordó que había un ferry desde Nueva Jersey a Delaware. Decidió tomarlo en vez de seguir por la carretera. El viaje de una hora y veinte minutos por la bahía de Delaware podría darle tiempo para pensar claramente. O al menos para descansar un poco.

Cambió las instrucciones en su sistema de GPS y se dirigió al cabo May. Cuando entró en la terminal, estaba contenta de ver que no había muchos carros

esperando el siguiente ferry. No tuvo que esperar mucho para que el hermoso barco blanco cargara y se apartara del muelle. La mayoría de los pasajeros subieron las escaleras hasta la cubierta de pasajeros, pero Riley caminó hacia la proa.

El aire era fresco y claro. El agua azul grisácea pasaba por la proa en serpentinas blancas en ambos lados. El barco se alejó del muelle y más allá de los rompeolas, pasó también un faro blanco. Las ondas de agua azul grisácea eran apacibles para la mente de Riley.

Se volteó y levantó la mirada hacia las cubiertas de arriba. Sabía que había comida allí, incluso un bar. Ni siquiera había desayunado hoy, pero de alguna manera no sentía hambre. Lo que quería era tranquilidad. Volvió a su carro.

Cerró sus ojos, pero sabía que no sería capaz de dormir. Realmente no quería hacerlo. Hatcher había dicho algunas cosas que sabía que eran importantes, pero que aún no entendía. Había hablado en adivinanzas, como de costumbre. Ahora era el momento de analizar su significado.

Recordó lo que había dicho justo antes de irse.

“No es el fin del mundo. O tal vez sí. Deberías pensar en eso. Lo tienes en frente, pero no lo ves”.

Ahora era el momento de verlo. Mantuvo los ojos cerrados y respiró profundamente. Entonces le vio a la mente una imagen en la que raramente pensaba.

Era el tan llamado Reloj del Apocalipsis, un símbolo usado por el *Boletín de Científicos Atómicos* para mostrar lo cerca que estaba la humanidad de una catástrofe global. En los días de la Guerra Fría, el reloj indicaba el peligro de un holocausto nuclear mundial. Hoy en día también advertía de los peligros del cambio climático.

Cada vez que la situación parecía especialmente peligrosa, los científicos acercaban el minutero a la medianoche.

Ahora Riley entendió la pista de Hatcher. El asesino estaba haciendo su propia versión del Reloj del Apocalipsis. Utilizaba los cuerpos de las mujeres para advertirle al mundo que su fin estaba cerca. La medianoche es cuando él pensaba que iba a suceder.

Riley se dio cuenta de que las implicaciones eran enormes. Si el asesino seguía su patrón, necesitaba matar a otras tres víctimas, una para las diez en punto, otra para las once en punto y la última para la medianoche. Ahora que Riley entendía la imagen del reloj, debería ser capaz de localizar en un mapa el lugar exacto donde el asesino planeaba dejar estas últimas víctimas.

“Pero no voy a dejar que llegue a eso”, pensó.

Sabía que Shane Hatcher tenía razón sobre otra cosa. Este asesino era un demente con delirios locos. Pero ¿de quién estaba tomando órdenes realmente? Recordó lo que Hatcher había dicho.

“Su ‘cómplice’ no existe”.

Eso no le parecía cierto de alguna forma. Era demasiado superficial, demasiado simple. Riley sabía que las ideas de Hatcher no eran infalibles. Tenía sus límites. Había un defecto en su talento considerable como criminólogo. Era demasiado clínico, demasiado frío, demasiado intelectual. No podía sentir empatía, no podía meterse bajo la piel de un asesino como lo hacía ella.

Y ahora era el momento de que ella hiciera exactamente eso.

Cerró los ojos otra vez y se dejó caer en esa parte oscura y familiar de su propia mente. Allí obtuvo una imagen de él, una imagen que parecía tener de sí mismo. Era una imagen grotesca y surrealista de un hombre construyendo un reloj enorme, utilizando los cuerpos de mujeres muertas como manecillas.

Las mujeres formaban parte de un mensaje, no eran personas, sino cosas, partes de un reloj. Le aburría la hostilidad de las mujeres, pero la su deshumanización de ellas era total.

A medida que el reloj tomaba forma, empezó a sonar, las manos de los cadáveres comenzaron a moverse, y sonó una alarma, una alerta que advertía que la medianoche apocalíptica llegaría pronto.

“Así es como se ve a sí mismo”, pensó Riley. *“Pero ¿cómo llegó a eso?”*.

Analizó esa pregunta en la parte oscura de su mente. Vio una imagen rápidamente. Era la de un niño mirando a un hombre mayor trabajando en un taller poco iluminado. El hombre estaba utilizando herramientas delicadas para construir un reloj real de miles de piezas. El niño lo observaba ansiosamente. El hombre no quería lo mejor para el niño, pero todo en la vida del niño dependía de él. Era absolutamente crucial entender cada movimiento que hacía el hombre.

Sus pensamientos oscuros fueron interrumpidos por el ruido ensordecedor de la bocina del barco. Anunciaba la llegada del ferry a Lewes, Delaware.

La imagen se desvaneció en un suspiro. Pero Riley no estaba decepcionada. Había obtenido exactamente lo que necesitaba.

Su siguiente parada sería Ohlman, el centro del reloj, su núcleo, su eje. Y ella sabía lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Cuando se detuvo en Ohlman, Riley sintió en su interior que estaba cada vez más cerca del asesino. El sitio web de la tienda se llamaba a sí mismo “El único servicio de reparación de relojes en Ohlman”. Pensó que también podría ser la guarida de un loco.

El lugar que estaba buscando era fácil de encontrar. Vio el letrero de Joyeros Gorski tan pronto como entró en la calle principal, y estacionó su auto justo al frente. Cuando se bajó y se acercó al lugar, trató de ver si el edificio tenía sótano, pero no pudo notarlo desde afuera.

Por desgracia, el letrero CERRADO colgaba en la puerta.

Riley soltó un gemido de desánimo. Había olvidado que era domingo por completo. En un pueblito como este, probablemente no había ni una sola tienda abierta en toda la calle principal. Prácticamente todos habían ido a la iglesia en la mañana y ahora pasaban la tarde con sus familias.

Era discordante pensar en el horror que acechaba esta comunidad sana, tal vez estaba justo en frente de ella en este preciso momento.

Se preguntó si el asesino era religioso. Era totalmente posible. Los esquizofrénicos a menudo sufrían de delirios religiosos. De ser así, ¿se abstenía de torturar y asesinar los domingos? Riley lo dudaba.

Había un número de teléfono en la puerta. Riley sacó su teléfono y lo marcó. Le contestó un mensaje con la voz de una mujer mayor.

“Has llamado a Joyeros Gorski, habla Irina Gorski. Por favor deja un mensaje después del tono”.

Después del tono, Riley dijo: “Si está allí, conteste el teléfono, por favor. Es una emergencia”.

Hubo un clic, y la voz de la misma mujer respondió.

“¡Una emergencia! ¿De qué diablos está hablando?”.

Riley vio a una mujer diminuta de pelo blanco en la parte trasera de la tienda. Tenía levantado el teléfono y miraba a Riley fijamente. Se dio cuenta de que ella era la persona con la que estaba hablando.

Riley se sintió desanimada. No buscaba a una mujer, mucho menos a una mujer mayor. ¿Podría Irina Gorski tener algo que ver con los asesinatos? Tenía que averiguarlo.

Riley golpeó la ventana y dijo al teléfono: “Por favor, Sra. Gorski, déjeme entrar. Mi nombre es Riley Paige, y...”.

Riley estaba a punto de decir que era agente del FBI. Pero no tendría ninguna identificación si la mujer llegaba a pedirle una.

En cambio, simplemente dijo: “Estoy buscando al ‘asesino de los relojes’”. Los ojos de la mujer se ensancharon de interés. Abrió la puerta y dejó entrar a Riley.

“¿Eres detective?”, preguntó ella.

“Algo así”, dijo Riley. “Tengo un gran interés personal en el caso”.

La mujer miró a Riley atentamente. Luego, con un guiño, dijo: “¿Qué puedo hacer para que me descartes como sospechosa?”.

Riley estaba segura de que esta pequeña anciana no tenía nada que ver con los asesinatos. Aún así, había una pregunta que tenía que hacerle.

“¿Tiene un sótano?”, preguntó ella.

“No, solo este piso”, dijo la mujer.

Riley miró a su alrededor. La tienda era muy pequeña, y no vio puertas que pudieran dar a un sótano. Sin embargo, tenía una fuerte sensación de que había llegado a la persona adecuada para obtener información.

“¿Podríamos hablar?”, preguntó Riley. “Tengo algunas preguntas que quizás pueda responder”.

“Sin duda”, dijo la mujer, conduciendo a Riley detrás del mostrador a un par de sillas. “Siéntate”.

Riley se sentó.

“Sra. Gorski, ¿conoce a alguien en la ciudad que esté obsesionado con los relojes y el tiempo?”.

Irina Gorski frunció el ceño.

“Esa es una pregunta interesante”, dijo ella. “No, ya no. Pero hace mucho tiempo...”.

Hizo una pausa como si estuviera intentando recordar.

“Tyrone Phipps era un tipo muy extraño que vivió en el pueblo.

Administraba una tienda en su casa, en el piso principal. Fue el último relojero verdadero de toda esta zona. Se llamaba a sí mismo un ‘horólogo’, alguien que estudia y mide el tiempo. Realmente estaba obsesionado con el tiempo”.

Esto despertó la atención de Riley.

“Cuénteme más sobre él”, dijo.

Irina Gorski se rascó la barbilla pensativamente.

“Bueno, también tenía otras obsesiones. También tenía una obsesión con la Guerra Fría. Siempre estuvo seguro de que iba a ocurrir un holocausto nuclear, y que ese sería el fin del mundo. Recuerdo la crisis de los misiles cubanos en 1962, bueno, tú ni siquiera habías nacido, supongo. Casi sucede. El fin de todos nosotros”.

Negó con la cabeza ante el recuerdo.

“Y Tyrone corrió de puerta en puerta, gritando, ‘¿Estás listo? ¿Estás listo?’ Bueno, cuando vino a mi casa, yo le dije, ‘¿Tú lo estás?’ Digo, ¡qué pregunta! ¿Qué podría hacer alguien para prepararse para el fin del mundo?’”

Ella soltó un suspiro triste.

“¿Qué pasó con él?”, preguntó Riley.

“Bueno, murió, estoy absolutamente segura de que fue en 1989. Sí, fue el año en el que cayó el Muro de Berlín y terminó la Guerra Fría. Pero la gente dice que nunca cambió su discurso, ni siquiera en su lecho de muerte. Dicen que sus últimas palabras fueron: ‘¿Estás listo? ¿Estás listo?’ Fue un tipo muy extraño”.

El corazón de Riley estaba latiendo con fuerza. Estaba segura de que estaba a punto de obtener lo que necesitaba.

“Sra. Gorski, ¿Tyrone Phipps tuvo hijos?”, preguntó.

La mujer suspiró.

“Sí, y me temo que esa es una historia triste. Él y su esposa, Megan, tuvieron una hija, Anita. Su esposa murió en un accidente automovilístico cuando la pequeña Anita apenas tenía un año de edad. Anita creció y se convirtió en una niña triste y problemática, se mezcló con la contracultura. Ya sabes, hippies, toda la escena de ‘sexo, drogas y rock and roll’. Tuvo un bebé, Casey, a los dieciocho años. Nadie supo quién fue el padre. Ella abandonó a Casey y lo dejó al cuidado de su padre. Murió de una sobredosis de drogas unos años más tarde”.

Riley apenas podía contener su emoción.

“¿Qué pasó con Casey?”, preguntó.

“Pues todavía vive aquí, en la casa vieja de su abuelo, donde solía tener la tienda de relojes. Vive en la calle Lynn, en la casa número 121. Es un chico extraño, aunque ya es adulto. Parece que vive de la herencia de su abuelo, no trabaja para vivir. Realmente nunca molesta a nadie, solo es muy reservado”.

En ese entonces una expresión de preocupación cruzó el rostro de la mujer.

“Pero, ay... Crees que quizás Casey... digo, los asesinatos...”.

“¿Qué piensa *usted*, señora Gorski?”.

La mujer lo pensó por un momento.

“No sé qué decirte. Es un tipo tan extraño. No lo sé”.

Riley se levantó de su silla.

“Sra. Gorski, muchas gracias. Me ha ayudado en más de lo que puedo decir”.

Irina Gorski miró a Riley con preocupación.

“Me alegra”, dijo ella. “Pero ten cuidado, querida”.

“Lo tendré”.

Cuando Riley regresó a su carro, lo primero que hizo fue llamar a Bill desde su teléfono celular. Bill contestó bruscamente.

“Riley, ¿dónde demonios estás? Por favor dime que estás de vuelta en Virginia”.

Riley reprimió una risita.

“Me conoces bien, Bill. Estoy aquí en Ohlman. Y lo encontré. Encontré a nuestro asesino”.

Riley oyó a Bill gemir.

“Riley, no te prestaré atención. Te descarrilaste por completo. Vete a casa. Te meterás en aún más problemas”.

El tono de Riley se hizo más insistente.

“Bill, escucha. Lo digo en serio. Sé lo que estoy diciendo. Su nombre es Casey Phipps. Su abuelo era un relojero. El tiempo es una obsesión familiar”.

Bill se quedó en silencio por un momento. Riley estaba segura de que había despertado su interés.

“Él vive en la calle Lynn, en la casa número 121”, dijo. “Todo lo que tenemos que hacer es irlo a buscar. ¿Podemos encontrarnos allá?”.

Hubo otra pausa.

“Si Walder se entera de esto, le dará un ataque. Tengo que quedarme aquí en la comisaría para que no sospeche. Pero puedo enviar a Lucy”.

“Hazlo”, dijo Riley. “La veré allá”.

Riley condujo directamente a esa dirección y se estacionó cerca. Era una casa de madera de buen tamaño con un columpio en el porche delantero. Cuando se estacionó, vio a dos chicos en la calle lanzando una pelota de béisbol. Ambos tenían unos nueve o diez años de edad. Una niña, de unos siete años, estaba en la acera observándolos.

Una vez más, Riley se sintió sacudida al ver tal inocencia jugando en tan estrecha proximidad a un terrible mal.

Vio a Lucy acercándose en su carro casi inmediatamente. Lucy se estacionó, trotó hasta el carro de Riley y se sentó en el lado del pasajero.

Señaló la casa.

“¿Es esa la casa de la que hablas?”.

Riley asintió.

“Ay, Riley, odio decirlo, pero esto es un error. Buscamos por todo este vecindario. Yo misma revisé esta casa. El tipo que vive aquí es un poco raro, pero estoy segura de que no es nuestro chico”.

“¿Te dejó ver el sótano?”, preguntó Riley.

“Sí, y me dejó hacerlo con mucho gusto”.

Riley luchó con un momento de inseguridad. Pero no, la historia de Irina Gorski todavía la tenía completamente convencida. El hombre que vivía aquí, Casey Phipps, era el asesino. Y en cuanto al sótano...

“Bueno, Lucy debió haberse perdido algo”, decidió Riley.

Tal vez había pasado por alto una puerta que daba a otra habitación. Riley tenía que echarle un vistazo ella misma.

“Vamos”, le dijo a Lucy.

Se bajaron del carro y caminaron hacia la casa. La niña corrió hasta ellas.

“No vayan allí”, dijo ella, apuntando a la casa.

“¿Por qué no?”, preguntó Riley.

Uno de los chicos que estaba lanzando la pelota gritó.

“El tipo de ahí es raro”, dijo. “Nos mantenemos alejados de él”.

El otro chico dijo: “Excepto en Halloween, porque regala caramelos”.

“¿Qué quieres decir con raro?”, les preguntó Riley a los chicos.

“Habla consigo mismo”, dijo el primer chico.

La niña pisoteó muy fuerte.

“¡Él *no* habla consigo mismo! ¡Habla con los fantasmas!”.

El primer chico gritó: “Cállate, Libby. La gente pensará que estás loca”.

La niña llamada Libby les habló a Lucy y Riley en un tono apacible y urgente.

“Mi hermano dice que los fantasmas no existen. Pero está equivocado. Los he escuchado. Y el hombre que vive ahí habla con ellos”.

Las palabras de la niña hicieron que Riley se sintiera aún más confiada.

Casey Phipps sonaba exactamente como el hombre que estaban buscando, un hombre que hablaba con fantasmas. Riley le dio las gracias a la niña, y Lucy y ella caminaron por la acera hacia la casa.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

“*¡Es ella de nuevo!*”, le susurró Diablito al abuelo mientras espiaba por detrás de las persianas. “*¡La mujer del FBI! Y vino con alguien*”.

Hubo un golpe en la puerta.

“¿Qué debo hacer?”, dijo Diablito.

“*¿Qué crees?*”, espetó el abuelo. “*Déjalas pasar, por amor a Dios*”.

Diablito abrió la puerta, esperando que no se viera tan aterrorizado como se sentía.

La mujer que había estado allí antes, la de la tez oscura, sacó su placa. Ella habló con una voz muy cortés.

“Señor, probablemente me recuerde”, dijo ella. “Agente Lucy Vargas”.

La boca de Diablito se había secado, y su respuesta sonó un poco ronca.

“Claro que la recuerdo”, dijo él.

“Esta es mi colega, la agente Riley Paige”.

Diablito miró a la otra mujer. Era la mayor de las dos, tenía algunas canas en su pelo oscuro. Curiosamente, a diferencia de la mujer más joven, esta mujer no parecía tener un arma.

“¿Qué puedo hacer por ustedes?”, les preguntó l a las mujeres.

“Bueno, tenemos algunas preguntas más, si no le importa”, dijo la mujer joven, sonriendo. “¿Podríamos pasar?”.

“Claro”, dijo Diablito.

Las dos mujeres pasaron. La mayor miró alrededor de la sala de estar con gran interés.

“He oído que este lugar solía ser un negocio”, dijo ella. “¿Su abuelo era relojero?”.

La voz del abuelo sonaba indignada.

“*No un relojero, maldita sea. Un horólogo*”.

Diablito se obligó a sonreír.

“En realidad, el abuelo le gustaba llamarse horólogo.”. ¿Por qué lo pregunta?”.

La mujer mayor no respondió. Su mirada lo hizo sentirse más incómodo, como si pudiera ver a través de él.

“Me pregunto si podría ver su sótano”, dijo ella.

¿Por qué?”, le preguntó Diablito. “Su colega lo vio la última vez”.

“Solo quisiera echarle otro vistazo”, dijo con una sonrisa inquietante.

Diablito se quedó callado.

“*¡Déjala!*”, susurró el abuelo. “*No tenemos nada que ocultar aquí*”.

Esta situación estaba desagradando a Diablito cada vez más.

“Adelante”, dijo. “Queda justo después de la cocina”.

La mujer desapareció por la cocina. Diablito pudo oír la puerta del sótano abriéndose, seguido de pasos bajando las escaleras.

Ahora la mujer más joven estaba husmeando, mirando su dormitorio y su cocina. Cuando le dio la espalda, se agachó para recoger el látigo que estaba tirado al lado de una silla tapizada. Lo había estado usando mucho en sí mismo últimamente. Lo colocó detrás de su espalda justo cuando la mujer regresó a la sala de estar.

“¿Así que esta casa realmente era una relojería?”, preguntó.

“Sí”, dijo Diablito.

“¿Dónde están todos los relojes ahora?”.

Diablito casi le dice que todos habían sido llevados al refugio. Pero el abuelo lo detuvo.

“¡Miente, idiota!”.

La frente de Diablito estaba comenzando a sudar. La mujer estaba haciendo demasiadas preguntas. Y no podía pensar en una sola mentira.

“No sé qué decir”, dijo Diablito en voz alta.

“¡Idiota!”, dijo el abuelo.

“Lo siento”, dijo Diablito. “No sé qué decir”.

La mujer se acercó a él, mirándolo extrañamente.

“¿Estás hablando conmigo?”, preguntó ella.

Esto era demasiado para Diablito. La mujer estaba a solo unos pasos de distancia. Sacó el látigo y la azotó en el rostro con él. Dejó escapar un jadeo de dolor y se inclinó, tomándose el rostro. Diablito la golpeó con la punta del látigo en la parte posterior de su cabeza. Cayó al suelo, inmóvil.

“¡Mira lo que has hecho!”, gruñó el abuelo. *“Vendrán a buscarla”.*

“¡Lo siento!” , dijo Diablito.

Su mente se sobrecargó de imágenes de cómo solía lucir esta sala cuando era un niño, estaba llena de relojes, los habían en todas las paredes. Comenzaron a sonar y tocar la hora.

Se golpeó con el látigo en la espalda, con la esperanza de que así se acabara la locura.

“No hay tiempo para eso”, dijo el abuelo. *“Tenemos que encargarnos de la otra. Sabes qué hacer”.*

Los sonidos y las imágenes fantasmas se desvanecieron. Sí, Diablito sabía exactamente qué hacer. Cuando él era pequeño, el abuelo solía castigarlo

encerrándolo en el sótano. Las ventanas habían estado cerradas con tablas, así que cuando las luces estaban apagadas, todo era muy oscuro.

Fue hasta la puerta del sótano, apagó la luz y cerró la puerta detrás de él. En la oscuridad, oyó un grito de sorpresa de la mujer.

Toda la situación tuvo sentido para él en ese momento. El abuelo había sido muy sabio al encerrarlo de esa forma. Diablito conocía todos los rincones del sótano, con o sin luz. Tenía su látigo y la mujer estaba desarmada.

Nunca saldría del sótano con vida.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Riley estaba inspeccionando una sección en la pared del sótano, tratando de detectar si podría haber un espacio oculto detrás de ella. Pero la pared parecía sólida.

También notó algo vagamente inquietante. Le tomó un momento el notarlo. No había nada de luz natural. Había una sola bombilla iluminando todo el sótano. ¿Por qué no entraba al menos un poco de luz de las ventanas superiores? Pero ahora veía que aquellas ventanas estaban pintadas, y habían estado así por mucho tiempo.

Estaba comenzando a entender las cosas. Alguien había estado retenido aquí. Alguien había sufrido aquí.

Repentinamente fue sumida en oscuridad total.

“¿Hola?”, gritó ella.

No hubo respuesta, pero pudo oír pasos que bajaban por las escaleras.

Se dio cuenta que era él. Había sido atormentado aquí, y había atormentado a las mujeres en algún lugar similar. Y había aún más sufrimiento...

Un horror extraño la invadió, una terrible sensación de *deja vu*.

“*He estado aquí antes*”, pensó.

¿Pero cuándo? ¿Y dónde?

Sintió que su cuerpo caía contra la pared. Los recuerdos que Riley creía haber desechado la inundaron de nuevo.

Estaba atrapada en completa oscuridad en una pequeña jaula improvisada. Ella se agachó en un espacio reducido, esperando el regreso del monstruo con la antorcha de propano. No podía ver a su captor, pero podía oírlo respirar. Sabía que la luz de una llama interrumpiría la oscuridad pronto...

Riley trató de salirse de ese recuerdo y volver al presente. Había sufrido ataques de TEPT después de haber sido secuestrada por el asesino llamado Peterson, pero habían disminuido en los últimos meses.

“*Contrólate*”, pensó.

Pero estaba paralizada por el miedo irracional, acurrucada en una esquina húmeda. Ya no escuchaba los pasos. El hombre había llegado al final de las escaleras y sus pies apenas sonaban en el suelo de hormigón. Alguien estaba allí en la oscuridad con ella. Estaba segura de que podía oír su respiración jadeante.

Sabía que tenía que ponerse de pie, salir de esa esquina. Pero simplemente no podía moverse.

Entonces escuchó un silbido en el aire. No tenía ni idea de lo que era hasta sintió un dolor abrasador en su rostro. Recordó las cicatrices en los cuerpos de las mujeres muertas, tanto en sus rostros como en sus espaldas. Meara también había sido marcada por los golpes de este látigo de múltiples colas.

El terror de Riley se transformó en furia. No iba a dejar que el dolor de esas víctimas fuera impune.

Mientras el látigo silbaba hacia ella para un segundo golpe, extendió la mano y lo agarró en la oscuridad. Jaló a su atacante hacia adelante, oyó el golpe de su cuerpo caer a la pared justo a su lado. Entonces el látigo cayó flácido en su mano.

Salió de la esquina, dándose cuenta de que ella y su atacante acababan de cambiar de lugar. Ahora tenía la espalda contra la pared y ella tenía el látigo en la mano. No se detuvo a pensar en qué hacer a continuación. Ella trató de azotarlo con el látigo, sin saber dónde podría hacer contacto.

Oyó un grito salvaje de dolor. Se sintió bien infligirle el mismo dolor que les había infligido a sus víctimas. Azotó de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, hasta que los gritos se volvieron un gemido desesperado. Luego se detuvo. Seguramente lo había golpeado lo suficiente como para que siguiera sus órdenes.

Trató de encontrar al asesino.

En ese momento, él la golpeó con fuerza, agarrándose a sus piernas y atacándola. Podía sentir que él era fuerte. Pero no estaba capacitado, no estaba acostumbrado a que sus víctimas se resistieran. Con toda la fuerza de su cuerpo bien tonificado y su voluntad feroz, volvió a ponerse de pie y lo agarró por el brazo. Sabiendo que ahora estaba desorientado, empujó su cuerpo tan lejos y tan fuerte como pudo.

Oyó y sintió el terrible impacto de su cabeza chocando contra la pared.

Riley tambaleó hacia atrás, respirando con dificultad. En ese preciso segundo, fue cegada por el brillo de la luz del sótano.

Oyó la voz de Lucy desde la parte superior de las escaleras.

“¡Riley!”.

“Estoy aquí, Lucy”, gritó Riley gritó, jadeando para respirar. Cuando sus ojos se ajustaron a la luz, pudo ver el cuerpo del hombre sacudirse por última vez. Estaba sangrando por los golpes del látigo, y su cabeza llevaba las marcas feas y sangrientas del impacto fatal.

Lucy llegó al lado de Riley en un momento.

“¿Qué hiciste?”, preguntó Lucy.

“Le di de su propia medicina”, dijo ella.

Miró a Lucy, quien se estaba frotando la parte de atrás de su cabeza. Su rostro también había sido cortado por el látigo del hombre.

“Me dejó inconsciente por unos minutos”, dijo ella. “Supongo que creyó que estaba muerta. Pero soy más fuerte de lo que pensaba”.

“No volverá a lastimar a nadie”, dijo Riley.

“Acabo de pedir apoyo, aunque realmente no lo necesitamos ahora”, dijo Lucy con una sonrisa.

Entonces Lucy negó con la cabeza, sintiéndose avergonzada.

“Riley, ¿cómo pude haber sido tan estúpida?”, dijo ella. “Estuve aquí. Hablé con él. Debí haber sabido que era él. Pero cuando no encontré a ninguna mujer aquí abajo, yo...”.

Las palabras de Lucy se desvanecieron y su expresión se llenó de preocupación.

“¿Dónde están las mujeres?”, preguntó Lucy.

La pregunta sacudió a Riley como una descarga eléctrica. Casey Phipps estaba muerto, pero sus rehenes aún tenían que ser rescatadas. Ahora estaba segura de que nunca las había retenido en este sótano. Pero tenían que estar atrapadas en alguna parte. Y necesitaban ayuda desesperadamente.

“Tengo una idea”, le dijo a Lucy.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Riley subió las escaleras con Lucy muy de cerca. Salió por la puerta principal y vio que los niños seguían jugando en el patio de al lado. La niña estaba viendo a los niños jugar.

Riley se arrodilló junto a la niña. Miró sus rostros cortados con alarma.

“¿Qué les pasó?”, preguntó ella.

“No te preocupes por nosotras, Libby”, dijo Riley. “Estamos bien. Pero necesito tu ayuda. Me dijiste que habías oído a fantasmas hablar”.

La niña asintió, ahora un poco asustada.

“¿Podrías llevarme al lugar en dónde los oíste?”, preguntó Riley.

“Tengo miedo”, dijo Libby.

“No tengas miedo”, dijo Riley. “Eres una chica valiente. Y realmente no son fantasmas. Son mujeres que necesitan de nuestra ayuda”.

Justo en ese momento, Riley vio a los carros de policía acercándose por la calle.

“Quédate aquí y cuéntales lo que pasó”, le dijo a Lucy.

“Tenemos que darnos prisa”, le dijo a la chica.

*

La niña condujo a Riley por la parte trasera de la casa Phipps y a través del patio trasero. Señaló un camino que conducía a una zona boscosa.

“Muéstrame”, dijo Riley. “Estás haciéndolo genial”.

La niña llevó a Riley al bosque. Había arbustos en ambos lados del sendero, y Riley alejó las ramas a lo largo del camino. Después de unos treinta metros, el camino se abrió hacia una gran área cuadrada. Dos objetos parecidos a un periscopio salían del suelo.

Ahora Riley entendía. Durante la Guerra Fría, Tyrone Phipps había construido un refugio secreto, con la esperanza de sobrevivir al apocalipsis nuclear que esperaba tan obsesivamente.

Riley observó sus alrededores rápidamente hasta que vio un pequeño lugar rectangular con musgo. Alejó el musgo que había sido colocado para esconder una puerta horizontal.

“Quédate aquí”, le dijo a Libby. “Regresaré pronto”.

Libby asintió. Riley abrió la puerta y vio unas escaleras.

“¿Hay alguien aquí?”.

Oyó un grito penetrante en ese momento.

“¡Aquí! ¡Ayuda! ¡Estamos aquí abajo!”.

Riley sonrió a lo que escuchó ese grito ya que significaba que las mujeres seguían vivas. Bajó los escalones hasta llegar a una sala extraña llena de relojes que tenía una jaula en el extremo opuesto. Una joven se arrojó hacia las cadenas de la jaula, agarrándolas frenéticamente, gritando a todo pulmón.

“¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Sácanos de aquí!”.

Riley sabía que la mujer que gritaba era Mallory Byrd, quien había sido secuestrada ayer y todavía no estaba débil por el hambre. Pero las líneas ensangrentadas mostraban que había sentido la agudeza del látigo de su captor.

La otra mujer, la que Meara había llamado Kimberly, estaba acostada en posición fetal. Se veía más muerta que viva. Riley vio un llavero que yacía sobre una mesa. Lo cogió y abrió la cerradura, y luego abrió la puerta de la jaula y entró rápidamente.

Mallory se arrojó sobre Riley en un abrazo salvaje de gratitud.

“Ya todo está bien”, dijo Riley. “Ya no podrá lastimarte más”. Empujó a Mallory a un lado y fue a ver a Kimberly. Alzó la cabeza de la pobre mujer. Parecía una cría en un nido esperando a su madre.

La escena era tan patética que lágrimas empezaron a correr por el rostro de Riley. Tenía una idea de lo que esta mujer había soportado, y sintió una profunda satisfacción por el hecho de que el hombre estaba muerto. Abrazó a Kimberly, teniendo cuidado de no herir a la frágil criatura.

“Ya todo está bien”, dijo Riley. “Todo va a estar bien”.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Riley estaba sentada con Lucy en los escalones del porche de la casa Phipps, recuperándose de su calvario. Riley volvió a la casa después de que la ambulancia recogiera a las mujeres del refugio nuclear. El médico forense estaría aquí pronto para recoger el cuerpo de Casey Phipps.

Lucy todavía se reprochaba por el hecho de no haberse dado cuenta que Casey Phipps era el asesino.

Riley puso una mano reconfortante en el hombro de Lucy.

“Todos somos humanos”, dijo ella. “Tenía engañada a todo el pueblo. Nadie lo sabía”.

Lucy miró a Riley a los ojos.

“Sí, pero si tú hubieras estado aquí, ¿lo hubieras sabido de inmediato?”.

Riley sonrió sombríamente.

“Probablemente”, dijo ella. “Pero he estado haciendo esto por mucho tiempo. Date un poco de tiempo. Un par de décadas, tal vez”.

Un vehículo se detuvo y se estacionó frente a la casa justo en ese momento. Bill y Carl Walder se bajaron y Bill caminó hacia Riley. Estaba a punto de abrazarla, pero vio sus heridas.

“Mierda, Riley”, dijo. “¿Estás bien?”, preguntó.

Riley se sintió aliviada. Un abrazo habría sido muy doloroso en ese momento.

“Estoy bien”, dijo ella.

“Ojalá hubiera estado aquí. Ojalá hubiera podido...”.

No terminó su oración. Riley comprendió lo que estaba tratando de decirle. Este caso tenía meses consumiéndolo por dentro. Y ahora todo había llegado a su fin, y él ni siquiera había estado allí para presenciarlo.

Riley tocó su rostro suavemente.

“Está bien Bill”, dijo Riley. “Todos lo hicimos juntos. Puedes dormir más tranquilo ahora”.

Justo entonces oyó una voz gritar.

“¡Agente Paige!”.

Vio a Walder avanzando hacia ella, su rostro rojo de ira. Sus brazos estaban rígidos a los costados, y Riley pudo ver que sostenía algo en cada mano. Caminó directamente hacia ella, y se limitó a mirarla fijamente por un momento.

Luego le devolvió su arma y su placa.

“Buen trabajo”, dijo Walder con una voz amargada.

Luego se alejó sin decir más.

“Sería genial si no lo viera nunca más”, pensó Riley. Pero sabía que nunca tendría tanta suerte.

Y que él siempre estaría buscando una excusa para despedirla.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

April estaba caminando sola de noche. Las farolas proyectaban su brillo misterioso sobre un mundo casi inactivo. Se sentía como una niña asustada. Odiaba esta sensación. Se sentía avergonzada por ella.

“Ya no quiero sentirme así”, pensó.

Pero estaba decidida a no volver a casa, ni ahora, ni nunca. Por ahora, al menos, estaba segura de que no se habían dado ni cuenta de que no estaba en casa. Gabriela estaba en su apartamento en el sótano, y April estaba segura de que había salido por la puerta principal sin ser escuchada. Y, por supuesto, Mamá ni siquiera estaba en casa.

Se seguía diciendo a sí misma que la odiaba y que no quería volver a verla. Joel se había negado a ver a April por lo que fuera que ella le había dicho. ¿Por qué tenía que arruinarle la vida así?

De todas formas, estaba segura de que Joel todavía la amaba tanto como ella a él. ¿Qué sabía ella del amor? Mamá nunca había amado a nadie como ella amaba a Joel. Su mamá y papá nunca habían sentido ese tipo de amor.

No podía librarse del miedo. Había caminado tan lejos de casa que ahora incluso la idea de caminar de regreso le daba miedo. Pero tenía que ir a alguna parte.

Vio unos carros que se movían por una calle ancha más adelante. Tal vez podría hacer autoestop, lograr que alguien le diera el aventón a casa.

“O tal vez alguien pudiera llevarme lejos”, pensó.

Pero la idea de obtener un aventón de un extraño también la asustaba. Sentía el miedo en su garganta y las lágrimas estaban quemándole los ojos.

Sacó su teléfono celular y marcó el número de Joel. Esperaba que contestara después de un día entero ignorando sus llamadas.

Para su alivio, oyó su voz decir: “¿April?”.

Ella balbuceó, tratando de no llorar.

“Joel, estoy afuera sola, y necesito que vengas a buscarme”.

“¿Dónde estás?”, preguntó Joel.

April levantó la mirada hacia las placas de calle más cercanas y le dijo dónde estaba.

“Estaré allí pronto”, dijo Joel.

*

Cuando Riley entró en su casa esa noche, lo primero que hizo fue llamar a

Gabriela.

“Llegué a casa, Gabriela”.

Gabriela contestó: “¡Qué bueno! ¿Resolviste el caso?”.

“Sí. ¿Cómo está todo por aquí?”.

“Todo está bien”.

Riley le dio las gracias a Gabriela y se sentó en la sala de estar. Se sentía profundamente satisfecha por su día de trabajo. Las dos jóvenes que había rescatado estaban en el hospital. No tenían lesiones potencialmente mortales, pero a Kimberly le tomaría tiempo volver a recuperar su salud. Ambas necesitarían terapia para tratar el trauma que habían sufrido. Aún así, estarían bien.

Lo más importante era que Casey Phipps estaba muerto.

“*Se acabó*”, se dijo Riley a sí misma.

Sintió mucho placer al sentir su placa y su arma.

Mucha gente había querido felicitarla, incluyendo el alcalde de Ohlman. Pero no se había quedado allí para eso. Había conducido directamente a casa.

Ahora miró su reloj y vio que casi era medianoche. Se alegraba de no estar en una habitación llena de relojes que anunciaban la hora ruidosamente.

Estaba pensando en prepararse una bebida cuando sonó su teléfono celular. Riley vio que la llamada era del refugio para adolescentes de Phoenix. Cuando contestó, oyó la voz preocupada de Brenda Fitch.

“Riley, lamento molestarte a esta hora... pero ¿has sabido algo de Jilly? Digo, ¿te ha llamado o algo?”.

El corazón de Riley saltó hasta su garganta.

“No. ¿Por qué? “¿Qué pasa?”.

Oyó un suspiro de ansiedad.

“Jilly se fue de aquí anoche. No tenemos idea a dónde fue. Estamos muy preocupados”.

Riley estaba demasiado atónita como para hablar.

Brenda dijo: “Si se comunica contigo, por favor házmelo saber enseguida”.

“Por supuesto”, dijo Riley. “Y por favor manténme al tanto”.

Terminaron la llamada y Riley pasó de sentirse genial, a sentirse miserable. ¿Qué le había pasado a Jilly? Sin un lugar para dónde ir, sin una familia que cuidara de ella, ¿dónde podría estar, salvo en las calles, a merced de hombres depredadores?

Pero no había nada que pudiera hacer al respecto ahora mismo. Nada en absoluto. Sin embargo, había una cosa que podía hacer para sentirse mejor. Subió para ver a April, quien seguramente estaba durmiendo.

Pero cuando Riley abrió la puerta, la cama de April estaba vacía.

Bajó las escaleras rápidamente en pánico, llamando a Gabriela.

“¡Gabriela! ¡April no está!”.

Gabriela subió corriendo las escaleras en su camión.

“¡Pero pensé que estaba durmiendo!”, dijo Gabriela. “Se fue a la cama a la hora de siempre”.

“Revisa toda la casa”, dijo Riley. Ella corrió hacia la cubierta trasera y encendió los reflectores. April no estaba en el patio trasero.

Volvió adentro y encontró a Gabriela en el mismo estado de pánico en el que estaba ella. Tomó el teléfono y marcó el número de April. No hubo respuesta en absoluto, ni siquiera el mensaje de buzón habitual.

“Tal vez está en la casa de Crystal”, dijo Gabriela.

Riley sintió una oleada de esperanza desesperada. Marcó el número de Blaine. Crystal contestó el teléfono.

“Crystal, ¿April está allí?”, preguntó Riley.

“¿No está en tu casa?”, preguntó Crystal.

“No”, dijo Riley.

Crystal no sonaba como si hubiese estado durmiendo. Sonaba como si estuviera preocupada y molesta.

“Tuvimos una pelea esta tarde”, dijo Crystal. “Por Joel. No debí haberle dicho lo que pensaba de él. Me dijo que ya no éramos amigas”.

“Vale, Crystal”, dijo Riley. “Por favor llámame si sabes algo de ella”.

Cuando terminó la llamada, Riley sabía que lo mejor era no quedarse a esperar. Algo estaba muy mal. Se preguntó si debía llamar a la policía para una Alerta AMBER. Pero esa no era una opción, no todavía, de todos modos. April debió haberse ido por su cuenta. Esta vez no había sido secuestrada. Riley no podía denunciarla como desaparecida hasta que pasara algún tiempo.

“Tengo que ir a buscarla”, pensó.

Decidió comenzar por la casa de Joel.

*

April se sentía muy calmada. La píldora que Joel le había dado había borrado todas sus ansiedades. Estaba tan contenta de estar con él. Esta vez no estaban en su casa, sino en la casa de un amigo.

Ella y Joel estaban acostados juntos en una cama. Otras personas pasaban por la puerta abierta.

April observaba mientras Joel manipulaba su celular.

“¿Cuál es tu contraseña?”, preguntó él.

Ella sonrió. “¿Cuál crees que es?”, dijo.

Él le sonrió de vuelta. Por supuesto, le resultaba fácil adivinar que era su nombre. Colocó la contraseña.

¿Qué estás haciendo?”, preguntó April.

“Apagando el GPS. No necesitamos que tu mamá nazi venga aquí”.

April se echó a reír.

Empezó a decir que tendría que llegar a casa pronto, porque Gabriela entraría en pánico si no la encontraba. Pero se dio cuenta que realmente no le importaba eso. Además, le estaba costando decir frases complicadas.

Joel bajó el celular en unos momentos.

“Listo”, dijo.

En ese momento, un hombre que April no conocía se asomó por la puerta abierta. Tenía una mirada inquisitiva en su rostro, y vio que tenía un fajo de dinero en la mano. Miró a April como si fuera un objeto, algo que comprar, y esto no le agradó.

“Pronto”, le dijo Joel.

El hombre se fue.

“¿Pronto qué?”, preguntó April.

“Nada”, dijo Joel. “Nada que deba preocuparte”.

April se echó hacia atrás y vio a Joel prender un fósforo y encender una vela en una mesita al lado de la cama. Su rostro se veía hermoso en la luz cálida. Trató de concentrarse en lo que había estado preocupándola, pero su mente vagó a otras cosas.

April sentía que estaba en medio de un sueño.

“Me siento como un punto de luz”, dijo.

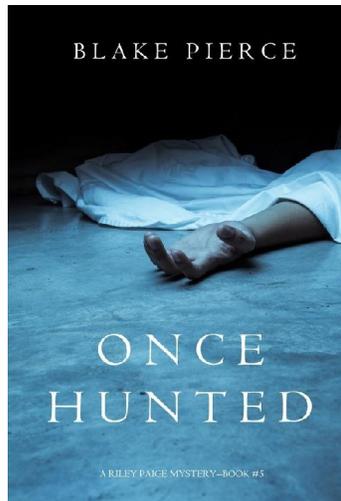
“Estás brillando”, dijo Joel, sonriendo. “Y en un rato te sentirás como una estrella en el cielo”.

Miró con satisfacción mientras Joel calentaba algo en una cuchara de metal sobre la llama de la vela.

Sintió que estaba observando desde lejos cuando él envolvió algo alrededor de su brazo y luego empujó la aguja en su carne.

Luego dejó escapar un jadeo de asombro al sentir su cuerpo desaparecer. Nunca se había sentido así. No quería dejar de sentirse así.

“Nunca”, pensó.



UNA VEZ CAZADO
(Un Misterio de Riley Paige—Libro 5)

“¡Una obra maestra del género de thriller y misterio! El autor hizo un buen trabajo desarrollando a los personajes psicológicamente. Los describe tan bien que sientes que estás en sus mentes, sientes sus temores y te alegras por sus éxitos. La trama es muy inteligente y el libro te mantendrá entretenido de principio a fin. Este libro te mantendrá pasando páginas hasta bien entrada la noche debido a sus giros inesperados”.

--Opiniones de libros y películas, Roberto Mattos (Una vez desaparecido)

UNA VEZ CAZADO es el libro #5 de la serie exitosa de misterio de Riley Paige, que comienza con UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), ¡una descarga gratuita con más de 600 opiniones de cinco estrellas!

Una fuga de una cárcel de máxima seguridad. Llamadas frenéticas del FBI. La peor pesadilla de la agente especial Riley Paige se ha hecho realidad: un asesino en serie que encerró hace años ha escapado.

Y ella es su blanco principal.

Riley está acostumbrada a ser la cazadora, pero, por primera vez, ella y su familia están siendo cazadas. Mientras el asesino la acecha, también comienza a

matar, y Riley debe detenerlo antes de que sea demasiado tarde para las otras víctimas y para sí misma.

Pero este no es un asesino común y corriente. Es demasiado inteligente, y su juego del gato y el ratón es demasiado retorcido, y de alguna manera logra eludirla y siempre permanecer un paso por delante. Desesperada por detenerlo, Riley se da cuenta de que solo hay un camino: debe ahondar en el pasado, en la mente retorcida de este asesino, en sus viejos casos, y volver a aprender lo que lo impulsa. Se da cuenta de que la única forma de detenerlo es enfrentar la oscuridad que creía haber dejado atrás.

Un thriller psicológico oscuro con suspenso emocionante, *UNA VEZ CAZADO* es el libro #5 de una nueva serie fascinante—con un nuevo personaje querido—que te dejará pasando páginas hasta bien entrada la noche.

El Libro #6 en la serie de Riley Paige estará disponible pronto.



UNA VEZ CAZADO
(Un Misterio de Riley Paige—Libro 5)

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio de RILEY PAIGE, que incluye los thriller de suspenso y misterio UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), UNA VEZ TOMADO (Libro #2), UNA VEZ ANHELADO (Libro #3) y UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4). Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE y de AVERY BLACK.

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1), que cuenta con más de 100 opiniones de cinco estrellas, ¡está disponible como una [descarga gratuita en Google Play!](#)

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE ASESINE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

UNA RAZÓN PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)